

SANTO CURA DE ARS

Vida y virtud
Homilías II



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

SANTO CURA DE ARS

Vida y virtud
Homilías II



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

© 2011 de la versión castellana realizada por JOSÉ MARÍA LLOVERA,
by [EDICIONES RIALP, S.A.](#), Alcalá, 290, 28027 Madrid.
Selección de textos: José María Casciaro

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-3901-7

PRESENTACIÓN

Quien siga la lectura de estas homilias que el Santo Cura de Ars predicaba a sus rústicos feligreses, se verá arrastrado a tomar en serio la tarea de su propia santificación. Reciedumbre, sinceridad y celo por la salvación de las almas brotan de las palabras de estas homilias sumamente sencillas, pero de doctrina clara y penetrante en toda clase de almas.

Nació Juan Bautista María Vianney en 1786, cerca de Lyon. Sus padres eran modestos labriegos. Su niñez y su mocedad fueron sacudidas por las convulsiones de la Revolución francesa y los trasiegos militares de Napoleón. Abandonó el ejército y no cejó hasta conseguir entrar en el Seminario, adonde se veía llamado por Dios de manera inexcusable.

Sus biografos concuerdan en afirmar las dificultades que encontraba el joven seminarista para asimilar las disciplinas de humanidades y de teología. Superados con enorme esfuerzo los exámenes oportunos, fue ordenado sacerdote y regentó a lo largo de cuarenta y dos años la parroquia del pequeño pueblo de Ars. Durante toda su vida de párroco tuvo tal sentido de responsabilidad y tal celo por la salvación de las almas que, con la gracia de Dios, logró transformar su parroquia en un modelo, quizá ninguna otra vez alcanzado.

Pero la actividad sacerdotal de Vianney no se limitó sólo a sus feligreses. Desde 1830 a 1859, en que murió, muchos miles de personas de diversa condición, venidas de todos los rincones de Francia y aún de muchos países de Europa y América, acudieron a su confesonario —casi nunca desatendido en ningún momento del día y de la noche— a abrir su alma a aquel humilde sacerdote para obtener el perdón de sus pecados y la rectificación de sus vidas. El Santo Cura de Ars había recibido de Dios, indudablemente, la misión de purificar un elevadísimo número de pecadores.

Esa extraordinaria actividad de confesonario marca precisamente uno de los rasgos más característicos de la espiritualidad y de las preocupaciones pastorales que se refleja en la predicación del Santo. Podemos decir que San Juan Bautista María Vianney se nos presenta como el gran enemigo del pecado. Pocos santos han llegado a mostrar una visión tan clara de la malicia del pecado y a concebir un horror tan grande hacia él.

En otros eximios autores de espiritualidad cristiana vemos con frecuencia la alusión a los consuelos y gozos del amor divino. En el Cura de Ars, en cambio, el acento está constantemente en la abominación del ultraje hecho a Dios y a la persona del Salvador y en las horrorosas consecuencias que el pecado produce en las almas. A veces, parece casi ahogarse en el océano de miserias que azotan sus oídos en las diarias y casi interminables series de confesiones que escucha en su iglesia parroquial de Ars.

Todo ello se refleja en sus sermones de modo evidente y explica, en parte, la personal dureza y la extremada penitencia con que el Santo trata a su propio cuerpo: «Yo les doy (a los pecadores) una pequeña penitencia y cumplo el resto en lugar de ellos», decía nuestro Santo en cierta ocasión.

La doctrina de Vianney es clara y sencilla, como era su persona y como corresponde a la generalidad de las almas a quienes iba dirigida, que eran sus feligreses rurales. Su lema de fondo, patente: la conversión del pecador, para que deje de ultrajar al Buen Dios y para que obtenga de la misericordia divina la salvación de su alma. Con frecuencia, los acentos son duros, pero llenos de caridad, en vivo diálogo con sus oyentes, a los que conoce perfectamente y ante quienes tiene la autoridad de su verdadero padre y maestro, de su Buen Pastor. Es innegable la singular fuerza de sus palabras para convertir a toda clase de personas a una vida de santidad y arrepentimiento, de sus pecados pasados.

Las Homilias del Santo Cura de Ars han sido conocidas por los lectores de habla española merced, principalmente, a los tres tomos que, traducidos por el docto canónigo don José María Llovera, publicó en Barcelona el año 1927 la editorial pontificia «Eugenio Subirana». Nuestra edición está constituida, precisamente, por una selección de la mencionada publicación, realizada y revisada por don José María Casciaro en noviembre de 1956, y ya publicada por Rialp.

Hemos de advertir que se han suprimido algunas frases que nuestro autor repetía constantemente, como «¡Hermanos míos!», etcétera, o las consiguientes exclamaciones («¡Ah, Oh, Ay...!») propias de la oratoria de su tiempo. La gran frecuencia con que estas frases se repiten en el original era indudablemente algo acertado en la oratoria del Santo, pero leídas, resultan extrañas a nuestro gusto literario actual. También se han suprimido algunos párrafos a lo largo de muchos de las homilias, pues habrían requerido prolijas aclaraciones.

SOBRE LA ESPERANZA

Diliges Dominum Deum tuum.
Amarás al Señor tu Dios.
(Mt 21, 37)

San Agustín nos dice que, aunque no hubiese cielo que esperar ni infierno que temer, no por eso dejaría de amar a Dios, por ser Él infinitamente amable; sin embargo, Dios, para que nos animemos a seguirle y a amarle sobre todas las cosas, nos promete una recompensa eterna. Cumpliendo dignamente tan bella misión, la cual constituye la mayor dicha que en este mundo podemos esperar, nos preparamos una eterna felicidad en el cielo. Si la fe nos enseña que Dios todo lo ve, que es testigo de cuanto hacemos y sufrimos, la virtud de la esperanza nos impulsa a soportar las penalidades con una entera sumisión a la voluntad divina, en la confianza de que, por ello, seremos recompensados eternamente. Sabemos también que esta hermosa virtud fue la que sostuvo a los mártires en sus atroces tormentos, a los solitarios en los rigores de sus penitencias y a los santos enfermos en sus dolencias. Si la fe nos muestra a Dios presente en todas partes, la esperanza nos impulsa a rezar todo lo que consideramos agradable a Dios, con la mirada puesta en una eterna recompensa. Ya que esta virtud contribuye tanto a dulcificar nuestros males, veamos, pues, en qué consiste la bella y preciosa esperanza.

1.º Si nos es dado conocer por la fe que hay un Dios, que es nuestro Creador, nuestro Salvador y nuestro sumo Bien, que nos dio el ser para que le conozcamos, le amemos, le sirvamos y lleguemos a poseerle; la esperanza nos enseña que, aunque indignos de tanta felicidad, podemos esperarla por los méritos de Jesucristo. Para lograr que nuestros actos sean dignos de recompensa se necesitan tres cosas, a saber, la fe, que nos hace ver a Dios como presente; la esperanza, que nos hace obrar con la sola intención de agradarle; y el amor, que nos une a Él como a nuestro sumo Bien. Jamás llegaremos a comprender el grado de gloria que nos proporcionará en el cielo cada acción buena, si la realizamos puramente por Dios; ni aun los santos que están en el cielo llegan a comprenderlo. De ello vais a ver un ejemplo admirable. Leemos en la vida de San Agustín que, mientras este Santo se disponía a escribir a San Jerónimo para preguntarle qué expresiones podrían servirle mejor para hacer sentir intensamente toda la extensión y grandeza de la felicidad que los santos disfrutaban en el cielo; mientras, siguiendo su costumbre, ponía en la carta la salutación: «Salud en Jesucristo Nuestro Señor», su habitación quedó inundada por una luz refulgente, tan extraordinaria que superaba en hermosura e intensidad a la del sol en su cénit, y que

despedía además el más delicioso de los perfumes. Quedó tan enajenado el Santo que estuvo a punto de morir de gozo. Al mismo tiempo oyó que de aquellos fulgores salía una voz que le dijo: «Mi amado Agustín, me crees aún en la tierra; gracias a Dios, estoy ya en el cielo. Quieres preguntarme de qué términos hay que valerse para hacer sentir del mejor modo posible la felicidad de que gozan los santos. Has de saber, querido amigo, que es tan grande esta felicidad, supera tanto a lo que una criatura puede imaginar, que resultaría más fácil contar las estrellas del firmamento, recoger todas las aguas del mar en una vasija, sostener toda la tierra en tus manos, que no llegar a comprender la felicidad del menor de los bienaventurados del cielo. Me ha sucedido lo que a la reina de Saba: juzgando ella por las voces de la fama, había formado un gran concepto del rey Salomón; pero, después de haber visto con sus propios ojos el orden admirable que reinaba en su palacio, la magnificencia sin igual, la ciencia y los extensos conocimientos de aquel rey, quedó tan admirada y sobrecogida, que regresó a su tierra diciendo que cuanto se le había dicho, era nada en comparación con lo que sus ojos habían visto. Lo mismo me ha sucedido respecto a la hermosura del cielo y a la felicidad de que gozan los santos: creía haber penetrado algo de las bellezas que el cielo contiene y de la felicidad de que gozan los santos; pues bien, has de saber que los más sublimes pensamientos que había podido concebir no son nada comparados con la felicidad que constituye la herencia de los bienaventurados».

Leemos en la vida de Santa Catalina de Siena que esta Santa mereció de Dios la gracia de ver en alguna manera la belleza del cielo y la felicidad de que allí se disfruta. Quedó tan sobrecogida que vino a caer en éxtasis. Al volver en sí, el confesor le preguntó qué era lo que Dios le había mostrado. Dijo la Santa que el Señor le había hecho ver algo de la hermosura del cielo y de la dicha de que gozan los bienaventurados; pero todo ello excedía de tal modo lo que podemos nosotros imaginar, que resultaba imposible dar la menor idea. Ya veis, pues, adónde nos llevan nuestras buenas obras, si las hacemos con la mira de agradar a Dios; ya veis cuántos son los bienes que la virtud de la esperanza nos hace desear y aguardar.

2.º Hemos dicho que la virtud de la esperanza nos consuela y sostiene en las pruebas que Dios nos envía. Tenemos de ello un gran ejemplo en la persona del santo Job, sentado en el estercolero, cubierto de llagas de pies a cabeza. Había perdido a sus hijos, aplastados al derrumbarse su casa. Él mismo, desde su cama, hubo de refugiarse en el estercolero más miserable y hediondo, abandonado de todos; su pobre cuerpo estaba lleno de podredumbre; su carne viva era ya pasto de los gusanos, a los cuales tenía que apartar con un tiesto; se vio insultado por su misma esposa, que, en vez de consolarle, se complacía en llenarle de injurias diciéndole: «¿Ves, el Dios a quien sirves con tanta fidelidad? ¿Ves de qué manera te recompensa? Pídele que te quite la vida; a lo menos con ello te verás libre de tantos males». Sus mejores amigos le visitaban sólo para acrecentar sus dolores. Sin embargo, a pesar del estado miserable a que estaba reducido, no dejó nunca de esperar en Dios. «No, Dios mío, jamás dejaré de esperar en Ti; aunque me quitases la vida, no dejaría de esperar en Ti y de confiar

en tu caridad. ¿Por qué he de desanimarme, Dios mío, y abandonarme a la desesperación? Confesaré en tu presencia mis pecados, que son la causa de los males que padezco; y espero que seas Salvador. Tengo la esperanza de que un día me recompensaréis por los males que ahora experimento por vuestro amor». Aquí tenéis lo que podemos llamar una verdadera esperanza: por ella, a pesar de que el santo varón veía descargar sobre sí toda la cólera divina, no dejaba de esperar en Dios. Sin examinar el motivo por qué sufría aquellos males sin cuento, se contentaba solamente con decir que sus pecados eran la causa de todo. ¿Veis los grandes bienes que la esperanza nos procura? Todos le tienen por desgraciado; sólo él, tendido en su estercolero, abandonado de los suyos y despreciado de los demás, se siente feliz, puesto que pone en Dios toda su confianza. ¡Ah!, si en nuestras penas, en nuestras tristezas y en nuestras enfermedades, mantuviésemos siempre una confianza tan grande en Dios, ¡cuántos bienes atesoraríamos para el cielo! ¡Ay, qué ciegos somos! Si, en lugar de desesperarnos en nuestras penalidades, conservásemos aquella firme esperanza que, junto con otros mil medios para merecer el cielo, nos envía Dios, ¡con cuánta alegría sufriríamos!

Pero, me diréis, ¿qué significa esta palabra: esperar? Vedlo aquí. Es suspirar por algo que ha de hacernos dichosos en la otra vida; es el deseo de vernos libres de todos los males de este mundo; el deseo de poseer toda suerte de bienes capaces de satisfacernos plenamente. Después que Adán hubo pecado, y se vio lleno de tantas miserias, su gran consuelo era pensar que no sólo sus sufrimientos le merecerían el perdón de los pecados, sino, además, le proporcionarían los bienes del cielo. ¡Cuánta bondad la de un Dios, al recompensar por toda una eternidad la más insignificante de nuestras obras! Mas para que merezcamos tanta dicha, quiere el Señor que depositemos en Él una gran confianza, como la que tienen los hijos con sus padres. Por esto vemos que en muchos pasajes de la Escritura toma el nombre de Padre, a fin de inspirarnos una gran confianza. En todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, quiere que recurramos a Él. Promete ayudarnos siempre que acudamos a Él. Si toma el nombre de Padre, es para inspirarnos mayor confianza. Mirad de qué manera nos ama: por su profeta Isaías nos dice que nos lleva a todos en su seno. «Es imposible que una madre olvide al hijo que lleva en sus entrañas; y aunque cometiese tal barbaridad, os digo que yo no olvidaré al que pone en mí su confianza»^[1]. Se queja de que no confiemos en Él como debiéramos; y nos advierte de que no pongamos nuestra esperanza en los príncipes, en un hijo de hombre que no puede salvar^[2]. Y aún va más allá, pues nos amenaza con su maldición si dejamos de confiar en Él; así nos habla por su profeta Jeremías: «¡Maldito sea el que no pone en Dios su confianza!», y en otra parte nos dice: «¡Bendito sea el que confía en el Señor!»^[3]. Recordad la parábola del hijo pródigo, que Jesús nos propone con tanto amor a fin de inspirarnos una gran confianza en su bondad... ¿Qué es lo que hace aquel buen padre?, nos dice Jesucristo, que es precisamente el padre tierno a quien se refiere la parábola: En vez de aguardar a que el hijo vaya a arrojarse a sus pies, en cuanto le divisa no le deja hablar. «No, hijo mío, no me hables de pecados, no pensemos en otra

cosa que alegrarnos». Y aquel padre bondadoso invita a toda la corte celestial a dar gracias a Dios por haber visto resucitado al hijo que creía muerto, por haber recobrado al hijo que daba por perdido. Para darle a entender cuánto le ama, le ofrece de nuevo su amistad y todos los bienes[4].

Pues bien, esta es la manera en que recibe Jesús al pecador siempre que éste retorna a su seno: le perdona y le restituye cuantos bienes el pecado le arrebatara. Al considerar esto, ¿quién de nosotros no abrigará la mayor confianza en la caridad de Dios? Y aún va más allá, diciéndonos que, cuando tenemos la dicha de dejar el pecado para amarle a Él, todo el cielo se regocija. Si leéis en otra página del Evangelio, veréis con qué diligencia corre en busca de la oveja perdida. Al hallarla queda tan satisfecho que, para evitarle el cansancio del camino, se la carga sobre sus hombros[5]. Mirad con cuánta indulgencia y bondad recibe a María Magdalena[6], ved con qué ternura la consuela; y no solamente la consuela, sino que la defiende contra los insultos de los fariseos. Mirad con cuánta caridad y con cuánto placer perdona a la mujer adúltera; ella le ofende, y Él mismo se constituye en su protector y salvador[7]. Mirad su diligencia en salir al encuentro de la Samaritana; para salvar su alma, va a esperarla junto al pozo de Jacob; se digna dirigirle Él primero la palabra, para mostrarle toda su bondad; y con el pretexto de pedirle agua, le da la Gracia del Cielo[8].

Decidme, ¿qué razones podremos aducir para excusarnos, cuando nos haga presente la bondad con que nos trató, cuando nos convenza de lo bien que habríamos sido recibidos si nos hubiésemos determinado a volver a Él, cuando nos manifieste el gozo con que nos habría perdonado y restituido su gracia? Con mucha razón podrá decirnos: desgraciado, ¡si has vivido y muerto en el pecado, ha sido porque no quisiste salir de él: mi afán de perdonarte era grande! Ved cómo Dios quiere que acudamos a Él con gran confianza en nuestras dolencias espirituales. Por su profeta Miqueas nos dice que, aunque nuestros pecados sean más numerosos que las estrellas del firmamento, que las gotas de agua del mar, que las hojas de los bosques, o que los granos de arena que circundan el océano, todo lo olvidará si nos convertimos sinceramente; y nos dice también que, aunque el pecado haya hecho a nuestra alma más negra que el carbón, «o más roja que la púrpura, nos la volverá más blanca que la nieve»[9]. Nos dice que arroja nuestros pecados a las profundidades del mar, a fin de que no reaparezcan jamás. ¡Cuánta caridad nos manifiesta Dios!, ¡con cuánta confianza deberemos dirigirnos a Él! Mas ¡qué desesperación la de un cristiano condenado cuando se dé cuenta de la facilidad con que Dios le habría perdonado, si hubiese querido pedirle perdón! Decidme ahora si, al condenarnos, no será por haberlo querido nosotros. ¡Ay! ¡Cuántos remordimientos de conciencia, cuántos pensamientos saludables, cuántos buenos deseos no habrá suscitado en nosotros la voz de Dios! ¡Oh, Dios mío!, ¡cuán infeliz es el hombre al precipitarse en la condenación, cuando tan fácilmente podría salvarse! Para convencernos de lo que acabo de decir, no hay más que considerar lo que por nosotros hizo Jesús durante los treinta y tres años que vivió aquí en la tierra.

Os he dicho, en segundo lugar, que hasta con respecto a nuestras necesidades

temporales hemos de tener gran confianza en Dios. A fin de movernos a recurrir a Él confiadamente en lo que se refiere a las necesidades del cuerpo nos asegura que velará por nosotros, y así vemos que ha obrado grandes milagros para hacer que no nos falte lo necesario para vivir. Leemos en la Sagrada Escritura que alimentó a su pueblo durante cuarenta años en el desierto, con el maná que caía todos los días antes de salir el sol.

Durante aquellos cuarenta años, los vestidos de los israelitas no se estropearon en lo más mínimo. Nos dice en el Evangelio que no nos preocupemos por lo que se refiere a nuestro vestido o a nuestra alimentación: «Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni almacenan en sus graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que cavile, puede añadir un solo codo a su estatura? Y sobre el vestir, ¿por qué os preocupáis? Fijaos en los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Así pues, no andéis preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os añadirán»[\[10\]](#). Mirad aún hasta dónde quiere hacer llegar nuestra confianza: «Vete donde están mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”»[\[11\]](#). Cuando oréis, nos dice, no digáis «Dios mío», sino «Padre nuestro»; pues sabemos que el hijo tiene una confianza ilimitada en su padre. Decidme, ¿no estáis de acuerdo conmigo en que, si somos tan desgraciados en este mundo, es ante todo porque no tenemos la suficiente confianza en Dios?

Hemos dicho, en tercer lugar, que hemos de concebir una gran confianza en Dios al experimentar cualquier tristeza, pena o enfermedad. Es preciso que esta gran confianza en el cielo nos sostenga y nos consuele en las horas amargas, como hicieron los santos. Leemos en la vida de San Sinfiriano que, al ser conducido al martirio, su madre, que le amaba verdaderamente en Dios, se subió a una pared para verle pasar, y, con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó: «¡Hijo mío, hijo mío, levanta tus ojos al cielo; ¡valor, hijo mío!, ¡que la esperanza en el cielo te sostenga!, ¡valor, hijo mío! Aunque el camino del cielo es difícil, es también muy corto». Animado aquel hijo por las palabras de su madre, resistió con gran valentía los tormentos y la muerte. San Francisco de Sales tenía en Dios tanta confianza que parecía insensible a las persecuciones de que era objeto y se decía a sí mismo: «Toda vez que nada sucede sin permisión divina, las persecuciones no son más que para nuestro bien». Leemos en su vida que en cierta ocasión fue vilmente calumniado; sin embargo, no perdió ni un momento su habitual tranquilidad. Escribió a uno de sus amigos que una persona le acababa de avisar que se murmuraba de él en gran manera, pero que esperaba que el Señor arreglaría todo aquello a gloria suya y para salvación de su alma. Se limitó a orar por los que le calumniaban. Tal es la confianza que debemos nosotros tener en

Dios. Al hallarnos perseguidos y despreciados, poseemos la prueba más inequívoca de que somos verdaderamente cristianos, esto es, hijos de un Dios despreciado y perseguido.

Os decía en cuarto lugar que, si hemos de tener una confianza ciega en Jesucristo, quien jamás dejará de acudir en nuestro socorro al vernos atribulados, si acudimos a Él como un hijo acude a su padre; debemos tener también una gran confianza en su Santísima Madre, tan buena y tan solícita para socorrernos en nuestras necesidades temporales y espirituales, y sobre todo en el primer momento de nuestra conversión a Dios. Si nos remuerde algún pecado cuya confesión nos causa vergüenza, arrojémonos a sus pies y tendremos la seguridad de que tendremos la gracia de confesarlo bien, y al mismo tiempo no cesará de implorar nuestro perdón. Para demostrároslo, aquí tenéis un admirable ejemplo. Durante mucho tiempo, cierto hombre llevó una vida bastante cristiana para hacerle concebir grandes esperanzas de alcanzar el cielo. Pero el demonio, que no piensa más que en nuestra perdición, le tentó con tanta insistencia y tan a menudo, que llegó a ocasionarle una grave caída. Habiendo entrado en reflexión al instante, comprendió la enormidad de su pecado, y propuso en seguida recurrir al loable remedio de la penitencia. Sin embargo, tenía tal vergüenza de su pecado que jamás terminó de confesarlo. Atormentado por los remordimientos de su conciencia, que no le dejaban descansar, tomó la resolución de arrojarse al agua para dar fin a sus días, esperando con ello dar término a sus penas. Mas, al llegar al borde de la orilla, se llenó de temor considerando la desdicha eterna en que se iba a precipitar, y volvió atrás llorando a lágrima viva, rogando al Señor que se dignase perdonarle sin que se viese obligado a confesarse. Creyó poder recobrar la paz del espíritu visitando muchas iglesias, orando y ejecutando duras penitencias; pero, a pesar de todas sus oraciones y penitencias, los remordimientos le perseguían a todas horas. Nuestro Señor quiso que alcanzase el perdón gracias a la protección de su Santísima Madre. Una noche, invadido por una grandísima tristeza, se sintió decididamente impulsado a confesarse y, siguiendo aquel impulso, se levantó muy temprano y se encaminó a la iglesia; pero cuando estaba a punto de confesarse, se sintió más que nunca acometido de la vergüenza que le causaba su pecado, y no tuvo valor para realizar lo que le inspiraba la gracia de Dios. Pasado algún tiempo tuvo otra inspiración semejante a la primera y se encaminó de nuevo a la iglesia, mas allí su buena acción quedó otra vez frustrada por la vergüenza y, en un momento de desesperación, hizo el propósito de abandonarse a la muerte antes que declarar su pecado a un confesor. Sin embargo, le vino el pensamiento de encomendarse a la Santísima Virgen. Antes de regresar a su casa, fue a postrarse ante el altar de la Madre de Dios; allí hizo presente a la Santísima Virgen la gran necesidad que tenía de su auxilio y, con lágrimas en los ojos, le suplicó que no le abandonase. ¡Cuánta bondad la de la Madre de Dios, cuánta diligencia en socorrer a aquel desgraciado! Aún no se había arrodillado cuando desaparecieron todas sus angustias y su corazón quedó enteramente transformado. Entonces se levantó lleno de valor y fue al encuentro de un sacerdote al que, en medio de un río de lágrimas, confesó todos sus pecados. A medida que iba declarando sus faltas le

parecía estar quitándose un gran peso de su conciencia; y después declaró que, al recibir la absolución, experimentó mayor contento que si le hubiesen regalado todo el oro del mundo. ¡Ay!, ¡cuál habría sido la desgracia de aquel pobre, si no hubiese recurrido a la Santísima Virgen! Indudablemente ahora se estaría abrasando en el infierno.

En todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, después de Dios, hemos de concebir una gran confianza en la Virgen María. Ved aquí otro ejemplo que hará nacer en vosotros una tierna confianza en la Santísima Virgen, sobre todo cuando queráis concebir un gran horror al pecado. El bienaventurado San Alfonso María de Liguori refiere que una gran pecadora llamada Elena acertó un día a entrar en un templo, y la casualidad, o mejor la Providencia, que todo lo dispone en bien de sus escogidos, quiso que oyese un sermón que se estaba predicando sobre la devoción del Santo Rosario. Quedó tan impresionada con lo que el predicador decía acerca de las excelencias y saludables frutos de aquella santa devoción, que sintió deseos de poseer un rosario. Terminado el sermón fue a comprar uno, pero durante mucho tiempo tuvo mucho cuidado en ocultarlo para que no se burlasen de ella. Comenzó a rezar cada día el rosario, aunque sin gusto y con poca devoción. Pasado algún tiempo, la Virgen hizo que experimentase tanta devoción y placer en aquella práctica que no se cansaba de ella; aquella devoción, tan agradable a la Santísima Virgen, le mereció una mirada compasiva que hizo que concibiera un enorme aborrecimiento y horror de su vida pasada, de modo que su conciencia se transformó en un infierno que la inquietaba sin descanso noche y día. Desgarrada continuamente por sus punzantes remordimientos, no podía ya resistir la voz interior que le presentaba el sacramento de la Penitencia como el único remedio para conseguir la paz por ella tan deseada, la paz que había buscado inútilmente en todas partes; aquella voz le decía que el sacramento de la Penitencia era el único remedio a los males de su alma. Invitada por aquella inspiración, empujada y guiada por la gracia, fue a echarse a los pies del ministro del Señor, al que descubrió todas las miserias de su alma, es decir, todos sus pecados; se confesó con tanta contrición y con tanta abundancia en lágrimas, que el sacerdote quedó admirado en gran manera, no sabiendo a qué atribuir aquel milagro de la gracia. Acabada la confesión, Elena fue a postrarse ante el altar de la Santísima Virgen, y allí, penetrada de los más vivos sentimientos de gratitud, exclamó: Virgen Santísima, es verdad que hasta el presente he sido un monstruo; pero Tú, Señora, con el gran poder que tienes delante de Dios, ayúdame a corregirme; desde ahora propongo emplear el resto de mis días en hacer penitencia». Desde aquel momento y de regreso ya a su casa, rompió para siempre los lazos de las malas compañías que hasta entonces la habían retenido en los más abominables desórdenes, repartió todos sus bienes a los pobres, y se entregó a todos los rigores y mortificaciones que le inspiraban el amor a Dios y el remordimiento de sus pecados. Para premiar la gran confianza que aquella mujer había depositado en la Virgen María, en su última hora se le aparecieron Jesús y la Santísima Virgen, y en sus manos entregó su alma hermosa, purificada por la penitencia y las lágrimas; de manera que, después de Dios, fue a la Santísima Virgen a

quien debió aquella gran penitente su salvación.

Ved ahora otro ejemplo no menos admirable de confianza en la Virgen María, y que manifiesta lo dispuesta que está siempre la Santísima Virgen para ayudarnos a salir del pecado. Hubo una vez un joven a quien sus padres educaron muy bien pero que tuvo la desgracia de contraer un mal hábito, fuente inagotable de pecados. Conservando aún el santo temor de Dios y deseando renunciar a sus desórdenes, hacía a veces algún esfuerzo por salir de su triste estado; pero el peso de sus vicios le arrastraba de nuevo. Detestaba su pecado y, a pesar de ello, caía a cada momento. Viendo que de ninguna manera podía corregirse, se desanimó y determinó no confesarse más. Al ver su confesor que no se presentaba en el tiempo acostumbrado, intentó un nuevo esfuerzo por devolver a Dios aquella pobre alma. Fue a entrevistarse con él en un momento en que estaba trabajando solo. Aquel desgraciado joven, al ver llegar al sacerdote, prorrumpió en gritos y lamentaciones. «¿Qué te pasa, amigo?», le preguntó el sacerdote. «¡Oh, padre!, estoy condenado. Veo muy claro que nunca podré corregirme y he decidido abandonarlo todo». «¿Qué es lo que dices, amigo mío? Al contrario, me consta que, si quieres hacer lo que ahora voy a indicarte, te enmendarás y alcanzarás el perdón. Ve al instante a arrojarte a los pies de la Santísima Virgen para implorarle tu conversión, y después ven a verme». El joven se marchó en seguida a postrarse a los pies de la Virgen María y, regando el suelo con sus lágrimas, le suplicó que tuviese piedad de un alma que tanta sangre había costado a Jesucristo, su divino Hijo, y que el demonio iba a arrastrar al infierno. Al momento sintió nacer en su pecho una confianza tal, que a su impulso se levantó y fue a confesarse. Se convirtió sinceramente, sus malos hábitos fueron destruidos radicalmente y sirvió a Dios durante el resto de su vida. Hemos de convenir entonces en que, si permanecemos en pecado, es porque no queremos valernos de los medios que la religión nos ofrece, ni recurrir con confianza a nuestra bondadosa Madre, que se apiadaría de nosotros como se ha apiadado de todos los que acudieron a Ella.

Os he dicho, en quinto lugar, que la virtud de la esperanza nos induce a ejecutar nuestras acciones con la única mira de agradar a Dios, y no al mundo. Hemos de comenzar a practicar tan hermosa virtud al despertarnos, ofreciendo con amor y fervor nuestro corazón a Dios y pensando en la magnitud de la recompensa que mereceremos durante el día, si todo lo que en él obramos lo hacemos solamente para agradar a Dios. Decidme: si, en todas nuestras obras, acertásemos a pensar siempre en la magnitud de la recompensa que Dios nos tiene reservada por la menor de nuestras acciones, ¡cuáles no serían nuestros sentimientos de respeto y veneración a Dios Nuestro Señor! ¡Con qué pura intención daríamos nuestras limosnas! Pero, me diréis, al dar una limosna, siempre lo hacemos por Dios y no por el mundo. Sin embargo, estamos muy satisfechos de que nos vean los demás y de que nos alaben, y hasta nos complacemos en relatar nuestros actos de generosidad. En lo íntimo de nuestros corazones, nos sentimos halagados pensando en nuestra generosidad y nos aplaudimos a nosotros mismos; en cambio, si aquella hermosa virtud adornase nuestra alma, sólo buscaríamos a Dios; ni el mundo, ni nosotros mismos entrarían para nada. Y no es

extraño que realicemos con tanta imperfección nuestras buenas obras. Es que no pensamos en la recompensa que Dios nos tiene reservada si las practicamos sólo por agradarle. Al dispensar un favor a alguien que, en vez de ser agradecido, nos paga con ingratitud, pero aún asíuviésemos la hermosa virtud de la esperanza, quedaríamos satisfechos pensando que el premio que Dios nos dará será mucho mayor. Nos dice San Francisco de Sales que, si se le presentasen dos personas a pedir un favor y él solamente pudiese favorecer a una, escogería la que a su juicio hubiese de ser menos agradecida, ya que así su mérito ante Dios sería mayor. El santo rey David decía que todo lo hacía en la santa presencia de Dios, como si al momento hubiese de ver juzgada su obra y recibir la recompensa; por lo cual hacía siempre bien lo que realizaba sólo por agradar a Dios. En efecto, los que están faltos de la virtud de la esperanza, lo hacen todo por el mundo, para hacerse amar o apreciar, y con ello pierden toda recompensa.

Decimos que, en nuestras penas y enfermedades, hemos de concebir una gran confianza en Dios Nuestro Señor: aquí es precisamente donde Dios se complace en poner a prueba nuestra confianza. Leemos en la vida de San Elzeardo que los mundanos se burlaban públicamente de su devoción, y que los libertinos la tomaban a broma. Santa Delfina le dijo un día que el desprecio que hacían de su persona recaía también sobre su virtud. «¡Ay! —le respondió llorando el Santo— cuando pienso en lo que Jesucristo padeció por mí me siento tan impresionado que, aunque me quitaran los ojos, no hallaría palabras para quejarme; fijo mi pensamiento en la gran recompensa que está preparada a los que padecen por amor de Dios: ahí está toda mi esperanza y lo que me sostiene en mis penas». Y ello es muy fácil de comprender. En efecto, ¿qué puede consolar a una persona enferma sino la magnitud de la recompensa que Dios le tiene preparada en la otra vida?

Leemos en la historia que un predicador, debiendo predicar en un hospital, escogió por asunto los sufrimientos. Expuso cómo los sufrimientos sirven para atesorar grandes méritos para el cielo, e hizo resaltar lo agradable que es a Dios una persona que sabe sufrir con paciencia. En dicho hospital había un pobre enfermo que desde hacía muchos años estaba padeciendo mucho pero que, por desgracia, se quejaba continuamente; por lo oído en aquel sermón, comprendió el gran tesoro de bienes celestiales que había perdido y, una vez terminado, se puso a llorar y a dar extraordinarios gemidos. Lo vio un sacerdote y le preguntó por qué mostraba tanta tristeza, advirtiéndole de que, si era porque alguien le había causado aquella pena, él era el administrador y podía hacerle justicia. Aquel infeliz contestó: «¡Oh!, no señor, nadie me ha hecho mal alguno, yo mismo soy quien me he dañado». —¿Cómo?, le preguntó el sacerdote. —Señor, después de sufrir tantos años, ¡cuántos bienes he perdido con los que hubiera merecido el cielo, si hubiese sabido llevar la enfermedad con paciencia! ¡Ay!, ¡qué desgraciado soy!, yo me consideraba tan digno de lástima; si hubiese comprendido la realidad de mi estado, sería la persona más feliz del mundo». Cuántas personas hablarán de la misma manera a la hora de la muerte, siendo así que sus penas, sufridas con ánimo de agradar a Dios, les habrían ganado el cielo;

ahora, en cambio, usando mal de ellas, sólo sirven para su perdición. A una mujer que desde mucho tiempo se hallaba sumida en una cama sufriendo horribles dolores y, a pesar de ello, parecía estar enteramente satisfecha, se le preguntó qué la animaba a mantenerse tranquila en un estado tan digno de compasión, contestó: «Al pensar que Dios es testigo de mis sufrimientos y que por ellos me premiará por una eternidad, experimento una alegría tal, sufro con tanto placer, que no cambiaría mi situación por todos los imperios del mundo». Ya veis, pues, cómo los que tienen la dicha de adornar su corazón con esta hermosa virtud, logran pronto cambiar sus dolores en alegrías.

Al ver en el mundo a tantas personas desgraciadas, maldiciendo su existencia y pasando su vida en una especie de infierno, perseguidas siempre por la tristeza o la desesperación, pensemos que tales desgracias provienen de no poner en Dios su confianza y de no considerar la gran recompensa que en el cielo las espera. Leemos que Santa Felicitas, temiendo que el menor de sus hijos no tuviese ánimo para soportar el martirio, le dijo a grandes voces: «Hijo mío, levanta tus ojos al cielo, que será tu recompensa; un solo momento, y habrán terminado tus sufrimientos». Tales palabras, salidas de la boca de una madre, fortalecieron de tal manera a aquel pobre hijo, que, con una alegría indescriptible, entregó su pequeño cuerpo a los tormentos que los crueles verdugos quisieron hacerle padecer. Nos dice San Francisco Javier que, estando en un país salvaje, hubo de soportar todos los padecimientos que a aquellos idólatras se les ocurrió infligirle, sin recibir consuelo alguno; pero tenía puesta de tal manera su confianza en Dios que mereció el auxilio divino de una manera visible.

Jesucristo, para darnos a entender cuánto debemos confiar en Él y cómo hemos de pedirle siempre, sin temor alguno, todo lo que necesitemos así para el alma como para el cuerpo, nos dice en su Evangelio que un hombre fue durante la noche a pedir tres panes a un amigo suyo, para dar de comer a un huésped recién llegado; el otro le contestó que estaban acostados él y sus hijos, y que no los incomodase. Pero el primero insistió en su petición, diciendo que carecía de pan para ofrecer a su visitante. Al fin, el otro accedió a darle lo que le pedía, no porque fuese su amigo, sino para librarse de hombre tan importuno. De lo cual concluye Jesucristo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; y tened la seguridad de que todo cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os será concedido».

En sexto lugar, he de deciros que nuestra esperanza ha de ser universal, es decir, hemos de acudir a Dios en todo cuanto pueda acontecernos. Si estamos enfermos, pongamos en Él toda nuestra confianza, pues tantas dolencias curó mientras estuvo en este mundo, y, si nuestra salud ha de ser para su gloria o para la salvación de nuestra alma, podemos estar seguros de obtenerla; y si, por el contrario, la enfermedad nos ha de ser más ventajosa, nos concederá las fuerzas necesarias para sufrirla con paciencia a fin de recompensarnos en la eternidad. Si nos hallamos en algún peligro, imitemos a los tres niños que aquel rey hizo arrojar en el horno de Babilonia; pusieron de tal manera su confianza en Dios, que el fuego no hizo más que quemar la cuerda que los sujetaba, de modo que se paseaban en medio de la hoguera, como en un jardín de

delicias. ¿Nos sentimos tentados? Confiemos en Jesucristo y no sucumbiremos. Este tierno Salvador nos mereció la victoria en nuestras tentaciones, permitiendo que el demonio le tentase a Él. ¿Nos domina algún mal hábito y tememos no poder salir de él? Confiemos únicamente en Dios, ya que Él nos ha merecido toda clase de gracias para vencer al demonio. Así lograremos hallar consuelo en las miserias que son inseparables de nuestra vida. Mas escuchad bien lo que nos dice San Juan Crisóstomo: para merecer tales consuelos, no hemos de dejarnos llevar de la presunción, poniéndonos voluntariamente en peligro de pecar. Nuestro Señor no nos ha prometido su gracia sino a condición de que, por nuestra parte, hagamos todo lo posible para evitar el peligro de caer. Además, hemos de procurar no abusar de la paciencia divina permaneciendo en el pecado bajo el pretexto de que Dios no dejará de perdonarnos aunque dilatemos nuestra confesión. Mucho cuidado, ya que, mientras estamos en pecado, corremos el más serio peligro de precipitarnos en el infierno; aparte de que, cuando hemos permanecido voluntariamente en el pecado, es muy dudoso que nuestro arrepentimiento, a la hora de la muerte, haya de obtenernos la salvación; porque a la hora en que espontáneamente pudimos salir del pecado permanecemos en él. Desgraciados de nosotros, ¿cómo nos atreveremos a permanecer en pecado cuando ni por un minuto tenemos nuestra vida asegurada? Nos dice el Señor que vendrá cuando menos lo sospechemos.

Digo, pues, que si bien no hemos de abusar de la esperanza, tampoco debemos desesperar de la misericordia divina, pues es infinita. Es la desesperación un pecado mayor que todos cuantos podemos haber cometido, pues por la fe sabemos que Dios no nos ha de negar el perdón, si acudimos a Él con sinceridad. La magnitud de nuestros pecados no debe engendrar en nosotros el temor de que se nos niegue el perdón; pues todos ellos, comparados con la misericordia de Dios, son menos que un grano de arena al lado de una montaña. Si Caín, después de haber matado a su hermano, hubiese pedido perdón a Dios, podía estar seguro de alcanzarlo. Si Judas se hubiese arrojado a los pies de Cristo para suplicarle el perdón, Jesucristo le habría perdonado su culpa como a San Pedro.

Pero, para terminar, ¿queréis saber por qué permanecemos tanto tiempo en pecado, y nos inquieta tanto el momento en que habremos de acusarnos de él? Ello es a causa de nuestro orgullo. Si poseyésemos una verdadera humildad, ni permaneceríamos en pecado, ni veríamos con temor la hora de acusarnos. Pidamos a Dios el menosprecio de nosotros mismos y temeremos el pecado, y lo confesaremos tan pronto lo hayamos cometido. Y concluyo diciendo que hemos de pedir a Dios con frecuencia esta hermosa virtud de la esperanza, la cual nos impulsará siempre a ejecutar nuestras acciones sólo con el ánimo de agradar a Dios. Procuremos no desesperar nunca, ni en las enfermedades ni en cualquier otra tribulación. Pensemos que todo ello son bienes que Dios nos envía para merecernos una eterna recompensa.

- [1] *Is* 49, 15.
- [2] *Sal* 146, 3.
- [3] *Jr* 17, 5- 7.
- [4] *Lc* 15.
- [5] *Ibid.*
- [6] *Ibid.* 7.
- [7] *Jn* 8.
- [8] *Jn* 4.
- [9] *Is* 1, 18.
- [10] *Mt* 6, 26-36.
- [11] *Jn* 20, 17.

SOBRE LA COMUNIÓN

Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.
El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.
(Jn 6, 51)

Si no nos lo dijese el mismo Jesucristo, ¿quién de nosotros podría llegar a comprender el amor que ha manifestado a las criaturas, dándoles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, para servir de alimento a las almas? ¡Caso admirable! Un alma tomar como alimento a su Salvador... ¡y esto no una sola vez, sino cuantas le plazca!... ¡Oh, abismo de amor y de bondad de Dios con sus criaturas!... Nos dice San Pablo que el Salvador, al revestirse de nuestra carne, ocultó su divinidad, y llevó su humillación hasta el extremo. Pero, al instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, ha velado hasta su humanidad, dejando sólo de manifiesto las entrañas de su misericordia, ¡ved de lo que es capaz el amor de Dios con sus criaturas!... Ningún sacramento puede ser comparado con la Sagrada Eucaristía. Es cierto que en el Bautismo recibimos la cualidad de hijos de Dios y, por lo tanto, nos hacemos partícipes de su reino eterno; en la Penitencia se nos curan las llagas del alma y volvemos a la amistad de Dios; pero en el adorable sacramento de la Eucaristía no solamente recibimos la aplicación de su Sangre preciosa, sino además al mismo autor de la Gracia. Nos dice San Juan que Jesucristo, «habiendo amado a los suyos hasta el fin»[\[1\]](#), halló el medio de subir al cielo sin dejar la tierra: tomó el pan en sus santas y venerables manos, lo bendijo y lo transformó en su Cuerpo; tomó el vino y lo transformó en su Sangre preciosa; y, en la persona de sus apóstoles, transmitió a todos los sacerdotes la facultad de obrar el mismo milagro cuantas veces pronunciasen las mismas palabras, a fin de que, por este prodigio de amor, pudiese permanecer entre nosotros, servirnos de alimento, acompañarnos y consolarnos. Nos dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida»[\[2\]](#). ¡Qué felicidad la de un cristiano, aspirar a un honor tan grande como es el alimentarse con el pan de los ángeles!... Pero ¡qué pocos comprenden esto!... Si comprendiésemos la magnitud de la dicha que nos cabe al recibir a Jesucristo, ¿no nos esforzaríamos continuamente en merecerla? Para daros una idea de la grandeza de aquella dicha, voy a exponeros: 1.º Lo grande que es la felicidad del que recibe a Jesucristo en la Sagrada Comunión, y 2.º Los frutos que de la misma hemos de sacar.

I. Todos sabéis que la primera disposición para recibir dignamente este gran sacramento es la de examinar la conciencia, después de haber implorado las luces del

Espíritu Santo; y confesar después los pecados, con todas las circunstancias que puedan agravarlos o cambiar de especie, declarándolos tal como Dios los dará a conocer el día en que nos juzgue. Hemos de concebir, además, un gran dolor de haberlos cometido, y hemos de estar dispuestos a sacrificarlo todo antes que volverlos a cometer. Finalmente, hemos de concebir un gran deseo de unirnos a Jesucristo. Ved la gran diligencia de los Magos en buscar a Jesús en el pesebre; mirad a la Santísima Virgen; mirad a Santa Magdalena buscando con afán al Salvador resucitado.

No quiero tomar sobre mí la empresa de mostraros toda la grandeza de este sacramento, ya que tal cosa no es dada a un hombre; tan sólo el mismo Dios puede contaros la excelsitud de tantas maravillas, pues lo que nos causará mayor admiración durante la eternidad será ver cómo nosotros, siendo tan miserables, hemos podido recibir a un Dios tan grande. Sin embargo, para daros una idea de ello, voy a mostraros cómo Jesucristo, durante su vida mortal, no pasó jamás por lugar alguno sin derramar sus bendiciones en abundancia, de lo cual deduciremos lo grandes y preciosos que deben ser los dones de que participan los que tienen la dicha de recibirle en la Sagrada Comunión. O, mejor dicho, que toda nuestra felicidad en este mundo consiste en recibir a Jesucristo en la Sagrada Comunión, lo cual es muy fácil de comprender, ya que la Sagrada Comunión aprovecha no solamente a nuestra alma alimentándola, sino además a nuestro cuerpo, según veremos ahora.

Leemos en el Evangelio que por el mero hecho de entrar Jesús, aun recluido en las entrañas de la Virgen, en la casa de Santa Isabel, que estaba también encinta, ella y su hijo quedaron llenos del Espíritu Santo; San Juan quedó hasta purificado del pecado original, y la madre exclamó: «¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme?»[3]. Calculad ahora cuánto mayor será la dicha de aquel que recibe a Jesús en la Sagrada Comunión, no en su casa como Isabel, sino en lo más íntimo de su corazón; pudiendo permanecer en su compañía, no seis meses, como aquélla, sino toda su vida. Cuando el anciano Simeón, que durante tantos años estaba suspirando por ver a Jesús, tuvo la dicha de recibirle en sus brazos, quedó tan emocionado y lleno de alegría que, fuera de sí, prorrumpió en éxtasis de amor: «Ahora, Señor —exclamó— puedes dejar a tu siervo irse en paz, según tu palabra: porque mis ojos han visto tu salvación»[4]. Pero considerad aún la diferencia entre recibirlo en brazos y contemplarlo unos instantes, o tenerlo dentro del corazón...; ¡Dios mío!, ¡qué poco conocemos la felicidad que poseemos!... Cuando Zaqueo, después de haber oído hablar de Jesús y ardiendo en deseos de verle, se vio impedido por la muchedumbre que de todas partes acudía, se encaramó a un árbol. Pero al verle, el Señor le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede en tu casa»[5]. Se dio prisa en bajar del árbol y corrió a ordenar cuantos preparativos le sugirió su hospitalidad para recibir dignamente al Salvador. Éste, al entrar en su casa, le dijo: «Hoy ha recibido esta casa la salvación». Viendo Zaqueo la gran bondad de Jesús al alojarse en su casa, dijo: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más»[6]. De manera que la sola visita de Jesucristo convirtió a un gran pecador en un gran santo, ya que Zaqueo tuvo la dicha

de perseverar hasta la muerte. Leemos también en el Evangelio que, cuando Jesucristo entró en casa de San Pedro, éste le rogó que curase a su suegra, la cual estaba poseída de una ardiente fiebre. Jesús mandó a la fiebre que cesase, y al momento quedó curada aquella mujer, hasta el punto de que les sirvió incluso la comida[7]. Mirad también a aquella mujer que padecía flujo de sangre y que se decía: «Con sólo tocar el manto me curaré»; y en efecto, al pasar Jesucristo, se arrojó a sus pies y sanó al instante[8]. ¿Cuál fue la causa de que el Salvador fuera a resucitar a Lázaro, muerto cuatro días antes?

Pues fue porque había sido recibido muchas veces en casa de aquel joven, con el cual le ligaba una amistad tan estrecha que Jesús derramó lágrimas ante su sepulcro[9]. Unos le pedían la vida, otros la curación de su cuerpo enfermo, y nadie se marchaba sin ver conseguidos sus deseos. Ya podéis considerar lo grande que es su deseo de conceder lo que se le pide. ¿Qué abundancia de gracias nos concederá, cuando Él en persona viene a nuestro corazón, para morar en él durante el resto de nuestra vida? ¡Cuánta felicidad la del que recibe la Sagrada Eucaristía con buenas disposiciones!... Quién podrá jamás comprender la dicha del cristiano que recibe a Jesús en su pecho, que desde entonces viene a convertirse en un pequeño cielo; él sólo es tan rico como toda la corte celestial.

Pero, me diréis, ¿por qué entonces la mayor parte de los cristianos son tan insensibles e indiferentes a esa dicha hasta el punto de que la desprecian, y llegan a burlarse de los que ponen su felicidad en hacerse partícipes de ella? ¡Ay!, ¿qué desgracia es comparable a la suya? Es que aquellos infelices jamás gustaron una gota de esa felicidad tan inefable. En efecto, ¡un hombre mortal, una criatura, alimentarse, saciarse de su Dios, convertirlo en su pan cotidiano!

¡Oh milagro de los milagros! ¡Amor de los amores! ¡Dicha de las dichas, ni aun conocida de los ángeles!... ¡Dios mío!, ¡cuánta alegría la de un cristiano cuya fe le dice que, al levantarse del Altar, se lleva todo el cielo dentro de su corazón! ¡Dichosa morada la de esos cristianos!... ¡Qué respeto deberán inspirarnos durante todo ese día, teniendo en casa otro tabernáculo donde habita el mismo Dios en cuerpo y alma!

Pero, me dirá tal vez alguno, si es una dicha tan grande el comulgar, ¿por qué la Iglesia nos manda comulgar solamente una vez al año? Este precepto no se ha establecido para los buenos cristianos, sino para los tibios o indiferentes, a fin de atender a la salvación de su pobre alma. En los comienzos de la Iglesia, el mayor castigo que podía imponerse a los fieles era el privarlos de la dicha de comulgar; siempre que asistían a la Santa Misa recibían también la Sagrada Comunión. ¡Dios mío!, ¿cómo pueden existir cristianos que permanezcan tres, cuatro, cinco y seis meses sin procurar a su pobre alma este alimento celestial? ¡La dejan morir de inanición! ¡Cuánta ceguera y cuánta desdicha la suya! ¡Teniendo a mano tantos remedios para curarla, y disponiendo de un alimento tan a propósito para conservar la salud! Reconozcámoslo con pena, de nada se le priva a un cuerpo que, tarde o temprano, ha de morir y ser pasto de gusanos; y, en cambio, menospreciamos y tratamos con la mayor crueldad a un alma inmortal, creada a imagen de Dios...

Previendo la Iglesia el abandono de muchos cristianos, abandono que los llevaría hasta perder de vista la salvación de sus pobres almas, confiando en que el temor del pecado les abriría los ojos, les impuso un precepto en virtud del cual debían comulgar tres veces al año: por Navidad, por Pascua y por Pentecostés. Pero, viendo más tarde que los fieles se volvían cada día más indiferentes, acabó por obligarlos a acercarse a su Dios sólo una vez al año. ¡Oh, Dios mío!, ¡qué ceguera, qué desdicha la de un cristiano que ha de ser contenido por la ley para buscar su felicidad! Así que, aunque no tengáis en vuestra conciencia otro pecado que el de no cumplir con el precepto pascual, os habréis de condenar. Pero decidme, ¿qué provecho vais a sacar dejando que vuestra alma permanezca en un estado tan miserable? Si hemos de dar crédito a vuestras palabras, estáis tranquilos y satisfechos; pero, decidme, ¿dónde podéis hallar esa tranquilidad y satisfacción? ¿Será porque vuestra alma espera sólo el momento en que la muerte vaya a herirla para ser después arrastrada al infierno? ¿Será porque el demonio es vuestro dueño y señor? ¡Cuánta ceguera, cuánta desdicha la de aquellos que han perdido la fe!

Además, ¿por qué ha establecido la Iglesia el uso del pan bendito, el cual se distribuye durante la Santa Misa, después de dignificado por la bendición? Si no lo sabéis, ahora os lo diré. Es para consuelo de los pecadores, y al mismo tiempo para llenarlos de confusión. Digo que es para consuelo de los pecadores porque, recibiendo aquel pan, que está bendecido, participan de algún modo de la dicha que invade a los que reciben a Jesucristo, uniéndose a ellos por una fe vivísima y un ardiente deseo de recibir a Jesús. Pero es también para llenarlos de confusión: en efecto, si no está extinguida su fe, ¿qué confusión mayor que la de ver a un padre o a una madre, a un hermano o a una hermana, a un vecino o a una vecina, acercarse al Altar, alimentarse con el Cuerpo adorable de Jesús, mientras ellos se privan a sí mismos de aquella dicha? ¡Dios mío! ¡y es incluso más triste cuando el pecador no penetra el alcance de dicha privación!... Todos los Santos Padres se alegran de reconocer que, al recibir a Jesucristo en la Sagrada Comunión, recibimos todo género de bendiciones para el tiempo y para la eternidad; en efecto, si pregunto a un niño: «¿Debemos tener ardientes deseos de comulgar?» —Sí, Padre, me responderá. —Y ¿por qué? —Por los excelentes efectos que la comunión causa en nosotros. —Pero, ¿cuáles son estos efectos? Y él me dirá: «la Sagrada Comunión nos une íntimamente a Jesús, debilita nuestra inclinación al mal, aumenta en nosotros la vida de la gracia, y es para los que la reciben un comienzo y una prenda de vida eterna».

1.º Digo, en primer lugar, que la Sagrada Comunión nos une íntimamente a Jesús. Es una unión tan estrecha que el mismo Jesucristo nos dice: «Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él»[\[10\]](#); de manera que por la Sagrada Comunión la Sangre adorable de Jesús corre verdaderamente por nuestras venas, y su Carne se mezcla con nuestra carne; lo cual hace exclamar a San Pablo: «No soy yo quien obra y quien piensa; es Jesucristo que obra y piensa en mí. No soy yo quien vive; es Jesucristo quien vive en mí». Dice San León que, al tener la dicha de comulgar,

encerramos verdaderamente dentro de nosotros mismos el Cuerpo adorable, la Sangre preciosa y la divinidad de Jesucristo. Y, decidme, ¿comprendéis toda la magnitud de una dicha tal? No, sólo en el cielo nos será dado comprenderla. ¡Dios mío!, ¡una criatura enriquecida con tan precioso don!

2.º Digo que, al recibir a Jesús en la Sagrada Comunión se nos aumenta la gracia. Ello es de fácil comprensión, ya que, al recibir a Jesús, recibimos la fuente de todas las bendiciones espirituales que se derraman en nuestra alma. En efecto, el que recibe a Jesús siente reanimar su fe; quedamos más y más penetrados de las verdades de nuestra santa religión; sentimos en toda su grandeza la malicia del pecado y sus peligros; el pensamiento del juicio final nos llena de mayor espanto; y nos hacemos más sensibles ante la pérdida de Dios. Recibiendo a Jesucristo nuestro espíritu se fortalece, somos más firmes en nuestras luchas, nuestros actos están inspirados por la más pura intención, y nuestro amor se va ensalzando cada vez más. Al pensar que poseemos a Jesucristo dentro de nuestro corazón experimentamos un inmenso placer, y esto nos ata, nos une tan estrechamente con Dios, que nuestro corazón no puede pensar ni desear más que a Él. La idea de la posesión perfecta de Dios llena de tal manera nuestra mente que nuestra vida nos parece larga; envidiamos la suerte, no de aquellos que viven mucho tiempo, sino de los que salen pronto de este mundo para reunirse con Dios para siempre. Todo cuanto es indicio de la destrucción de nuestro cuerpo nos regocija. Tal es el primer efecto que en nosotros causa la Sagrada Comunión, cuando tenemos nosotros la dicha de recibir dignamente a Jesucristo.

3.º Decimos también que la Sagrada Comunión debilita nuestra inclinación al mal, y ello se comprende fácilmente. La Sangre preciosa de Jesucristo corre por nuestras venas, y su Cuerpo adorable que se mezcla con el nuestro no puede menos que destruir o, al menos debilitar en alto grado, la inclinación al mal, efecto del pecado de Adán. Es esto tan cierto que, después de recibir a Jesús Sacramentado, se experimenta un gusto insólito por las cosas del cielo a la par que un gran desprecio por las cosas de la tierra. Decidme, ¿cómo podrá el orgullo tener cabida en un corazón que acaba de recibir a un Dios que, para bajar a él, se humilló hasta anonadarse? ¿Se atreverá en aquellos momentos a pensar de sí mismo que es alguna cosa? Por el contrario, ¿habrá humillaciones y desprecios que le parezcan suficientes? Un corazón que acaba de recibir a un Dios tan puro, a un Dios que es la misma santidad, ¿no concebirá el horror y la execración más firmes de todo pecado de impureza? ¿No estará dispuesto a ser despedazado antes que consentir, no ya la menor acción, sino tan sólo el menor pensamiento inmundo? Un corazón que en el Altar acaba de recibir a Aquel que es dueño de todo lo creado y que pasó toda su vida en la mayor pobreza, que «no tenía ni donde reclinar su cabeza» santa y sagrada, si no era sobre un montón de paja; que murió desnudo en una cruz; decidme: ¿ese corazón podrá aficionarse a las cosas del mundo, viendo cómo vivió Jesucristo? Una lengua que hace poco ha sostenido a su Creador y a su Salvador, ¿se atreverá a emplearse en palabras inmundas y besos impuros? No, sin duda jamás se atreverá a ello. Unos ojos que hace poco deseaban contemplar a su Creador, más radiante que el mismo sol, ¿podrían, después de lograr

aquella dicha, poner su mirada en objetos impuros? Parece imposible. Un corazón que acaba de servir de trono a Jesucristo, ¿se atreverá a echarlo de sí, para poner en su lugar el pecado o al demonio mismo? Un corazón que haya gozado una vez de los castos brazos de su Salvador, solamente en Él hallará su felicidad. Un cristiano que acaba de recibir a Jesucristo, que murió por sus enemigos, ¿podrá desear la venganza contra aquellos que le causaron algún daño? Indudablemente no; antes se complacerá en procurarles el mayor bien posible. Por eso decía San Bernardo a sus religiosos: «Hijos míos, si os sentís menos inclinados al mal, y más al bien, dad por ello gracias a Jesucristo, quien os concede esta gracia en la Sagrada Comunión».

4.º Hemos dicho que la Sagrada Comunión es para nosotros «prenda de vida eterna», de manera que ello nos asegura el cielo; estas son las arras que nos envía el cielo en garantía de que un día será nuestra morada; y, más aún, Jesucristo hará que nuestros cuerpos resuciten tanto más gloriosos cuanto más frecuente y dignamente hayamos recibido el suyo en la Comunión. ¡Si pudiésemos comprender cuánto le agrada a Jesús venir a nuestro corazón!... ¡Y, una vez allí, no querría salir nunca, no sabe separarse de nosotros, ni durante nuestra vida ni después de nuestra muerte! Leemos en la vida de Santa Teresa que, después de muerta, se apareció a una religiosa acompañada de Jesucristo; admirada aquella religiosa viendo al Señor aparecersele junto con la Santa, preguntó a Jesucristo por qué se aparecía así. Y el Salvador contestó que Teresa había estado en vida tan unida a Él por la Sagrada Comunión, que ahora no sabía separarse de ella. Ningún acto enriquece tanto a nuestro cuerpo de cara a ganar el cielo como la Sagrada Comunión.

¡Cuánta será la gloria de los que habrán comulgado dignamente y con frecuencia! El Cuerpo adorable de Jesús y su Sangre preciosa, diseminados en todo nuestro cuerpo, se parecerán a un hermoso diamante envuelto en una fina gasa, el cual, aunque oculto, resalta más y más. Si dudáis de ello, escuchad a San Cirilo de Alejandría, quien nos dice que aquel que recibe a Jesucristo en la Sagrada Comunión está tan unido a Él que ambos se asemejan a dos fragmentos de cera que se hacen fundir juntos hasta el punto de constituir uno solo, quedando de tal manera mezclados y confundidos que ya no es posible separarlos ni distinguirlos. ¡Qué felicidad la de un cristiano que alcance a comprender todo esto! Santa Catalina de Siena, en sus éxtasis de amor, exclamaba: «¡Dios mío! ¡Salvador mío! ¡qué exceso de bondad con las criaturas al entregaros a ellas con tanto afán! ¡Y al entregaros, les dais también cuanto tenéis y cuanto sois! Dulce Salvador mío —decía ella—, os conjuro a que rociéis mi alma con vuestra Sangre adorable y alimentéis mi pobre cuerpo con el vuestro tan precioso, a fin de que mi alma y mi cuerpo no sean más que para Vos, y no aspiren a otra cosa que agradaros y a poseeros». Dice Santa Magdalena de Pazzi que bastaría una sola Comunión, hecha con un corazón puro y un amor tierno, para elevarnos al más alto grado de perfección. La beata Victoria decía a los que veía desfallecer en el camino del cielo: «Hijos míos, ¿por qué os arrastráis así en las vías de salvación? ¿Por qué estáis tan faltos de valor para trabajar, para merecer la gran dicha de poderos sentar al Altar y comer allí el Pan de los ángeles, que tanto fortalece a los débiles? ¡Si

supieseis cuánto endulza este pan las miserias de la vida!, ¡si tan sólo una vez hubieseis experimentado lo bueno y generoso que es Jesús para el que lo recibe en la Sagrada Comunión...! Adelante, hijos míos, id a comer ese Pan de los fuertes, y volveréis llenos de alegría y de valor; entonces sólo desearéis los sufrimientos, los tormentos y la lucha para agradar a Jesucristo». Santa Catalina de Génova estaba tan hambrienta de este Pan celestial que no podía verlo en las manos del sacerdote sin sentirse morir de amor; tan grande era su anhelo de poseerlo que prorrumpía en estas exclamaciones: «Señor, ¡venid a mí! ¡Dios mío, venid a mí, que no puedo más! ¡Dios mío, dignaos venir dentro de mi corazón, pues no puedo vivir sin Vos! ¡Vos sois toda mi alegría, toda mi felicidad, todo el aliento de mi alma!».

Si pudiésemos hacernos aunque fuese tan sólo una pequeña idea de la magnitud de una dicha tal, no desearíamos la vida más que para que nos fuese dado hacer de Jesucristo el pan nuestro de cada día. Nada serían para nosotros todas las cosas creadas, las despreciaríamos para unirnos sólo con Dios, y todos nuestros pasos, todos nuestros actos, sólo se dirigirían a hacernos más dignos de recibirle.

II. Sin embargo, si por la Sagrada Comunión tenemos la dicha de recibir todos esos dones, debemos poner de nuestra parte todo lo posible para hacernos dignos de ellos; lo cual vamos a ver ahora de una manera muy clara. Si pregunto a un niño cuáles son las disposiciones necesarias para comulgar bien, esto es, para recibir dignamente el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo, a fin de que con el sacramento recibamos también las gracias que se conceden a los que se hallan en buenas disposiciones, me contestará: «Hay dos clases de disposiciones, unas que se refieren al alma y otras que se refieren al cuerpo». Como Jesús viene al mismo tiempo a nuestro cuerpo y a nuestra alma, hemos de procurar que uno y otra aparezcan dignos de ese favor.

1.º Digo que la primera disposición es la que se refiere al cuerpo, o sea, estar en ayunas, no haber comido ni bebido nada desde la medianoche. Si estáis en duda de si era o no medianoche cuando comisteis, tendréis que aplazar la Comunión para otro día^[11]. Algunos se acercan a comulgar con esta duda, pero tal conducta os expone a cometer un gran pecado o, al menos, a no sacar fruto alguno de vuestra comunión, lo cual es siempre lamentable, sobre todo si fuese el último día del tiempo pascual, de un jubileo o de una gran festividad. Así pues, debéis absteneros de ello, cualquiera que sea el pretexto. Hay mujeres que, antes de comulgar, no tienen reparo en probar la comida que han de dar a sus hijos, tomándola en la boca y soltándola en seguida, creyendo que así no quebrantan el ayuno. Desconfiad de este proceder, ya que es muy difícil practicar esto sin que esa comida no descienda cuello abajo.

2.º Digo también que debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, pero tampoco deben ser descuidados y estropeados: a menos que no tengáis otro vestido, habéis de presentaros limpios y aseados. Algunos no tienen con qué cambiarse; otros no se cambian por negligencia. Los primeros en nada faltan, ya que no es culpa suya; pero los otros obran mal, ya que ello es una falta de respeto a Jesús, que con tanto placer entra en su corazón. Habéis de venir bien

peinados, con el rostro y las manos limpias; y nunca debéis comparecer al Altar sin calzar buenas o malas medias. No obstante, esto no quiere decir que apruebe la conducta de esas jóvenes que no hacen diferencia entre acudir al Altar o a un baile; no sé cómo se atreven a presentarse con tan vanas y frívolas vestimentas ante un Dios humillado y despreciado. ¡Dios mío, Dios mío, qué contraste...!

La tercera disposición es la pureza del cuerpo. A este sacramento se le llama «Pan de los ángeles», lo cual nos indica que, para recibirlo dignamente, hemos de acercarnos todo lo posible a la pureza de los ángeles. San Juan Crisóstomo nos dice que aquellos que tienen la desgracia de dejar que su corazón sea presa de la impureza, deben abstenerse de comer el Pan de los ángeles, pues, de lo contrario, Dios los castigaría. En los primeros tiempos de la Iglesia, al que pecaba contra la santa virtud de la pureza se le condenaba a permanecer tres años sin comulgar; y, si recaía, se le privaba de la Eucaristía durante siete años. Ello se comprende fácilmente, ya que este pecado mancha el alma y el cuerpo. El mismo San Juan Crisóstomo nos dice que la boca que recibe a Jesucristo y el cuerpo que lo guarda dentro de sí deben ser más puros que los rayos del sol. Es necesario que todo nuestro porte exterior dé, a los que nos ven, la sensación de que nos preparamos para algo grande.

Habréis de convenir conmigo en que, si para comulgar son tan necesarias las disposiciones del cuerpo, mucho más lo habrán de ser las del alma, a fin de hacernos merecedores de las gracias que Jesucristo nos trae al venir a nosotros en la Sagrada Comunión. Si en el Altar queremos recibir a Jesús en buenas disposiciones, es necesario que nuestra conciencia no nos recuerde en lo más mínimo en lo que a pecados graves se refiere; hemos de estar seguros de que empleamos en examinar nuestros pecados el tiempo necesario para poder confesarlos con precisión. Tampoco debe remordarnos la conciencia la acusación que hemos hecho de estos pecados en el tribunal de la Penitencia; en vez de ello hemos de mantener un firme propósito de poner, con la gracia de Dios, todos los medios para no recaer. Es preciso además estar dispuesto a cumplir, en cuanto nos sea posible hacerlo, la penitencia que nos ha sido impuesta. Para comprender mejor la grandeza de la acción que vamos a realizar, hemos de mirar el Altar como el tribunal de Jesucristo ante el cual vamos a ser juzgados.

Leemos en el Evangelio que, cuando Jesucristo instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, escogió para ello un recinto decente y grande[12], para darnos a entender el cuidado que hemos de poner en adornar nuestra alma con toda clase de virtudes, a fin de recibir dignamente a Jesucristo en la Sagrada Comunión. Y más aún, antes de darles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, se levantó Jesús de la mesa y lavó los pies a sus apóstoles[13], indicándonos así hasta qué punto debemos estar exentos de pecado, aun de la más leve culpa, despreciando incluso el pecado venial. Debemos renunciar plenamente a nosotros mismos en todo lo que sea contrario a nuestra conciencia; no resistirnos a hablar, ni a ver, ni a amar en lo íntimo de nuestro corazón a los que en algo hayan podido ofendernos... Mejor dicho, cuando vamos a recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Sagrada Comunión, es preciso que nos hallemos en

disposición de morir y comparecer confiadamente ante el tribunal de Jesús. Nos dice San Agustín: «Si queréis comulgar de manera que vuestro acto sea agradable a Jesús, es necesario que os halléis desligados de cuanto le pueda disgustar en lo más mínimo». San Pablo nos encomienda a todos que nos examinemos cada uno a nosotros mismos y comamos entonces del pan y bebamos del cáliz[14]; ya que, si nuestra alma no está del todo limpia, atraeremos toda suerte de desgracias en este mundo y en el otro. Dice San Bernardo: «Para comulgar dignamente, hemos de hacer como la serpiente cuando quiere beber. Para que el agua le aproveche, arroja primero su veneno». Nosotros hemos de hacer lo mismo: cuando queramos recibir a Jesucristo, arrojemos nuestra ponzoña en el pecado, el cual envenena nuestra alma y a Jesucristo; pero, como nos dice aquel gran santo, es preciso que lo arrojemos de veras: «Hijos míos —exclama—, no emponzoñéis a Jesucristo en vuestro corazón».

Sí, los que se acercan al Altar sin haber purificado del todo su corazón se exponen a recibir el castigo de aquel servidor que se atrevió a sentarse a la mesa sin llevar el vestido de bodas. El dueño ordenó a sus criados que le prendiesen, le atasen de pies y manos y le arrojasen a las tinieblas de afuera[15]. Asimismo, en la hora de la muerte dirá Jesucristo a los desgraciados que le recibieron en su corazón sin haberse convertido: «¿Por qué osasteis recibirme en vuestro corazón, teniéndolo manchado con tantos pecados?». Nunca debemos olvidar que para comulgar es preciso estar convertido y en una firme resolución de perseverar. Ya hemos visto que Jesucristo, cuando quiso dar a los apóstoles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, para indicarles la pureza con que debían recibirle, llegó incluso a lavarles los pies. Con lo cual, quiere mostrarnos que jamás estaremos suficientemente purificados de pecados veniales. Es cierto que el pecado venial no es causa de que comulgemos indignamente, pero sí lo es de que saquemos poco fruto de la Sagrada Comunión. La prueba de ello es evidente: mirad cuántas comuniones hemos hecho en nuestra vida; pues bien, ¿hemos mejorado en algo? La verdadera causa está en que casi siempre conservamos nuestras malas inclinaciones, de las cuales rara vez nos enmendamos. Sentimos horror a esos grandes pecados que causan la muerte del alma; pero damos poca importancia a esas leves impaciencias, a esas quejas que exhalamos cuando nos sobreviene alguna pena, a esas mentirijillas con las que salpicamos nuestra conversación: todo esto lo cometemos sin gran escrúpulo. Habréis de convenir conmigo en que, a pesar de tantas confesiones y comuniones, continuáis siendo los mismos, y que vuestras confesiones, desde hace muchos años, no son más que una repetición de los mismos pecados, los cuales, aunque veniales, no dejan por esto de haceros perder una gran parte del mérito de la Comunión. Se os oye decir, y con razón, que no sois mejores ahora de lo que erais antes; pero, ¿y quién os impide mejorar? Si sois siempre los mismos, es ciertamente porque no queréis hacer ni un pequeño esfuerzo en corregiros; no queréis aceptar sufrimiento alguno ni aceptáis de buen grado que alguien os contradiga; quisierais que todo el mundo os amase y tuviese en buena opinión, sin reparar que esto es muy difícil. Procuremos trabajar para destruir todo cuanto pueda desagradar a Dios en lo más mínimo, y veremos lo rápido

que nos harán marchar nuestras comuniones por el camino del cielo y, cuanto más frecuentes y numerosas sean, nos veremos además más desligados del pecado y más cercanos a nuestro Dios.

Dice Santo Tomás que la pureza de Jesucristo es tan grande que el menor pecado venial le impide unirse a nosotros con la intimidad que Él desearía. Por eso, para recibir plenamente a Jesús es preciso tener en la mente y en el corazón una gran pureza de intención. Algunos, al comulgar, tienen los ojos fijos en el mundo, y piensan o bien que se los apreciará, o bien que se los despreciará: poco valen los actos realizados de este modo. Otros comulgan por costumbre o rutina en determinados días o festividades. Estas son unas comuniones muy pobres, puesto que les falta pureza de intención.

Los motivos que han de llevarnos al Altar son: 1.º Porque Jesucristo nos lo ordena, bajo pena de no alcanzar la vida eterna; 2.º La gran necesidad que de la Comunión tenemos para fortalecernos contra el demonio; 3.º Para desligarnos de esta vida y unirnos más y más a Dios. Decimos que tenemos una grandísima dicha de recibir a Jesucristo, una dicha tan grande que con ella llegamos a causar envidia a los ángeles (ellos pueden amarle y adorarle como nosotros, pero no pueden recibirle como le recibimos nosotros, privilegio que en alguna manera nos coloca en un nivel superior a los ángeles). Considerando esto, huelga considerar la pureza y el amor con que debemos presentarnos a recibir a Jesús. Hemos de comulgar con la intención de recibir las gracias que necesitamos. Si nos falta la paciencia, la humildad o la pureza, en la Sagrada Comunión hallaremos todas estas virtudes y las demás que a un cristiano le son necesarias. 4.º Hemos de acercarnos al Altar para unirnos a Jesús, para transformarnos en Él, lo cual sucede a todos los que le reciben santamente. Si comulgamos frecuente y dignamente, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros pasos y nuestras acciones se encaminarán al mismo objeto que los de Jesucristo cuando vivía aquí en la tierra. Amamos a Dios, nos conmovemos ante las miserias espirituales y hasta temporales del prójimo, evitamos el poner afición a las cosas de la tierra; nuestro corazón y nuestra mente no piensan ni suspiran más que por el cielo.

Para hacer una buena comunión, es preciso tener una viva fe en lo que concierne a este gran misterio; siendo este sacramento un «misterio de fe», hemos de creer con firmeza que Jesucristo está realmente presente en la Sagrada Eucaristía, y que está allí vivo y glorioso como en el cielo. Antiguamente el sacerdote, antes de dar la Sagrada Comunión y sosteniendo en sus dedos la santa Hostia, decía en voz alta: «¿Creéis que el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo están verdaderamente en este sacramento?». Y entonces respondían a coro los fieles: «Sí, lo creemos»[\[16\]](#). ¡Qué dicha la de un cristiano, sentarse a la mesa de las vírgenes y comer el Pan de los fuertes! Nada hay que nos haga tan temibles al demonio como la Sagrada Comunión, y aún más, ella nos conserva no sólo la pureza del alma sino también la del cuerpo. Ved lo que le sucedió a Santa Teresa: se había hecho tan agradable a Dios recibiendo tan digna y frecuentemente a Jesús en la Comunión que un día se le apareció

Jesucristo y le dijo que le complacía tanto su conducta que, si no existiese el cielo, crearía uno exclusivamente para ella. Vemos en su vida que un día, fiesta de Pascua, después de la Sagrada Comunión, quedó tan traspasada por sus embelesos de amor a Dios que, al volver en sí, se encontró la boca llena de sangre de Jesús que parecía salir de sus venas; lo cual le comunicó tanta dulzura y delicia que creyó morir de amor. Decía ella: «Vi a mi Salvador, y me dijo: Hija mía, quiero que esta Sangre adorable que te causa un amor tan ardiente, se emplee en tu salvación; no temas que jamás haya de faltarte mi misericordia. Cuando derramé mi sangre preciosa, solo experimenté dolores y amargas; mas tú, al recibirla, experimentarás tan solo dulzura y amor». En muchas ocasiones, cuando la Santa comulgaba, bajaban del cielo una multitud de ángeles, que hallaban sus delicias en unirse a ella para alabar al Salvador que Teresa guardaba encerrado en su corazón. Muchas veces se vio a la Santa sostenida por los ángeles en una alta tribuna, junto al Altar. ¡Oh!, si hubiésemos experimentado la grandeza de esta felicidad una sola vez, no tendríamos que vernos tan instados para venir a hacernos partícipes de la misma.

Santa Gertrudis preguntó un día a Jesús qué era preciso hacer para recibirle de la manera más digna posible, y Jesucristo le contestó que era necesario un amor igual al de todos los santos juntos, y que el solo deseo de tenerlo sería ya recompensado. ¿Queréis saber cómo debéis comportaros cuando vais a recibir al Señor? Durante el tiempo de preparación conversad con Jesús, que reina ya en vuestro corazón; pensad que va a bajar sobre el altar y que de allí vendrá a vuestro corazón para visitar vuestra alma y enriquecerla con toda clase de dones y prosperidades. Debéis acudir a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, a fin de que todos rueguen a Dios y os alcancen la gracia de recibirle lo más dignamente posible. Aquel día habéis de acudir con gran puntualidad a la santa Misa y oírla con más devoción que nunca. Nuestra mente y nuestro corazón deberán mantenerse siempre al pie del tabernáculo, anhelar constantemente la llegada de tan feliz momento, y no ocupar los pensamientos en nada terreno, sino solamente en cosas del cielo, quedando tan ensimismados en la contemplación de Dios que parezcáis muertos para el mundo. No habéis de dejar de tener vuestro devocionario o vuestro rosario, y rezar con el mayor fervor posible las oraciones adecuadas a fin de reanimar en vuestro corazón la fe, la esperanza y un vivo amor a Jesús, quien dentro de breves momentos va a convertir vuestro corazón en su tabernáculo o, si queréis, en un pequeño cielo. ¡Cuánta felicidad, cuánto honor, Dios mío, para unos miserables como nosotros! También hemos de demostrarle un gran respeto. ¡Un ser tan indigno y pequeño! Pero al mismo tiempo abrigamos la confianza de que, a pesar de todo, se apiadará de nosotros. Después de haber rezado las oraciones indicadas, ofreced la Comunión por vosotros y por los demás, según vuestras particulares intenciones; para acercaros al Altar, os levantaréis con gran modestia, indicando así que vais a hacer algo grande; os arrodillaréis y, en presencia de Jesús Sacramentado, pondréis todo vuestro esfuerzo en avivar la fe, a fin de que por ella sintáis la grandeza y excelsitud de vuestra dicha. Vuestra mente y vuestro corazón deben estar sumidos en el Señor. Cuidad de no volver la cabeza a uno y otro

lado y, con los ojos medio cerrados y las manos juntas, rezaréis el «Yo pecador». Si debieseis esperar algunos instantes, alentad en vuestro corazón un ferviente amor a Jesucristo, suplicándole con humildad que se digne venir a vuestro corazón miserable.

Después que hayáis tenido la inmensa alegría de comulgar, os levantaréis con modestia, volveréis a vuestro sitio y os pondréis de rodillas, cuidando de no tomar en seguida el libro o rosario; ante todo, deberéis conversar unos momentos con Jesucristo, al que tenéis la dicha de albergar en vuestro corazón, donde, durante un cuarto de hora, está en cuerpo y alma como en su vida mortal. ¡Oh, felicidad infinita! ¡Quién podrá jamás comprenderla!... ¡Ay!, ¡qué pocos penetran su alcance!... Después de haber pedido a Dios todas las gracias que deseáis para vosotros y para los demás, podéis tomar vuestro devocionario. Habiendo ya rezado las oraciones para después de la Comunión, llamaréis en vuestra ayuda a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, para dar juntos gracias a Dios por el favor que acaba de dispensaros. Habéis de andar con mucho cuidado en no escupir, a lo menos hasta después de haber transcurrido cosa de media hora desde la Comunión. No saldréis de la iglesia al momento de terminar la santa Misa, sino que os aguardaréis algunos instantes para pedir al Señor fortaleza en cumplir vuestros propósitos... Si os queda durante el día algún rato libre, lo emplearéis en la lectura de algún libro devoto, o bien practicando la visita al Santísimo Sacramento, para agradecerle la gracia que os ha dispensado por la mañana. Finalmente, debéis vigilar bien vuestros pensamientos, palabras y acciones, a fin de conservar la gracia de Dios todos los días de vuestra vida.

¿Qué deberemos sacar de aquí? Nada sino una firme convicción de que toda nuestra dicha consiste en llevar una vida digna de recibir con frecuencia a Jesús en nuestro pecho, para así poder esperar confiadamente el cielo, que a todos deseo.

[1] *Jn* 13, 1.

[2] *Jn* 6, 54-55.

[3] *Lc* 1, 43.

[4] *Ibid.* 2, 29-30.

[5] *Ibid.* 19, 5.

[6] *Ibid.* 19, 8.

[7] *Lc* 4, 38-39.

[8] *Mt* 9, 20.

[9] *Jn* 11.

[10] *Jn* 6, 55-56.

[11] La doctrina del Catecismo de la Iglesia Católica estipula que únicamente la infracción cierta del ayuno natural obliga bajo pecado a abstenerse de la Sagrada Comunión. Según esta doctrina, ni el agua natural ni las medicinas rompen el ayuno eucarístico (cf CIC can. 919).

[12] *Lc* 22, 12.

[13] *Jn* 13, 4.

[14] *1 Co* 11, 28.

[15] *Mt* 22, 13.

[16] S. Ambrosio, *De Sacramentis*, lib. IV, cap. 5.

SOBRE LA VIRTUD VERDADERA Y LA FALSA

A fructibus eorum cognoscetis eos.
Por sus frutos los conoceréis.
(Mt 7, 16)

Jesucristo no podía darnos señales más claras y seguras para conocer a los buenos cristianos y distinguirlos de los malos, que indicándonos la manera de conocerlos, a saber, juzgarlos por sus obras, y no por sus palabras. «Un árbol bueno —nos dice— no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos»[\[1\]](#). Un cristiano que sólo tenga una falsa devoción, una virtud afectada y meramente exterior, a pesar de todas sus precauciones para disfrazarse, no tardará en dejar ver los desórdenes de su corazón, ya por las palabras, ya por las obras. No hay nada más común que esa virtud aparente que conocemos con el nombre de hipocresía; pero no más detestable es que casi nadie quiere reconocerla. ¿Tendremos que dejar a esos infelices en un estado tan deplorable que los precipite irremisiblemente al infierno? No, intentemos al menos que, de alguna manera, se den cuenta de su situación. Pero, ¡Dios mío! ¿quién querrá reconocerse culpable? ¡Casi nadie! ¿Servirá, pues, este sermón para confirmarlos más y más en su ceguera? A pesar de todo, quiero hablaros como si mis palabras tuviesen que aprovecharos.

Para daros a conocer el infeliz estado de esos pobres cristianos, que tal vez se condenan haciendo el bien por no acertar en la manera de hacerlo, voy a mostraros: 1.º Cuáles son las condiciones de la verdadera virtud; 2.º Cuáles son los defectos de la virtud aparente. Escuchad con atención este discurso, porque puede serviros mucho en todo lo que hagáis para servir a Dios.

Si me preguntáis por qué hay tan pocos cristianos que obren con la intención exclusiva de agradar a Dios, ved la razón de ello. Es porque la mayor parte de los cristianos se hallan sumidos en la más espantosa ignorancia, lo cual hace que todo su obrar sea meramente humano. De manera que, si comparaseis sus intenciones con las de los paganos, no encontraríais ninguna diferencia. ¡Ay!, ¡cuántas buenas obras se pierden para el cielo! Otros, que ya cuentan con mayores luces, no buscan más que la estima de los hombres, procurando disfrazar todo lo posible su estado espiritual: su exterior parece excelente, al paso que «por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre»[\[2\]](#). En el día del juicio veremos cómo la religión de la mayor parte de los cristianos no fue más que una religión de capricho o de rutina, es decir, dominada por la humana inclinación, y que fueron muy pocos los que buscaron en sus actos únicamente a Dios.

Ante todo, hemos de advertir que un cristiano que quiera trabajar con sinceridad para su salvación no debe contentarse con practicar buenas obras; debe saber además por qué las hace, y la manera de practicarlas.

En segundo lugar, hay que tener presente que no basta parecer virtuoso a los ojos del mundo, sino que debemos tener la virtud en el corazón. Si me preguntáis ahora cómo podremos conocer la verdadera virtud, cómo estaremos convencidos de que ella nos llevará al cielo, aquí vais a verlo: atended bien y grabad en vuestro corazón estas enseñanzas, para que así podáis conocer el mérito y la bondad de cada una de vuestras acciones. Para que una obra sea agradable a Dios debe reunir tres condiciones: primera, que sea interior y perfecta; segunda, debe ser humilde y sin atender a la propia estimación; tercera, debe ser constante y perseverante. Si en todos vuestros actos halláis estas tres condiciones, tened la seguridad de que trabajáis para el cielo.

I. Hemos dicho que debe ser interior: no basta con que aparezca al exterior. Es preciso que radique en el corazón y que su principio y su alma sea únicamente la caridad, pues nos dice San Gregorio que todo cuanto pide Dios de nosotros ha de tener por fundamento el amor que le debemos. Nuestro exterior, pues, no debe ser más que un instrumento para manifestar lo que pasa en nuestro interior. Así pues, siempre que nuestros actos no reconozcan en su origen un movimiento del corazón, estaremos actuando hipócritamente a los ojos de Dios.

Al mismo tiempo decimos que la virtud ha de ser perfecta; es decir, no hay bastante con aficionarnos a la práctica de algunas virtudes porque se avienen con nuestras inclinaciones; debemos practicarlas todas, es decir, todas las compatibles con nuestro estado. Nos dice San Pablo que, para nuestra santificación, debemos hacer abundante provisión de toda clase de buenas obras. Según esto, veremos que hay muchas personas que se engañan en la práctica del bien y van derechas al infierno. Son muchos los que ponen toda su confianza en alguna virtud, que practican porque su inclinación los lleva a ello; por ejemplo: una madre vivirá muy confiada porque reparte algunas limosnas, practica con asiduidad sus oraciones, frecuenta los sacramentos y hasta lee libros piadosos; pero ella misma ve sin inquietarse cómo sus hijos van dejando las prácticas de piedad y se apartan de los sacramentos. Sus hijos no cumplen con la Pascua, pero su madre les permite acudir a veces a lugares de placer, a bailes, a bodas, a reuniones mundanas; le gusta que sus hijas figuren en sociedad porque cree que, si no frecuentan esos sitios mundanos, pasarán inadvertidas y no tendrán ocasión de colocarse ventajosamente. No hay duda de que así pasarían más inadvertidas, pero para los libertinos; no tendrían ocasión de acabar con aquellos que después las van a maltratar como si fueran viles esclavas. Pero lo que preocupa a esa madre es verlas bien acomodadas, verlas en compañía de jóvenes de posición. Y con esto y algunas oraciones y buenas obras que practica, la infeliz cree que va por el camino del cielo. Pobre madre ciega e hipócrita, que no posees más que una apariencia de virtud. Vas confiada porque practicas la visita al Santísimo Sacramento: no hay duda de que es una obra buena, pero tu hija está en el baile y se deja ver en el café en compañía de gente libertina, de cuyas bocas salen con frecuencia las más

inmundas torpezas; vuestra hija, por la noche, está donde no debiera estar. Vamos, madre ciega y reprobada, sal de aquí y deja tus oraciones, ¿no ves que tu conducta se asemeja a la de los judíos, que doblaban la rodilla ante Jesús sólo para simular que le adoraban? ¡Vienes a adorar al buen Dios mientras tus hijos están a punto de crucificarle! ¡Pobre ciega! No sabes ni lo que dices ni lo que haces; tu oración no es más que una injuria inferida a Dios Nuestro Señor. Empieza saliendo a buscar a tu hija que está perdiendo su alma, y vuelve después aquí para implorar a Dios vuestra conversión.

Un padre cree hacer bastante manteniendo el orden dentro de su casa; no quiere oír juramentos ni palabras torpes. Eso está muy bien, pero no tiene escrúpulo en dejar que sus hijos frecuenten las casas de juego, las ferias, fiestas y lugares de placer. Este mismo padre permite que sus obreros trabajen en domingo bajo cualquier pretexto, tal vez solamente para no contrariar a sus colonos o jornaleros. Sin embargo, le veréis en el templo adorando al Señor con gran devoción, sin distraerse, tal vez postrado humildemente ante la divina presencia. Dime, amigo, ¿con qué ojos crees que mirará Dios a tales personas? Vamos, hijo mío, estás ciego; ve a instruirte acerca de tus deberes, y después podrás venir a ofrecer a Dios tus oraciones. ¿No ves cómo tu papel es semejante al de Pilatos, que reconocía a Jesús y, con todo, le condenó? Veréis a ese otro muy caritativo, repartiendo muchas limosnas y conmovido por las miserias del prójimo. Muy buenas obras son esas, pero deja que sus hijos crezcan en la mayor ignorancia, tal vez sin saber lo más esencial para salvarse. Vamos, amigo mío, estás ciego; tus limosnas y tu conmiseración te llevan, a grandes pasos, al infierno. El de más allá posee las mejores cualidades y está dispuesto a servir a todo el mundo, pero no puede soportar ni a su mujer ni a sus hijos, a quienes llena de injurias y tal vez de malos tratos. Vamos, amigo, de nada vale tu religión. Otro se creará muy bueno porque no blasfema, ni roba, ni se deja dominar por la impureza, pero no se inquieta ni hace el más mínimo esfuerzo por corregir sus pensamientos de odio, de venganza, de envidia o de celos, que le asaltan todos los días. Tu religión, amigo mío, no puede dejar de perderte. Veremos a otros, aficionados a toda suerte de prácticas de piedad, que se escandalizarán si omiten ciertas oraciones que acostumbran a rezar; se creerán perdidos si no pueden comulgar en determinados días en que tienen costumbre de hacerlo; pero ellos mismos se impacientarán o murmurarán a la menor contrariedad; una palabra que no habrá sido de su gusto les hará sentir aversión por el que la pronunció; miran a su prójimo con malos ojos, no le guardan las consideraciones debidas; siempre se creen injustamente tratados por sus vecinos. Vamos, pobres hipócritas, id a convertirlos; después podréis recurrir a los sacramentos, ya que en vuestro estado, sin daros cuenta, no hacéis más que profanarlos con vuestra mal entendida devoción.

Muy loable es que un padre reprenda a sus hijos cuando ofenden a Dios, pero, ¿será digno de alabanza el que no enmiende en sí mismo los defectos de que reprende a sus hijos? No, indudablemente: ¡ese padre tiene una religión falsa que le mantiene en la más miserable ceguera! Digno de alabanza es el dueño que reprende los vicios de sus

criados, pero, ¿podremos alabarle cuando le oímos a él mismo jurar y blasfemar porque las cosas no le salen como quisiera? No, este es un hombre que nunca ha conocido la religión ni los deberes que ella impone. Veremos a otro, con gesto de varón prudente e instruido, reprender los defectos que nota en su vecino; pero, ¿qué vamos a pensar de él al verle cargado de otros tantos o muchos más? «¿Cómo se explica tal comportamiento —nos dice San Agustín— si no es por ser él un hipócrita, que no conoce la religión?». Vamos, amigo, eres un fariseo, tus virtudes son falsas virtudes; todo cuanto haces y que a ti te parece bueno no sirve más que para engañarte. A ese joven le veremos asistir asiduamente a los oficios y hasta frecuentar los sacramentos, pero, ¿no le vemos también concurriendo a las tabernas y casas de juego? Aquella joven no faltará de cuando en cuando al Altar, pero tampoco faltará en los salones de baile o en las reuniones donde jamás debería entrar un cristiano. Anda, pobre hipócrita, anda, fantasma de cristiano, vendrá un día en que verás que has trabajado sólo para tu perdición. El cristiano que desea de veras salvarse no se contenta con guardar un solo mandamiento o con cumplir un determinado número de obligaciones, sino que observa fielmente todos los mandamientos de la ley de Dios, y cumple además con todas las obligaciones de su estado.

II. Hemos dicho, en segundo lugar, que nuestra virtud debe ser humilde, sin mirar a la propia estimación. Nos recomienda Jesucristo: «guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin de que os vean»^[3]; si queremos que se nos recompense por ellas, hemos de ocultar en todo lo posible el bien que Dios ha puesto en nosotros, evitando así que el demonio del orgullo nos arrebatase todo el mérito de nuestras buenas obras. Pero, pensaréis tal vez vosotros, cuando obramos bien lo hacemos por Dios y no por el mundo. No sé, amigo mío, muchos se engañan en este punto; creo que no sería difícil haceros ver de qué modo vuestra religión está más en lo exterior que en lo íntimo de vuestra alma. O si no, decidme, ¿no es cierto que apenaría menos el que se hiciese público que ayunáis en los días señalados, que no si se divulgase que dejáis de observarlos? ¿No es cierto que os disgustaría menos que os viesen repartir limosnas, que no si os hallasen sustrayendo algo a vuestro vecino? Prescindamos en este caso del escándalo. Suponiendo que a veces oráis y otras veces juráis, ¿no es verdad que preferís que os vean haciendo lo primero que lo segundo? ¿No es verdad que preferís que os vean ocupados en vuestras oraciones o dando buenos consejos a vuestros hijos, a que os oigan cuando los incitáis a vengarse de sus enemigos? Sí, no hay duda, diréis vosotros, todo esto no me apenaría tanto. ¿Y por qué esto, sino porque practicamos falsamente la religión y somos unos hipócritas?

Y no obstante, vemos que los santos hacían todo lo contrario; ¿por qué, de no ser porque conocían ellos su religión y no buscaban sino humillarse, a fin de ganarse la misericordia del Señor? ¡Cuántos cristianos sólo son religiosos por inclinación, por capricho, por rutina y nada más! Esto es muy fuerte, me diréis. Sí, no hay duda, es bastante fuerte; pero es la pura verdad. Para haceros concebir el más grande horror de ese maldito pecado de la hipocresía, voy a mostraros a dónde conduce dicho crimen, con un ejemplo muy digno de ser grabado en vuestro corazón.

Leemos en la historia que San Palemón y San Pacomio llevaban una vida muy santa. Una noche mientras estaban en vela y tenían el fuego encendido, les sorprendió un solitario que quiso pasar con ellos la noche. Le recibieron con deferencia y, cuando comenzaban a orar juntos ante el buen Dios, dijo aquél a sus compañeros: «Si tenéis fe, atreveros a permanecer de pie sobre estos carbones encendidos, rezando lentamente la oración dominical». Aquellos santos varones, al oír la proposición de aquel solitario y pensando que sólo un orgulloso o un hipócrita podía hablar así, respondieron: «Hermano mío —le dijo San Palemón—, rogad a Dios; sois víctima de una tentación; guardaos mucho de cometer una tal locura, ni de proponernos jamás semejante cosa. Nuestro Salvador nos ha dicho que no hemos de tentar a Dios, y es precisamente tentarle el pedir un milagro de esta suerte». El infeliz hipócrita, en vez de aprovecharse de aquel buen consejo, se ensoberbeció aún más por la vanidad de sus pretendidas buenas obras, avanzó osadamente y permaneció de pie sobre el fuego sin que nadie se lo mandase, sólo por instigación del demonio, enemigo de los hombres... Dios, a quien el orgullo había expulsado de aquel corazón por un secreto y espantoso juicio, permitió al demonio que librase a su víctima de los efectos del fuego, lo cual acabó de exaltar su ceguera, creyéndose ya perfecto y un gran santo. Al día siguiente por la mañana se despidió de los dos anacoretas, reprendiéndoles su falta de fe: «Ya habéis visto de lo que es capaz aquel que tiene fe». Pero pasado algún tiempo, viendo el demonio que aquel infeliz era ya suyo y temiendo perderle, quiso asegurarse de su víctima y poner el sello a su reprobación. Tomó la figura de una mujer ricamente vestida y llamó a la puerta de la celda de aquel solitario, diciéndole que se hallaba perseguida por sus acreedores, que temía un atropello por no tener con qué pagar; así es que, conociendo el carácter caritativo del solitario, a él recurría. «Os suplico —dijo ella—, que me admitáis en vuestra celda para librarme así del peligro». Aquel infeliz, después de haber abandonado a Dios y de haberse dejado arrancar por el demonio los ojos del alma, no acertó a ver el peligro que corría; así pues, la admitió en su celda. Poco después se sintió fuertemente tentado contra la santa virtud de la pureza y admitió los pensamientos que el demonio le sugería. Se fue acercando a aquella pretendida mujer, que era el demonio, y llegó hasta a tocarla. Entonces el demonio se arrojó sobre el solitario, le cogió y le arrastró un buen trecho por el camino, golpeándole y maltratándole de tal manera que su cuerpo quedó enteramente molido. El demonio le dejó después tendido en tierra, donde quedó sin sentido mucho tiempo. Pasados algunos días, algo repuesto ya del percance y arrepentido de la culpa, fue otra vez a visitar a aquellos dos solitarios para comunicarles lo que le había acontecido. Después de narrarles el caso, con lágrimas en los ojos, les dijo: «Padres míos, debo confesar que todo ello me aconteció solamente por mi culpa; yo solo fui la causa de mi perdición, pues no era más que un orgulloso, un hipócrita, que pretendía pasar por más bueno que lo que realmente era. Os ruego encarecidamente me socorráis con el auxilio de vuestras oraciones, pues temo que, si el demonio vuelve a cogerme, me hace trizas»[\[4\]](#).

Cuántas personas, a pesar de practicar muchas obras buenas, se pierden por no

conocer su religión como debieran. Algunos se entregarán a la oración y hasta frecuentarán los sacramentos; pero al mismo tiempo conservarán siempre los mismos vicios y acabarán familiarizándose con Dios y con el pecado. ¡Ay, qué grande es el número de esos infelices! Mirad a aquel que parece ser un buen cristiano, hacedle observar que con su proceder está perjudicando a alguien, hacedle notar sus defectos, convencedle de alguna injusticia consentida quizás en lo íntimo de su corazón; pronto le veréis montar en cólera y aborreceros. El odio y el enojo se apoderarán del él... Mirad a otro: porque no le juzgáis digno de acercarse al Altar, os contestará enojado, y concentrará contra vos su odio, cual si hubieseis sido causa de que le sobreviniera algún mal. Otros, en cuanto les sobreviene alguna pena o contrariedad, en seguida abandonan los sacramentos y las funciones piadosas. Cuando un feligrés tiene alguna cuestión con su párroco, en seguida germina el odio en su corazón, sin considerar que lo que le habrá advertido su pastor iba encaminado al bien de su alma. Desde aquel momento sólo hablará mal del párroco, se complacerá oyendo murmurar de él, y echará a mala parte todo cuanto del sacerdote se diga. ¿De dónde proviene esto? Es porque aquella persona posee sólo una falsa devoción, y nada más. En otra ocasión, será uno a quien habréis negado la absolución o la Sagrada Comunión; mirad cómo se revuelve contra su confesor, a quien tratará peor que a un demonio. Y, no obstante, de ordinario le veréis servir a Dios con fervor y os hablará de las cosas santas como si fuera un ángel en cuerpo humano. ¿Por qué tanta inconstancia? Porque es un hipócrita que no se conoce ni se conocerá tal vez nunca, y, con todo, no quiere ser tenido por tal. A otros veréis que, bajo el pretexto de que tienen alguna apariencia de virtud, si uno se encomienda en sus oraciones para obtener alguna gracia, en cuanto hayan hecho algunas oraciones os preguntarán si se ha conseguido lo que pidieron. Si sus oraciones no fueron oídas, las redoblan con más ahínco: llegan a creerse capaces de obrar milagros. Pero si no se alcanzó lo que pedían, los veréis desanimados, llegando a perder toda afición a orar. Anda, ciego infeliz, jamás te conociste, no eres más que un hipócrita. A otro oiréis hablar de Dios con gran ardor; si aplaudís su celo, llegará a derramar lágrimas; pero si le decís algo que no sea de su gusto, en seguida levantará la cabeza y, no atreviéndose a mostrarse tal cual es, os guardará un odio perdurable en su corazón.

¿Por qué esto, sino porque su religión es sólo de capricho y está supeditada a sus inclinaciones? Engañáis al mundo y os engañáis a vosotros mismos; pero a Dios no le engañáis, y Él os hará ver un día cómo sólo fuisteis unos hipócritas.

¿Queréis saber lo que es la falsa virtud? Aquí tenéis un ejemplo. Leemos en la historia que un solitario se fue a encontrar a San Serapio para encomendarse en sus oraciones; San Serapio le dijo que rogase por él, pero el otro le respondió, con palabras que revelaban la mayor humildad, que no merecía tanta dicha, pues era un gran pecador. El Santo le dijo entonces que se sentase a su lado, pero él contestó que era indigno de ello. Al llegar a este punto, el Santo, para conocer si aquel solitario era tal como quería aparentar, le dijo: «Creo, amigo mío, que harías mejor permaneciendo en vuestra soledad que no vagando por el desierto como hacéis». Estas palabras le

encolerizaron sobremanera. «Amigo mío—repuso el Santo— acabáis de decirme que sois un gran pecador, hasta el punto de que os considerabais indigno de sentaros a mi lado, y ahora, porque os dirijo unas palabras llenas de caridad, dais ya rienda suelta a vuestra cólera. Vamos, amigo mío, no poseéis más que una falsa virtud, o mejor, no poseéis ninguna»[\[5\]](#). ¡Cuántos cristianos hay semejantes a este infeliz! Por sus palabras parecen santos, pero, a la menor expresión que no sea de su gusto, los vemos ya fuera de sí, poniendo al descubierto la miseria de su alma.

Si, por una parte, vemos lo grande que es este pecado, por otra vemos también cómo Dios lo castiga con mucho rigor, según voy a mostraros ahora con un ejemplo. Leemos en la Sagrada Escritura[\[6\]](#) que el rey Jeroboam envió a su mujer al encuentro del profeta Abías, a fin de consultarle acerca de la enfermedad de su hijo. Para ello hizo que su mujer se disfrazase y presentase toda la apariencia de una persona de gran piedad. Usó de este artificio por temor a que el pueblo se diese cuenta de que consultaba al profeta del verdadero Dios y le echase en cara la falta de confianza en sus ídolos. Pero, aunque podamos engañar a los hombres, no podemos engañar a Dios. Cuando aquella mujer entró en la morada del profeta, sin que él la viese, le dijo en alta voz: «Pasa, esposa de Jeroboam, ¿a qué viene esto de disfrazarte? Tengo para ti un duro mensaje. Vete y dile a Jeroboam: «Esto ha dicho el Señor, Dios de Israel: “porque te elevé de en medio del pueblo y te constituí príncipe sobre mi pueblo Israel, desgarrando el reinado de la casa de David y dándotelo a ti, y no fuiste como mi siervo David que cumplió mis mandatos y me siguió con todo su corazón haciendo únicamente lo agradable a mis ojos, sino que has hecho el mal más que todos los que te precedieron, y te has ido y te has fabricado otros dioses e imágenes de metal fundido para provocarme, y a mí me has vuelto la espalda; por eso yo traigo el mal a la casa de Israel. Le destruiré a Jeroboam todo varón en Israel, esclavo o libre; y como se quita el estiércol quitaré de en medio a la casa de Jeroboam hasta su desaparición. A los de Jeroboam que mueran en la ciudad se los comerán los perros, y a los que mueran en el campo los devorarán las aves del cielo”. Así ha hablado el Señor. Tú levántate y vete a tu casa. Cuando tus pies pisen la ciudad, el niño morirá». Todo sucedió tal como había predicho el profeta del Señor; ni uno sólo escapó a la venganza divina.

Ya veis la manera en que el Señor castiga el pecado de hipocresía. Cuántas personas, engañadas por el demonio sobre este punto, no sólo pierden todo el mérito de sus buenas obras, sino que ellas mismas llegan a convertirse en motivo de condenación. Sin embargo, debo advertiros que no es la magnitud de las acciones lo que les da magnitud de mérito, sino la pureza de intención con que las practicamos. El Evangelio nos presenta un claro ejemplo a este respecto. Refiere San Marcos[\[7\]](#) que, habiendo entrado Jesús en el templo, se colocó frente al cepillo donde se echaban las limosnas. Observó allí la manera en que el pueblo echaba el dinero; vio a muchos ricos que ofrecían grandes cantidades, pero vio también a una pobre viuda que se acercó humildemente al lugar aquel y metió solamente dos piezas de moneda pequeña. Entonces Jesucristo llamó a sus apóstoles y les dijo: «En verdad os digo que esta

viuda pobre ha echado más que todos los que han echado en el gazofilacio, pues todos han echado algo de lo que les sobra; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento». Este ejemplo admirable nos enseña con qué pureza de intención y con qué humildad hemos de realizar nuestras obras si queremos que sean merecedoras de recompensa. Ciertamente que Dios no nos prohíbe ejecutar nuestros actos delante de los hombres, pero también quiere que, en los motivos de nuestras acciones, no entre para nada el mundo y que sólo a Él sean consagradas.

Por otra parte, ¿por qué queremos parecer mejor de lo que somos, sacando al exterior una bondad que no poseemos realmente? Porque nos gusta ver alabado lo que hacemos; estamos celosos de esta forma del orgullo y nos sacrificamos para procurárnosla; es decir, sacrificamos a nuestro Dios, nuestra alma y nuestra eterna felicidad. ¡Dios mío, cuánta ceguera!, ¡maldito pecado de hipocresía, cuántas almas arrastras al infierno con actos que, ejecutados rectamente, las llevarían seguramente al cielo! ¡Ay!, son muchos los cristianos que no se conocen ni desean conocerse; siguen su rutina y sus costumbres, pero no quieren oír la voz de la razón; son ciegos y caminan ciegamente. Si un sacerdote intenta hacerles conocer su estado, no lo escuchan, o bien, si aparentan fijar su atención en lo que les dice, después no se preocupan en lo más mínimo de ponerlo en práctica. Este es el más desgraciado y tal vez el más peligroso estado que pueda uno imaginarse.

III. Hemos dicho que la tercera condición necesaria a la virtud era la perseverancia en el bien. No hemos de contentarnos con obrar el bien durante un tiempo determinado; es decir, orar, mortificarnos, renunciar a la voluntad propia, sufrir los defectos de los que nos rodean, combatir las tentaciones del demonio, sostener los desprecios y calumnias, vigilar todos los movimientos de nuestro corazón..., todo esto debemos continuarlo hasta la muerte, si queremos salvarnos. Dice San Pablo que hemos de ser firmes e inquebrantables en el servicio de Dios, trabajando todos los días de nuestra vida en la santificación de nuestra alma, con la convicción de que nuestro trabajo será tan sólo premiado si perseveramos hasta el fin. «Porque estoy convencido —nos dice— de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios»[\[8\]](#); pues hemos de tener por cierto que Dios sólo coronará las virtudes que hayan perseverado hasta la muerte.

Esto es lo que vemos de modo admirable en el Apocalipsis, en la persona de un obispo tan santo en apariencia que hasta Dios hace el elogio de sus actos. «Conozco —le dice— tus obras, tu fatiga y tu paciencia; que no puedes soportar a los malvados y que has puesto a prueba a los que se dicen apóstoles y no lo son, y los encontraste mentirosos; que tienes paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido la caridad que tenías al principio. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete, y practica las obras de antes. De lo contrario, iré adonde estás tú y desplazaré tu candelabro de su sitio, a no ser que te conviertas»[\[9\]](#). Decidme, ¿cuál deberá ser nuestro temor, viendo las amenazas que el mismo Dios dirige a aquel obispo por haberse relajado un poco? ¿Qué es de nosotros incluso

después de nuestra conversión? En vez de progresar cada vez más, ¡cuánto abandono, qué indiferencia! No, Dios no puede sufrir esa perpetua inconstancia en la que pasamos sucesivamente de la virtud al vicio y del vicio a la virtud. Decidme, ¿no es ésta vuestra conducta, no es ésta vuestra manera de vivir?, ¿qué es vuestra vida miserable sino una serie continuada de pecados y virtudes? ¿Acaso no os confesáis hoy de los pecados para recaer en ellos mañana y quizá incluso el mismo día? ¿No es cierto que, después de haber prometido formalmente dejar a las personas que os indujeron al mal, volvisteis a su compañía en cuanto tuvisteis ocasión? ¿No es cierto que, después de haberos acusado de trabajar en domingo, volvéis a las andadas como si tal cosa? ¿No es verdad que prometisteis a Dios no volver al baile, a la taberna, al juego, y habéis recaído en todas esas culpas? ¿Por qué esto, sino porque practicáis una religión falsificada, una religión de rutina, una religión regulada por vuestras inclinaciones, pero no arraigada en el fondo de vuestro corazón? Anda, amigo mío, eres un inconstante. Anda, hermano mío, toda tu devoción es falsa; en todo cuanto practicas, eres un hipócrita y nada más: el primer lugar de tu corazón no lo ocupa Dios, sino el mundo y el demonio. ¡Cuántas personas parecen durante algún tiempo amar de veras a Dios, pero en seguida le abandonan! ¿Qué cosa halláis tan ardua y difícil en el servicio de Dios que os haya podido decidir a dejarlo para seguir al mundo? Si Dios os concede la gracia de dejaros conocer vuestro estado, no podréis menos que llorar vuestro extravío, reconociendo el engaño de que fuisteis víctimas. La causa de no haber perseverado fue que el demonio sentía mucho haberos perdido, así que puso en juego toda *su* astucia y os ha reconquistado, con la esperanza de guardaros para siempre. ¡Cuántos apóstatas que renunciaron a su religión! ¡Cristianos sólo de nombre!

Pero me diréis, ¿cómo vamos a conocer que nuestra religión está en el corazón, es decir, que tenemos una religión que no se ve jamás desmentida? Ahora lo veréis, atended bien y sabréis si la vuestra ha sido tal como Dios la quiere para que os conduzca al cielo. El que tiene una virtud verdadera no cambia ni se conmueve por nada, cual un peñasco en medio del mar azotado por las olas embravecidas. Que se os desprecie, que se os calumnie, que se burlen de vosotros, que os traten de hipócrita, de falso devoto: nada de esto os quita la paz del alma; tanto amáis a los que os insultan como a los que os alaban; no dejéis por esto de hacerles bien y de protegerlos, aunque hablen mal de vosotros; continuáis en vuestras oraciones, en vuestras confesiones, en vuestras comuniones, continuáis asistiendo a la santa Misa como si nada ocurriese. Y para comprender mejor esto, escuchad un ejemplo. Se cuenta que en una parroquia había un joven que era un modelo de virtud. Asistía casi todos los días a la santa Misa y comulgaba con frecuencia. Otro joven, envidioso de la estimación en que era tenido aquel compañero suyo y aprovechando la ocasión en que ambos se hallaban en compañía de un vecino que tenía una tabaquera de oro, el envidioso la sustrajo del bolsillo del vecino y la depositó, disimuladamente, en el del joven bueno. Hecho esto, con gran naturalidad pidió a aquél que le dejase ver su hermosa tabaquera. Él la buscó en sus bolsillos, inútilmente. Entonces se prohibió a todo el mundo salir de aquel

recinto sin ser registrado previamente. La tabaquera se encontró en el bolsillo de aquel joven que era un modelo de virtud. Al ver esto la gente, comenzó a tratarle de ladrón, haciendo hincapié en su religión y llamándole hipócrita y falso devoto. El joven, viendo que el cuerpo del delito había sido hallado en su bolsillo, comprendió que no tenía defensa, y sufrió todo aquello como venido de la mano de Dios. Al pasar por las calles, al salir de la iglesia donde iba a oír Misa o a comulgar, todos cuantos le veían le insultaban llamándole hipócrita, falso devoto y ladrón. Esto duró mucho tiempo. A pesar de ello, continuó siempre sus ejercicios de devoción, sus confesiones, sus comuniones y todas sus prácticas, como si la gente le mirara con el mayor respeto. Al cabo de unos años, el infeliz que había sido causa de aquello cayó enfermo, y entonces confesó, delante de cuantos se hallaban presentes, haber sido él la causa de todo el mal que se había dicho del joven, ya que aquél era un santo y él, por envidia y a fin de lograr su descrédito, le había metido aquella tabaquera en el bolsillo.

Pues bien, a esto se llama una religión verdadera, ésta es una religión que ha echado raíces en el alma. Decidme, ¿cuántos cristianos, de los que pasan por devotos, imitarían a aquel joven si se les sometiese a tales pruebas? ¡Ay!, ¡cuántas quejas, cuántos resentimientos, cuántos pensamientos de venganza! No se detendrían ante la maledicencia ni la calumnia, e incluso algunos acudirían a los tribunales de justicia... En tales casos, el ofendido o víctima se desata contra la religión, la desprecia, habla mal de ella; ya no quiere orar, ni oír la santa Misa, no sabe lo que se hace, procura hacer girar la conversación sobre su caso y alegar todo cuanto pueda justificarle y, al mismo tiempo, acumula en su memoria todo el mal que el ofensor ha obrado en su vida para contarlo a los demás. ¿Por qué todo esto sino porque tenemos una religión de capricho y de rutina o, mejor dicho, porque somos unos hipócritas dispuestos a servir a Dios sólo cuando todo marcha a nuestro gusto? ¡Ay!, todas esas virtudes que vemos brillar en muchos cristianos se asemejan a una flor de primavera: se secan al primer soplo de viento cálido.

Hemos dicho, además, que vuestra virtud, para ser verdadera, ha de ser constante: es decir, que debemos permanecer fervorosos y unidos a Dios, lo mismo en la hora del desprecio y del sufrimiento que en la del bienestar y prosperidad. Esto es lo que hicieron todos los santos; mirad esa multitud de mártires soportando todo cuanto la rabia de los tiranos pudo inventar y, no obstante, lejos de relajarse, se unían más y más a Dios. Ni los tormentos, ni los desprecios con que se los insultaba lograban hacerles cambiar su manera de vivir.

Pero a mi parecer el mejor modelo que puedo presentaros a este respecto es el del santo varón Job, agobiado por las duras pruebas que Dios le envió. El Señor dijo un día a Satán: «¿De dónde vienes?». —«Vengo, contestó, de dar la vuelta por el mundo». —«¿Has visto al buen varón Job, hombre sin igual en la tierra, por su sencillez y rectitud de corazón?». El demonio le contestó: «No es difícil que os ame y os sirva fielmente, pues le colmáis con toda suerte de bendiciones; ponedlo a prueba y veremos si se mantiene fiel». El Señor contestó: «Te concedo sobre él todo poder, menos el de quitarle la vida». El demonio, lleno de alegría, con la esperanza de inducir

a Job a quejarse de su Dios, comenzó destruyéndole todas sus riquezas que eran inmensas. Ahora veréis lo que hizo el demonio para probarlo. Esperando arrancarle alguna blasfemia o al menos alguna queja, le causó, uno después de otro, toda suerte de contratiempos, de percances y de desgracias, sin querer darle ocasión ni de respirar. Un día, mientras se hallaba tranquilo en su casa, llegó uno de sus criados lleno de espanto: «Señor —le dijo—, vengo para anunciaros una gran catástrofe: todo vuestro ganado de carga y trabajo acaba de caer en manos de unos bandidos que, además, han asesinado a todos vuestros servidores; solamente yo he podido escapar para venir a daros cuenta del percance». Aún no había terminado cuando llegó otro mensajero, más espantado que el primero, y dijo: «¡Ay!, señor, una tempestad horrorosa se ha desencadenado sobre nosotros, el fuego del cielo ha devorado vuestros rebaños y ha abrasado a vuestros pastores; sólo yo he conservado la vida para venir a comunicaros la desgracia». Aún estaba éste hablando cuando llegó un tercer mensajero, ya que el demonio no quería dejarle tiempo para respirar ni volver sobre sí. Con gran sentimiento dijo: «Hemos sido atacados por unos ladrones, que se llevaron vuestros camellos y a los siervos que los conducían; sólo yo, huyendo, he podido librarme del ataque, para venir a daros cuenta del mismo». A estas palabras llegó un cuarto emisario, el cual, con lágrimas en los ojos, dijo: «Señor, ¡ya no tenéis hijos!..., mientras estaban comiendo juntos, un tremendo huracán ha derrumbado la casa y los ha aplastado a todos entre los escombros, así como a los criados; sólo yo me he salvado de milagro». Cuando le estaban narrando tal cúmulo de males según el mundo, no hay duda de que Job se conmovió ante la muerte de sus hijos. Al instante quedó abandonado de todos: cada cual huyó por su lado, y quedó él sólo con el demonio, que aún abrigaba la esperanza de que tantos males le llevarían a la desesperación, o al menos a quejarse con alguna impaciencia; porque por sólida que sea la virtud, no nos hace insensibles a los males que experimentamos; los santos no tienen, ciertamente, un corazón de mármol. Aquel santo varón recibe en un momento los golpes más sensibles para un poderoso del mundo, para un rico y para un padre de familia. En un solo día, de príncipe y, por consiguiente, del más feliz de los hombres, queda convertido en un miserable, lleno de toda clase de infortunios, privado de lo que más amaba en esta vida. Prorrumpiendo en llanto, se postra, la faz en tierra; pero ¿qué hace?, ¿se queja?, ¿murmura? No. La Sagrada Escritura nos dice que adora y respeta la mano que le golpea; ofrece al Señor el sacrificio de su familia y de sus riquezas; y lo ofrece con la más generosa, perfecta y entera resignación, diciendo: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el Nombre del Señor»[\[10\]](#).

¿Qué opináis de este ejemplo? ¿Es ésta una virtud sólida, constante y perseverante? ¿Podremos creernos virtuosos cuando, a la primera prueba que el Señor nos envía, nos quejamos, y con frecuencia llegamos a abandonar su santo servicio? Pero aún no habían terminado las penas del santo varón; viendo el demonio que nada había logrado, atacó a su misma persona; su cuerpo quedó cubierto de llagas, su carne se deshacía en jirones. Mirad también a San Eustaquio, ¡cuánta constancia en soportar los sufrimientos que Dios le enviaba para ponerlo a prueba!

¡Ay!, ¡qué escasos son los cristianos que en tales trances no caen en la tristeza, en la murmuración e incluso en la desesperación! Que no maldijeran su suerte o tal vez incluso llegaran a manifestar su odio a Dios, diciendo: «¡Qué es lo que hicimos para que se nos trate de esta manera!». ¡Ay!, ¡cuánta virtud fingida, puramente exterior, y desmentida a la menor prueba!

De aquí hemos de concluir que nuestra virtud, para que sea sólida y agradable a Dios, ha de radicar en el corazón, ha de buscar sólo a Dios y ocultar, en lo posible, sus actos al mundo. Hemos de tener cuidado de no desfallecer en el servicio de Dios; antes al contrario, debemos ir siempre adelante, ya que fue así como los santos aseguraron su eterna bienaventuranza.

[1]Mt 7, 22.

[2]Mt 23, 27.

[3]Mt 6, 24.

[4]*Vida de los Padres del desierto*, t. I, pág. 256.

[5]*Vida de los Padres del desierto*, t. 2, pág. 417.

[6] 1 R 14.

[7]Mc 12, 43-44.

[8]Rm 8, 38.

[9]Ap 2, 1-5.

[10]Jb 1, 21.

SOBRE LAS LÁGRIMAS DE JESUCRISTO

Videns Jesus civitatem, flevit super illam.
Jesús, al ver la ciudad, lloró sobre ella.
(Lc 19, 41)

Al entrar Jesucristo en la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella diciendo: «Si conocieses, al menos, las gracias que vengo a ofrecerte y quisieses aprovecharte de ellas, aún podrías recibir el perdón; mas tu ceguera ha llegado a tal exceso que todas estas gracias sólo te servirán para endurecerte y precipitar tu desgracia; has asesinado a los profetas y dado muerte a los hijos de Dios; ahora vas a poner el colmo en aquellos crímenes dando muerte al mismo Hijo de Dios». Ved lo que hacía derramar tan abundantes lágrimas a Jesucristo al acercarse a la ciudad. En medio de aquellas abominaciones, presentía la pérdida de muchas almas incomparablemente más culpables que los judíos, ya que iban a ser muchos más favorecidos que ellos lo fueron en cuanto a gracias espirituales. Lo que más vivamente le conmovió fue que, a pesar de los méritos de su pasión y muerte, con los cuales se podrían rescatar mil mundos mucho más grandes que el nuestro, la mayor parte de los hombres iba a perderse. Jesús veía ya de antemano a todos los que en los siglos venideros despreciarían sus gracias, o se servirían de ellas sólo para su desdicha. ¿Quién, de los que aspiran a conservar su alma digna del cielo, no temblará al considerar esto? ¿Seremos acaso del número de aquellos infelices? ¿Se refería a nosotros Jesucristo cuando dijo llorando: «si mi muerte y mi sangre no sirven para vuestra salvación, a lo menos ellas encenderán la ira de mi Padre, que caerá sobre vosotros por toda una eternidad»? ¡Un Dios vendido! ¡Un alma reprochada...! ¡Un cielo rechazado...! ¿Será posible que nos mostremos insensibles a tanta desgracia? ¿Será posible que, a pesar de cuanto ha hecho Jesucristo para salvar nuestras almas, nos mostremos nosotros tan indiferentes ante el peligro de perderlas? Para sacaros de tal insensibilidad voy a mostraros: 1.º Lo que es un alma; 2.º Lo que ella cuesta a Jesucristo; y 3.º Lo que hace el demonio para perderla.

I. Si acertáramos a conocer el valor de nuestra alma, ¿con qué cuidado la conservaríamos? ¡Jamás lo comprenderemos lo suficiente! Es imposible mostrar el gran valor de un alma a un mortal; sólo Dios conoce todas las bellezas y perfecciones con las que ha adornado un alma. Únicamente os diré que todo cuanto ha creado Dios: el cielo, la tierra y todo lo que contienen, todas esas maravillas han sido creadas para el alma. El catecismo nos da la mejor prueba posible de la grandeza de nuestra alma^[1].

Cuando preguntamos a un niño: ¿qué quiere decir que el alma humana ha sido creada a imagen de Dios? El niño responde que eso significa que el alma, como Dios, tiene la facultad de conocer, amar, y determinarse libremente en todas sus acciones. Ved aquí el mayor elogio de las cualidades con que Dios ha engalanado nuestra alma, creada por las tres Personas de la Santísima Trinidad, a su imagen y semejanza. Un espíritu, como Dios, eterno en lo futuro y capaz, en cuanto es posible a una criatura, de conocer todas las bellezas y perfecciones de Dios; un alma que es objeto de las complacencias de las tres divinas Personas; un alma que puede ofrecer a Dios todas sus acciones; un alma cuya toda ocupación será cantar las alabanzas de Dios durante la eternidad; un alma que aparecerá radiante con la felicidad; que del mismo Dios procede; un alma cuyas acciones son tan libres que puede dar su amistad o su amor a quien le plazca; puede amar a Dios o dejar de amarle; mas, si tiene la dicha de dirigir su amor hacia Dios, ya no es ella quien obedece a Dios, sino el mismo Dios quien parece complacerse en hacer la voluntad de aquella alma. Y hasta podríamos afirmar que, desde el principio del mundo, no hallaremos una sola alma que, habiéndose entregado a Dios sin reserva, Dios le haya negado nada de lo que ella deseaba. Vemos que Dios nos ha creado infundiéndonos unos deseos tales, que, en lo terreno, no hay nada capaz de satisfacerlos. Ofreced a un alma todas las riquezas y todos los tesoros del mundo y aun así no quedará contenta; habiéndola creado Dios para Él, sólo Él es capaz de llenar sus insaciables deseos. Sí, nuestra alma puede amar a Dios, y ello constituye la mayor de todas las dichas. Amándole tenemos todos los bienes y placeres que podamos desear en la tierra y en el cielo^[2]. Además podemos servirle, es decir, glorificarle en cada uno de los actos de nuestra vida. No hay nada, por insignificante que sea, en que no quede Dios glorificado, si lo hacemos con objeto de agradarle. Nuestra ocupación, mientras estamos en la tierra, no difiere en nada de la de los ángeles que están en el cielo: la única diferencia está en que nosotros vemos todos los bienes divinos sólo con los ojos de la fe.

Es tan noble nuestra alma y desde su nacimiento está dotada de tan bellas cualidades, que Dios no la ha querido confiar más que a un príncipe de la corte celestial. Nuestra alma es tan preciosa a los ojos del mismo Dios que, a pesar de toda su sabiduría, no halló el Señor otro alimento digno de ella que su adorable Cuerpo, del cual quiere hacer su pan cotidiano; ni otra bebida digna de ella que la Sangre preciosa de Jesús. Tenemos un alma a la cual Dios ama tanto —nos dice San Ambrosio— que, aunque fuese sola en el mundo, Dios no habría creído hacer demasiado muriendo por ella; y aun cuando Dios, al crearla, no hubiese hecho también el cielo, «habría creado un cielo para ella sola», como manifestó un día a Santa Teresa. «Me eres tan agradable —le dijo Jesucristo— que, aunque no existiese el cielo, crearía uno para ti sola». «¡Oh, Cuerpo mío —exclama San Bernardo—, cuán dichoso eres al albergar un alma adornada con tan bellas cualidades! ¡Todo un Dios, con ser infinito, hace de ella el objeto de todas sus complacencias!». Sí, nuestra alma está destinada a pasar su eternidad en el mismo seno de Dios. Digámoslo de una vez: nuestra alma es algo tan grande que sólo Dios la excede. Un día Dios permitió a Santa Catalina ver un alma. La

Santa la halló tan hermosa que exclamó: «Dios mío, si la fe no me enseñase que existe un solo Dios, pensaría que es una divinidad; ya no me extraña, Dios mío, ya no me admira que hayáis muerto por un alma tan bella!».

Sí, nuestra alma en el porvenir será eterna como el mismo Dios. No vayamos más lejos, uno se pierde en este abismo de grandeza. Atendiendo únicamente a esto, os invito a pensar si deberemos admirarnos de que Dios, perfecto conocedor de su mérito, llorase tan amargamente la pérdida de un alma. Y podéis considerar también cuál habrá de ser nuestra diligencia por conservar todas sus bellezas. Es tan sensible Dios a la pérdida de un alma, que la lloró antes de tener ojos para derramar lágrimas; se valió de los ojos de sus profetas para llorar la pérdida de nuestras almas. Bien manifiesto lo hallamos en el profeta Amós: Habiéndome retirado a la oscuridad —nos dice—, considerando la espantosa multitud de crímenes que el pueblo de Dios cometía cada día, viendo que la cólera de Dios estaba a punto de caer sobre él y que el infierno abría sus fauces para tragárselo, los congregué a todos y, temblando de pavor, les dije, en medio de amargas lágrimas: ¡Hijos míos!, ¿sabéis en qué me ocupo noche y día? ¡Ay!, me estoy representando vivamente vuestros pecados, en medio de la mayor amargura de mi corazón. Si, a la fuerza, rendido por la fatiga, llego a adormecerme, en seguida vuelvo a despertar sobresaltado, exclamando con los ojos bañados en lágrimas y el corazón partido de dolor: Dios mío, Dios mío, ¿habrá en Israel almas que no os ofendan? Cuando esta triste y deplorable idea invade mi imaginación, expreso al Señor mis sentimientos y, gimiendo amargamente en su santa presencia, le digo: Dios mío, ¿qué medio hallaré para obtener el perdón de ese pueblo infeliz? Oíd lo que me ha contestado el Señor: Profeta, si quieres alcanzar el perdón de ese pueblo ingrato, ve, corre por las calles y las plazas; haz resonar en ellas los más amargos llantos y gemidos; entra en las tiendas de los comerciantes y artesanos; ve hasta los lugares donde se administra justicia; sube a la cámara de los grandes y entra en el gabinete de los jueces; di a todos cuantos hallares dentro y fuera de la ciudad: ¡Infelices de vosotros!, ¡infelices de vosotros, que pecasteis contra el Señor! Aún no hay bastante con esto; buscarás el auxilio de cuantos sean capaces de llorar, para que unan sus lágrimas a las tuyas, y sean vuestros gritos y gemidos tan espantosos que llenen de consternación los corazones de los que os oigan, para que así abandonen el pecado y lo lloren hasta la sepultura, y con esto comprendan cuánto me duele la pérdida de sus almas.

El profeta Jeremías va aún más lejos. Para mostrarnos lo sensible que es Dios a la pérdida de un alma, ved lo que nos habla en un momento en que se halla arrebatado por el espíritu del Señor: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué va a ser de mí?, me habéis encargado la vigilancia de un pueblo rebelde, de una nación ingrata, que no quiere escucharos ni someterse a vuestros preceptos; ¡ay!, ¿qué haré?, ¿qué partido tomaré?». Ved lo que me ha contestado el Señor: «Para manifestarles cuán sensibleme conmovido me hallo por la pérdida de sus almas, toma tus cabellos, arráncalos de tu cabeza, arrójalos lejos de ti, por haberme el pecado de ese pueblo forzado a abandonarle, por haber entrado ya mi furor en el interior de sus almas». Cuando la

cólera del Señor está inflamada por el pecado que anida en nuestro corazón, sobreviene entonces la peor y más terrible enfermedad. «Pero Señor —le dijo el Profeta—, ¿qué podré hacer para desviar de vuestro pueblo las miradas de vuestra ira?». «Córtate la cabellera y tirla —dijo el Señor—, y entona un canto de duelo en las cimas, que el Señor repudió y abandonó a la generación que encendió su ira»[3]. ¿Veis lo sensible que es Dios a la pérdida de nuestras almas? Por lo dicho os podéis hacer cargo de la desventura que representa perder un alma a quien Dios ama tanto, cuando, no teniendo aún los ojos corpóreos para llorar su desgracia, pide prestados los de sus profetas. Nos dice el Señor por su profeta Joel: «¡Gime como una virgen vestida de saco, por el novio de su juventud!»[4].

Nos dice San Bernardo que hay tres cosas capaces de hacernos llorar, pero sólo una es capaz de hacer meritorias nuestras lágrimas, a saber: llorar nuestros pecados o los de nuestros hermanos. Todo lo demás son lágrimas profanas, criminales o, al menos, infructuosas. Llorar la pérdida de un pleito injusto, o la muerte de un hijo: lágrimas inútiles. Llorar por vernos privados de un placer carnal: lágrimas criminales. Llorar por causa de una larga enfermedad: lágrimas infructuosas e inútiles. Pero llorar la muerte espiritual del alma, el alejamiento de Dios, la pérdida del cielo: «¡Oh, lágrimas preciosas —nos dice aquel gran santo—, mas cuán raras sois!» Y, ¿por qué esto, sino porque no sentís la magnitud de vuestra desgracia, para el tiempo y para la eternidad?

Es el temor de aquella pérdida lo que ha despoblado el mundo para llenar los desiertos y los monasterios de tantos cristianos penitentes; ellos comprendieron mucho mejor que nosotros que, al perder el alma, todo está perdido, y que ella debía de ser muy preciosa cuando el mismo Dios la tenía en tanta estima. Sí, los santos aceptaron tantos sufrimientos a fin de conservar su alma digna del cielo...

II. En segundo lugar hemos dicho que, para conocer el precio de nuestra alma, no tenemos más que considerar lo que Jesucristo hizo por ella. ¿Quién de nosotros podrá jamás comprender cuánto ama Dios a nuestra alma, pues ha hecho por ella todo cuanto es posible a un Dios para procurar la felicidad de una criatura? Para sentirse más obligado a amarla, la quiso crear a su imagen y semejanza; a fin de que, contemplándola, se contemplase a sí mismo. Por eso vemos que da a nuestra alma los nombres más tiernos y más capaces de mostrar el amor hasta el exceso. La llama su hija, su hermana, su amada, su esposa, su única, su tórtola[5]. Pero no está aun todo aquí: el amor se manifiesta mejor con actos que con palabras. Mirad su diligencia en bajar del cielo para tomar un cuerpo semejante al nuestro; desposándose con nuestra naturaleza, se ha desposado con todas nuestras miserias, excepto el pecado; o mejor, ha querido cargar sobre sí toda la justicia que su Padre pedía de nosotros. Mirad su anonadamiento en el misterio de la Encarnación; mirad su pobreza: por nosotros nace en un establo; contemplad las lágrimas que derrama sobre aquellas pajas, llorando de antemano nuestros pecados; mirad la sangre que sale de sus venas bajo el cuchillo de la circuncisión; vedle huyendo a Egipto como un criminal; mirad su humildad y su sumisión a sus padres; miradle en el monte de los olivos, gimiendo, orando y derramando lágrimas de sangre; miradle preso, atado y agarrotado, arrojado en tierra,

maltratado con los pies y a palos por sus propios hijos; contempladle atado a la columna, cubierto de sangre; su pobre cuerpo ha recibido tantos golpes y la sangre corre con tanta abundancia que sus verdugos quedan cubiertos de ella; mirad la corona de espinas que atraviesa su santa y sagrada cabeza; miradle con la cruz a cuestas caminando hacia el monte del Calvario: cada paso, una caída; miradle clavado en la cruz, sobre la cual se ha tendido Él mismo, sin que de su boca salga la menor palabra de queja. ¡Mirad las lágrimas de amor que derrama en su agonía, mezclándose con su sangre adorable! ¡Es verdaderamente un amor digno de un Dios todo amor! ¡Con ello nos muestra toda la estima en que tiene a nuestra alma! ¿Bastará todo esto para que comprendamos lo que ella vale, y los cuidados que por ella hemos de tener?

Si una vez en la vida tuviésemos la suerte de comprender bien la belleza y el valor de nuestra alma, ¿no estaríamos dispuestos, como Jesús, a sufrir todos los sacrificios por conservarla? ¡Qué hermosa, qué preciosa es un alma a los ojos del mismo Dios! ¿Cómo es posible que la tengamos en tan poca estima y la tratemos más duramente que al más vil de los animales? ¿Qué ha de pensar el alma conocedora de su belleza y de sus altas cualidades, al verse arrastrada a las torpezas del pecado? ¡Cuando la arrastramos por el fango de los más sucios deleites, sintamos el horror que de sí misma debe concebir un alma que no ve sobre ella otro ser que al mismo Dios! Dios mío, ¿es posible que hagamos tan poco caso de tal belleza?

Mirad en qué se convierte un alma que tiene la desgracia de caer en pecado. Cuando está en gracia de Dios, la tomaríamos por una divinidad; pero ¡cuando está en pecado! El Señor permitió un día a un profeta ver un alma en estado de pecado, y nos dice que parecía el cadáver corrompido de una bestia, después de haber sido arrastrado ocho días por las calles y expuesto a los rigores del sol. Ahora sí que podemos decir con el profeta Jeremías: «¡Cayó, cayó la gran Babilonia y se convirtió en morada de demonios!»^[6]. ¡Qué bella es un alma cuando tiene la dicha de estar en gracia de Dios! Sí, ¡solamente Dios puede conocer todo su precio y todo su valor!

Ved también cómo Dios ha instituido una religión para hacerla feliz en este mundo, mientras llega la hora de darle mayor felicidad en la otra vida. ¿Por qué ha instituido los sacramentos? ¿No será acaso para curarla cuando tiene la desgracia de contagiarse con las miasmas del pecado, o bien para fortalecerla en las luchas que debe resistir? ¡Mirad a cuántos ultrajes se ha expuesto Jesús por ella! ¡Con cuánta frecuencia son violados sus preceptos! ¡Cuántas veces son profanados sus sacramentos, cuántos sacrilegios se cometen al recibirlos! Pero no importa; aun conociendo Jesús todos los insultos que debía recibir, por el amor de las almas no pudo contenerse; mejor dicho, Jesucristo amó y ama tanto a nuestra alma, que, si fuera preciso morir una segunda vez, gustoso lo haría. Ved qué diligente se muestra en acudir en nuestro auxilio cuando estamos agobiados por la pena o por la tristeza; mirad los cuidados que se toma en favor de los que le aman; mirad la multitud de santos a quienes Él alimentó milagrosamente. ¡Ah!, si llegásemos a comprender lo que es un alma, lo mucho que Dios la ama, y lo abundantemente que la recompensará durante toda la eternidad, nos portaríamos como se portaron los santos: ni las riquezas, ni los placeres, ni la muerte

misma serían capaces de hacémosla vender al demonio. Mirad toda la multitud de mártires, cuántos tormentos soportaron para no perderla; vedlos subir a los cadalsos y entregarse en manos de los verdugos con una alegría increíble.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Cristina, virgen y mártir^[7]. Esta santa ilustre era natural de la Toscana. Su padre, que era gobernador, fue su propio verdugo. El motivo de su cólera fue que su hija hiciera desaparecer todos los ídolos que él adoraba en su propia casa; la joven los hizo añicos para vender el metal y, con lo que obtuvo con ello, repartir limosnas a los pobres cristianos. Este acto enfureció de tal manera a su padre que, al momento, la entregó a manos de los verdugos, que obedeciendo las órdenes que les dio, la azotaron bárbaramente y la atormentaron con una crueldad nunca vista. Su pobre cuerpo estaba cubierto de sangre. El padre ordenó que con unos garfios de hierro le desgarrasen sus carnes. Los verdugos llegaron a tanto que dejaron al descubierto muchos huesos de su cuerpo; pero el vivo dolor que experimentó, lejos de abatir su valor y turbar la paz de su alma, le dio fuerzas para arrancar, sin vacilar, su propia carne y ofrecérsela a su padre por si quería comerla. Un gesto tan sorprendente, en vez de conmovier el corazón de aquel padre tan bárbaro, sólo sirvió para encolerizarle más: entonces la hizo encerrar en una cárcel horrorosa, cargada de hierros y cadenas; la llenó de dicterios y maldiciones, y le anunció que se le preparaban nuevos tormentos; pero aquella joven santa, que no contaba más de diez años, no se alteró. Algunos días después, el padre la hizo salir de la prisión y mandó atarla a una rueda algo elevada sobre el suelo, que fue rociada de aceite por todos sus lados; y debajo de la misma mandó el tirano encender una gran hoguera, a fin de que, al dar vueltas la rueda, el cuerpo de aquella inocente criatura sufriese a la vez doble suplicio. Pero un gran milagro impidió que se lograra el efecto: el fuego respetó la pureza de la virgen y no causó ningún daño al cuerpo; antes al contrario, el fuego se revolvió contra los ídólatras y abrasó en sus llamas a un considerable número de ellos. Al ver el padre aquellos prodigios, le faltó poco para morir de rencor. Al no poder aguantar aquella afrenta, y viéndose impotente para llevar a cabo la venganza que intentaba, condujo nuevamente a su hija a la cárcel; pero allí tampoco le faltó auxilio: un ángel bajó al calabozo para consolarla y curar todas sus llagas. El enviado de Dios le comunicó nuevas fuerzas. Cuando este nuevo milagro llegó a conocimiento de aquel padre desnaturalizado, éste decidió ordenar una última tentativa. Mandó al verdugo que atase una piedra al cuello de su hija y la arrojase al lago. Pero Dios, que supo preservarla de las llamas, la libró también de las aguas: el mismo ángel que la había asistido en la prisión la acompañó sobre el agua y la condujo tranquilamente hasta la orilla, donde la encontraron tan sana como antes de arrojarla al lago. Viendo el padre que todo cuanto ordenaba para hacerla sufrir no le servía de nada, murió de rabia. Díón, que fue su sucesor en el gobierno de la ciudad, le sucedió también en fiereza. Creyó deber suyo vengar la muerte de su antecesor, de la cual consideraba a la hija la única causante. Inventó mil suertes de tormentos contra aquella virgen inocente; pero el más cruel fue obligarla a acostarse en una especie de cuna llena de aceite hirviendo mezclado con pez. Mas la santa joven, a quien Dios se

complacía en proteger para confusión de los tiranos, hizo que, con sólo la señal de la cruz, aquella materia perdiese su fuerza. Burlándose la niña, en cierta manera, del fracaso de sus verdugos, les dijo que la habían colocado en aquella cuna cual un niño acabado de bautizar. Aquellos aborrecibles ministros de Satán estaban llenos de indignación al ver que una niña de diez años triunfaba con todos sus esfuerzos; en su furor, aquellos bárbaros infames, olvidando el respeto que debían al pudor y a la modestia de aquella virgen, le cortaron los cabellos, la desnudaron, y, en aquel deplorable estado, la arrastraron a un templo pagano para obligarla a ofrecer incienso al demonio: pero, al entrar en el templo, el ídolo cayó hecho añicos y el tirano quedó muerto de repente. La multitud de idólatras que presenció tan extraordinario hecho se convirtió casi en masa, llegando hasta tres mil los que abrazaron la fe cristiana. Entonces aquella santa niña pasó a manos de un tercer verdugo llamado Justino. Aquel tirano se tomó también en serio vengar la muerte y la deshonra de su antecesor, agotando todo lo que su rabia pudo inspirarle para atormentar a la niña. Comenzó por mandar que la arrojaran a un horno ardiendo para hacerla perecer abrasada; pero Nuestro Señor, obrando un nuevo milagro, permitió que las llamas no la dañasen, y la virgen permaneció allí cinco días sin padecer en lo más mínimo. Entonces, viendo los hombres que su malicia resultaba impotente, recurrieron al demonio, valiéndose para ello de un mago que echó en la cárcel de la niña gran número de horribles serpientes y pensando que no escaparía a la fuerza del veneno de aquellas bestias; pero aquel diabólico manejo sólo sirvió para poner de relieve la gloria de la virgen, que triunfó frente a los animales como triunfó antes frente a la rabia de los hombres. Le cortaron la lengua, mas aun así se expresaba mejor, y cantaba con mayores fuerzas las alabanzas al Dios que adoraba. Finalmente, no sabiendo a qué tormento recurrir, mandó al verdugo que la atara a un poste donde su cuerpo fue agujereado a flechazos hasta que su alma salió para ir a gozar de la presencia de Dios, recompensa que tan bien había sabido merecer. Decidme, ¿comprendía aquella niña la excelencia y valor de su alma? ¿Estaba penetrada de lo que debía hacer por conservarla, a costa de sus bienes, de sus gustos y de su misma vida? ¡Ah!, una vez comprendido lo que vale nuestra alma, la estimación en que Dios la tiene, ¿podremos dejarla perecer como hacemos ahora? No, no debe ya admirarnos que Jesucristo haya derramado tantas lágrimas por la pérdida de nuestra alma.

Pero —pensaréis vosotros—, ¿por qué cosas lloró, pues, Jesucristo? Lloró por nuestro orgullo, al ver que sólo nos preocupamos de los honores y de la estimación del mundo, en vez de anonadarnos considerando las grandes humillaciones a que Dios se sometió para nuestro encumbramiento: lloró por nuestros odios y venganzas, que contrastan con la manera en que Él obró al morir por sus enemigos; lloró por nuestro infame vicio de la impureza, al ver la deshonra que produce este pecado en el alma, sumiéndola en el más inmundo e infecto lodazal. Jesús lloró sobre todos nuestros pecados. Él quería salvarnos y hacernos felices a todos; Él no quería que almas tan hermosas, criaturas suyas, se perdiesen ni quedasen sumidas en la deshonra y reducidas a la esclavitud del demonio, estando dotadas de tan bellas cualidades y

destinadas a tan excelsa felicidad.

III. Nos dice San Agustín[8]: «¿Queréis saber lo que vale vuestra alma? Id, preguntádselo al demonio, él os lo dirá. El demonio tiene en tanto a nuestra alma que, aunque viviésemos cuatro mil años, si después de esos cuatro mil años de tentaciones nos ganase, tendría por muy bien empleado su trabajo». Aquel santo varón que de una manera tan particular había sufrido las tentaciones del demonio, nos dice que nuestra vida es una tentación continuada. El mismo demonio dijo un día por boca de un poseso que, mientras hubiese un solo hombre sobre la tierra, él estaría allí para tentarle. Puesto que, decía, no puedo soportar que los cristianos, después de tantos pecados, puedan aún esperar el cielo que yo perdí de una sola vez, sin poder reconquistarlo jamás.

Pero, ¡ay!, sí, lo podemos experimentar en nosotros mismos el hecho de que en casi todos nuestros actos nos hallamos tentados, ya de orgullo, ya de vanidad, ya pensando en la opinión que los demás formarán de nosotros, ya concibiendo celos, odios, deseo de venganza... Otras veces el demonio se nos acerca para presentarnos las imágenes más inmundas e impuras. Mirad cómo, al orar, agita nuestro espíritu llevándolo de una parte a otra. Y aún más, desde Adán hasta nosotros, no hallaréis santo alguno que de una u otra manera no haya sido tentado; y los más grandes santos fueron precisamente los que experimentaron mayores tentaciones. El mismo Jesucristo quiso ser tentado para darnos a entender que también nosotros lo seríamos; es necesario, pues, atenernos a ello. Si me preguntáis cuál es la causa de nuestras tentaciones, os responderé que es la hermosura y el valor de nuestra alma, a la cual el demonio aprecia y apetece tanto, que se conformaría con sufrir dos infiernos, si fuese preciso, con tal de poder arrastrarla a compartir sus penas.

Jamás, pues, dejemos de permanecer en guardia, por temor de que, en el momento menos pensado, el demonio nos engañe. Cuenta San Francisco que un día el Señor le hizo ver la manera en que el demonio tentaba a sus religiosos, sobre todo contra la virtud de la pureza. Vio una multitud de demonios que se entretenían arrojando flechas contra aquellos religiosos; unas retornaban violentamente contra los mismos demonios que las arrojaban: entonces éstos huían dando tremendos alaridos; otras, al dar contra aquellos a quienes iban dirigidas, caían a sus pies sin causarles daño alguno; otras penetraban enteras y los atravesaban de parte a parte. Para rechazar las tentaciones, nos dice San Antonio, hemos de servirnos de las mismas armas: así, cuando nos tienta con el orgullo, debemos al momento humillarnos y rebajarnos ante Dios; si quiere tentarnos contra la santa virtud de la pureza, debemos esforzarnos en mortificar el cuerpo y los sentidos, vigilándonos con más diligencia que nunca. Si quiere tentarnos por medio del fastidio en la hora de la oración, deberemos redoblar ésta y poner atención más diligente; y cuanto más nos induzca el demonio a dejar las oraciones de costumbre, mayor número de ellas habremos de rezar.

Las tentaciones más temibles son aquellas de las que no nos damos cuenta. Refiere San Gregorio que había un religioso que durante algún tiempo fue muy bueno; un día concibió el deseo de salir del monasterio y volver al mundo, diciendo que el Señor le

quería fuera de aquel monasterio. El superior le dijo: «Amigo mío, esto es el demonio que se enoja de que logréis salvar el alma; combatid contra él». No dándose el otro por vencido, el superior le dio permiso para marcharse; pero, al salir del monasterio, el santo se puso de rodillas para pedir a Dios que hiciese conocer al pobre religioso que todo aquello no eran sino asechanzas del demonio empeñado en perderle. Apenas puso el pie en el umbral de la puerta para salir, un espantoso dragón se le echó encima.

«¡Socorro, hermanos míos —exclamó—, que viene un gran dragón a devorarme!». Los religiosos, al oír aquel ruido, acudieron a ver qué sucedía, y hallaron al religioso tendido en tierra casi muerto; le condujeron al monasterio, y entonces el infeliz reconoció verdaderamente que todo aquello eran sólo tentaciones del demonio que moría de rabia al «ver que su superior había rogado por él y le impedía ganar aquella alma». ¡Ay!, ¡cuánto hemos de temer que no lleguemos a conocer nuestras tentaciones! Y si no se lo pedimos a Dios, nunca las conoceremos.

¿Qué hemos de sacar de todo esto, si no es que nuestra alma es algo muy grande a los ojos del demonio, toda vez que está tan atento a no dejar perder ocasión de tentarnos, para perdernos y arrastrarnos a compartir su desgracia? Pero si, por una parte, hemos visto cómo nuestra alma es algo grande, cuánto la ama Dios, cuánto padeció para salvarla, los bienes que le prepara en la otra vida; y, por otra parte, hemos visto todas las astucias y lazos que el demonio nos tiende para perderla, ¿qué habremos de pensar de todo esto? ¿Qué estima haremos de nuestra alma? ¿Qué precauciones tomaremos por ella? ¿Hemos pensado siquiera una vez en su excelencia y en los cuidados que debemos tener respecto a ella?

¿Qué hacemos de esa alma que tanto ha costado a Jesucristo? ¡Es como si la tuviésemos únicamente para hacerla desgraciada y causarle sufrimientos! La consideramos menos estimable que los más viles animales; a las bestias que tenemos en la cuadra les damos de comer; cuidamos muy bien de cerrar las puertas a fin de que los ladrones no nos las roben; cuando están enfermas, acudimos pronto en busca del veterinario para que las cure; a veces hasta nos sentimos conmovidos viéndolas sufrir. Y esto ¿lo hacemos por nuestra alma? ¿Nos preocupamos de alimentarla con la gracia, o mediante la frecuencia de sacramentos? ¿Cuidamos de cerrar las puertas para que los ladrones no nos la roben? ¡Ay!, confesémoslo para nuestra vergüenza: la dejamos perecer de miseria, dejamos que nuestros enemigos, que son las pasiones, la desgarran; dejamos abiertas todas las puertas; llega el demonio del orgullo y le permitimos entrar para asesinar y devorar a la pobre alma; llega el de la impureza y también entra, para ensuciarla y corromperla. «¡Pobre alma —nos dice San Agustín—, en muy poca estima eres tenida. El orgulloso te vende por un pensamiento de soberbia, el avaro por un pedazo de tierra, el borracho por un vaso de vino, el vengativo por un pensamiento de venganza!».

Realmente, ¿dónde están nuestras oraciones hechas, nuestras comuniones devotas, nuestras misas santamente oídas, nuestra resignación y conformidad con la voluntad de Dios en las penas, nuestra caridad con los enemigos? ¿Será posible que hagamos

tan poco caso de un alma tan bella, a la cual Dios amó más que a sí mismo, pues murió por salvarla? ¡Ay!, amamos al mundo y sus placeres; en cambio, todo cuanto se refiere a la gloria de Dios o a la salvación del alma, nos enoja y nos fastidia, y llegamos hasta a quejarnos cuando nos vemos forzados a llevarlo a cabo. ¡Ya veremos nuestro remordimiento! Aparentemente el mundo nos proporciona algún placer, pero nos equivocamos. Escuchad lo que nos dice San Juan Crisóstomo y veréis cómo es más feliz el que se preocupa de salvarse que el que sólo corre en busca de los placeres y deja abandonada su pobre alma: «Mientras dormía —nos dice este gran santo— tuve un sueño muy singular, el cual, al despertarme, me ofreció muchos motivos de reflexión y meditación delante de Dios. En aquel sueño vi un paraje delicioso, un valle agradable donde la naturaleza había reunido todas las bellezas, todas las riquezas y todos los placeres capaces de complacer a un mortal. Lo que más me admiró fue ver en medio de aquel jardín de delicias a un hombre con el semblante triste, el rostro alterado y el espíritu preocupado; por su talante se adivinaba la turbación y la emoción de su alma: unas veces permanecía inmóvil, mirando fijamente al suelo, otras andaba a grandes pasos y con aire extraviado; otras se paraba repentinamente, exhalando profundos suspiros, sumiéndose en honda melancolía, rayana en la desesperación. Contemplando todo aquello atentamente, vi que aquel jardín de delicias terminaba en un espantoso precipicio, en una sima inmensa hacia donde parecía verse aquel hombre arrastrado por una fuerza extraña. A pesar de tantas delicias, aquel hombre se mostraba agitado, pues, a la vista de aquellos abismos, le era imposible disfrutar un solo momento de paz y de alegría. No obstante, dirigiendo mi vista hacia lo lejos, vi otro lugar de aspecto totalmente distinto del jardín que os he descrito: era un valle sombrío y oscuro, formado por abruptas montañas y estériles desiertos; la sequedad más desoladora dominaba enteramente en aquellos parajes; nada de vegetación ni de frondosidad, sólo zarzas y espinas; todo inspiraba tristeza, desolación, horror. Pero fue grande mi sorpresa cuando divisé en aquel valle a un hombre pálido, enjuto, extenuado, y sin embargo, con el rostro sereno, el aspecto tranquilo y el aire satisfecho; a pesar de la apariencia exterior no muy gallarda, todo hacía adivinar que se trataba de un hombre que disfrutaba de la paz del alma; pero, mirando aún más a lo lejos, vi, al extremo de aquel valle de miserias y de aquel horroroso desierto, un sitio delicioso, un agradable rincón donde se descubría toda suerte de bellezas. El hombre contemplaba sin cesar aquel extremo sin perderlo jamás de vista; andaba con decisión sin detenerse ante los estorbos de las zarzas y espinas que a veces llegaban a herir sus carnes; las llagas parecían avivar sus fuerzas. Admirado al ver todo aquello, pregunté por qué causa el uno estaba tan triste en un lugar de placeres y el otro tan tranquilo en una mansión de miserias. Entonces oí una voz que dijo: «Estos dos hombres son, respectivamente, la imagen de aquellos que están enteramente entregados al mundo, y de los que se consagran sinceramente al servicio de Dios. El mundo —me dijo aquella voz— ofrece desde el primer momento a sus seguidores la riqueza y el placer, a lo menos en apariencia: los incautos se entregan a ellos sin ninguna consideración, pero pronto han de reconocer que no hallaron lo que pensaban. Lo más triste y desalentador

es que al final se encuentran indefectiblemente con un abismo donde van a precipitarse cuantos andan por aquella senda en apariencia tan agradable. El otro — continuó la voz— experimenta en sí mismo todo lo contrario, y es que en el servicio de Dios se hallan ante todo pruebas y penalidades, debe habitarse en un valle de lágrimas; hay que mortificarse, hacerse violencia, privarse de las dulzuras de la vida, pasar los días en gran apretura. Pero el espíritu se anima ante la vista y la esperanza de un porvenir enteramente feliz; dura es la vida del hombre que mora en aquel valle triste, mas el pensamiento de la felicidad que le aguarda le consuela y le sostiene en todas sus luchas. Todo es consolador para él, y su alma comienza ya a gustar de los bienes prometidos que le esperan y de los cuales pronto gozará plenamente».

¿Podemos hallar una comparación más exacta y natural para comprender la diferencia entre los que durante su vida sólo procuran servir a Dios y salvar su alma, y los que dejan de lado a su Dios y a su alma para correr tras los placeres y que conduce, sin dejarnos gozar de nada consolador y perfecto, a un precipicio que no es otro que el abismo infernal?[9]. ¡Dichoso el que sigue aquel camino donde hay algunas penas, de poca duración, pero que al fin nos conduce a un lugar tan dichoso como es aquel donde se goza de la posesión de Dios!

[1] *Sal* 154, 19.

[2] *Sal* 72, 25.

[3] *Jr* 7, 29.

[4] *Jl* 1, 8.

[5] *Ct* 2, 10; 4, 9; 5, 2, etc.

[6] *Ap* 18, 2; *Jr* 2, 8,

[7] Su fiesta se celebra el 24 de julio.

[8] Serm. CGX, in *Quadrag.* VI, cap. IV.

[9] *Pr* 14, 12- 13.

SOBRE EL ORGULLO

Non sum sicut caeteri hominum.

Yo no soy como los demás.

(Lc 18, 11)

Tal es el lenguaje ordinario de la falsa virtud y el de los orgullosos, quienes, siempre satisfechos de sí mismos, están en todo momento dispuestos a criticar y censurar el comportamiento de los demás. Tal es también la manera de hablar de los ricos, que miran a los pobres como si fuesen de una naturaleza distinta de la suya, y los tratan conforme a esta manera de pensar. En una palabra, esta es la manera de hablar de casi todo el mundo. Son contados, hasta entre la gente de la más baja condición, los que no están manchados con este maldito pecado, que no forman siempre buena opinión de sí mismos, que no se colocan en todo momento por encima de sus iguales, y no llevan su detestable orgullo hasta afirmarse en la creencia de que son ellos mejores que muchos otros. De todo esto deduzco yo que el orgullo es la fuente de todos los vicios y la causa de todos los males que acontecen y acontecerán hasta la consumación de los siglos. Llevamos hasta tal punto nuestra ceguera, que muchas veces nos gloriamos de aquello que debería llenarnos de confusión. Unos se muestran orgullosos porque creen tener mucho talento; otros, porque poseen algunos palmos de tierra o algún dinero; pero todos estos lo que debieran hacer es temblar ante la temible cuenta que Dios les pedirá algún día. Cuántos hay que necesitan hacer esta oración que San Agustín dirigía a Dios Nuestro Señor: «Dios mío, haced que conozca lo que soy, y nada más necesito para llenarme de confusión y desprecio»[\[1\]](#). Voy, pues, ahora a mostraros: 1.º Hasta qué punto el orgullo nos ciega y nos hace odiosos a los ojos de Dios y de los hombres; 2.º De cuantas maneras lo cometemos; y 3.º Lo que debemos practicar para corregirnos.

I. Para daros una idea de la gravedad de ese maldito pecado, sería preciso que Dios me permitiese ir a arrancar a Lucifer del fondo de los abismos y arrastrarle aquí para que él mismo os pintase los horrores de ese crimen, mostrándoos los bienes que le ha arrebatado, es decir el cielo, y los males que le ha causado, que no son otros que las penas del infierno. ¡Ay!, ¡por un pecado que tal vez dura un solo momento, un castigo que durará toda una eternidad! Y lo más terrible de ese pecado es que, cuanto más domina al hombre, menos culpable se cree éste del mismo. En efecto, jamás el orgulloso querrá convencerse de que lo es, ni jamás reconocerá que no anda bien: todo cuanto hace y todo cuanto habla, está bien hecho y bien dicho. ¿Queréis comprender la gravedad de ese pecado? Mirad lo que ha hecho Dios para expiarlo. ¿Por qué causa

quiso nacer de padres pobres, vivir en la oscuridad, aparecer en el mundo no ya en medio de gente de mediana condición, sino como una persona de la más ínfima categoría? Pues porque veía que ese pecado había de tal manera ultrajado a su Padre, que solamente Él podía expiarlo rebajándose al estado más humillante y más despreciable, el de la pobreza; pues no hay como no poseer nada para ser despreciado de unos y rechazado por otros.

Mirad lo grandes que son los males que ocasionó ese pecado. Sin él no habría infierno.

Sin dicho pecado, Adán estaría aún en el paraíso terrenal, y todos nosotros todos felices, sin enfermedades ni miseria alguna de esas que a cada momento nos agobian; no habría muerte; no estaríamos sujetos a aquel juicio que hace temblar a los santos; ningún temor deberíamos tener de una eternidad desgraciada; el cielo nos estaría asegurado. Felices en este mundo, y aún más felices en el otro, pasaríamos nuestra vida bendiciendo la grandeza y la bondad de nuestro Dios, y después subiríamos en cuerpo y alma a continuar tan dichosa ocupación en el cielo. ¿Qué digo?, ¡sin ese maldito pecado, Jesús no habría muerto! ¡Cuántos tormentos se habrían evitado a nuestro divino Salvador...!

Pero —me diréis—, ¿por qué ese pecado ha causado peores daños que los otros? ¿Por qué? Oíd la razón. Si Lucifer y los demás ángeles malos no hubiesen caído en el pecado de orgullo, no existirían demonios, y, por consiguiente, nadie habría tentado a nuestros primeros padres, y así ellos hubieran tenido la suerte de perseverar. No ignoro que todos los pecados ofenden a Dios, que todos los pecados mortales merecen eterno castigo; el avaro que sólo piensa en atesorar riquezas, dispuesto a sacrificar la salud, la fama y hasta la misma vida para acumular dinero, con la esperanza de que proveerá su porvenir, ofende sin duda a la providencia de Dios, que nos tiene prometido que, si nos ocupamos en servirle y amarle, Él cuidará de nosotros. El que se entrega a los excesos de la bebida hasta perder la razón y se rebaja a un nivel inferior al de los brutos, ultraja también gravemente a Dios, que le dio los bienes para usar rectamente de ellos consagrando sus energías y su vida a servirle. El vengativo que se venga de las injurias recibidas desprecia cruelmente a Jesucristo, que, hace ya tantos meses o quizá tantos años, le soporta sobre la tierra, y aún más, le provee de cuanto necesita, cuando sólo merecería ser precipitado a las llamas del infierno. El impúdico, al revolcarse en el fango de sus pasiones, se coloca en un nivel inferior a las más inmundas bestias, pierde su alma y da muerte a su Dios; convierte el templo del Espíritu Santo en templo de demonios, «¿voy, entonces, a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz?»^[2]; de hermano del Hijo de Dios se convierte, no ya en hermano de los demonios, sino en esclavo de Satán. Todo esto son crímenes respecto a los cuales faltan palabras que expresen los horrores y la magnitud de los tormentos que merecen. Pues bien, yo os digo que todos estos pecados distan tanto del orgullo en cuanto al ultraje que infieren a Dios como el cielo dista de la tierra: nada más fácil de comprender. Al cometer los demás pecados, o bien quebrantamos los preceptos de Dios, o bien despreciamos sus beneficios; o, si queréis,

convertimos en inútiles los trabajos, los sufrimientos y la muerte de Jesús. Pero el orgullo hace como un súbdito que, no contento con despreciar y aplastar debajo de sus plantas las leyes y las ordenanzas de su soberano, lleva su furor hasta el intento de hundirle un puñal en el pecho, arrancarle del trono, aplastarle bajo sus pies y ponerse en su lugar. ¿Puede concebirse mayor atrocidad? Pues bien, esto es lo que hace la persona que halla motivo de vanidad en los éxitos alcanzados con sus palabras u obras. ¡Oh, Dios mío!, ¡qué grande es el número de esos infelices!

Oíd lo que nos dice el Espíritu Santo hablando del orgullo: «Será aborrecido de Dios y de los hombres, pues el Señor detesta al orgulloso y al soberbio». El mismo Jesucristo nos dice que daba gracias a su Padre «porque has ocultado esas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños»[3]. En efecto, si recorremos la Sagrada Escritura, veremos que los males con que Dios aflige a los orgullosos son tan horribles y frecuentes que parecen agotar su furor y su poder en castigarlos, así como podemos observar también el especial placer con que Dios se complace en humillar a los soberbios a medida que ellos procuran elevarse. Lo mismo ocurre muchas veces al ver al orgulloso caído en algún vergonzoso vicio que le llena de deshonra a los ojos del mundo.

Hallamos un caso ejemplar en la persona de Nabucodonosor el Grande. Era aquel príncipe tan orgulloso y tenía tan elevada opinión de sí mismo que pretendía ser considerado como Dios[4]. Cuando más henchido estaba de su grandeza y poderío, de repente oyó una voz de lo alto diciéndole que el Señor estaba cansado de su orgullo y que, para darle a conocer que hay un Dios, Señor y dueño de los reinos terrenos, le sería quitado su reino y entregado a otro; que sería arrojado de la compañía de los hombres para ir a habitar junto a las bestias feroces, donde comería hierbas y raíces como si fuera una bestia de carga. En un momento Dios le trastornó de tal manera el cerebro que se imaginó ser una bestia, huyó a la selva y allí llegó a conocer su pequeñez[5]. Ved los castigos que Dios envió a Core, Datán, Abirón y a doscientos judíos notables. Estos, llenos de orgullo, dijeron a Moisés y a Aarón: «¡Esto es demasiado! Todos los de la comunidad, todos, son santos, y el Señor está en medio de ellos, ¿por qué, pues, os ponéis por encima de la asamblea del Señor?»[6]. El Señor mandó a Moisés y a Aarón que todos se retirasen de ellos y de sus casas, pues quería castigarlos... Apenas estuvieron separados, se abrió la tierra debajo de sus pies y se hundieron vivos en el infierno. Mirad a Herodes, el que hizo dar muerte a Santiago y encarceló a San Pablo. Era tan orgulloso que, un día, vestido con su indumentaria real y sentado en su trono, habló con tanta elocuencia al pueblo que hubo quien llegó a decir: «No, éste que habla no es un hombre, sino un dios». Al instante, un ángel le hirió con una enfermedad tan horrible que los gusanos se cebaban en su cuerpo vivo, y murió como un miserable. Quiso ser tenido por dios y fue comido por los viles insectos[7]. Ved también a Amán, aquel soberbio famoso que había decretado que todo súbdito debía doblar la rodilla delante de él. Irritado y enfurecido porque Mardoqueo menospreciaba sus órdenes, hizo levantar una horca para darle muerte; pero Dios, que aborrece a los orgullosos, permitió que aquella horca sirviese para el

mismo Amán[8].

En todas partes y en todos los tiempos hallamos ejemplos de cómo Dios se complace en confundir a los soberbios. Y no solamente el orgulloso es aborrecible a los ojos de Dios, sino que también resulta insoportable a los hombres. ¿Por qué causa? —me preguntaréis—. Pues porque no puede avenirse con nadie: unas veces quiere elevarse por encima de sus iguales y otras quiere igualarse con los que están sobre él, de manera que nunca puede estar en paz con nadie. De modo que los orgullosos están siempre en controversia con alguien, razón por la cual todo el mundo los odia, huye de ellos y los desprecia. No hay pecado que produzca un cambio tan radical en el que lo comete como el orgullo; por él un ángel, la criatura más hermosa, se convirtió en el más horrible demonio, y, entre los hombres, a un hijo de Dios lo convierte en esclavo de Satán.

II. «Muy horrible es ese pecado —me diréis—, es preciso que quien lo comete no conozca ni los bienes que pierde, ni los males que atrae sobre sí ni, finalmente, los ultrajes que infiere a Dios y a su alma. Pero, ¿de qué modo podremos saber que hemos caído en él?». ¿Cómo, amigo mío? Helo aquí. Podemos muy bien decir que este pecado se halla en todas partes, acompaña al hombre en todo cuanto dice o hace; viene a ser como una especie de condimento que en todas partes entra. Escuchadme un momento y lo veréis. Jesucristo nos presenta un ejemplo en el Evangelio, al hablarnos de aquel fariseo que fue al templo a hacer su oración, permaneciendo de pie ante todo el mundo y diciendo en voz alta: «Os doy gracias, Señor, porque no soy como los demás lleno de pecados; empleo mi vida haciendo el bien y procurando agradaros». Aquí tenéis el verdadero carácter del orgulloso: en vez de dar gracias a Dios por haberse dignado servirse de él para el bien, mira a todo aquello como si procediese de sí mismo y no de Dios. Entremos a examinar esto con más detención y veremos cómo casi nadie escapa a las redes del orgullo. Tanto los viejos como los jóvenes, tanto los pobres como los ricos, todos se alaban y glorían de lo que son y de lo que hicieron, o mejor, de lo que no son y de lo que no hicieron. Todos se aplauden y gustan de ser aplaudidos; todos corren de una parte a otra mendigando las alabanzas de los hombres, y cada uno trabaja por atraerse a los demás a su partido. Así pasa la vida la mayor parte de la gente. La puerta por la cual el orgullo entra más copiosamente son las riquezas. En cuanto una persona aumenta sus bienes, la veréis ya cambiar de vida; hace lo que decía Jesucristo de los fariseos: «Anhelan los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas y que les saluden en las plazas, y que la gente les llame rabbí»[9]; abandonan ya su primitivo aire de sencillez; si los saludáis, ni se dignarán quitarse el sombrero, apenas si inclinarán un poco la cabeza, andan con la cabeza erguida, ponen especial cuidado en escoger las más bellas palabras, cuyo significado muchas veces ignoran, pero se complacen en repetir las. Aquí hallaréis a un hombre que os llenará la cabeza dándoos cuenta de las herencias que le han tocado para hacer ostentación de la importancia de su fortuna. Toda su preocupación está en que le alaben y le tengan en mucho. ¿Se ha visto coronada por el éxito alguna empresa suya? Pues le falta tiempo para darlo a conocer, a fin de hacer

ostentación de su saber. ¿Ha dicho algo digno de aplauso? No cesará entonces de repetirlo a cuantos le quieran escuchar, hasta fastidiarlos y dar pie a que se burlen de su fatuidad. ¿Ha realizado acaso algún viaje? Preparaos, pues, a oír cien veces sus narraciones, hinchadas y exageradas, hablando de lo que vio y de lo que no vio con tanta desaprensión que llega a inspirar lástima a los que le escuchan. Los pobres orgullosos piensan que de esta manera lograrán ser tenidos por personas de talento, mas lo que ocurre es que en la intimidad todo el mundo los desprecia. Ante las bravatas de cierta gente, una persona seria no sabe abstenerse de formular para sus adentros este juicio o uno parecido: ¡he aquí un soberbio; el pobre piensa ser creído en todo cuanto afirma!

Ved a un artesano contemplando la obra de otro; hallará en ella mil defectos y dirá: «¿qué le vamos a hacer? ¡Su capacidad no da más de sí!». Pero, como el orgulloso no rebaja nunca a los demás sin elevarse a sí mismo, entonces, a renglón seguido, os hablará de tal o cual obra por él realizada, diciéndoos que ha llamado la atención de los inteligentes, que se ha hablado mucho de ella... El orgulloso, al toparse con varias personas reunidas, generalmente cree que hablan de él, ya en bien ya en mal.

¿Se trata de una joven agraciada o que cree serlo? La veréis andar con un aire de afectación, con una vanidad como de princesa. ¿Está bien provista de vestidos y adornos? Pues con el mayor disimulo dejará muchas veces el ropero abierto para que se enteren de ello los que frecuentan su casa.

Quién se enorgullece de su hogar y de sus bestias; quién de saber confesarse, de saber orar bien, de presentarse con mayor modestia en el templo. Una madre se enorgullecerá de sus hijos; un labrador, de tener las tierras mejor cultivadas que otros a quienes critica, y se envanecerá de su saber. Un joven petimetre lleva con ostentación una gran cadena en el chaleco; pero, si se le pregunta qué hora es, no puede decirlo porque no tiene reloj; otro, que lo lleva, a cada momento habla de si es tarde o temprano, para tener ocasión de lucirlo ante los demás. Si es un jugador, tomará en su mano todo lo que tiene o hasta lo que pidió prestado, para dar a entender que no le importa perder unas monedas. ¡Y cuántos hay que, para asistir a una partida de placer, tienen que pedir prestado no sólo el dinero sino también el vestido!

¿Es una persona que entra por primera vez en relaciones con una familia donde no era conocida? En seguida la oiréis dar grandes explicaciones acerca de su abolengo, sus bienes, su talento, y todo cuanto puede contribuir a que formen de ella un elevado concepto. Nada más ridículo, nada más tonto que estar siempre dispuesto a hablar de lo que se ha hecho o de lo que se ha dicho. Escuchad a un padre de familia cuando sus hijos se hallan en estado de poder contraer matrimonio. En cuanto tiene ocasión habla de esta manera, para que le oiga todo el mundo: «Tengo prestados tantos miles de monedas», «mis tierras rinden tanto»...; pero pedidle tan sólo un real para los pobres y os contestará que no tiene nada. Un sastre o una modista habrán acertado en la confección de un traje o un vestido; si se ofrece la ocasión de ver pasar a la persona que lo lleva y alguien alaba el vestido y quiere saber su autor, pronto responden:

«¡Mirad bien, es obra mía!». ¿Por qué hablan? Pues para dar a conocer su habilidad. Si no hubiesen acertado y los comentarios fuesen desfavorables, se guardarían muy bien de abrir la boca por temor a la humillación. Y no hablemos de las mujeres en lo concerniente a las cosas del hogar... Pero he de advertiros que este pecado debe ser aún más temido entre las personas que parecen profesar una gran piedad. He aquí un ejemplo[10].

Este maldito pecado del orgullo se desliza hasta entre los que ejercen las más bajas funciones. Así a un trabajador de tierras, un podador, por ejemplo, si se le ocurre practicar su oficio en lugares donde acude mucha gente, veréis que pone en su obra los cinco sentidos, «a fin —dirá él— de que los que pasen por aquí no puedan decir que no sé mi obligación». Este pecado se mezcla también con el crimen o con la virtud: ¡cuántos son los que se glorían de haber hecho el mal! Escuchad la conversación de algunos bebedores: «¡Ah! —dirá uno— el otro día me topé con fulano; apostamos a quién bebería más sin embriagarse y le gané». Es también orgullo desear riquezas que no se tienen o envidiar las de los demás, por ser los ricos respetados en el mundo.

Hallaréis algunos que, según su manera de hablar, son humildes en extremo y llegan hasta a despreciar su persona, como si públicamente quisiesen confesar su pequeñez. Pero decidles algo que los humille de verdad. A la primera palabra les veréis erguirse y plantaros cara, y hasta llegarán al extremo de desacreditaros y volver contra vuestra reputación, por el pretendido agravio que le habéis inferido. Mientras se los alabe y adule, serán muy humildes. Otras veces sucede que, cuando delante de nosotros se habla bien de otra persona, nos sentimos molestados como si aquello nos humillara; ponemos mala cara o bien decimos: «¡Ah!, ¡es como los demás, fue ella quien hizo esto o lo de más allá, no posee las bellas cualidades que le atribuíis, se ve que no la conocéis!».

He dicho que el orgullo se mete hasta en nuestras buenas obras. Son muchos los que no darían limosna ni favorecerían al prójimo si no fuese porque, mediante ello, son tenidos por personas caritativas y de buenos sentimientos. Si ocurre tener que dar limosna delante de los demás, darán mayor cantidad que cuando están a solas. Si desean hacer público el bien que han practicado o los servicios que a los demás han prestado, comenzarán hablando de esta manera: «Fulano es muy desgraciado, apenas puede vivir; tal día vino a manifestarme su miseria y le di tal cosa».

El orgulloso nunca quiere ser reprendido, en todo le asiste el derecho; todo cuanto dice está bien dicho; todo cuanto hace está bien hecho. En cambio, le veréis constantemente preocuparse de la conducta de los demás; todo lo encuentra defectuoso: nada está bien hecho ni bien dicho. Una acción realizada con las mejores intenciones del mundo, su lengua viperina la convierte en cosa mala.

¿Cuántos hay, también, que mienten o inventan por causa del orgullo? Si se les ocurre narrar sus dichos o sus hechos, ponen mucho más de lo que hay en realidad. En cambio, otros mienten por temor a la humillación. En otras palabras: los viejos se vanaglorian de lo que no hicieron; si hemos de dar oídos a sus palabras, diremos que fueron los más valerosos conquistadores de la tierra; parece como si hubiesen

recorrido el universo entero; y los jóvenes alaban lo que no harán nunca; todos mendigan, todos corren detrás de una bocanada de humo que ellos llaman honor. Así es el mundo de hoy; explorad vuestra conciencia, poned la mano sobre el corazón y, forzosamente, tendréis que reconocer la verdad de lo que os digo.

Pero lo más triste y lamentable es que este pecado sume al alma en tan espesas tinieblas que nadie se cree culpable del mismo. Nos damos perfecta cuenta de las vanas alabanzas de los demás, conocemos muy bien cuándo se atribuyen elogios que jamás merecieron; pero nosotros creemos ser siempre merecedores de lo que se nos tributa. Y yo os digo que quien busca la estimación de los hombres es ciego. «¿Por qué?» —me diréis—. He aquí la razón, amigo mío. Ante todo, no diré que pierda todo el mérito de cuanto hace, que todas sus limosnas, sus oraciones y sus penitencias no sean más que motivo de condenación. Él creerá haber hecho algo bueno, y todo quedará estropeado por el orgullo. Pero yo os digo que es un ciego. Para merecer la estimación de Dios y de los hombres, lo más seguro es huir de los honores en vez de procurarlos; no hay más que persuadirse de que nada somos, y nada merecemos, y estaremos seguros de que lo tendremos todo. En todo tiempo se ha visto que cuanto más quiere ensalzarse una persona, tanto más permite Dios su humillación; y cuanto más empeño pone en esconderse, mayor es el brillo que Dios concede a su fama. Mirad: no tenéis más que poner la mano y los ojos sobre la verdad para reconocerla. Una persona, es decir, un orgulloso, corre a mendigar las alabanzas de los hombres; ¡y veréis que apenas es conocido en una parroquia! Pero aquel que hace cuanto puede para ocultarse, que se desprecia a sí mismo y se tiene en nada, hallaréis que en veinte o cincuenta leguas a la redonda son elogiadas y conocidas sus buenas cualidades. En una palabra: su fama se esparce por las cuatro partes del mundo; cuanto más se oculta, más conocido es; mientras que cuanto más quiere hacerse el otro visible, más profundamente se hunde en las tinieblas, lo cual hace que nadie le conozca, y él mucho menos que los demás.

Si el fariseo, según habéis visto, es el verdadero retrato del orgulloso, el publicano es una imagen visible del corazón sinceramente penetrado de su pequeñez, de su nada, de su escaso mérito y de su gran confianza en Dios. Jesús nos lo presenta como un modelo cumplido, al cual podemos tomar seguramente por guía. El publicano, nos dice San Lucas, echa en olvido todo el bien que ha podido hacer durante su vida, para ocuparse solamente de su indignidad y de su miseria espiritual; no se atreve a comparecer delante de un Dios tan santo. Lejos de imitar al fariseo, que se situó en un lugar donde podía ser visto por todo el mundo y recibir sus alabanzas, el pobre publicano apenas se atreve a entrar en el templo, corre a ocultarse en un rincón, se considera como si estuviese solo ante su juez, la faz en tierra, el corazón quebrantado de dolor y los ojos bañados en lágrimas; tanta es su confusión al considerar sus pecados y la santidad de Dios, delante del cual se considera tan indigno de comparecer que ni se atreve a mirar el altar. Con el corazón lleno de amargura exclama: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador!» [\[11\]](#). Esta humildad movió de tal manera el corazón de Dios que no solamente le perdonó sus pecados, sino que le alabó

públicamente diciendo que aquel publicano, aunque pecador, le había sido más agradable por su humildad que no el fariseo con la aparatosa ostentación de sus buenas obras: «Os digo —afirma Jesucristo— que éste bajó justificado a su casa, y aquél no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se humilla será ensalzado». Hasta aquí hemos visto en qué consiste el orgullo, lo horrible que es este vicio, cuánto ofende a Dios y cuán duramente lo castiga el Señor. Vamos a conocer ahora su virtud contraria, a saber, la humildad.

III. Si el orgullo es la fuente de toda clase de vicios[12], podemos también afirmar que la humildad es la fuente y el fundamento de toda clase de virtudes[13]; es la puerta por la cual pasan las gracias que Dios nos otorga; ella es la que sazona todos nuestros actos, comunicándoles tanto valor y haciendo que resulten tan agradables a Dios; finalmente, ella nos constituye dueños del corazón de Dios hasta hacer de Él, por decirlo así, nuestro servidor; pues nunca ha podido Dios resistir a un corazón humilde[14]. «Pero —me diréis—, ¿en qué consiste esa humildad que tantas gracias nos merece?». Helo aquí, amigo mío. Escúchame: has podido conocer ya si realmente estabas dominado por el orgullo, y ahora vas a ver si tienes la dicha de poseer esta tan rara como hermosa virtud; si la posees en toda su integridad, tienes asegurada la gloria del cielo. La humildad, nos dice San Bernardo, es una virtud que nos hace conocernos a nosotros mismos y nos inclina a concebir un constante desprecio de cuanto procede de nuestra persona. La humildad es una antorcha que presenta a la luz del día nuestras imperfecciones; no consiste, pues, en palabras ni en obras, sino en el conocimiento de sí mismo, gracias al cual descubrimos en nuestro ser un cúmulo de defectos que el orgullo nos había estado ocultando hasta ahora. Y digo que esta virtud nos es absolutamente necesaria para ir al cielo; oíd, si no, lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio: «En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos; y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe»[15]. Sí —nos dice el sabio—, la humildad todo lo alcanza[16]. ¿Queréis alcanzar el perdón de los pecados? Presentaos ante vuestro Dios en la persona de sus ministros y allí, llenos de confusión, considerándoos indignos de obtener el perdón que imploráis, podéis tener la seguridad de alcanzar misericordia. ¿Sois tentados? Corred a humillaros, reconociendo que por vuestra parte no podéis hacer más que perderos: y no dudéis de que os veréis libres de la tentación. ¡Oh, hermosa virtud, qué agradables son a Dios las almas que te poseen! El mismo Jesucristo no pudo darnos más hermosa idea de sus méritos que manifestándonos que había querido tomar «la forma de siervo»[17], la más vil condición a la que puede llegar un hombre. ¿Qué es lo que hizo tan agradable a la Santísima Virgen ante los ojos de Dios sino la humildad y el desprecio de sí misma?

Leemos en la historia[18] que San Antonio tuvo una visión en la que Dios le presentó el mundo cubierto con una red cuyos cuatro extremos estaban sostenidos por demonios. «¡Ah! —exclamó el Santo— ¿quién podrá escapar de esta red?». «Antonio —le dijo el Señor—, basta tener humildad: es decir: si reconoces que de tu parte nada

mereces, que de nada eres capaz con tus solas fuerzas, entonces saldrás triunfante». Un amigo de San Agustín le preguntó cuál era la virtud que debía practicar para ser más agradable a Dios. El Santo le contestó: «Te basta la sola humildad. En vano he trabajado en buscar la verdad; para conocer el camino que más seguramente lleve a Dios, nunca he sabido hallar otro». Escuchad lo que nos cuenta la historia[19]. San Macario, un día que regresaba a su morada con un haz de leña, halló al demonio empuñando un tridente de fuego, el cual le dijo: «Oh, Macario, cuánto sufro por no poderte maltratar; ¿por qué me haces sufrir tanto?, pues cuanto haces lo practico yo mejor que tú: si tú ayunas, yo no como nunca; si tú pasas las noches en vela, yo no duermo nunca; solamente me aventajas en una cosa, y con ella me tienes vencido». ¿Sabéis cuál era la cosa que tenía San Macario y el demonio no? ¡Ah!, amados míos, la humildad. ¡Oh, hermosa virtud, qué dichoso y qué capaz de grandes cosas es el mortal que te posee!

En efecto, aunque tuvieseis todas las demás virtudes, si os faltase ésta nada tendríais. Abandonad toda vuestra fortuna a los pobres, llorad los pecados durante toda la vida, someteos a todas las penitencias que vuestro cuerpo podrá soportar, pasad los años de vuestra existencia en el retiro; si no tenéis humildad, ésa será vuestra condena. Por eso vemos que todos los santos pasaron su vida entera trabajando en adquirirla o conservarla. Cuanto más les colmaba Dios de favores, más profundamente se humillaban. Mirad a San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo; se tiene por gran pecador, un perseguidor de la Iglesia de Cristo, un miserable bastardo, indigno del lugar que ocupa[20]. Mirad a San Agustín, a San Martín: entraban en el templo temblando, tanta era la confusión que sentían al considerar su miseria espiritual. Estas deberían ser nuestras disposiciones para ser agradables a Dios. Vemos que un árbol, cuanto más cargado de fruto se halla, más inclina hacia el suelo sus ramas; así también nosotros, cuanto mayor sea el número de nuestras buenas obras, más profundamente debemos humillarnos, reconociéndonos indignos de que Dios se sirva de tan vil instrumento para hacer el bien. Solamente por la humildad podemos reconocer a un buen cristiano.

Pero me diréis, «¿de qué manera podremos distinguir si un cristiano es humilde?». Nada más fácil, como veréis ahora. Ante todo os digo que una persona verdaderamente humilde nunca habla de sí misma, ni bien ni mal; se contenta con humillarse delante de Dios, que la conoce tal cual es. Sus ojos no miran más que su conducta propia, y gime siempre por reconocerse muy culpable; por otro lado, no deja de trabajar por hacerse cada vez más digna de Dios. Nunca la veréis emitir su juicio sobre la conducta de los demás, nunca deja de formar buena opinión de todo el mundo. ¿Hay alguien a quien sepa despreciar? A nadie más que a sí misma. Siempre le parece bien lo que hacen sus hermanos, pues está muy persuadida de que sólo ella es capaz de obrar el mal. De aquí viene que si habla de su prójimo sea para elogiarlo; si no puede decir de los demás cosa buena, se calla; cuando la desprecian, piensa que en ello hacen los demás lo que deben, pues después de haber ella despreciado a su Dios, bien merece ser despreciada por los hombres; si le tributan elogios, se ruboriza y

huye, lamentándose de ver que en el día del juicio final va a causar una gran decepción a los que la creían persona de bien, cuando en realidad está llena de pecados. Siente tanto horror de las alabanzas como los orgullosos aborrecen la humillación. Prefiere siempre como amigos a los que le dan a conocer sus defectos. Si se le ofrece la ocasión de favorecer a alguien, escogerá siempre como objeto de sus atenciones a quien le calumnió o le causó algún perjuicio. Los orgullosos buscan siempre la compañía de quienes los adulan y tienen en algo; ella, por el contrario, se apartará de la lisonja para ir en busca de los que parecen tenerla en opinión desfavorable. Su alegría consiste en hallarse sola con su Dios, mostrarle sus miserias y suplicarle que se apiade de ella. Ya esté sola, ya en compañía de otros, no observaréis ningún cambio en sus oraciones ni en su manera de obrar. Encaminando todas sus acciones solamente a agradar a Dios, nunca se preocupa de lo que podrán decir de ellas los demás. Trabaja por agradar a Dios, mientras que al mundo lo coloca bajo sus pies. Así piensan y obran los que poseen el preciado tesoro de la humildad.

Jesucristo parece no hacer distinción entre el sacramento del Bautismo, el de la Penitencia y la humildad. Nos dice que, sin el Bautismo, jamás entraremos en el reino de los cielos[21]; sin el de la Penitencia, después de haber pecado, no cabe esperar el perdón, y en seguida nos dice también que sin la humildad no entraremos en el cielo[22]. Aunque estemos llenos de pecados, si somos humildes tenemos la seguridad de alcanzar perdón; pero sin la humildad, aunque llevemos realizadas cuantas buenas obras nos sean posibles, no alcanzaremos la salvación. Ved un ejemplo que os mostrará esto perfectamente.

Leemos en el libro de los Reyes[23] que el rey Ajab era el más abominable de los soberanos que habían reinado hasta su tiempo; no creo que se pueda decir más de lo que de él dice el Espíritu Santo. Escuchad: era un rey dado a toda suerte de impurezas; echaba mano, sin discreción, de los bienes de sus súbditos; fue causa de que los israelitas se rebelasen contra su Dios; parecía un hombre vendido y comprometido a realizar toda suerte de iniquidades; en una palabra, con sus crímenes dejó buenos a cuantos le habían precedido. Por todo esto, no pudiendo Dios soportar por más tiempo sus maldades, dispuesto a castigarle llamó a su profeta Elías, ordenándole que se presentase al rey para darle a conocer los propósitos divinos: «Esto dice el Señor: “En el lugar en el que los perros han lamido la sangre de Nabot, van a lamer también su propia sangre”». Fijaos aquí en cuatro cosas: 1.a ¿Se ha visto jamás hombre malvado como aquél? 2.a ¿Se ha visto jamás una determinación tan clara de hacer perecer a un hombre, ciertamente merecedor de tal castigo? 3.a ¿Se ha dado nunca orden tan precisa? «Todo ello —dijo el Señor— tendrá efecto en este lugar». 4.a ¿Se ha visto nunca en la historia un hombre condenado a un suplicio tan infame como el que debía sufrir Ajab, esto es, hacer que su cuerpo y su sangre sirviesen de pasto a los perros? ¿Quién podrá librarle de las manos de un enemigo tan poderoso, que ha comenzado ya a ejecutar sus designios?

En cuanto el profeta terminó su mensaje, Ajab comenzó a rasgar sus vestiduras. Escuchad lo que le dijo el Señor: «Por haberse humillado ante mí, no traeré el mal en

sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa». Entonces el rey se arrojó al suelo y se cubrió de ceniza; cuando era preciso aparecer en público, andaba con la cabeza descubierta y los ojos fijos al suelo. «¿Has visto cómo se ha humillado Ajab ante mí? Por haberse humillado ante mí, no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa»[\[24\]](#).

Pues bien, ¿tenía razón al decirnos que la humildad es la más hermosa, la más preciosa de todas las virtudes, que todo lo puede delante de Dios, que Dios no sabe denegar nada a sus instancias? Poseyéndola tenemos también todas las demás; pero, si nos falta, nada valen todas las demás. Terminemos, pues, diciendo que conoceremos si un cristiano es bueno por el desprecio que haga de sí mismo y de sus obras, y por la buena opinión que en todo momento le merezcan los hechos o los dichos del prójimo. Si así nos portamos, tengamos por seguro que nuestro corazón gozará de felicidad en esta vida, y después alcanzaremos la gloria del cielo.

[\[1\]](#) *Noverim me, ut oderim me.*

[\[2\]](#) 1 Co 6, 15.

[\[3\]](#) Mt 11, 25.

[\[4\]](#) Jdt 3, 8.

[\[5\]](#) Dn 4, 27-34.

[\[6\]](#) Nm 16, 31.

[\[7\]](#) Hch 12, 21-23.

[\[8\]](#) Est 7, 10.

[\[9\]](#) Mt 23, 6-7.

[\[10\]](#) Orígenes... *Pastor apostólico*, tomo I, p. 261. (Nota del Santo).

[\[11\]](#) Lc 42, 13.

[\[12\]](#) Qo 10, 15.

[\[13\]](#) Pr 15, 33.

[\[14\]](#) 1 P 5, 5.

[\[15\]](#) Mt 18, 3.

[\[16\]](#) Sal 101, 18.

[\[17\]](#) Flp 2, 7.

[\[18\]](#) *Vida de los Padres del desierto*, 1, p. 52.

[\[19\]](#) *Vida de los Padres del desierto*, San Macario de Egipto, t. II, p. 358.

[\[20\]](#) 1 Tm 1, 13; 1 Cor 15, 8-9.

[\[21\]](#) Jn 3, 5.

[\[22\]](#) Mt 18, 3.

[\[23\]](#) 1 R 21.

[\[24\]](#) 1 R 21.

SOBRE EL JUICIO TEMERARIO

Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut caeteri hominum: raptores, iniusti, adulteri, velut hic publicanus.
Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano.
(Lc 18, 9-11)

Tal es el lenguaje del orgulloso, el cual, hinchado con la buena opinión que de sí mismo tiene, desprecia con el pensamiento al prójimo, critica su conducta y condena los actos realizados con la más pura e inocente intención. Sólo encuentra bien hecho o bien dicho lo que él hace o lo que él dice; le veréis siempre atento a las palabras y acciones del vecino y, a la menor apariencia de mal, sin examinar motivo alguno, las reprende, las juzga y las condena. ¡Ah!, maldito pecado, ¡de cuántas disensiones, odios y disputas eres causa, o mejor dicho, cuántas almas arrastras al infierno! Sí, vemos que los que están dominados por este pecado se escandalizan y se extrañan de cualquier cosa. Era preciso que Jesús lo considerase muy pernicioso —de igual modo que los estragos que causa en el mundo son horribles— ya que, para hacernos detestarlo en gran medida, nos lo presenta evidente en la persona de aquel fariseo. ¡Qué grandes y horribles son los males que ese maldito pecado encierra! ¡Qué difícil le es corregirse al que está dominado por él! Para animaros a sacudir en todo momento el yugo de semejante defecto, voy, 1.º a dároslo a conocer en cuanto me sea posible; 2.º veremos los medios que hay que emplear para corregirnos.

I. Ante todo, habéis de saber que el juicio temerario es un pensamiento o una palabra desfavorables para el prójimo, fundados en leves apariencias. Solamente puede proceder de un corazón malvado, lleno de orgullo o de envidia; puesto que un buen cristiano, penetrado como está de su miseria, no piensa ni juzga mal de nadie; jamás aventura su juicio sin un conocimiento cierto, y eso todavía cuando los deberes de su cargo le obligan a velar sobre las personas cuyos actos juzga. Hemos dicho que los juicios temerarios nacen de un corazón orgulloso o envidioso, lo cual es fácil de comprender. El orgulloso o el envidioso sólo tiene buena opinión de sí mismo, y echa a mala parte cuanto hace el prójimo; lo bueno que observa en el prójimo le aflige y le corroe el alma. La Sagrada Escritura nos presenta un caso típico en la persona de Caín, que tomaba a mal todo cuanto hacía su hermano[1]. Viendo que las obras de éste eran agradables a Dios, concibió el negro propósito de matarle. Este mismo pecado fue el que llevó a Esaú a intentar el asesinato de su hermano Jacob[2]. Empleaba todo el tiempo en indagar lo que Jacob hacía, pensaba siempre mal en su corazón, sin que hallase nunca acción buena en las obras que aquél llevaba a cabo. Pero Jacob, de

corazón bondadoso y espíritu humilde, nunca juzgó mal a su hermano y le amaba entrañablemente, tenía de él muy buena opinión, hasta el punto de excusarle todos sus actos, aunque muy malvados, pues no tenía otro pensamiento que el de quitarle la vida. Jacob hacía todo lo posible para cambiar las disposiciones del corazón de su hermano. Rogaba a Dios por él, le obsequiaba con regalos y presentes para manifestarle su amor y darle a entender que no abrigaba los pensamientos que Esaú creía. ¡Ay!, ¡qué detestable es en un cristiano el pecado que nos induce a no poder sufrir el bien de los demás y a echar siempre a mala parte todo cuanto hacen! Este pecado es un gusano roedor que devora noche y día a esos pobres infelices: los hallaréis siempre tristes, cariacontecidos, sin querer declarar jamás lo que los molesta, pues en ello verían también lastimado su orgullo; el tal pecado los hace morir a fuego lento. ¡Dios mío!, ¡qué triste es su vida! Por el contrario, ¡qué dichosa es la existencia de aquellos que jamás se inclinan a pensar mal y echan siempre a buena parte las acciones del prójimo! Su alma permanece en paz, sólo piensan mal de sí mismos, lo cual les inclina a humillarse ante Dios y a esperar en su misericordia. Ved aquí un ejemplo.

Leemos en la historia de los Padres del desierto que un religioso que había llevado una vida lo más pura y casta posible, contrajo una enfermedad que le llevó a la sepultura. Al hallarse cercano a la muerte, mientras todos los religiosos del monasterio le rodeaban, el superior le suplicó que declarara en qué cosa creía haber sido más agradable a Dios. «Padre mío —respondió el moribundo—, muy penoso me será declararlo, pero por obediencia lo diré. Desde mi infancia comencé a combatir las más rudas tentaciones del demonio; pero cuanto más me atormentaba él, mayores eran los consuelos que yo recibía de Dios y de la Santísima Virgen, la cual, un día en que estaba yo siendo muy atormentado por el maligno espíritu, se me apareció llena de gloria, echó al demonio y me animó al mismo tiempo a la perseverancia en la virtud. «Para que conozcas los medios más eficaces para ello —me dijo la Virgen—, voy a descubrirte alguna parte de los inmensos tesoros de mi divino Hijo; quiero enseñarte tres cosas que, si las practicas rectamente, te harán muy agradable a los ojos de Dios y te proporcionarán siempre una fácil victoria sobre el demonio, tu enemigo, que sólo desea tu eterna condenación. Sé siempre humilde; en la comida, no busques nunca lo que más te guste; en el vestido, vístete siempre con sencillez; en tus funciones, no pongas jamás apego a las que puedan ensalzarte a los ojos del mundo, sino a las que son a propósito para rebajarte; en cuanto a tu prójimo, no juzgues nunca mal sus obras o sus palabras, ya que muy frecuentemente los pensamientos del corazón no se conforman con el acto exterior. Juzga y piensa bien de todo el mundo; es ésta una acción muy agradable a mi Hijo». Dicho esto, desapareció la Santísima Virgen, y desde entonces me he consagrado a poner en práctica sus saludables consejos, lo cual creo que habrá contribuido grandemente a ganar méritos para el cielo.

Según esto, veis muy bien que sólo un corazón malvado puede juzgar mal al prójimo. Por otra parte, al juzgar al prójimo debemos tener siempre en cuenta su flaqueza y su capacidad de arrepentirse. Ordinariamente, casi siempre, debemos

después rectificar nuestros juicios acerca del prójimo, ya que, una vez examinados bien los hechos, nos vemos forzados a reconocer que aquello que se dijo era falso. Suele ocurrirnos lo que sucedió a los que juzgaron a la casta Susana fundándose en la delación de dos falsos testigos y sin darle tiempo a justificarse[3]; otros imitan la presunción y malicia de los judíos, que declararon a Jesús blasfemo[4] y endemoniado[5]; otros, por fin, se portan como aquel fariseo que, sin preocuparse de indagar si Magdalena había o no renunciado a sus desórdenes, y por más que la vio en estado de gran aflicción acusando sus pecados y llorándolos a los pies de Jesucristo su Salvador y Redentor, no dejó de considerarla como una infame pecadora[6].

El fariseo que Jesús nos presenta como modelo infame de los que piensan y juzgan mal de los demás cayó, al parecer, en tres pecados. Al condenar a aquel pobre publicano piensa mal de él, le juzga y le condena, sin conocer las disposiciones de su corazón. Aventura sus juicios solamente por conjeturas: primer efecto del juicio temerario. Le desprecia en sí mismo sólo por efecto de su orgullo y malicia: segundo carácter de ese maldito pecado. Finalmente, sin saber si es verdadero o falso lo que le imputa, le juzga y le condena; y entre tanto aquel penitente, retirado en un rincón del templo, golpea su pecho y riega el suelo con sus lágrimas pidiendo a Dios misericordia.

Os digo, en primer lugar, que la causa de tantos juicios temerarios es el considerarlos como cosa de poca importancia; y, no obstante, si se trata de materia grave, muchas veces podemos cometer pecado mortal. «Pero —me diréis—, esto no sale al exterior del corazón». Aquí está precisamente lo peor de este pecado, ya que nuestro corazón ha sido creado sólo para amar a Dios y al prójimo, y cometer tal pecado es ser un traidor. En efecto, muchas veces, por nuestras palabras, damos a entender (a los demás) que los amamos, que tenemos de ellos buena opinión; cuando, en realidad, en nuestro interior los odiamos. Y algunos creen que, mientras no exterioricen lo que piensan, no obran mal. Ciertamente el pecado es menor cuando se manifiesta al exterior, ya que en este caso es un veneno que intentamos inyectar en el corazón del vecino a costa del prójimo.

Si grande es este pecado cuando lo cometemos solamente de corazón, calculad lo que será a los ojos de Dios cuando tenemos la desgracia de manifestar nuestros juicios por palabra. Por ello hemos de examinar muy detenidamente los hechos antes de emitir nuestros juicios sobre el prójimo, por temor de no engañarnos, lo cual ocurre con mucha frecuencia. Ved lo que hace un juez cuando ha de condenar a muerte a un acusado: llama primero separadamente a los testigos; les pregunta, y está extremadamente atento a observar si se contradicen; los amenaza, los mira con aire severo, lo cual infunde terror y espanto en el corazón; pone además todos sus esfuerzos en arrancar la verdad de la boca del culpable. Veréis que a la menor duda suspende el juicio y, cuando se ve obligado a pronunciar sentencia de muerte, lo hace temblando, por temor de condenar a un inocente. ¡Cuántos juicios temerarios evitaríamos si acertásemos a tomar todas estas precauciones cuando tratamos de juzgar la conducta y las acciones del prójimo! ¡Cuánto menor número de almas

poblaría el infierno!

En la persona de nuestro padre Adán, Dios nos ofrece un admirable ejemplo acerca de la manera en que debemos juzgar a nuestro prójimo. El Señor había visto y oído todo cuanto Adán había hecho; no hay duda de que podía condenar a nuestros primeros padres sin ulterior examen; pero no, para enseñarnos a no precipitarnos nunca en nuestros juicios sobre las acciones del prójimo, les pregunta a uno y otro, a fin de que confiesen el mal que cometieron[7]. ¿De dónde viene, pues, esa multitud de juicios temerarios y precipitados acerca de nuestros hermanos? Del gran orgullo que nos ciega ocultándonos nuestros propios defectos, que son innumerables, y muchas veces más horribles que los de las personas de quienes pensamos o hablamos mal; y de aquí viene que casi siempre nos equivocamos juzgando mal las acciones del vecino. Algunos he conocido que indudablemente hacían falsos juicios, y, por más que se les advirtiese de su error, ni por esas querían retroceder en sus apreciaciones. Andad, andad, pobres orgullosos, el Señor os espera, y ante Él tendréis que reconocer forzosamente que era sólo el orgullo lo que os llevaba a pensar mal del prójimo. Por otra parte, para juzgar sobre lo que hace o dice una persona sin engañarnos, sería necesario conocer las disposiciones de su corazón y la intención con que dijo o hizo tal o cual cosa. ¡Ay!, nosotros no tomamos todas estas precauciones, y por eso obramos mal al examinar la conducta del vecino. Es como si condenásemos a muerte a una persona fundándonos únicamente en las declaraciones de algunos atolondrados y sin darle lugar a justificarse.

«Pero —me diréis tal vez— nosotros juzgamos solamente lo que hemos visto, según lo que hemos visto, y aquello que hemos presenciado. Si he visto hacer tal acción, pues la afirmo; con mis oídos he escuchado lo que ha dicho; después de esto no puedo ya engañarme». Pues yo os invito a que entréis en vosotros mismos y consideréis vuestro corazón, el cual no es sino un depósito repleto de orgullo, y habréis de reconocer infinitamente más culpables que aquel a quien juzgasteis temerariamente, y con mucha razón podéis temer que un día le veréis entrar en el cielo, mientras vosotros seréis arrastrados por los demonios al infierno. «¡Ah!, miserable orgulloso —nos dice San Agustín—, ¿te atreves a juzgar a tu hermano ante la menor apariencia de mal, y no sabes si está ya arrepentido de su culpa y se cuenta en el número de los amigos de Dios? Anda con cuidado que no te arrebatte el lugar que tu orgullo te pone en gran peligro de perder». Esas interpretaciones, esos juicios temerarios salen siempre de quien alberga un gran orgullo secreto, que no se conoce a sí mismo y se atreve a querer conocer el interior del prójimo, cosa solamente conocida por Dios. ¡Ay!, si pudiésemos arrancar este pecado capital de nuestro corazón, nunca el prójimo obraría mal a nuestro entender; nunca nos divertiríamos examinando su comportamiento; nos contentaríamos con llorar nuestros pecados y hacer todo lo posible por corregirnos, y nada más. Creo que no hay pecado más temible ni más difícil de enmendar, hasta tratándose de personas que parecen cumplir rectamente sus deberes religiosos. La persona que no está dominada por ese maldito pecado, puede ser salvada sin someterse a grandes penitencias. Voy a referiros un ejemplo admirable.

En la historia de los padres del desierto se refiere que cierto religioso había llevado una vida vulgar sin manifestaciones extraordinarias de virtud, hasta el punto de que los demás compañeros le tenían por muy imperfecto. Cuando estuvo en trance de muerte, el superior observó que se hallaba tranquilo y contento como si tuviese ya el cielo asegurado. Extrañado al ver tanta paz en aquella hora, y temiendo no fuese eso un estado de ceguera suscitado por el demonio, que de esta manera a tantos ha engañado, le dijo: «Hermano mío, me parece veros muy tranquilo, como si no tuvieseis nada que temer; sin embargo, no recuerdo en vuestra vida nada que os pueda inspirar tanta confianza; antes al contrario, el escaso bien que habéis hecho debería llenaros de espanto en esta hora en que los más grandes santos temblaron». «Es muy cierto, padre mío, que el bien que he podido ejecutar es poca cosa, casi nada; pero lo que me llena de consuelo en este momento, es que durante toda mi vida me he ocupado en cumplir el gran precepto del Señor, dado a todo el mundo, de no pensar, hablar, ni juzgar mal de nadie: siempre he pensado que mis hermanos obraban mejor que yo, y que yo era el más criminal del mundo; he ocultado y excusado siempre sus defectos, por cuanto ésta era la voluntad de Dios; y, puesto que Jesucristo ha dicho: “No juzgues y no serás juzgado”, confío ahora ser juzgado favorablemente. Tal es, padre mío, el fundamento de mi esperanza». Admirado el superior, exclamó: «¡Hermosa virtud, qué preciosa eres a los ojos de Dios! ¡Vete en paz, hermano mío, grandes cosas has hecho, tienes el cielo asegurado!». ¡Hermosa virtud, qué rara eres! ¡Tan rara como lo son los que merecen el cielo!

En efecto, ¿qué viene a ser un cristiano que posea las demás virtudes y se halle falto de ésta? No es más que un hipócrita, un falsario, un malvado, a quien el aparecer virtuoso exteriormente le sirve tan sólo para aumentar su iniquidad. ¿Queréis saber si sois de Dios? Mirad de qué manera os portáis con el prójimo, mirad cómo examináis sus actos. Lejos de aquí, pobres orgullosos, miserables envidiosos y celosos, el infierno y sólo el infierno es vuestro destino. Pero veamos esto más detalladamente.

¿Se habla bien de una joven refiriéndose sus buenas cualidades? «¡Bah! —replicará alguno— si es verdad que tiene buenas cualidades, tampoco le faltan otras malas; ella frecuenta la compañía de fulano, quien no tiene por cierto muy buena fama; estoy seguro de que no se encuentran para hacer nada bueno. Aquí veis venir una muy bien compuesta y que lleva muy bien compuestos a sus hijos; pero haría mejor pagándome lo que me debe. Esa otra parece buena y afable para todo el mundo pero, si la conocieseis como la conozco yo, la juzgaríais de manera muy distinta; todos sus cumplidos los hace para ocultar mejor sus desórdenes; fulano se propone pedirla en matrimonio pero, si me pidiese consejo, le diría lo que él no sabe; en una palabra, es una mala persona. ¿Quién es éste que ahora pasa? ¡Ay, amigo!, poca cosa perderás no conociéndole. Sólo te diré una cosa: huye de su compañía, es un escandaloso; todos le tienen por tal. Lo mismo que esta mujer que finge discreción y piedad pese a ser la persona más aborrecible que la tierra haya sostenido; por otra parte, ya es cosa corriente que esas personas que quieren pasar por virtuosas y prudentes sean las más rencorosas y malvadas. «¿Tal vez os habrá ofendido en algo?». ¡Oh!, no; pero bien

sabéis que todas son lo mismo. Acabo de hablar con un antiguo conocido; es ciertamente un gran borracho, un famoso insolente. «¿Seguramente —dirá el interlocutor— te habrá dicho algo molesto?». «¡Ah!, no; jamás me ha dicho nada que no llevara razón, pero todo el mundo le tiene por lo que he dicho». Si no lo oyese de tus labios no lo creería. Cuando se halla entre gente que no le conoce, el hipócrita sabe muy bien disimular; todo el mundo le tendría por buena persona. «El otro día me encontré con fulano, a quien ya conocéis, y seguramente tenéis por virtuoso; yo os aseguro que, si no daña a nadie, es porque le falta ocasión; no quisiera hallarme solo con él». «¿Seguramente —dirá el otro— te habrá perjudicado alguna vez en algo?». «No, jamás he tenido tratos con él». «¿Cómo, pues, conoces su mal comportamiento?». «¡Oh!, no es difícil, todos lo dicen. Como aquel que el otro día estaba con nosotros: al oírle, diríais que es el hombre más caritativo de este mundo, que no sabe negar nada a quien le pide algún favor; pero en realidad es un avaro empedernido que andaría diez leguas para ganar dos cuartos; os aseguro que el mundo está desconocido; no podemos fiarnos de nadie». «Ved también al que, hace poco, hablaba con usted: sus negocios andan bien, todos los de su casa se dan una vida excelente. Poco les cuesta, pues no duerme todas las horas de la noche». «¿Quizá le habréis visto robar a alguien?». «¡Oh, no! Jamás le vi tomar cosa ajena; pero se dice que una noche le vieron entrar en su casa muy cargado; desde entonces no goza de muy buena reputación». Y termina su revista de esta manera: «No os negaré que yo tenga mis defectos, pero sentiría mucho valer lo poco que valen esos sujetos de los que hemos hablado». ¡Aquí tenéis al fariseo que ayuna dos veces por semana, paga los diezmos de cuanto posee y da gracias a Dios porque no es como el resto de los hombres: injustos, ladrones, adúlteros! ¡Ya veis cuánto orgullo, cuánto odio, cuántos celos!

Pero decidme, ¿cuál es el fundamento de todos esos juicios y sentencias? Por lo general, todo se funda en débiles apariencias, y casi siempre en el «se dice». Pero tal vez me diréis que vosotros mismos lo habéis visto y oído. Pero aun así podéis engañarnos muy fácilmente, según veréis ahora. Para no engañarse, es preciso conocer las disposiciones del corazón y la intención del sujeto al realizar un acto determinado. Escuchad un ejemplo que os mostrará hasta qué punto podemos engañarnos y nos engañamos la mayoría de las veces. Decidme, ¿qué habríais dicho si hubieseis vivido en tiempo de San Nicolás y le hubieseis visto en plena noche rondando la casa de tres jóvenes doncellas, examinando el lugar detenidamente y cuidando de no ser visto de nadie? He aquí un obispo, habríais pensado al momento, que está deshonrando su carácter; ¡valiente hipócrita!, en el templo parece un santo y aquí le tenéis, en plena noche, ante la puerta de tres doncellas de no muy buena fama. Sin embargo, aquel obispo a quien indudablemente condenaríais, era un santo muy amado de Dios; y lo que allí hacía era la mejor obra del mundo. A fin de evitar a aquellas doncellas la vergüenza de mendigar, y pensando que la indigencia las haría abandonarse al pecado, iba por la noche y les echaba dinero por la ventana. Si hubieseis visto a la hermosa Judit dejar su vestido de luto para adornarse con cuanto la naturaleza y el arte podían proporcionarle para hacer resaltar su extraordinaria belleza; al verla entrar en la tienda

del general del ejército, que era un viejo impúdico; al verla poner a contribución todos los medios para hacerse agradable, seguramente habríais dicho: «He aquí una mujer de mala vida»[8]. Sin embargo, era una piadosa viuda, muy casta y muy agradable a Dios, que exponía su vida para salvar la de su pueblo. Decidme, con vuestra precipitación en juzgar mal del prójimo, ¿qué habríais pensado al ver al casto José saliendo de la habitación de la mujer de Putifar, y al oír clamar a aquella pérfida, ostentando en sus manos un jirón del manto de José, persiguiéndole como a un infame que quería robarle la honra?[9]. Al momento, sin examinar la cosa, habríais ciertamente pensado y dicho que aquel joven era un perverso libertino que intentaba seducir a la mujer de su amo, de quien tantos favores había recibido. Y en efecto, Putifar, su amo, le condenó, y todo el mundo le creyó culpable, le vituperó y despreció; pero Dios, que penetra los corazones y conocía la inocencia de José, le da el parabién por la victoria alcanzada, al preferir perder su reputación antes que perder su inocencia y caer en el menor pecado.

Habéis, pues, de convenir conmigo en que, a pesar de todos los datos y de las señales al parecer más inequívocas, estamos siempre en gran peligro de juzgar mal las acciones de nuestro prójimo; lo cual debe inducirnos a no juzgar jamás los actos del vecino sin una reflexión madura y aun solamente cuando tenemos por misión la vigilancia de la conducta de aquellas personas, en cuyo caso se encuentran los padres y los amos respecto a sus hijos o a sus criados; en todo otro caso, casi siempre obramos mal. Sí, he visto a muchas personas juzgar mal de los actos de otras de quienes a mí me constaba la buena intención. En vano quise persuadirles de ello; no fue posible. ¡Ah, maldito orgullo! ¡Muy grande es el mal que causas y muchas las almas que arrastras al infierno! Decidme, ¿poseemos mejores indicios acerca de las acciones del prójimo a quien juzgamos que los que podían ver a San Nicolás rondando aquella casa y buscando la puerta de la morada de aquellas doncellas? ¿Tenemos mejores señales que los que pudieron ver a la hermosa Judit adornándose con esmero y presentándose con aire seductor ante Holofernes? No, en nuestros juicios sobre el prójimo casi nunca poseemos indicios verosímiles como los que poseían los que vieron a la mujer de Putifar con un jirón del manto de José en sus manos, anunciando a gritos, a cuantos querían escucharla, que él había querido robarle la honra. Aquí veis tres ejemplos que el Espíritu Santo nos ofrece para enseñarnos lo engañosas que son las apariencias y lo expuestos que estamos a pecar cuando intentamos juzgar las acciones del prójimo, sobre todo si no hemos de responder de su conducta ante el tribunal de Dios.

Vemos que aquel fariseo juzgaba muy temerariamente al publicano cuando le acusaba de ladrón por el solo hecho de cobrar los impuestos, afirmando que exigía más de lo debido y que se valía de su autoridad para cometer injusticias. Y con todo, aquel pretendido ladrón se retira justificado de la presencia de Dios, mientras aquel fariseo, que se creía perfecto, regresa a su casa más culpable que antes, lo cual nos muestra que muchas veces el que juzga es más culpable que el juzgado. Pero ¡ay de esos orgullosos, esos corazones llenos de envidia y celos!, ya que esos tres vicios son

los que engendran tantos juicios temerarios sobre la conducta de los demás. ¿Ha sido alguien robado? ¿Se ha perdido algo? En seguida pensamos que tal vez fulano es el autor de la sustracción, sin tener de ello el menor conocimiento. ¡Ah!, si conociérais bien este pecado veríais cómo es uno de los más terribles, por lo mismo que es poco conocido y difícil de corregir. Escuchad esos corazones dominados por tan abominable vicio. Si alguien ejerce un empleo para aquellos que se prestan a cometer alguna injusticia, en seguida sacan por conclusión que todos cuantos ocupan aquel cargo obran de la misma manera, que todos son iguales, es decir, unos aprovechados, unos ladrones. Si en una familia hay un hijo que va por mal camino, todos los demás son cosa parecida. Si en una parroquia algún feligrés ha cometido algunas villanías toda la parroquia está compuesta de malos feligreses. Si, entre los sacerdotes, hay tal vez alguno menos santo de lo que debiera, todos los demás sacerdotes son lo mismo, nada valen; lo cual muchas veces no pasa de ser un pretexto para excusar la indiferencia propia acerca de la salvación. Puesto que Judas fue malvado, ¿queréis hacernos creer que los demás apóstoles también lo fueron? De que Caín fue un criminal, ¿queréis deducir que Abel se le asemejaba en esto? Indudablemente no. Puesto que los hermanos de José fueron unos miserables y malvados, ¿creeréis que también lo fue José? No, ciertamente, antes fue un santo. Porque vemos que una persona se niega a dar una determinada limosna, en seguida decimos que es un avaro, que tiene el corazón más duro que una peña, que en lo demás tampoco vale gran cosa; siendo así que, en secreto, habrá realizado grandes actos de caridad, de los cuales sólo tendremos noticia el día del juicio.

Digamos que cada cual «habla de la abundancia de su corazón», según expresa muy bien Jesucristo: «por el fruto se conoce el árbol»[\[10\]](#). ¿Queréis conocer el corazón de una persona? Escuchad su conversación. El avaro habla solamente de los avaros, de los que engañan y cometen injusticias; el orgulloso no cesa de zarandear a los que quieren ostentar su mérito, que piensan tener mucho talento, que se alaban de lo que hicieron o de lo que dijeron. El impúdico no sabe sacar de su boca sino comentarios acerca de si fulano lleva mala vida, de si tiene relaciones con fulana, echando a perder su reputación, etc., pues sería muy largo entrar en detalles parecidos.

Si tuviésemos la dicha de estar libres del orgullo y de la envidia nunca juzgaríamos a nadie, sino que nos contentaríamos con llorar nuestras miserias espirituales, orar por los pobres pecadores y nada más, bien persuadidos de que Dios no nos pedirá cuenta de los actos de los demás, sino sólo de los nuestros. Por otra parte, ¿cómo atrevernos a juzgar y a condenar a nadie, aunque le hubiésemos visto cometer un pecado? Nos dice San Agustín que aquel que ayer era un pecador, hoy puede ser un penitente. Al ver el mal que comete el prójimo, digamos al menos: ¡Ay!, si Dios no me hubiese concedido mayores gracias que a él, tal vez habría llegado aún más lejos. Sí, el juicio temerario lleva necesariamente consigo la ruina y la pérdida de la caridad cristiana. En efecto, en cuanto sospechamos que una persona se porta mal, dejamos ya de tener de ella la opinión que deberíamos tener. Además, no es a nosotros a quien los demás han de dar cuenta de su vida, sino solamente a Dios; lo contrario sería querer erigirnos en jueces

de lo que no nos compete; los pecados de los demás a ellos deben interesar y los nuestros a nosotros. Dios no nos pedirá cuenta de lo que los otros hicieron, sino de lo que hicimos nosotros; cuidemos, pues, solamente de lo nuestro y que no nos inquiete en nada lo de los demás. Todo ello es trabajo perdido, hijo del orgullo que en nosotros anida como anidaba en el corazón de aquel fariseo, muy ocupado en pensar y juzgar mal del prójimo cuando debería ocuparse de sí mismo y de gemir considerando lo miserable de su vida. Dejemos a un lado la conducta del prójimo y contentémonos con exclamar como David: Dios mío, hacedme la gracia de conocerme tal cual soy; para que así sepa en qué os he podido desagradar, pueda enmendarme, arrepentirme y alcanzar el perdón. En tanto una persona se entretendrá en examinar la conducta de los demás dejará de conocerse a sí misma y no será agradable a Dios, esto es, se portará como un obstinado orgulloso.

El Señor nos dice: «No juzguéis para no ser juzgados. Porque con el juicio que juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá»[\[11\]](#). Por otra parte, ¿a quién de nosotros le gustaría ver mal interpretado cuanto hace o dice? A nadie. ¿Y no dice Nuestro Señor Jesucristo: «Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos»?[\[12\]](#). ¡Cuántos pecados cometemos de esta manera! ¡Cuántos son los que no se dan cuenta de ello y, por consiguiente, jamás se acusan de tales culpas! ¡Cuántas personas condenadas, Dios mío, por no haberse instruido debidamente o no haber reflexionado sobre cuál debía ser su manera de vivir!

II. Acabamos de ver lo común y frecuente que es este pecado, lo horrible que es a los ojos de Dios y, al mismo tiempo, lo difícil que es su enmienda. Para no dejaros sin los medios de correjros de él, veamos cuáles son los remedios que debemos emplear para preservarnos de caer, o para enmendarnos, si tenemos la desgracia de estar ya dominados por él. El gran San Bernardo nos dice que, si no queremos juzgar temerariamente al prójimo, debemos evitar ante todo aquella curiosidad, aquel deseo de saberlo todo, y huir de toda investigación acerca de los hechos y dichos de los demás, o acerca de lo que pasa en la casa del vecino. Dejemos que el mundo vaya siguiendo su camino según Dios le permite, y no pensemos ni juzguemos mal sino de nosotros mismos. Decían un día a Santo Tomás que se fiaba demasiado de la gente, y que muchos se aprovechaban de su bondad para engañarle. Y el santo dio esta respuesta, digna de que la grabemos en nuestro corazón: «Tal vez sea esto cierto; pero pienso que sólo yo soy capaz de obrar mal, siendo como soy el ser más miserable del mundo; prefiero que me engañen a que me engañe yo mismo juzgando mal de mi prójimo. Oíd lo que nos dice el mismo Jesucristo: “el que ama al prójimo ha cumplido plenamente la Ley”[\[13\]](#)». Para no juzgar mal a nadie, debemos siempre distinguir entre la acción y la intención que haya podido tener el sujeto al realizarla. Pensad siempre para vosotros mismos: Tal vez no creía obrar mal al hacer aquello; quizá se había propuesto un buen fin, o bien se habrá engañado; ¿quién sabe?, puede que sea ligereza y no malicia; a veces se obra irreflexivamente pero, cuando vea claramente lo que ha hecho, a buen seguro se arrepentirá; Dios perdona fácilmente un acto de

debilidad; puede que otro día sea un buen cristiano, un santo...

San Ambrosio nos ofrece un admirable ejemplo en el elogio que hace del emperador Valentiniano, diciéndonos que aquel príncipe no juzgaba nunca mal a nadie y que dilataba todo lo posible el castigo que a veces se veía obligado a imponer a los súbditos que habían delinquido. Cuando se trataba de jóvenes, atribuía sus faltas a la ligereza de la edad y a su poca experiencia. Si se trataba de ancianos, decía que la debilidad de la vejez y la naturaleza caduca podían servir de excusa; tal vez habían resistido mucho tiempo antes de obrar el mal, al cual seguramente había ya sucedido el arrepentimiento. Si eran personas constituidas en elevada dignidad, se decía a sí mismo: ¡Ay!, nadie ignora que las dignidades son un gran peso que nos arrastra al mal; en cada momento se presenta ocasión de caer. Si eran simples particulares: Dios mío, decía, este pobre quizá ha obrado solamente por temor; tal vez ha sido para no desagradar a cierta persona a quien debía algún favor. Si eran pobres miserables: ¿quién dudará de que la pobreza es algo muy duro de sufrir? Será que ellos tenían necesidad de lo que han hurtado, a fin de no morir de hambre ellos o sus hijos; es posible que no se hayan decidido sino después de lamentarlo mucho, y aun con el ánimo de reparar el daño que causaban. Pero, cuando el caso era demasiado evidente y en manera alguna podía excusarlo: ¡Dios mío!, exclamaba, ¡qué astuto es el demonio! Seguramente hará mucho tiempo que le está tentando; ha caído en esta culpa, no hay duda, pero quizá su arrepentimiento le ha alcanzado ya el perdón ante Dios Nuestro Señor; ¿quién sabe? Si Dios me hubiese sometido a semejante prueba, tal vez mis obras habrían sido aún peores. ¿Cómo tendré, pues, valor para juzgarle y castigarle? Ya le castigará Dios, que no se equivoca en sus juicios, aunque nosotros muchas veces nos equivocamos por falta de luces; pero espero que Dios se apiade de él y un día ruegue por mí, que en cualquier momento puedo caer y perderme.

¿Veis cómo se portaba aquel emperador? ¿Veis cómo siempre hallaba manera de excusar los defectos del prójimo, halagándolos? Es que su corazón estaba libre de ese orgullo detestable y de esa envidia que llenan por desgracia el nuestro. Mirad la conducta de la gente del mundo y ved si observa esa caridad cristiana que impulsa a tomarlo todo en el buen sentido, y nunca en el malo. Si acertásemos a dar una mirada a nuestra vida pasada, no haríamos más que llorar la desgracia de haber perdido los días obrando el mal, y para nada nos preocuparíamos de lo que no nos importa.

Pocos vicios son tan aborrecidos de los santos como el de la maledicencia. Leemos en la vida de San Pacomio que, cuando oía a alguien hablar mal del prójimo, manifestaba una gran repugnancia y extrañeza, y decía que de la boca de un cristiano jamás debían salir palabras desfavorables para el prójimo. Si no podía impedir la murmuración, huía precipitadamente, para manifestar con ello la aversión que por ella sentía[14]. San Juan el Limosnero, cuando observaba que alguno se atrevía a murmurar en su presencia, daba la orden de que otro día no se le franquease la entrada para hacerle entender que debía corregirse. Decía un día un santo solitario a San Pacomio: «Padre mío, ¿cómo librarnos de hablar mal del prójimo?». Y San Pacomio le contestó: «Debemos tener siempre ante nuestra vista el retrato del prójimo y el

nuestro: si contemplamos con atención el nuestro, con los defectos que le acompañan, tendremos la seguridad de apreciar debidamente el de nuestro prójimo para no hablar mal de su persona; al verlo más perfecto que el nuestro, al menos le amaremos como a nosotros mismos». San Agustín, cuando era ya obispo, sentía un horror tal de la maledicencia y del murmurador que, a fin de desarraigar una costumbre tan indigna de todo cristiano, en una de las paredes de su comedor hizo inscribir estas palabras: «Quienquiera que esté inclinado a dañar la fama del prójimo, sepa que no tiene asiento en esta mesa»^[15]; y si alguien, aunque fuese un obispo, caía en la murmuración, le reprendía con viveza diciendo: «O han de borrarse las palabras que están escritas en esta sala, o tened la bondad de levantaros de la mesa antes de que la comida haya terminado; o bien, si no cesáis en este género de conversación, me levanto y os dejo». Possidio, que escribió la vida del Santo, nos dice que él fue testigo de este hecho.

Se cuenta en la vida de San Antonio que, andando de viaje con otros solitarios, estaban conversando de asuntos edificantes; pero, como es muy difícil, por no decir imposible, hablar mucho tiempo sin meterse en la conducta del prójimo, al final del camino dijo San Antonio a los solitarios: «Muy satisfechos podéis estar por haber viajado en compañía de este buen anciano», y al mismo tiempo, dirigiéndose a un anciano que no había dicho palabra durante el viaje, le dijo: «Y vos, padre mío, ¿habéis tenido buen viaje, en compañía de estos solitarios?». —«No hay duda de que son buenos —contestó el anciano—, pero no tienen puerta en su casa», con lo cual quiso dar a entender que no tenían mucho miramiento en sus palabras, y que con frecuencia habían herido la fama del prójimo.

Convengamos en que son pocos los que ponen puertas en su casa, es decir, en su boca, para no abrirla en daño del prójimo. ¡Dichoso el que, si no la tiene a su cargo, sabe prescindir de la conducta del prójimo, para no pensar más que en sí mismo, en llorar sus culpas y poner todo su esfuerzo en enmendarse! ¡Dichoso aquel que sólo ocupa su corazón y su mente en lo que a Dios se refiere, y no suelta su lengua sino para pedirle perdón, ni tiene ojos más que para llorar sus pecados!

[1] *Gn* 4, 5.

[2] *Ibid.* 27, 41.

[3] *Dn* 13, 41.

[4] *Mt* 9, 3.

[5] *Jn* 7, 20, etc.

[6] *Lc* 7, 39.

[7] *Gn* 3.

[8] *Jdt* 10, 50.

[9]Gn 39, 16.

[10]Mt 12, 33.

[11]Mt 7, 1-2.

[12]Mt 7, 12; Tb 4, 16.

[13]Rm 13, 8.

[14]Vida de los Padres del desierto, t. I, p. 327.

[15]Quisque amat dictis absentium rodere vitam. Hac mensam indignam voverit esse sibi. Vita S. Agustini, auctore Possidio. Patr. lat., t. XXXII, 52.

SOBRE EL PRIMER PRECEPTO DEL DECÁLOGO

Diliges Dominum Deum tuum.
Amarás al Señor tu Dios.
(Lc 10, 27)

Adorar y amar a Dios es la más hermosa función del hombre aquí en la tierra, ya que por esta adoración nos hacemos semejantes a los ángeles y a los santos del cielo. ¡Dios mío!, ¡cuánto honor y cuánta dicha para una criatura vil representa la facultad de adorar y amar a un Dios tan grande, tan poderoso, tan amable y tan bienhechor! ¡Creo yo que Dios no debería haber dado este precepto; bastaba con sufrirnos o tolerarnos postrados ante su santa presencia! ¡Un Dios, mandarnos que le amemos y le adoremos! ¿Por qué esto? ¿Acaso tiene Dios necesidad de nuestras oraciones y de nuestros actos de adoración? Decidme, ¿somos acaso nosotros quienes ponemos en su frente la aureola de gloria? ¿Somos nosotros quienes aumentamos su grandeza y su poder cuando nos manda amarle bajo pena de castigos eternos? ¡Ah!, ¡vil nada, criatura indigna de tanta dicha, de la cual los mismos ángeles, con ser tan santos, se reconocen infinitamente indignos y se postran temblando ante la divina presencia! ¡Dios mío!, ¡qué poco apreciados son del hombre una dicha y un privilegio tales...! Pero no; no salgamos por eso de nuestra sencillez ordinaria. El pensamiento de que podemos amar y adorar a un Dios tan grande se nos presenta tan por encima de nuestros méritos, que nos aparta de la vía sencilla. ¡Poder amar a Dios, adorarle y dirigir a Él nuestras oraciones! ¡Dios mío, cuánta dicha! ¿Quién podrá jamás comprenderla? Nuestros actos de adoración y toda nuestra amistad no añaden nada a la felicidad y gloria de Dios; pero Dios no quiere otra cosa que nuestra dicha aquí en la tierra, y sabe que ésta sólo se halla en el amor que por Él sintamos, sin que consigan jamás hallarla todos cuantos la busquen fuera de Él. De manera que, al ordenarnos Dios que le amemos y adoremos, no hace más que forzarnos a ser felices. Veamos, pues, ahora:

1.º En qué consiste esta adoración que debemos a Dios y que tan dichosos nos vuelve, y

2.º De qué manera debemos rendirla a Dios Nuestro Señor.

I. Si me preguntáis ahora qué es adorar a Dios, vedlo aquí. Es, a la vez, creer en Dios y creer a Dios. Fijaos en la diferencia que hay entre creer en Dios y creer a Dios. «Creer en Dios», que es la fe de los demonios, consiste en creer que hay un Dios que premia la virtud y castiga el pecado. ¡Dios mío!, ¡cuántos cristianos carecen aún de la fe de los demonios! Niegan la existencia de Dios y, en su ceguera y frenesí, se atreven

a sostener que después de este mundo no hay ni premio ni castigo. ¡Ah!, desgraciados, si la corrupción de vuestro corazón os ha llevado ya hasta tal grado de ceguera, id a interrogar a un poseo y él os explicará lo que de la otra vida debéis pensar; os dirá que necesariamente el pecado es castigado y la virtud recompensada. ¡Qué desgracia! ¿De qué extravagancias es capaz el corazón que dejó extinguir su fe? «Crear a Dios» es reconocerle como tal, como nuestro Creador, como nuestro Redentor; es tomarle por modelo de nuestra vida; es reconocerle como Aquel de quien dependemos en todas nuestras cosas, ya sea en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo, ya en lo espiritual, ya en lo temporal; es reconocerle como Aquel de quien lo esperamos todo y sin el cual nada podemos. Vemos en la vida de San Francisco que pasaba noches enteras sin hacer otra oración que ésta: «Señor, Tú lo eres todo, y yo no soy nada; eres el Creador de todas las cosas y el Conservador del universo, y yo no soy nada».

Adorar a Dios es ofrecerle el sacrificio de todo nuestro yo, o sea, someternos a su santa voluntad en las cruces, en las aflicciones, en las enfermedades, en la pérdida de bienes, y estar dispuestos a dar la vida por su amor si ello fuese preciso. En otros términos, es hacerle ofrenda universal de todo cuanto somos, a saber: de nuestro cuerpo por un culto externo y de nuestra alma, con todas sus facultades, por un culto interno. Expliquemos esto de una manera más sencilla. Si pregunto a un niño: «¿Cuándo debemos adorar a Dios y cómo hemos de adorarlo?», me contestará: «Por la mañana, por la noche, y con frecuencia durante el día, o sea, continuamente». Es decir, hemos de hacer en la tierra lo que los ángeles hacen en el cielo. Nos dice el profeta Isaías que vio al Señor sentado en un radiante trono de gloria; los serafines le adoraban con tanto respeto, que llegaban hasta a ocultar sus pies y su rostro con las alas mientras cantaban sin cesar: «Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! Llena está toda la tierra de su gloria!»^[1]. Leemos en la vida de la beata Victoria, de la Orden de la Encarnación, que en su comunidad había una religiosa muy devota y llena de amor divino. Un día, mientras estaba en oración, el Señor la llamó por su nombre, y aquella santa religiosa le contestó con su sencillez ordinaria: «¿Qué queréis de mí, mi divino Jesús?». Y el Señor le dijo: «Tengo en el cielo los serafines que me alaban, me bendicen y me adoran sin cesar; quiero tenerlos también en la tierra y quiero que tú te cuentes en su número». Es decir, que la función de los bienaventurados en el cielo no es otra cosa que la de ocuparse en bendecir y alabar a Dios en todas sus perfecciones, cuya función debemos también cumplir mientras estamos en la tierra; los santos la cumplen gozando y triunfando, nosotros luchando. Nos cuenta San Juan que vio una innumerable legión de santos que estaban ante el trono de Dios, diciendo de todo corazón y con todas sus fuerzas: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos»^[2].

II. Digo, pues, que hemos de adorar a Dios con frecuencia, primero con el cuerpo: esto es, que, al adorar a Dios, debemos arrodillarnos para manifestar así el respeto que tenemos a su santa presencia. El santo rey David adoraba al Señor siete veces al día^[3] y permanecía tanto tiempo arrodillado que, según él mismo declara, a fuerza de orar hincado de hinojos se le habían debilitado las rodillas^[4]. El profeta Daniel, durante su

permanencia en Babilonia, adoraba a Dios tres veces cada día, postrándose de cara a Jerusalén[5]. El mismo Jesucristo, aunque ninguna necesidad tenía de orar, para darnos ejemplo pasaba a menudo las noches en oración[6] arrodillado, y muchas veces con el rostro sobre la tierra, como lo hizo en el Huerto de los Olivos. Son muchos los santos que imitaron a Jesucristo en la oración. San Jaime adoraba con frecuencia al Señor, no solamente arrodillado, sino además con el rostro sobre la tierra, de tal manera que su frente, a fuerza de estar en contacto con el suelo, se había vuelto dura como la piel de camello. Vemos en la vida de San Bartolomé que doblaba cien veces la rodilla durante el día y otras tantas durante la noche. Si no os es posible adorar a Dios de rodillas y con tanta frecuencia, al menos tened como un deber estricto hacerlo por la mañana y por la noche, y de cuando en cuando durante el día, aprovechando los momentos en que os halláis solos en casa; con ello mostraréis a Dios que le amáis y que le reconocéis como vuestro Creador y Conservador.

Sobre todo después de haber entregado nuestro corazón a Dios al despertarnos, después de haber alejado todo pensamiento que no se refiera a las cosas de Dios, después de habernos vestido con modestia sin apartarnos de la presencia de Dios, debemos orar con el mayor respeto posible, empleando en ello buen espacio de tiempo. Hemos de procurar no dar comienzo a trabajo alguno antes de la oración: ni tan sólo arreglar la cama, emplearnos en quehaceres domésticos, poner las ollas al fuego, llamar a los hijos o a los criados, dar de comer al ganado, así como tampoco ordenar trabajo alguno a los hijos o a los servidores antes de haber rezado. Si hicierais esto seríais el verdugo de su pobre alma y, si lo habéis hecho ya, debéis confesaros de ello y mirar de no recaer jamás en culpa semejante. Tened presente que es por la mañana la hora en que Dios nos prepara todas las gracias que nos son necesarias para pasar santamente el día. De manera que, si no rezamos o lo hacemos mal, perdemos todas aquellas gracias que Dios nos tenía destinadas para que nuestras acciones fuesen meritorias. Sabe muy bien el demonio lo provechoso que es para un cristiano hacer rectamente la oración; por esto no perdona medio alguno para inducirnos a dejarla o hacerla mal. Decía en cierta ocasión por boca de un poseso que, si podía lograr para sí el primer instante del día, tenía por seguro quedar dueño del resto.

Para hacer oración de un modo conveniente debéis, ante todo, tomar agua bendita a fin de ahuyentar al demonio, y hacer la señal de la cruz diciendo: «Dios mío, por esta agua bendita y por la preciosa sangre de Jesucristo vuestro Hijo, lavadme, purificadme de todos mis pecados». Y estemos seguros de que si lo practicamos con fe, mientras no estemos manchados por pecado mortal alguno, borraremos todos nuestros pecados veniales.

Hemos de comenzar la oración por un acto de fe lo más viva posible, penetrándonos profundamente de la presencia de Dios, o sea, de la grandeza de un Dios tan bueno que tiene a bien sufrirnos en su santa presencia, a nosotros que desde tanto tiempo mereceríamos ser precipitados en el abismo infernal. Hemos de andar con cuidado en no distraernos ni distraer a los demás que oran, fuera de un caso evidentemente necesario; pues al tener que atender a nosotros o a lo que les decimos,

hacen mal su oración por nuestra causa.

Tal vez me preguntéis: «¿cómo hemos de adorar, o sea, orar ante Dios continuamente, si no podemos permanecer todo el día arrodillados?». Nada más fácil; escuchadme un instante y veréis cómo se puede adorar a Dios y orar ante Él sin dejar el trabajo; de cuatro maneras: de pensamiento, de deseo, de palabra y de obra. Digo primero que podemos hacer esto por medio del pensamiento. En efecto, cuando amamos a alguien, ¿no experimentamos un cierto placer al pensar en él? Pues bien, ¿quién nos impide pensar en Dios durante el día, ya recordando los sufrimientos que Jesús aceptó por nosotros, ya considerando cuánto nos ama, cuánto desea hacernos felices, siendo así que quiso morir por nuestro bien; qué bueno fue con nosotros al hacernos nacer dentro del gremio de la Iglesia Católica, donde tantos medios hallamos para ser felices, es decir, para salvarnos, mientras muchos otros no disfrutaban de tan singular privilegio? Durante el día podemos, de cuando en cuando, elevar nuestros pensamientos y dirigir nuestros deseos al cielo para contemplar anticipadamente los bienes y las felicidades que Dios nos tiene allí preparados para después de unos cortos instantes de lucha. El solo pensamiento de que un día iremos a ver a Dios y quedaremos libres de toda clase de penas, ¿no debería ya consolarnos en nuestras tribulaciones? Si sentimos sobre nuestros hombros algún peso que nos abruma, pensemos al momento que en ello seguimos las huellas de Cristo llevando la cruz a cuestas por nuestro amor; unamos, pues, nuestras penas y sufrimientos a los del Salvador. ¿Somos pobres?, dirijamos nuestro pensamiento al pesebre: contemplemos a nuestro amable Jesús acostado en un montón de pajas, careciendo de todo recurso humano. Y, si queréis, miradle también agonizante en la cruz, despojado de todo, hasta de sus vestidos. ¿Nos vemos calumniados?, pensemos en las blasfemias que contra Él vomitaron durante su pasión, siendo Él la misma santidad. Que algunas veces, durante el día, salgan de lo íntimo de nuestro corazón estas palabras: «Dios mío, os amo y adoro juntándome a todos los ángeles y santos que están en el cielo». Dijo un día el Señor a Santa Catalina de Siena: «Quiero que hagas de tu corazón un lugar de retiro, donde te encierres conmigo y permanezcas allí en mi compañía». ¡Cuánta bondad de parte del Salvador al complacerse en conversar con una miserable criatura! Pues bien, hagamos también nosotros lo mismo, conversemos con el buen Dios, nuestro amable Jesús, que mora en nuestro corazón por la gracia. Adorémosle, entregándole nuestro corazón; amémosle consagrándonos enteramente a Él. No dejemos transcurrir ni un solo día sin agradecerle tantas gracias como durante nuestra vida nos ha concedido; pidámosle perdón de los pecados, rogándole que no piense jamás en ellos, antes bien los olvide eternamente. Pidámosle la gracia de no pensar más que en Él y de desear tan sólo agradarle en todo cuanto practiquemos durante nuestra vida. «Dios mío —hemos de decir—, deseo amaros tanto como todos los ángeles y santos juntos. Quiero unir mi amor al que por Ti sintió tu Santísima Madre mientras estuvo en la tierra. Dios mío, ¿cuándo podré ir a verte al cielo, a fin de amarte más perfectamente?». Si nos hallamos solos en casa, ¿quién nos impedirá arrodillarnos? Y mientras tanto podríamos decir: «Dios mío, quiero amaros de todo

corazón, con todos sus movimientos, afectos y deseos; ¡cuánto tarda en llegar el momento de ir a verte en el cielo!» ¿Ves qué fácil es conversar con Dios y orar continuamente? En esto consiste orar todo el día.

2.º Adoramos también a Dios mediante el deseo del cielo. ¿Cómo no desear la posesión de Dios y el gozar de su visión cuando ello constituye todo nuestro bien?

3.º Hemos dicho que hemos de orar también de palabra. Cuando amamos a alguien, ¿no sentimos gran placer en ocuparnos y hablar de él? Pues bien, en vez de hablar de la conducta de fulano o de zutano, cosa que casi nunca hacemos sin ofender a Dios, ¿quién nos impide hacer girar nuestra conversación sobre las cosas de Dios, sea leyendo la vida de algún Santo, o contando lo que oímos en algún sermón o instrucción catequística? Ocupémonos sobre todo de nuestra santa religión, de la dicha que la religión nos proporciona y de las gracias que Dios nos concede a los que a ella pertenecemos. Así como muchas veces basta una sola mala conversación para perder a una persona, no es raro tampoco que una conversación buena la convierta o le haga evitar el pecado. ¡Cuántas veces, después de haber conversado con alguien que nos habló del buen Dios, nos hemos sentido vivamente inclinados a Él, y habremos propuesto portarnos mejor en adelante! Esto es lo que multiplicaba tanto el número de los santos en los primeros tiempos de la Iglesia; en sus conversaciones no se ocupaban de otra cosa que de Dios. Con ello los cristianos se animaban unos a otros y conservaban constantemente el gusto y la inclinación hacia las cosas de Dios.

4.º Hemos dicho que debíamos adorar a Dios con nuestros actos. Nada más fácil ni más meritorio. Si queréis saber de qué manera se hace, vedlo aquí. Para que nuestras acciones sean meritorias y resulten una oración continuada, ante todo hemos de ofrecerlas todas a Dios por la mañana, de una manera general; esto es, hemos de ofrecerle todo cuanto haremos durante el día. Antes de empezar la jornada podemos decir a Dios Nuestro Señor: «Dios mío, te ofrezco todos los pensamientos, deseos, palabras y obras que ejecutaré en el día de hoy; concédeme la gracia de practicarlo todo rectamente y con la sola mira de agradarte a Ti». Después, durante el día, procuraremos renovar repetidamente este ofrecimiento, diciendo a Dios: «Ya sabes, Dios mío, que te tengo prometido desde la mañana hacerlo todo por amor tuyo». Si damos alguna limosna, dirijamos nuestra intención diciendo: «Dios mío, recibe esta limosna o este favor que voy a hacer al prójimo; en méritos de ella, concédeme tal o cual gracia». Unas veces podéis hacerlo en honor de la muerte y pasión de Jesucristo para obtener vuestra conversión, la de vuestros hijos, la de vuestros criados o la de cualquier otra persona por la cual os intereséis; otras veces podéis ofrecerla en honor de la Santísima Virgen, pidiéndole su protección para vosotros o para el prójimo. Cuando nos mandan algo que nos repugna, digamos al Señor: «Dios mío, te ofrezco esto en honor del sagrado momento en que se te condenó a morir por mí». ¿Trabajamos en algo que nos causa mucha fatiga?, ofrezcamos la molestia a Dios para que nos libre de las penas de la otra vida. En las horas de descanso, levantemos al cielo nuestra mirada como el lugar donde otro día descansaremos eternamente. Ved, pues, cuánto ganaríamos para el cielo si nos portásemos de esta manera, sin necesidad

de hacer más de lo que hacemos de ordinario, con tal que lo practicásemos únicamente por Dios y con la sola intención de agradarle.

Nos dice San Juan Crisóstomo que hay tres cosas que atraen nuestro amor: la belleza, la bondad y el mismo amor. «Pues bien —nos dice este gran Santo—, de estas tres cualidades está adornado Dios». Leemos en la vida de Santa Lidwina^[7] que, viéndose atacada de muy violentos dolores, se le apareció un ángel para consolarla. Ella misma nos lo cuenta: le pareció tan excelsa su hermosura y quedó tan arrebatada, que se olvidó de todos sus sufrimientos. Al ver Valeriano el ángel que custodiaba la pureza de Santa Cecilia, quedó tan prendado de su belleza y le movió de tal manera el corazón que, aunque era todavía pagano, se convirtió al momento^[8]. San Juan, el discípulo amado, nos cuenta que vio a un ángel de singular belleza y quiso adorarle; pero el ángel le dijo: «No hagas esto, pues soy solamente un servidor de Dios como tú»^[9]. Cuando Moisés pidió al Señor la gracia de poder ver su rostro, el Señor le contestó: «Pero no podrás ver mi rostro, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo»^[10]. Nos cuenta Santa Teresa que Jesucristo se le apareció muchas veces, pero que jamás hombre alguno podrá formarse idea de la grandeza de su hermosura, muy superior a todo cuanto podemos imaginar. Decidme: si acertásemos a formarnos una idea de la hermosura de Dios, ¿podríamos dejar de amarle? ¡Qué ciegos somos! No pensamos más que en la tierra y en las cosas creadas y nos olvidamos de las divinas, que nos elevarían hasta Dios, mostrándonos en alguna manera sus perfecciones y moviendo saludablemente nuestro corazón. Oíd a San Agustín: «¡Oh hermosura antigua y siempre nueva!, ¡qué tarde comencé a amaros!»^[11]. Llama antigua a la belleza de Dios porque es eterna, y la llama siempre nueva porque cuanto más se contempla, mayores perfecciones se descubren. ¿Por qué los ángeles y los santos no se cansarán jamás de amar a Dios ni de contemplarle? Porque experimentarán continuamente un placer y un gusto enteramente nuevos. Y ¿por qué no habremos de hacer lo mismo en la tierra, siendo ello posible? ¡Qué dichosa sería nuestra vida si la empleáramos en prepararnos la gloria del cielo!

Leemos en la vida de Santo Domingo que llegó a una renuncia tal de sí mismo, que no sabía pensar, ni desear, ni amar otra cosa que a Dios. Después de haber empleado el día trabajando por inflamar en los corazones el fuego del divino amor mediante sus predicaciones, por la noche se remontaba hasta el cielo mediante la contemplación y las conversaciones que sostenía con su Dios. Tales eran sus ocupaciones. En sus viajes pensaba sólo en Dios; nada era bastante para distraerle de este feliz pensamiento: ¡qué bueno y amable es Dios, y cuánto merece ser amado! No llegaba a comprender cómo pudiesen encontrarse hombres sobre la tierra que no supiesen amar a Dios, siendo Él tan amable. Derramaba torrentes de lágrimas por causa de aquellos que no querían amar a un Dios tan bueno y digno de ser amado.

Decidme, ¿le amamos como le amaba aquel Santo, nosotros que parecemos hallar singular placer en ofenderle, nosotros que no queremos aceptar el menor sacrificio para evitar el pecado? Decidme, ¿amamos a Dios al omitir nuestras oraciones o al hacerlas sin respeto ni devoción? ¿Amamos a Dios cuando no dejamos tiempo a

nuestros criados o a nuestros hijos para orar? Decidme, ¿amamos a Dios cuando trabajamos en el santo día del domingo? ¿Amamos a Dios cuando estamos en el templo sin respeto alguno, ya durmiendo, ya conversando, ya volviendo la cabeza de un lado a otro, ya saliendo afuera durante los oficios? Confesémoslo con pena, ¡qué simulacro de adoradores! ¡Ay, cuántos cristianos lo son sólo de nombre!

En tercer lugar, decimos que hay que amar a Dios por ser Él infinitamente bueno. Cuando Moisés pidió al Señor que le permitiese ver su rostro, el Señor le contestó: «Yo haré pasar todo mi esplendor ante ti, y ante ti proclamaré mi nombre —el Señor —, porque tengo misericordia de quien quiero y tengo compasión de quien quiero»[\[12\]](#). Leemos en el Evangelio que un joven se postró ante el Señor y le llamó «Maestro bueno». Y el Señor le dijo: «¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno sólo es el bueno»[\[13\]](#); con lo cual nos dio a entender que es la fuente de todo bien. Santa Magdalena de Pazzi nos dice que quisiera tener fuerzas para hacerse oír en los cuatro ámbitos del mundo para incitar a todos los hombres a amar a Dios, puesto que es infinitamente amable. Leemos en la vida de San Jaime, religioso de la Orden de Santo Domingo[\[14\]](#), que corrió la campiña y los bosques clamando con todas sus fuerzas: «¡Oh cielo!, ¡oh tierra!, ¿no amáis a Dios como lo aman las demás criaturas, ya que es Él infinitamente digno de ser amado? ¡Oh Salvador mío!, si los hombres son tan ingratos que no os amen, ¡amadle vosotras, criaturas todas, a vuestro Creador tan bueno y tan amable!». ¡Ah!, si pudiésemos llegar a comprender la felicidad que se alcanza amando a Dios, lloraríamos día y noche por haber vivido tanto tiempo privados de esta dicha... ¡Ay!, ¡qué miserable es el hombre! ¡Un simple respeto humano, un insignificante «qué dirán», le impiden mostrar a sus hermanos el amor que tiene a Dios! ¡Dios mío!, ¿no resulta esto incomprendible?

Leemos en la historia que los verdugos que atormentaban a San Policarpo le decían: «¿Por qué no adoras a los ídolos?». —«Porque no puedo —contestó—, pues no adoro sino a un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra». —«Pero —replicaban ellos—, si no haces nuestra voluntad, te daremos muerte». —«Acepto voluntariamente la muerte, pero jamás adoraré al demonio». —«Pero ¿qué mal hay en decir: “Señor César” y sacrificar para salvar la vida?». —«No lo haré, prefiero morir». —«Jura por la prosperidad del César y profiere injurias contra tu Cristo», le dijo el juez. Respondió el Santo: «¿Cómo podría proferir yo injurias contra mi Dios? Hace ochenta años que le sirvo, y sólo bienes he recibido de su misericordia». El pueblo, enfurecido, al ver la manera en que el santo respondía al juez, clamaba: «Es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, entregádnoslo». —«Óyeme, juez —dijo el santo obispo—, he aquí mi religión: ¡soy cristiano, sé sufrir, sé morir y sé abstenerme de proferir cualquiera injuria contra mi Salvador Jesucristo, quien tanto me ha amado y tanto merece ser amado!». —«Si no quieres obedecerme, te haré abrasar en vida». —«El fuego con que me amenazas sólo dura un momento; pero tú no conoces el fuego de la divina justicia, que abrasará eternamente a los impíos. ¿Por qué te detienes? He aquí mi cuerpo, dispuesto a sufrir cuantos tormentos puedas inventar». Todos los paganos se pusieron a gritar: «Merecedor es de muerte, sea quemado vivo». ¡Ay!, aquellos

desgraciados se apresuran a preparar la hoguera como una turba de energúmenos, y mientras tanto San Policarpo se prepara a morir dando gracias a Jesucristo por haberle hecho participante de su precioso cáliz. Una vez encendida la pira, prendieron al Santo y le arrojaron a ella; pero las llamas, menos crueles que los verdugos, respetaron al Santo, y envolvieron su cuerpo como en un velo sin que recibiera daño alguno, lo cual obligó al tirano a apuñalarle en la misma hoguera. Se derramó la sangre en tanta abundancia que llegó a extinguir totalmente el fuego[15]. Aquí tenéis lo que se llama amar a Dios perfectamente, o sea amarle más que a la misma vida. ¡Ay!, en el desgraciado siglo en que vivimos, ¿dónde hallaríamos cristianos que hicieran esto por amor a su Dios? ¡Qué escasa cosecha se haría de ellos! Pero también, ¡qué raros los que al cielo lleguen!

Hemos de amar a Dios en agradecimiento de los bienes que de Él continuamente recibimos. El primer beneficio con que nos favorece es el habernos creado. Estamos dotados de las más bellas cualidades: un cuerpo y un alma formados por la mano del Omnipotente[16]; un alma que no perecerá jamás, destinada a pasar su eternidad entre los ángeles del cielo; un alma, digo, capaz de conocer, amar y servir a Dios; un alma que es la obra más hermosa de la Santísima Trinidad; un alma tan excelente que sólo Dios está por encima de ella. En efecto, todas las demás criaturas terrenas perecerán, pero nuestra alma jamás será destruida. ¡Dios mío!, por poco penetrados que estuviésemos de la grandeza de este beneficio, ¿acaso no emplearíamos toda nuestra vida en acciones de gracias al sabernos poseedores de tan precioso don?

Otro beneficio no menor es el don que el Padre Eterno nos hizo de su divino Hijo, que sufrió y experimentó tantos tormentos para lograr nuestro rescate cuando habíamos sido vendidos al demonio por el pecado de Adán. ¿Qué otro mayor beneficio podía concedernos que instaurar una religión tan santa y consoladora para quienes la conocen y aciertan a practicarla? Dice San Agustín: «¡Ah!, hermosa religión, si eres tan despreciada es porque no eres conocida». Nos dice San Pablo: «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?»[17]. «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre —nos dice San Juan— que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!»[18].

Examinad, además, si queréis, los beneficios particulares con que nos ha enriquecido: nos hizo nacer de padres cristianos, nos ha conservado la vida pese a portarnos como enemigos; nos ha perdonado muchos pecados y nos ha prodigado innumerables gracias durante nuestra vida. Al considerar todo esto, ¿será posible que dejemos de amar a un Dios tan bueno y dadivoso? ¡Dios mío!, ¿qué desgracia hay comparable a ésta? Leemos en la historia que cierto hombre había extraído una espina del pie de un león, el cual fue más tarde cazado y encerrado en el foso con otros que allí se guardaban. Aquel hombre que le había extraído la espina fue condenado a ser devorado por los leones. Al estar en el foso fue reconocido por el león, que no sólo no quiso atacarle sino que se arrojó a sus pies y se dejó destrozar por las demás fieras defendiendo la vida de su bienhechor.

¡Ah!, y nosotros tan ingratos, ¿dejaremos transcurrir nuestra vida sin portarnos de manera que nuestros actos sean expresión de gratitud con Dios Nuestro Señor, por los grandes beneficios que nos tiene concedidos? Considerad, si alcanzáis a ello, ¡cuál será nuestra vergüenza el día en que el Señor nos muestre el agradecimiento de que dieron prueba las bestias ante el menor beneficio que de los hombres recibieron, mientras nosotros, colmados de tantas gracias, luces y bienes de toda clase, lejos de dar gracias a Dios, sólo sabemos ofenderle! ¡Dios mío!, ¿qué desgracia hay comparable a ésta? Se cuenta en la vida de San Luis, rey de Francia, que, durante su expedición a Tierra Santa, un caballero de su cortejo fue de cacería y oyó en la selva los gemidos de un león. Se acercó al lugar de donde procedía el ruido y vio a un león que tenía una gran serpiente enroscada en la cola y comenzaba ya a chupar la sangre de la fiera. Habiendo logrado dar muerte a la serpiente, quedó tan agradecido aquel león que se puso a seguir al cazador como un cordero sigue a su pastor. Como el caballero tenía que atravesar el mar y el león no podía ir en la nave, la siguió a nado hasta que perdió la vida sepultado en las aguas. Hermoso ejemplo: ¡una bestia perder la vida para testimoniar gratitud a su bienhechor!, y nosotros, lejos de testimoniar nuestra gratitud a nuestro Dios, ¡no dejamos de ofenderle y ultrajarle con el pecado! Nos dice San Pablo que aquel que no ama a Dios no es digno de vivir[19]; en efecto, o debe el hombre amar a su Dios, o dejar de vivir.

Digo que debemos amar a Dios porque Él nos lo manda. San Agustín, hablando de este mandamiento, exclama: «¡Oh precepto estimable ¡Dios mío! ¿Quién soy yo para que me ordenes que te ame? Si no te amo, me amenazas con grandes calamidades: ¿es acaso una calamidad pequeña dejar de amarte? ¡Cómo! Dios mío, ¿Tú me mandas que te ame? ¿No eres Tú infinitamente amable? ¿No sería ya demasiado el que nos lo permitieses? ¡Qué dicha para una criatura tan miserable poder amar a un Dios tan digno de ser amado! ¡Ah!, favor inapreciable, ¡qué desconocido eres!».

Leemos en el Evangelio[20] que un doctor de la ley dijo un día a Jesucristo: «Maestro, ¿cuál es el primero o principal de los mandamientos?». Y Jesucristo le contestó: «Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». San Agustín dice: «Si tienes la dicha de amar a Dios, vendrás a ser en alguna manera semejante a Él; si amas la tierra, te volverás terreno; mas si amas las cosas del cielo, te volverás celestial». ¡Dios mío!, qué dichoso es el que te ama, pues con ello recibe toda clase de bienes. No debe admirarnos ver a tantos grandes del mundo abandonar el bullicio del siglo para sepultarse en el corazón de las selvas o encerrarse entre las cuatro paredes de una celda para dedicarse solamente a amar a Dios. Mirad a San Pablo ermitaño, cuya sola ocupación durante ochenta años fue la de orar y amar a Dios día y noche. Mirad también a San Antonio, a quien las noches le parecían breves para orar y alabar en silencio a su Dios y Señor, y se lamentaba de que el sol saliese tan temprano[21]. Amar a Dios, hermanos míos, ¡qué dicha cuando tengamos la suerte de comprenderlo! ¿Hasta cuándo sentiremos repugnancia por una obra que debería constituir toda nuestra dicha en esta vida y nuestra eterna felicidad? Amar a Dios, hermanos míos, ¡qué felicidad...! Dios mío, concédenos el don de la fe y te amaremos

de todo corazón.

Digo también que debemos amar a Dios a causa de los abundantes bienes que de Él recibimos. Dios —nos dice San Juan— ama a los que le aman[22]. Decidme, ¿podemos tener mayor suerte en este mundo que la de ser amados del mismo Dios? Por eso Nuestro Señor nos amará según le amemos nosotros a Él, es decir, que si le amamos mucho nos amará también mucho, lo cual debería inducirnos a amar a Dios cuanto nos fuese posible, hasta donde llegase nuestra capacidad. Este amor será la medida de la gloria de la que disfrutaremos en el paraíso, ya que ella será proporcional al amor que habremos tenido a Dios durante nuestra vida; cuanto más hayamos amado a Dios en este mundo, mayor será la gloria de que gozaremos en el cielo y más le amaremos también, puesto que la virtud de la caridad nos acompañará durante toda la eternidad y recibirá mayor incremento en el cielo. ¡Qué dicha la de haber amado mucho a Dios en esta vida!, porque así le amaremos también mucho en el paraíso.

Nos dice San Antonio que a nadie teme tanto el demonio como a un alma que ame a Dios; y que aquel que ama a Dios lleva consigo la señal de predestinación, ya que sólo dejan de amar a Dios los demonios y los réprobos. ¡Ay!, el peor de todos sus males es que a ellos no les cabrá jamás la dicha de amarle. ¡Dios mío!, ¿se puede pensar en eso sin morir de pena?

¿Cuál es la primera pregunta que se nos hace al asistir al catecismo para instruirnos en las verdades de nuestra santa religión? «¿Quién te ha creado y te conserva hasta el presente?». Y nosotros contestamos: «Dios».

«Y para qué te ha creado?». —«Para conocerle, amarle, servirle, y por este medio alcanzar la vida eterna». Sí, nuestra única ocupación aquí en la tierra es la de amar a Dios; es decir, comenzar a practicar lo que haremos durante toda la eternidad. ¿Por qué hemos de amar a Dios? Pues porque nuestra felicidad consiste, y no puede consistir en otra cosa, que en el amor de Dios. De manera que, si no amamos a Dios, seremos constantemente desgraciados, y si queremos disfrutar de algún consuelo y de alguna suavidad en nuestras penas, solamente lo lograremos recurriendo al amor de Dios. Si queréis convenceros de ello, id a buscar al hombre más feliz según el mundo; si no ama a Dios, veréis cómo en realidad no deja de ser un gran desgraciado. Y, por el contrario, si os encontráis con el hombre más infeliz a los ojos del mundo, veréis cómo, amando a Dios, resulta dichoso en todos los sentidos. ¡Dios mío!, ¡ábrenos los ojos del alma y así buscaremos nuestra felicidad donde realmente podemos hallarla!

III. «Pero —me diréis finalmente—, ¿de qué manera hemos de amar a Dios? ¿Cómo hemos de amarle?». Escuchad a San Bernardo, él mismo nos lo enseñará al decirnos que hemos de amar a Dios sin medida: «Siendo Dios infinitamente digno de ser amado, jamás podremos amarle como se merece». Pero Jesucristo mismo nos muestra la medida en la que hemos de amarle cuando nos dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente»[23]. Dice San Bernardo que amar a Dios de todo corazón es amarle decididamente y con fervor, es decir, estar dispuesto a padecer todo cuanto el mundo y el demonio nos hagan sufrir, antes que dejar de amarle. Es preferible a todo lo demás, y no amar ninguna otra cosa

sino por Él. San Agustín decía a Dios: «Cuando mi corazón, Dios mío, sea bastante grande para amaros, entonces amaré contigo a las demás cosas; pero ya que mi corazón será siempre demasiado pequeño para Ti, ya que eres infinitamente amable, no amaré jamás otra cosa fuera de Ti». Debemos amar a Dios no solamente como a nosotros mismos, sino más que a nosotros mismos, manteniendo constante y firme la resolución de dar nuestra vida por Él.

De esta manera podemos decir que le amaron todos los mártires, puesto que, antes que ofenderle, prefirieron sufrir la pérdida de sus bienes, toda suerte de desprecios, la prisión, los azotes, las ruedas de tormento, el potro, el hierro, el fuego; en una palabra, todo cuanto la rabia de los tiranos supo inventar.

Se cuenta en la historia de los mártires del Japón que, cuando se predicaba el Evangelio a aquellas gentes y se las iniciaba en el conocimiento de las grandezas de Dios, de sus bondades y de su gran amor para con los hombres, especialmente cuando se les enseñaban los excelsos misterios de nuestra santa religión y todo cuanto Dios había hecho por los hombres —un Dios que nace en suma pobreza y que sufre y muere por nuestra salvación—, aquellos sencillos cristianos exclamaban: «¡Oh, qué bueno es el Dios de los cristianos! ¡Qué digno de ser amado!». Pero cuando se les decía que aquel mismo Dios nos había impuesto un mandamiento en el cual nos ordenaba amarle, amenazándonos con un eterno castigo en caso de no cumplirlo, quedaban sorprendidos y admirados sin acertar a comprenderlo: «¡Cómo! —decían— ¡imponer a los hombres racionales un precepto que ordene amar a un Dios que tanto nos ha amado!..., ¿no es la mayor de las desgracias dejar de amarle?, así como amarle, ¿no es la mayor de todas las alegrías imaginables? ¡Cómo!, ¿y los cristianos no permanecen constantemente al pie de los altares para adorar a su Dios, atraídos por tanta bondad e inflamados de amor?». Pero, cuando se les explicaba que existían cristianos que no sólo dejaban de amarle sino que empleaban su vida ofendiéndole, exclamaban indignados: «¡Oh pueblo ingrato!, ¡oh pueblo bárbaro!, ¡cómo es posible que los cristianos sean capaces de tales horrores! ¿En qué tierra maldita habitan esos hombres sin corazón y sin sentimientos?». ¡Ay!, si aquellos mártires volviesen hoy a la tierra y se enterasen de los ultrajes que ciertos cristianos infieren a su Dios, tan bueno y cuyo único anhelo es procurarles la salvación, ¿acertarían a creerlo? Triste es decirlo, ¡hasta el presente no hemos amado a Dios!

Y el cristiano no solamente ha de amar a Dios de todo corazón, sino que además debe poner todo su esfuerzo en procurar que los demás le amen. Los padres y las madres, los dueños y las amas de casa, deben emplear todo su poder y autoridad en hacer que sus hijos y sus criados le amen. ¡Cuánto será el mérito de un padre o de una madre delante de Dios si, por sus esfuerzos, cuantos viven con ellos le aman de todo corazón! ¡Qué abundantemente bendecirá Dios aquellas casas! ¡Cuántos bienes temporales y eternos derramará sobre esas familias!

Y ¿cuáles son los signos que demuestran nuestro amor a Dios? Vedlos aquí: si pensamos en Él con frecuencia, si nuestro espíritu se ocupa y entretiene en las cosas divinas, si experimentamos gusto y placer al oír hablar de Dios en las pláticas e

instrucciones y nos complacemos en todo aquello que pueda traernos su recuerdo. Si amamos a Dios andaremos con gran temor de ofenderle, vigilarémos constantemente los movimientos de nuestro corazón, temiendo siempre ser engañados por el demonio. Pero el último medio es suplicarle a menudo que nos conserve en su amor, pues éste viene del cielo. Durante el día debemos dirigir a Él nuestros pensamientos, y hasta por la noche, al despertarnos, hemos de prorrumper en actos de amor a Dios, diciéndole: «Dios mío, hacedme la gracia de amaros todo cuanto me sea posible». Hemos de sentir gran devoción a la Santísima Virgen, pues ella sola amó más a Dios que todos los santos juntos; también hemos de mostrar gran devoción al Espíritu Santo, especialmente a las nueve de la mañana. Fue en aquel momento cuando descendió sobre los apóstoles para llenarlos de su amor[24]. Al mediodía deberemos recordar el misterio de la Encarnación, por el cual el Hijo de Dios tomó carne mortal en las entrañas virginales de la bienaventurada Virgen María, y suplicarle que baje a nuestros corazones como descendió al seno de su santa Madre. A las tres de la tarde deberemos representarnos al Salvador muriendo para merecernos un amor eterno. En tal instante debemos hacer un acto de contrición para testimoniarnos la pena que experimentamos por haberle ofendido.

Y concluyamos diciendo que, puesto que nuestra felicidad sólo se halla en el amor de Dios, debemos temer en gran medida el pecado, pues sólo él nos causa su pérdida. Acudid a proveeros de este divino amor en los sacramentos que os es dado recibir. Acudid al Altar con gran temor y confianza, puesto que allí recibimos a nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre, que no desea más que nuestra felicidad.

[1]Is 6, 1-3.

[2]Ap 5, 13.

[3]Sal 118, 164.

[4]Sal 107, 24.

[5]Dn 6, 10.

[6]Lc 6, 12.

[7] Virgen honrada el 14 de abril. Véase *Vida de los Santos de Ribadeneira*.

[8] En Ribadeneira, la vida de los Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo se inserta en el mismo 14 de abril.

[9]Ap 22, 8-9.

[10]Ex 33, 20.

[11]Conf., lib. X, cap. XXVII.

[12]Ex 33, 18-19.

[13]Mt 19, 17.

[14] Su fiesta en 12 de octubre. Ribadeneira.

[15] Ribadeneira, 26 enero.

[16]Jb 10, 8.

[17] 1 Co 6, 19-20.

[18] 1 Jn 3, 1.

[19] 1 Co 16, 22.

[20] Mt 22, 36-37.

[21] *Vida de los Padres del desierto*, t. I, p. 42.

[22] Pr 8, 17; Jn 16, 27.

[23] Mt 22, 37.

[24] Hch 2, 15.

SOBRE LA HUMILDAD

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur,
et qui se humiliat, exaltabitur.*

Porque todo el que se ensalza será humillado,
y todo el que se humilla será ensalzado.

(Lc 18, 14)

¿Podía manifestarnos de una manera más evidente nuestro divino Salvador la necesidad de humillarnos, esto es, de formar un bajo concepto de nosotros mismos, ya sea en nuestros pensamientos, ya en nuestras palabras, ya en nuestras acciones, como condición indispensable para ir a cantar las divinas alabanzas por toda una eternidad? Hallándose un día en compañía de otras personas y viendo que algunos se alababan del bien obrado por ellos y despreciaban a los demás, Jesucristo les propuso esta parábola: «Dos hombres —dijo— subieron al templo a orar; uno de ellos era fariseo, y el otro publicano. El fariseo permanecía en pie, y hablaba a Dios de esta manera: “Os doy gracias, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como ese publicano: ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de cuanto poseo”». Tal era su oración, nos dice San Agustín[1]. Bien veis que esta no es más que una afectación llena de orgullo y vanidad; el fariseo no viene para orar ante Dios ni para darle las gracias, sino para alabarse a sí mismo e incluso para insultar a aquel que realmente ora. El publicano, por el contrario, apartado del altar, sin atreverse ni siquiera a elevar al cielo su mirada, golpeaba su pecho diciendo: «Dios mío, tened piedad de mí, que soy un miserable pecador». «Habéis de saber —añade Jesucristo— que éste regresó justificado a su casa, pero no el otro». Al publicano le fueron perdonados sus pecados, mientras que el fariseo, con todas sus pretendidas virtudes, volvió a su casa más criminal que antes. Y la razón de ello es ésta: la humildad del publicano, aunque pecador, fue más agradable a Dios que todas las buenas obras del fariseo, mezcladas de orgullo[2]. Y Jesucristo saca de aquí la consecuencia de que «el que quiera exaltarse será humillado, y el que se humille será exaltado». Desengañémonos, esta es la regla; la ley es general, nuestro divino Maestro es quien la ha publicado. «Aunque eleves tu nido como las águilas, yo te haré bajar»[3], dice el Señor. Sí, el único camino que conduce a la exaltación provechosa para la otra vida es la humildad. Sin esta bella y preciosa virtud de la humildad no entraréis en el cielo; será como si os faltase el bautismo. De aquí podéis ya colegir la obligación que tenemos de humillarnos, y los motivos que a ello deben impulsarnos. Voy, pues, ahora a mostraros: 1.º Que la humildad es una virtud absolutamente necesaria para que nuestras acciones sean agradables a Dios y premiadas en la otra

vida; 2.º Tenemos grandes motivos para practicarla, sea mirando a Dios, sea mirando a nosotros mismos.

I. Antes de haceros comprender la necesidad de esta hermosa virtud, para nosotros tan necesaria como el Bautismo después del pecado original; tan necesaria, digo yo, como el sacramento de la Penitencia después del pecado mortal, debo primero exponeros en qué consiste esta virtud que tanto mérito atribuye a nuestras buenas obras y que tan pródigamente enriquece nuestros actos. San Bernardo, aquel gran santo que de una manera tan extraordinaria la practicó, nos dice que la humildad es una virtud por la cual nos conocemos a nosotros mismos y, mediante esto, nos sentimos llevados a despreciar nuestra propia persona y a no hallar placer en ninguna alabanza que se haga de nosotros[4].

Digo: 1.º Que esta virtud nos es absolutamente necesaria si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo, puesto que el mismo Jesucristo nos dice que tan imposible nos es salvarnos sin la humildad como sin el Bautismo. Dice San Agustín: «Si me preguntáis cuál es la primera virtud de un cristiano, os responderé que es la humildad; si me preguntáis cuál es la segunda, os contestaré que la humildad; si volvéis a preguntarme cuál es la tercera, os contestaré aún que es la humildad; y cuantas veces me hagáis esta pregunta, os daré la misma respuesta»[5].

Si el orgullo engendra todos los pecados[6], podemos también decir que la humildad engendra todas las virtudes. Con la humildad tendréis todo cuanto os hace falta para agradar a Dios y salvar vuestra alma; pero sin ella, aun poseyendo todas las demás virtudes, será como si no tuvieseis nada. Leemos en el santo Evangelio[7] que algunas madres presentaban sus hijos a Jesucristo para que les diese su bendición. Los apóstoles las hacían retirar, pero Nuestro Señor desaprobó aquella conducta diciendo: «Dejad a los niños y no les impidáis que vengan conmigo, porque de los que son como ellos es el Reino de los Cielos». Los abrazaba y les daba su santa bendición. ¿A qué viene esa buena acogida del divino Salvador? Porque los niños son sencillos, humildes y sin malicia. Asimismo, si queremos ser bien recibidos por Jesucristo, es preciso que nos mostremos sencillos y humildes en todos nuestros actos. «Esta hermosa virtud —dice San Bernardo— fue la causa de que el Padre Eterno mirase a la Santísima Virgen con complacencia; y si la virginidad atrajo las miradas divinas, su humildad fue la causa de que concibiese en su seno al Hijo de Dios. Si la Santísima Virgen es la Reina de las Vírgenes, es también la Reina de los humildes»[8]. Preguntaba un día Santa Teresa al Señor por qué, en otro tiempo, el Espíritu Santo se comunicaba con tanta facilidad a los personajes del Antiguo Testamento, patriarcas o profetas, declarándoles sus secretos, cosa que no hace al presente. El Señor le respondió que ello era porque aquellos eran más sencillos y humildes, mientras que en la actualidad los hombres tienen el corazón doble y están llenos de orgullo y vanidad. Dios no se comunica con ellos ni los ama como amaba a aquellos buenos patriarcas y profetas, tan simples y humildes. Nos dice San Agustín: «Si os humilláis profundamente, si reconocéis vuestra nada y vuestra falta de méritos, Dios os dará gracias en abundancia; mas, si queréis exaltaros y teneros en algo, se alejará de

vosotros y os abandonará en vuestra pobreza».

Nuestro Señor Jesucristo, para darnos a entender que la humildad es la más bella y la más preciosa de todas las virtudes, comienza a enumerar las bienaventuranzas por la humildad, diciendo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos». Nos dice San Agustín que esos pobres de espíritu son aquellos que tienen la humildad por herencia[9]. Dijo a Dios el profeta Isaías: «En esto me voy a fijar: en el pobre y en el espíritu contrito, y en el que teme a mi palabra»[10].

Esta virtud no solamente nos hace agradables a Dios, sino también a los hombres. Todo el mundo ama a una persona humilde, todos se deleitan en su compañía. ¿De dónde viene, en efecto, que por lo común los niños son amados por todos, sino de que son sencillos y humildes? La persona que es humilde cede, no contraría a nadie, no causa enfado a nadie, se contenta con todo y busca siempre ocultarse a los ojos del mundo. Admirable ejemplo de esto nos lo ofrece San Hilarión. Cuenta San Jerónimo que este gran Santo era solicitado de los emperadores, de los reyes y de los príncipes, y atraía al desierto a las muchedumbres por el olor de su santidad, por la fama y renombre de sus milagros; pero él se escondía y huía del mundo todo cuanto le era posible. Frecuentemente cambiaba de celda a fin de vivir oculto y desconocido; lloraba continuamente a la vista de aquella multitud de religiosos y de gente que acudían a él para que les curase sus males. Echando de menos su pasada soledad, decía llorando: «He vuelto otra vez al mundo, mi recompensa será solo en esta vida, pues todos me miran ya como persona de consideración». «Y nada tan admirable — nos dice San Jerónimo— como el hallarle tan humilde en medio de los muchos honores que se le tributaban... Decíme, ¿es esto humildad y desprecio de sí mismo? ¡Qué raras son estas virtudes! ¡Pero también cuánto escasean los santos! En la misma medida que se aborrece a un orgulloso se aprecia a un humilde, puesto que éste toma siempre para sí el último lugar, respeta a todo el mundo y ama también a todos; esta es la causa de que sea tan buscada la compañía de las personas que están adornadas de tan bellas cualidades.

2.º Digo que la humildad es el fundamento de todas las demás virtudes. Quien desea servir a Dios y salvar su alma debe comenzar por practicar esta virtud en toda su extensión. Sin ella nuestra devoción será como un montón de paja muy voluminoso que habremos levantado, pero al primer embate de los vientos queda derribado y deshecho. El demonio teme muy poco esas devociones que no están fundadas en la humildad, pues sabe muy bien que podrá echarlas al traste cuando le plazca. Vemos que esto fue lo que le ocurrió a aquel solitario que llegó hasta a caminar sobre carbones encendidos sin quemarse; pero, falto de humildad, al poco tiempo cayó en los más deplorables excesos[11]. Si no tenéis humildad podéis decir que no tenéis nada, a la primera tentación seréis derribados. Se cuenta en la vida de San Antonio[12] que Dios le hizo ver el mundo sembrado de lazos que el demonio tenía preparados para hacer caer a los hombres en pecado. Quedó de ello tan sorprendido que su cuerpo temblaba como la hoja de un árbol y, dirigiéndose a Dios, le dijo: «Señor, ¿quién podrá escapar de tantos lazos?». Y oyó una voz que le dijo: «Antonio, el que sea

humilde; pues Dios da a los humildes la gracia necesaria para que puedan resistir a las tentaciones, mientras permite que el demonio se divierta con los orgullosos, que caerán en pecado en cuanto sobrevenga la ocasión. Pero a las personas humildes el demonio no se atreve a atacarlas». Al verse tentado San Antonio, no hacía otra cosa que humillarse profundamente ante Dios diciendo: «¡Señor, bien sabéis que no soy más que un miserable pecador!». Y al momento el demonio emprendía la fuga.

Cuando nos sintamos tentados, mantengámonos escondidos bajo el velo de la humildad y veremos qué escasa es la fuerza que el demonio tiene sobre nosotros. Leemos en la vida de San Macario que, habiendo un día salido de su celda en busca de hojas de palma, se le apareció el demonio con espantoso furor amenazando herirle; pero viendo que le era imposible porque Dios no le había dado poder para ello, exclamó: «¡Macario, cuánto me haces sufrir! No tengo facultad para maltratarte, aunque cumplía más perfectamente que tú lo que tú practicas: pues tú ayunas algunos días, y yo no como nunca; tú pasas algunas noches en vela, yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la cual ciertamente me aventajas». San Macario le preguntó cuál era aquella cosa. —«Es la humildad». El Santo se postró, su rostro en la tierra, pidió a Dios que no le dejase sucumbir a la tentación, y al momento el demonio emprendió la fuga[13]. ¡Qué agradables nos hace a Dios esta virtud, y qué poderosa es para ahuyentar el demonio! ¡Pero también qué rara! Lo cual raramente se ve con sólo considerar el escaso número de cristianos que resisten al demonio cuando son tentados...

No son todas las palabras, todas las manifestaciones de desprecio de sí mismo lo que nos prueba que tenemos humildad. Voy a citaros ahora un ejemplo que os demostrará lo poco que valen las palabras. Hallamos en la Vida de los Padres del desierto que, habiendo venido un solitario a visitar a San Serapio[14], no quiso acompañarle en sus oraciones, porque, decía, «he cometido tantos pecados que soy indigno de ello, ni me atrevo a respirar aquí donde vos estáis». Permanecía sentado en el suelo por no atreverse a ocupar el mismo asiento que San Serapio. Este Santo, siguiendo la costumbre entonces muy común, quiso lavarle los pies, y aún fue mayor la resistencia del solitario. Veis aquí una humildad que, según los humanos juicios, tiene todas las apariencias de sincera; pero ahora vais también a ver en qué terminó. San Serapio se limitó a decirle, a manera de aviso espiritual, que tal vez haría mejor permaneciendo en su soledad, trabajando para vivir, que no corriendo de celda en celda como un vagabundo. Ante este aviso, el solitario no supo ya disimular la falsedad de su virtud; se enfadó en gran manera contra el Santo y se marchó. Al ver esto, le dijo aquél: «Hijo mío, ¡me decíais hace un momento que habíais cometido todos los crímenes imaginables, que no os atrevíais a rezar ni a comer conmigo, y ahora, por una sencilla advertencia que nada tiene de ofensiva, os dejáis llevar por la ira! Vamos, hijo mío, vuestra virtud y todas las buenas obras que practicáis están desprovistas de la mejor de las cualidades, que es la humildad».

Por este ejemplo podéis ver qué rara es la verdadera humildad. Cuánto abundan los que, mientras se los alaba, se los lisonjea, o al menos se les manifiesta estimación, son

todo fuego en sus prácticas de piedad, lo darían todo, se despojarían de todo; pero una leve reprensión o un gesto de indiferencia llena de amargura su corazón, los atormenta, les arranca lágrimas de sus ojos, los pone de mal humor, los induce a mil juicios temerarios pensando que son tratados injustamente, que no es éste el trato que se da a los demás. ¡Qué rara es esta hermosa virtud entre los cristianos de nuestros días! ¡Cuántas virtudes tienen sólo la apariencia de tales, y a la primera prueba se vienen abajo!

Pero, ¿en qué consiste la humildad? Vedlo aquí: ante todo os diré que hay dos clases de humildad, la interior y la exterior. La *exterior* consiste: 1.º En no alabarse del éxito de alguna acción practicada por nosotros, en no relatarla al primero que nos quiera oír; en no divulgar nuestros golpes audaces, los viajes que hicimos, nuestras mañas o habilidades, ni lo que de nosotros se dice favorable; 2.º En ocultar el bien que podemos haber hecho, como son las limosnas, las oraciones, las penitencias, los favores hechos al prójimo, las gracias interiores recibidas por Dios; 3.º En no complacernos en las alabanzas que se nos dirigen; para lo cual debiéremos procurar cambiar de conversación y atribuir a Dios todo el éxito de nuestras empresas; o bien deberemos dar a entender que el hablar de ello nos disgusta, o marcharnos si nos es posible. 4.º Nunca deberemos hablar ni bien ni mal de nosotros mismos. Muchos tienen por costumbre hablar mal de sí mismos para que se los alabe: esto es una falsa humildad a la que podemos llamar humildad «con anzuelo». No habléis nunca de vosotros, contentaos con pensar que sois unos miserables, que es necesaria toda la caridad de un Dios para soportaros sobre la tierra. 5.º Nunca se debe disputar con los iguales; en todo cuanto no sea contrario a la conciencia debemos siempre ceder. No hemos de figurarnos que nos asiste siempre el derecho; aunque lo tuviésemos, hemos de pensar al momento que también podríamos equivocarnos, como tantas veces ha sucedido. Y, sobre todo, no hemos de tener la obstinación de ser los últimos en hablar en la discusión, ya que ello revela un espíritu lleno de orgullo. 6.º Nunca hemos de mostrar tristeza cuando nos parece ser despreciados, ni tampoco ir a contar a los demás nuestras penas; esto daría a entender que nos falta toda humildad, pues, de lo contrario, nunca nos sentiríamos lo suficientemente rebajados, ya que jamás se nos tratará como debemos dar gracias a Dios, a semejanza del santo rey David, quien devolvía bien por mal^[15] pensando cuánto había él despreciado a Dios con sus pecados. 7.º Debemos estar contentos al vernos despreciados, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, de quien se dijo que se «harte de oprobios»^[16], y el de los apóstoles, de quienes se ha escrito^[17] «porque habían sido dignos de ser ultrajados a causa del Nombre»; todo lo cual constituirá nuestra mayor dicha y nuestra más firme esperanza en la hora de la muerte. 8.º Cuando hayamos cometido algo que pueda sernos echado en cara, no debemos excusar nuestra culpa; ni con rodeos, ni con mentiras, ni con el gesto debemos dar lugar a pensar que no lo cometimos nosotros. Aunque fuésemos acusados falsamente, mientras la gloria de Dios no sufra menoscabo, deberíamos callar. 9.º Esta humildad consiste en practicar aquello que más nos desagrada, lo que los demás no quieren hacer, y en complacerse en vestir con sencillez.

En esto consiste la humildad exterior. Pero ¿en qué consiste la interior? Vedlo aquí. Consiste: 1.º En sentir bajamente de sí mismo; en no aplaudirse jamás en lo íntimo de su corazón al ver coronadas por el éxito las acciones realizadas; en creerse siempre indigno e incapaz de toda buena obra, basándose en las palabras del mismo Jesucristo cuando nos dice que sin Él nada bueno podemos realizar[18], pues ni tan sólo una palabra, como, por ejemplo, «Jesús», podemos pronunciar sin el auxilio del Espíritu Santo[19]. 2.º Consiste en sentir satisfacción de que los demás conozcan nuestros defectos, a fin de tener ocasión de mantenernos en nuestra insignificancia; 3.º En ver con gusto que los demás nos aventajen en riquezas, en talento, en virtud o en cualquier otra cosa; en someternos a la voluntad o al juicio ajenos, siempre que ello no sea contra la conciencia...

En esto consiste poseer la humildad cristiana, que tan agradables nos hace a Dios y tan apreciables a los ojos del prójimo. Considerad ahora si la tenéis o no. Y si desgraciadamente no la poseéis, no os queda otro camino para salvaros que pedirla a Dios hasta obtenerla, ya que sin ella no entraríamos en el cielo. Leemos en la vida de San Elzear que, habiendo corrido el peligro de perecer engullido por el mar junto con todos los que se hallaban con él en el barco, pasado ya el peligro Santa Delfina, su esposa, le preguntó si había tenido miedo. Y el Santo contestó: «Cuando me hallo en peligro semejante, me encomiendo a Dios junto con todos los que conmigo se hallan; y le pido que, si alguien debe morir, éste sea yo, como el más miserable y el más indigno de vivir»[20]. ¡Cuánta humildad...! San Bernardo estaba tan persuadido de su insignificancia que, al entrar en una ciudad, se ponía de rodillas pidiendo a Dios que no castigase a la ciudad por causa de sus pecados, pues se creía capaz de atraer la maldición de Dios sobre aquel lugar. ¡Cuánta humildad! ¡Un Santo tan grande cuya vida era una cadena de milagros!

Es preciso que, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo, vayan todas ellas acompañadas de la humildad. Al orar, ¿poseéis aquella humildad que os hace consideraros como miserables e indignos de estar en la santa presencia de Dios? Si fuese así, no haríais vuestras oraciones vistiéndoos o trabajando. No, no la tenéis. Si fueseis humildes, ¡con qué reverencia, con qué modestia, con qué santo temor estaríais en la Santa Misa! No se os vería reír, conversar, volver la cabeza, pasear vuestra mirada por el templo, dormir, orar sin devoción, sin amor de Dios. Lejos de hallar largas las ceremonias y funciones, os sabría mal el término de ellas, y pensaríais en la grandeza de la misericordia de Dios al sufriros entre los fieles, cuando por vuestros pecados merecáis estar entre los réprobos. Si tuvieseis esta virtud, al pedir a Dios alguna gracia haríais como la cananea, que se postró de rodillas ante el Salvador en presencia de todo el mundo[21]; como Magdalena, que besó los pies de Jesús en medio de una numerosa reunión[22]. Si fueseis humildes, haríais como aquella mujer que hacía doce años que padecía flujo de sangre y acudió con tanta humildad a postrarse a los pies del Salvador a fin de conseguir tocar el extremo de su manto[23]. ¡Si tuvieseis la humildad de San Pablo, quien, aun después de ser arrebatado hasta el tercer cielo[24] sólo se tenía por un aborto del infierno, el último de los apóstoles,

indigno del nombre que llevaba...![\[25\]](#) ¡Dios mío!, ¡qué hermosa, pero qué rara es esta virtud!... Si tuvieseis esta virtud al confesaros, ¡qué lejos andaríais de ocultar vuestros pecados, de referirlos como una historia de pasatiempo y, sobre todo, de relatar los pecados de los demás! ¿Cuál sería vuestro temor al ver la magnitud de vuestros pecados, los ultrajes inferidos a Dios, y al ver, por otro lado, la caridad que muestra al perdonaros? ¡Dios mío!, ¿no moriríais de dolor y de agradecimiento? Si, después de haberos confesado, tuvieseis aquella humildad de la que habla San Juan Clímaco[\[26\]](#), quien nos cuenta que, yendo a visitar cierto monasterio, vio allí a unos religiosos tan humildes, tan humillados y tan mortificados, y que sentían de tal manera el peso de sus pecados, que el rumor de sus gritos y las preces que elevaban a Dios Nuestro Señor eran capaces de conmover a corazones tan duros como la piedra. Algunos había que estaban enteramente cubiertos de llagas, de las cuales manaba un hedor insoportable; y tenían tan poco atendido su cuerpo que no les quedaba sino la piel adherida al hueso. El monasterio resonaba con gritos de los más desgarradores: «¡Desgraciados de nosotros miserables! ¡Sin faltar a la justicia, oh Señor, puedes precipitarnos en los infiernos!». Otros exclamaban: «¡Señor, perdónanos si es que nuestras almas son aún capaces de perdón». Tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte y se decían unos a otros: «¿Qué será de nosotros después de haber tenido la desgracia de ofender a un Dios tan bueno? ¿Podremos aún albergar alguna esperanza para el día de las venganzas?».

Otros pedían ser arrojados al río para ser comidos por las bestias. Al ver el superior a San Juan Clímaco le dijo: «Padre mío, ¿habéis visto a nuestros soldados?». Nos dice San Juan Clímaco que no pudo allí hablar ni rezar, pues los gritos de aquellos penitentes, tan profundamente humillados, le arrancaban lágrimas y sollozos sin que en manera alguna pudiera contenerse. ¿De dónde proviene que nosotros, siendo mucho más culpables, carezcamos enteramente de humildad? ¡Porque no nos conocemos!

II. Al cristiano que se conozca bien, todo debe inclinarse a ser humilde, y especialmente estas tres cosas, a saber: la consideración de las grandezas de Dios, el anonadamiento de Jesucristo, y nuestra propia miseria. 1.º ¿Quién podrá contemplar la grandeza de un Dios sin anonadarse en su presencia, pensando que con una sola palabra ha creado el cielo de la nada, y que una sola mirada suya podría aniquilarlo? ¡Un Dios tan grande, cuyo poder no tiene límites, un Dios lleno de toda clase de perfecciones, un Dios de una eternidad sin fin, con la magnitud de su justicia, con su providencia que tan sabiamente lo gobierna todo y que con tanta diligencia provee a todas nuestras necesidades! ¿No deberíamos temer, con mucha más razón que San Martín, que la tierra se abriese bajo vuestros pies por ser indignos de vivir? Ante esta consideración, ¿no haríais como aquella gran penitente de la cual se habla en la vida de San Pafnucio?[\[27\]](#) Aquel buen anciano, dice el autor de su vida, quedó en extremo sorprendido cuando, al conversar con aquella pecadora, la oyó hablar de Dios. El santo abad le dijo: «¿Ya sabes que hay un Dios?» —«Sí —dijo ella—; y aún más, sé que hay un reino de los cielos para aquellos que viven

según sus mandamientos, y un infierno donde serán arrojados los malvados para abrasarse allí». —«Si conoces todo esto, ¿cómo te expones a abrasarte en el infierno, causando la perdición de tantas almas?». Al oír estas palabras, la pecadora conoció que era un hombre enviado de Dios, se arrojó a sus pies y, deshaciéndose en lágrimas, le dijo: «Padre mío, imponedme la penitencia que queráis y yo la cumpliré». El anciano la encerró en una celda y le dijo: «Mujer tan criminal como tú has sido no merece pronunciar el santo nombre de Dios; te limitarás a volverte hacia oriente y dirás por toda oración: ¡Tú que me creaste, ten piedad de mí!». Esta era toda su oración, derramando lágrimas y exhalando amargos sollozos noche y día. ¡Dios mío!, ¡cuánto nos hace profundizar en el propio conocimiento la humildad!

2.º Decimos que el anonadamiento de Jesucristo debe humillarnos aún más y más. «Cuando contemplo —nos dice San Agustín— a un Dios que, desde su encarnación hasta la cruz, no hizo otra cosa que llevar una vida de humillaciones e ignominias, un Dios desconocido en la tierra, ¿habré yo de sentir temor de humillarme? ¿Un Dios busca la humillación y yo, gusano de la tierra, quiero ensalzarme? ¡Dios mío!, dignate destruir este orgullo que tanto nos aparta de Ti».

Lo tercero que debe conducirnos a la humildad es nuestra propia miseria. No tenemos más que mirarla algo de cerca y hallaremos una infinidad de motivos de humillación. Nos dice el profeta: «En nosotros mismos llevamos el principio y los motivos de nuestra humillación. ¿Acaso no sabemos que nuestro origen es la nada, que antes de venir a la vida transcurrieron una infinidad de siglos y que, por nosotros mismos, nunca habríamos podido salir de aquel espantoso e impenetrable abismo? ¿Podemos ignorar que, aun después de ser creados, conservamos una vehemente inclinación hacia la nada, siendo preciso que la mano poderosa de Aquel que de ella nos sacó, nos impida volver al caos y que, si Dios dejase de mirarnos y sostenernos, seríamos borrados de la faz de la tierra con la misma rapidez que una brizna de paja es arrastrada por una tempestad furiosa?». ¿Qué es, pues, el hombre para envanecerse de su nacimiento y de sus demás cualidades? Nos dice el santo varón Job: «¿qué es lo que somos? Inmundicia antes de nacer, miseria al venir al mundo, infección cuando salimos de él. Nacemos de mujer —nos dice [\[28\]](#)— y vivimos breve tiempo; durante nuestra vida, por corta que sea, mucho hemos de llorar, y la muerte no tarda en herirnos». «Tal es nuestra herencia —nos dice San Gregorio, Papa—; juzgad, según esto, si tenemos lugar a ensalzarnos por nada del mundo. Así es que quien temerariamente se atreve a creer que es algo, resulta ser un insensato que jamás se conoció a sí mismo, puesto que, conociéndonos tal cual somos, sólo horror podemos sentir de nosotros mismos».

Pero no son menos los motivos que tenemos de humillarnos en el orden de la gracia. Por grandes talentos y dones que poseamos, hemos de pensar que todos nos vienen de la mano del Señor, que los da a quien le place y, por consiguiente, no nos podemos alabar de ellos. Un concilio ha declarado que el hombre, lejos de ser el autor de su salvación, sólo es capaz de perderse, ya que de sí mismo sólo tiene el pecado y la mentira. San Agustín nos dice que toda nuestra ciencia consiste en saber que nada

somos, y que todo cuanto tenemos lo hemos recibido de Dios.

Finalmente, digo que debemos humillarnos considerando la gloria y la felicidad que esperamos en la otra vida, pues somos incapaces de merecerla por nosotros mismos. Siendo Dios tan magnánimo al concedérsola, no hemos de confiar sino en su misericordia y en los infinitos méritos de Jesucristo su Hijo. Como hijos de Adán, sólo merecemos el infierno. ¡Qué caritativo es Dios al permitirnos tener esperanza de tantos y tan grandes bienes, a nosotros que nada hicimos para merecerlos!

¿Qué hemos de concluir de todo esto? Vedlo aquí: todos los días hemos de pedir a Dios la humildad, esto es, que nos conceda la gracia de conocer nuestra nada, que de nosotros mismos nada tenemos; que los bienes que poseemos, tanto del cuerpo como del alma, nos vienen todos de Él... Practiquemos la humildad cuantas veces nos sea posible; quedemos bien persuadidos de que no hay virtud más agradable a Dios que la humildad, y de que con ella obtendremos todas las demás. Por muchos que sean los pecados que pesen sobre nuestra conciencia, estemos seguros de que, con la humildad, Dios nos perdonará. Cobremos afición a esa virtud tan hermosa; ella será la que nos unirá a Dios, la que nos hará vivir en paz con el prójimo, la que aligerará nuestras cruces, la que mantendrá nuestra esperanza de ver otro día a Dios. Él mismo nos lo dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos»[\[29\]](#).

[1] Serm. CXV, cap. 2, in illud Lucae.

[2] *Sal* 101, 18.

[3] *Jr* 49, 16.

[4] *De gradibus humilitatis et superbiae*, cap. I.

[5] *Epist. CXVIII ad Dioscorum*, cap. III, 22.

[6] *Qo* 10, 15.

[7] *Mt* 19, 13.

[8] Hom. 1.^a super *Missus est*, 5.

[9] Serm. LIII, in illud Matth. *Beati paupers spiritu*.

[10] *Is* 66, 2.

[11] *Vida de los Padres del desierto*, t. 1.^o, p. 256.

[12] *Ibid.* 52.

[13] *Vida de los Padres del desierto*, t. II, p. 358.

[14] *Ibid.* 417.

[15] *Sal* 7, 5.

[16] *Lm* 3, 30.

[17] *Hch* 5, 41.

[18] *Jn* 15, 5.

[19] 1 *Co* 12, 3.

[20] Ribadeneyra, 27 de septiembre, t. IX, p. 395.

- [21]Mt 15, 25.
- [22]Lc 7, 38.
- [23]Mc 5, 25.
- [24] 2 Co 12, 2.
- [25] 1 Co 15, 8-9.
- [26] Quinto escalón de *La Escala del Paraíso*.
- [27] *Vida de los Padres del desierto*, t. 1.º, p. 212.
- [28]Jb 14, 1.
- [29]Mt 5, 3.

SOBRE LA PUREZA

Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.
Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.
(Mt 5, 8)

Leemos en el Evangelio que, queriendo Jesucristo instruir al pueblo que acudía en masa a fin de conocer lo que hay que practicar para alcanzar la vida eterna, se sentó y, tomando la palabra, dijo: «Bienaventurados los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». Siuviésemos un gran deseo de ver a Dios, estas solas palabras deberían darnos a entender lo agradables que nos hace a Él la virtud de la pureza, y qué necesaria sea esta virtud; puesto que, según nos dice el mismo Jesucristo, sin ella nunca conseguiríamos verle. «Bienaventurados —nos dice Jesucristo— los que tienen un corazón puro, pues ellos verán a Dios». ¿Puede esperarse mayor recompensa que la que Jesucristo vincula a esa hermosa y amable virtud, a saber, la eterna compañía de las tres personas de la Santísima Trinidad? San Pablo, que conocía todo su valor, escribiendo a los de Corinto les dijo: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Voy, entonces, a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡De ninguna manera! ¿No sabéis que el que se une a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque está dicho: Serán los dos una sola carne. En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. Huid de la fornicación. Todo pecado que un hombre comete queda fuera de su cuerpo; pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo»^[1]. Qué preciosa y bella es esta virtud, no sólo a los ojos de los ángeles y de los hombres, sino también a los del mismo Dios. La tiene Él en tanta estima que no cesa de hacer su elogio en cuantos tienen la dicha de conservarla. Esa hermosa virtud es el adorno más preclaro de la Iglesia y, por consiguiente, debería ser la más apreciada de los cristianos. Nosotros, que en el santo Bautismo fuimos rociados con la sangre adorable de Jesucristo, la pureza misma; con esa Sangre adorable que tantas vírgenes ha engendrado de uno y otro sexo^[2]; nosotros, a quienes Jesucristo ha hecho participantes de su pureza convirtiéndonos en miembros y templos suyos... Pero ¡ay!, en el desgraciado siglo de corrupción en que vivimos, ¡esta virtud celeste, que tanto nos asemeja a los ángeles, no es conocida! Sí, la pureza es una virtud que nos es necesaria a todos, ya que sin ella nadie verá a Dios. Quisiera yo ahora haceros concebir de ella una idea digna de Dios, mostrándoos: 1.º Cuánto nos hace agradables

a sus ojos comunicando un nuevo grado de santidad a nuestras acciones, y 2.º, lo que debemos hacer para conservarla.

I. Para hacernos comprender la estima en que hemos de tener esa incomparable virtud, para daros ahora la descripción de su hermosura y hacer que apreciaseis su valor ante el mismo Dios, sería necesario que os hablase, no un hombre mortal, sino un ángel del cielo. Al oírle diríais admirados: ¿Cómo es posible que no estén todos los hombres dispuestos a sacrificarlo todo antes que perder una virtud que de una manera tan íntima nos une con Dios? Probemos, sin embargo, a formarnos algún concepto de ella considerando que dicha virtud viene de lo alto, que hace bajar a Jesucristo sobre la tierra y eleva al hombre hasta el cielo por la semejanza que le comunica con los ángeles y con el mismo Jesucristo. Decidme, según esto, ¿no merece tal Virtud el título de «preciosa»? ¿No es ella digna de toda estima y de que hagamos todos los sacrificios para conservarla?

Decimos que la pureza viene del cielo, pues sólo Jesucristo era capaz de dárnosla a conocer y hacernos apreciar todo su valor. Nos dejó prodigiosos ejemplos de la estima en que tuvo a esa virtud. Al determinar, en su inmensa misericordia, redimir al mundo, tomó un cuerpo mortal como el nuestro, pero quiso escoger a una virgen por madre. ¿Quién fue esa incomparable criatura? Fue María, la más pura entre todas las criaturas, la cual, por una gracia singular no concedida a otra alguna, estuvo exenta del pecado original. Desde la edad de tres años, consagró su virginidad a Dios ofreciéndole su cuerpo y su alma, presentándole el sacrificio más santo, más puro y el más agradable que jamás haya recibido Dios de una criatura terrena. Mantuvo una fidelidad inviolable, guardando su pureza y evitando todo cuanto pudiese tan sólo empañar su brillo. Tenía la Santísima Virgen esa virtud en tanta estima que no quiso consentir en ser Madre de Dios antes que el ángel le diese seguridad de que no la había de perder. Pero en cuanto el ángel le anunció que, al ser Madre de Dios, lejos de perder o empañar su pureza que tanto estimaba, sería aún más agradable a Dios, consintió gustosa, a fin de dar nuevo esplendor a aquella angelical virtud[3]. Vemos también que Jesucristo escogió un padre nutricio pobre, es verdad; pero quiso que su pureza sobrepasase a la de las demás criaturas, excepto la de la Virgen. Entre los discípulos distinguió a uno, al cual testimonió una amistad y una confianza singulares e hizo participante de grandes secretos; pero escogió al más puro de todos, el cual estaba consagrado a Dios desde su juventud.

Dice San Ambrosio que la pureza nos eleva hasta el cielo y nos hace dejar la tierra en cuanto le es posible hacerlo a una criatura. Nos levanta por encima de la criatura corrompida y, por los sentimientos y deseos que inspira, nos hace vivir la vida de los ángeles. Según San Juan Crisóstomo, la castidad de un alma es de mayor precio a los ojos de Dios que la de los ángeles, ya que los cristianos sólo pueden adquirir esta virtud luchando, mientras que los ángeles la tienen por naturaleza; los ángeles no deben luchar para conservarla, mientras que el cristiano se ve obligado a mantener consigo mismo una guerra constante. Y San Cipriano añade que no solamente la castidad nos hace semejantes a los ángeles, sino que además nos da un rasgo de

semejanza con el mismo Jesucristo. Sí, nos dice aquel gran Santo, el alma casta es una viva imagen de Dios en la tierra.

Cuanto más se desprende un alma de sí misma por la resistencia a las pasiones, más se acerca a Dios y, por un venturoso retorno, más íntimamente se une Dios a ella: la contempla y la considera como su amantísima esposa, la hace objeto de sus más dulces complacencias y establece en su corazón su perpetua morada. «Bienaventurados —nos dice el Salvador— los limpios de corazón, porque verán a Dios»^[4]. Según San Basilio, cuando en un alma hallamos la castidad descubrimos también todas las demás virtudes cristianas; las cuales practicará entonces muy fácilmente, pues —nos dice— para ser casta debe imponerse grandes sacrificios y hacerse mucha violencia. Pero, una vez ha logrado tales victorias del demonio, la carne y la sangre, poca dificultad le ofrece lo demás, ya que el alma que domina con energía este cuerpo sensual, vence con facilidad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la virtud». Por todo esto vemos que los cristianos castos son los más perfectos. Los vemos reservados en sus palabras, modestos en el andar, sobrios en la comida, respetuosos en los lugares sagrados y edificantes en todo su comportamiento. San Agustín compara a los que tienen la gran dicha de conservar puro su corazón con los lirios, que crecen derechos hacia el cielo e inundan el ambiente que los rodea con un aroma exquisito y agradable; con sólo verlos, nos evocan ya esa preciosa virtud. Así la Santísima Virgen inspiraba la pureza a cuantos la veían... ¡Dichosa virtud, que nos pone al nivel de los ángeles y parece elevarnos hasta por encima de ellos! Todos los santos la tuvieron en mucho, prefiriendo perder sus bienes, su fama y su misma vida antes que empañarla.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Inés. Su belleza y sus riquezas fueron causa de que, a la edad de poco más de doce años, fuese pretendida por el hijo del prefecto de la ciudad de Roma. Ella le dio a entender que estaba consagrada a Dios. Entonces la prendieron bajo el pretexto de que era cristiana, pero en realidad era para que consintiese a los deseos de aquel joven... Pero ella estaba tan firmemente unida a Dios que ni las promesas, ni las amenazas, ni la vista de los verdugos y de los instrumentos expuestos en su presencia para amedrentarla consiguieron hacerla cambiar de sentimientos. Viendo sus perseguidores que nada podían obtener de la Santa, la cargaron de cadenas, y quisieron ponerle una argolla y varios anillos en la cabeza y en las manos; pero tan débiles eran aquellas pequeñas e inocentes manos que sus verdugos no pudieron lograr su propósito. Permaneció firme en su resolución y, en medio de aquellos lobos rabiosos, ofreció su cuerpecito a los tormentos con una decisión que admiró a los mismos atormentadores. La llevaron arrastrándola a los pies de los ídolos, pero ella declaró públicamente que sólo reconocía a Jesucristo y que aquellos ídolos eran demonios. El juez, bárbaro y cruel, viendo que nada podía conseguir, pensó que sería más sensible ante la pérdida de aquella pureza de la cual hacía tanta estima. La amenazó con hacerla exponer en un infame prostíbulo, pero ella le respondió con firmeza: «Podréis muy bien darme muerte; pero jamás podréis hacerme perder este tesoro, pues Jesucristo mismo es su

más celoso guardián». El juez, lleno de rabia, hizo que la condujeran a aquel lugar de «infernales inmundicias». Pero Jesucristo, que la protegía de una manera muy particular, inspiró tanto respeto a los guardias que sólo se atrevían a mirarla con una especie de espanto, y al mismo tiempo confió su custodia a uno de sus ángeles. Los jóvenes, que entraban en aquel recinto abrasados en impuro fuego, al ver, al lado de la doncella, a un ángel más hermoso que el sol, salían abrasados en amor divino. Pero el hijo del prefecto, más corrompido y malvado que los otros, se atrevió a penetrar en el cuarto donde se hallaba Santa Inés. Sin hacer caso de aquellas maravillas, se acercó a ella con la esperanza de satisfacer sus impuros deseos; pero el ángel que custodiaba a la joven mártir hirió al libertino, que cayó muerto a sus pies. Al momento se divulgó por toda la ciudad de Roma la noticia de que el hijo del prefecto había recibido la muerte de manos de Inés. El padre, lleno de furor, fue al encuentro de la Santa y se entregó a todo cuanto la desesperación podía inspirarle. La llamó «furia del infierno» y «monstruo nacido para llevar la desolación a su vida», pues había dado muerte a su hijo. Entonces Santa Inés contestó tranquilamente: «Es que quería hacerme violencia, y entonces mi ángel le dio muerte». El prefecto, algo más calmado, le dijo: «Pues ruega a tu Dios que le resucite, para que no se diga que tú le has dado muerte». —«Es innegable que no merecéis esta gracia, dijo la Santa; pero para que sepáis que los cristianos no se vengan nunca, antes al contrario vuelven bien por mal, salid de aquí, y voy a rogar a Dios por él». Entonces Inés se arrodilló, su rostro sobre el suelo. Mientras estaba orando se le apareció el ángel y le dijo: «Ten valor». Al momento aquel cuerpo inanimado recobró la vida. Aquel joven, resucitado por las oraciones de la Santa, sale de aquella casa y recorre las calles de Roma clamando: «No, no, amigos míos, no hay otro Dios que el de los cristianos; todos los dioses que nosotros adoramos no son más que demonios engañosos que nos arrastran al infierno». Sin embargo, a pesar de aquel gran milagro, no dejaron de condenarla a muerte. El lugarteniente del prefecto ordenó encender una gran hoguera, en la cual hizo arrojar a la Santa. Pero las llamas se abrieron sin dañar a Inés y, en cambio, quemaron a los idólatras que habían acudido a aquel lugar a presenciar tales tormentos. Viendo el lugarteniente que el fuego la respetaba y no le causaba daño alguno, ordenó degollarla con la espada para quitarle de una vez la vida; pero el verdugo se puso a temblar como si él fuese el condenado a muerte... Como, después de su muerte, sus padres lloraban su pérdida, se les apareció y les dijo: «No lloréis mi muerte; al contrario, alegraos de que haya yo alcanzado tal grado de gloria en el cielo»^[5].

Ya veis cuánto sufrió aquella Santa para no perder su virginidad. Ahora os podéis formar cargo de lo estimable que es la pureza, y de lo que agrada a Dios cuando así se complace en obrar grandes milagros a fin de mostrarse su guardián y protector. Este ejemplo confundirá un día a aquellos jóvenes que tan poca estima hicieron de esa virtud. Nunca conocieron su valor. Razón tiene el Espíritu Santo para exclamar: «Más vale no tener hijos pero tener virtud; en el recuerdo que ésta deja está la inmortalidad, porque es reconocida por Dios y por los hombres»^[6]. Es innegable que todo ser ama a sus semejantes; por lo cual los ángeles, que son espíritus puros, aman y protegen de

una manera especial a las almas que imitan su pureza. Leemos en la Sagrada Escritura[7] que el ángel Rafael, acompañando al joven Tobías, le protegió con mil favores. Le preservó de ser devorado por un pez y de ser estrangulado por el demonio. Si aquel joven no hubiese sido casto, ciertamente el ángel no le hubiera acompañado y, por lo tanto, no le habría protegido en aquellos trances. ¡Cuánto es el gozo que experimenta el ángel custodio de un alma pura!

No hay virtud para cuya conservación haga Dios tantos milagros como los que ejecuta para favorecer a la persona que, conociendo el valor de la pureza, se esfuerza en conservarla. Mirad lo que hizo por Santa Cecilia. Nacida en Roma de padres muy ricos, estaba perfectamente instruida en la religión cristiana y, siguiendo las inspiraciones de Dios, le consagró su virginidad. Ignorándolo sus padres, la prometieron en matrimonio a Valeriano, hijo de un senador de la ciudad. A los ojos del mundo era, pues, aquel matrimonio un gran partido. No obstante, ella pidió a sus padres tiempo para reflexionar. Pasó muchos días ayunando, orando y llorando, para obtener de Dios la gracia de no perder la flor de aquella virtud a la que amaba más que a su propia vida. El Señor le dijo que no temiese nada y que obedeciese a sus padres, pues no solamente no perdería aquella virtud sino que obtendría aún más... Consintió, pues, en el matrimonio. El día de las bodas, al hallarse en compañía de Valeriano, le dijo ella: «Querido Valeriano, tengo un secreto que comunicarte. He consagrado a Dios mi virginidad, por lo cual jamás hombre alguno podrá acercarse a mí, pues tengo un ángel que protege mi pureza; si te acercases, hallarías la muerte». Valeriano quedó muy sorprendido al oír todo aquello, pues, pagano como era, no entendía aquel lenguaje. Y contestó así: «Muéstrame el ángel que te protege». Replicó la Santa: «Tú no lo puedes ver, porque eres pagano. Ve de mi parte a hablar al Papa Urbano, pídele el bautismo y al momento verás el ángel». Partió Valeriano al momento. Una vez bautizado por el Papa Urbano, fue otra vez al encuentro de su esposa. Al entrar en la habitación, vio efectivamente al ángel custodiando a Santa Cecilia; le halló tan bello y radiante de gloria que quedó prendado de su hermosura, y no solamente permitió a su esposa permanecer consagrada a Dios, sino que hizo él mismo voto de virginidad... Uno y otro alcanzaron pronto la dicha de morir mártires[8]. ¿Veis, pues, de qué manera protege Dios a la persona que ama esa virtud y trabaja por conservarla?

Leemos en la vida de San Edmundo[9] que, estudiando dicho santo en París, se halló en compañía de ciertas personas que hablaban torpemente y las dejó al momento. Fue tan agradable al Señor aquella acción que se le apareció en figura de un hermoso niño y, saludándole con gran afabilidad, le dijo que le había visto con gran satisfacción apartándose de la compañía de aquella gente que sostenía conversaciones licenciosas; y en recompensa de ello le prometió que no le abandonaría nunca. Además, San Edmundo tuvo la dicha de conservar su inocencia hasta la muerte. Cuando Santa Lucía acudió al sepulcro de Santa Ágata para implorar su intercesión ante Dios para que le concediera salud a su madre, se le apareció Santa Ágata y le dijo que por sí misma podía obtener la gracia que imploraba, ya que con su pureza había preparado en su corazón una agradabilísima morada a su Creador[10]. Todo esto nos

da a comprender cómo no puede denegar nada Dios al que tiene la dicha de conservar puros su corazón y su alma...

Oíd lo que ocurrió a Santa Potamiana, que vivió en tiempos de la persecución de Maximiliano[11]. Aquella joven era esclava de un señor disoluto y libertino que continuamente la estaba solicitando. Pero ella prefirió sufrir toda suerte de crueldades y suplicios antes que consentir a los intereses de aquel señor infame. Enfurecido éste al ver que nada podía lograr, la entregó como cristiana a manos del gobernador, a quien prometió una fuerte recompensa para el caso de que la conquistase para sus infames apetitos. El juez mandó comparecer a aquella virgen ante su tribunal, y viendo que ninguna amenaza podía hacerla cambiar de sentimientos, la sometió a todo cuanto su rabia supo inspirarle. Pero Dios, que jamás abandona a los que a Él se consagran, concedió tantas fuerzas a la joven mártir que parecía insensible a todos los tormentos a que hubo de someterse. No pudiendo, aquel juez inicuo, vencer su resistencia, mandó poner sobre una gran hoguera una caldera llena de pez, y le dijo: «Mira lo que te está preparado si no obedeces a tu señor». Y la santa joven respondió sin vacilar: «Prefiero sufrir todo cuanto pueda inspiraros vuestro furor antes que obedecer a la infame voluntad de mi amo; además, nunca habría yo creído que un juez fuese injusto hasta el punto de mandarme obedecer a los propósitos de un amo disoluto». Irritado el tirano al oír esta respuesta, mandó arrojarla a la caldera. «Al menos disponed

—dijo ella— que sea arrojada allí vestida. Ahora veréis las fuerzas que el Dios a quien adoramos concede a los que sufren por Él». Después de tres horas de suplicio, entregó Potamiana su alma al Creador, y así obtuvo el doble honor del martirio y de la virginidad.

¡Qué desconocida en el mundo es esa virtud, qué poco la apreciamos, qué poco cuidado ponemos en conservarla, qué negligentes somos en pedirla a Dios, dado que no podemos obtenerla por nosotros mismos! ¡No conocemos esa hermosa y amable virtud que tan fácilmente gana el corazón de Dios, tan hermoso esplendor comunica a nuestras buenas obras, tan por encima de nosotros mismos nos levanta; y nos hace vivir en la tierra una vida tan semejante a la de los ángeles del cielo!

Esta virtud no la conocen esos «infames e impúdicos viejos» que se arrastran, se revuelcan y se anegan en el lodazal de sus torpezas; lejos de esforzarse en extinguirlo, lo avivan continuamente con sus miradas, con sus pensamientos, con sus deseos y con sus actos. ¿Cómo estará la pobre alma al comparecer ante Dios que es la pureza misma? Esa hermosa virtud no la conocen aquellas personas cuyos labios no son más que una boca de que se sirve el infierno para vomitar sobre la tierra sus impurezas, y con las cuales dichos desgraciados se nutren como si fuesen su pan cotidiano. ¡Su pobre alma es sólo objeto de horror para el cielo y para la tierra! Esa amable virtud no la conocen tampoco aquellos jóvenes cuyos ojos y cuyas manos están manchados por miradas impuras... [12] ¡Oh Dios!, ¡a cuántas almas arrastra al infierno ese pecado! Esa virtud no la conocen aquellas jóvenes mundanas y corrompidas que tanto se afanan por atraer a sí las miradas de las gentes; que, por sus atavíos exagerados e

indecentes, dan públicamente a entender que son infames instrumentos de que se sirve el infierno para perder las almas: ¡esas almas que tantos trabajos, lágrimas y tormentos costaron a Jesucristo! Mirad a esas desgraciadas y veréis su cabeza y su pecho rodeados de mil demonios. ¡Dios mío!, ¿cómo puede sostener la tierra a tales secuaces del infierno? ¡Y lo más triste y doloroso es ver cómo las madres las toleran en un estado tan indigno de una cristiana! Al ver esto, casi me atrevería a decir que tales madres no valen más que sus hijas. Ese corazón desgraciado y esos ojos impuros vienen a ser una fuente emponzoñada que causa la muerte a quien los mira o los escucha. ¡Cómo tales monstruos se atreven a presentarse ante un Dios tan santo y tan declaradamente enemigo de la impureza! Su vida miserable no viene a ser otra cosa que un montón de grasa que están amasando para cebar el fuego del infierno por toda una eternidad. Pero dejemos ya esta materia tan enojosa y poco grata para el cristiano, cuya pureza debe remedar la del mismo Jesucristo; y volvamos a esa hermosa virtud de la pureza que nos levanta hasta el cielo, que nos franquea la entrada en el corazón adorable de Jesucristo y nos atrae toda clase de bendiciones espirituales y temporales.

II. Hemos dicho que esa virtud es de un valor muy grande a los ojos de Dios, pero hemos de afirmar también que no carece de enemigos que se esfuercen por arrebatárnosla. Hasta podríamos decir que casi todo cuanto nos rodea está conspirando para robárnosla. El demonio es uno de los enemigos más temibles; viviendo él en medio de la hediondez de los vicios impuros y sabiendo que no hay pecado que tanto ultraje a Dios, y conociendo además lo agradable que es a Dios el alma pura, nos tiende toda clase de lazos para arrebatarnos esta virtud. Por su parte, el mundo, que sólo busca sus regalos y placeres, trabaja también para hacémosla perder, muchas veces bajo la capa de amistad. Pero podemos afirmar que el más cruel y peligroso enemigo somos nosotros mismos, esto es, nuestra carne, la cual, habiendo quedado ya maleada y corrompida por el pecado de Adán, nos induce furiosamente a la corrupción. Si no estamos constantemente sobre aviso, pronto nos abrasa y devora con sus llamas impuras. «Pero —me diréis—, puesto que es muy difícil conservar una virtud tan preciosa a los ojos de Dios, ¿qué es lo que debemos hacer?». Ved aquí los medios de conservarla. El primero es ejercer una gran vigilancia sobre nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos; el segundo, recurrir a la oración; el tercero, frecuentar dignamente los sacramentos; el cuarto, huir de todo cuanto pueda inducirnos al mal; el quinto, ser muy devotos de la Santísima Virgen. Observando todo esto, a pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos, a pesar de la fragilidad de esa virtud, tendremos la seguridad de conservarla.

He dicho 1.º que debemos vigilar nuestras miradas; lo cual es muy cierto, pues vemos, por experiencia, a muchos que cayeron por una sola mirada, y no se levantaron ya jamás^[13] No os permitáis nunca libertad alguna sin que sea verdaderamente necesario. Primero sufrir cualquier incomodidad antes que exponeros al pecado.

2.º Nos dice San Jaime que esta virtud viene del cielo y que jamás llegaremos a obtenerla si no la pedimos a Dios. Debemos, pues, suplicar a Dios con frecuencia que nos dé la pureza en los ojos, en las palabras y en las acciones.

3.º He dicho en tercer lugar que, si queremos conservar esa hermosa virtud, debemos recibir a menudo y dignamente los santos sacramentos; de lo contrario, jamás alcanzaremos tal dicha. Jesucristo no sólo instituyó el sacramento de la Penitencia a fin de perdonarnos los pecados, sino además para darnos fuerzas con que combatir al demonio. Esto se comprende fácilmente. ¿Quién será, en efecto, el que habiendo hecho hoy una buena confesión, se dejará vencer por las tentaciones? El pecado, con todo el placer que encierra, le causaría horror. ¿Quién habrá que, al poco tiempo de haber comulgado, pueda consentir, no digo ya en un acto impuro, sino tan sólo en un mal pensamiento? Jesús, que mora entonces en su corazón, le hace muy bien comprender lo infame que es ese pecado, y cuánto le desagrade y cuánto le aparta de Él. El cristiano que frecuenta santamente los sacramentos podrá ser tentado, pero difícilmente pecará. En efecto, cuando tenemos la gran dicha de recibir el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿no sentimos extinguirse en nuestro corazón el fuego impuro? La Sangre adorable que corre por nuestras venas, ¿qué menos hará que purificar nuestra sangre? La carne sagrada que se mezcla con la nuestra, ¿no la diviniza en cierta manera? ¿No parece nuestro cuerpo retornar a aquel primer estado en que se hallaba Adán antes de pecar? ¡Esa Sangre adorable «que engendró tantas vírgenes!...»[14] Tengamos por cierto que, dejando de frecuentar los sacramentos, a cada momento caeremos en pecado.

Además, para defendernos del demonio hemos de evitar la compañía de aquellas personas que pueden inducirnos al mal. Ved lo que hizo José al ser tentado por la mujer de su amo: le dejó el manto entre sus manos y huyó para salvar su alma[15]. Los hermanos de Santo Tomás de Aquino, viendo con malos ojos que su hermano se consagraba a Dios, a fin de estorbar su propósito le encerraron en un castillo e hicieron entrar allí una mujer de mala vida para que intentase corromperle. Viéndose en tal apuro por la desvergüenza de aquella malvada criatura, tomó un tizón encendido y con él la arrojó ignominiosamente de su aposento. A la vista del peligro a que había estado expuesto, oró con tan copioso llanto que Nuestro Señor le concedió el precioso don de continencia.

Ved lo que hizo San Jerónimo para poder conservar la pureza; miradle en el desierto abandonarse a todos los rigores de la penitencia, a las lágrimas y a las duras mortificaciones de su carne[16]. Aquel gran Santo nos cuenta[17] además, la victoria alcanzada por un joven virtuoso en una lucha quizá única en la historia, en tiempos de la cruel persecución del emperador Decio. Este tirano, después de haber sometido al joven a todas las pruebas que el demonio le inspirara, pensó que, si lograba hacerle perder la pureza del alma, tal vez le conduciría fácilmente a renunciar a su religión. A este objeto mandó que fuese llevado a un jardín de delicias, lleno de rosas y lirios, junto a un riachuelo de aguas cristalinas y juguetonas, bajo la sombra de corpulentos árboles agitados por deliciosa y suave brisa. Una vez allí le pusieron en un lecho de plumas, le ataron con ligaduras de seda y le dejaron solo. Entonces hicieron que se acercase a él una cortesana, vestida muy rica y provocativamente. Y comenzó a incitarle al mal con toda la impudencia y las provocaciones que la pasión puede

inspirar. Aquel pobre joven, que hubiera dado mil veces su vida antes que manchar la pureza de su hermosa alma, se hallaba sin defensa, pues estaba atado de pies y manos. No sabiendo cómo resistir a los ataques de la voluptuosidad, impulsado por el espíritu de Dios se cortó la lengua con los dientes y la escupió al rostro de aquella mujer, lo cual causó a ésta tanta confusión que la obligó a huir. Este hecho nos muestra cómo nunca permitirá Dios que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.

Ved también a San Martiniano, que vivió en el siglo [IV](#)^[18]. Después de haber vivido veinticinco años en el desierto, se vio expuesto a una ocasión muy próxima de pecar. Había ya consentido de pensamiento y de palabra, pero Dios le tocó el corazón y acudió en su auxilio. Concibió entonces un tan hondo pesar del pecado que iba a cometer que, entrando en seguida en su celda, encendió fuego y puso en él sus pies. El dolor que experimentaba y el remordimiento del pecado le hacían exhalar horribles gritos. Zoé, la mujer malvada que había ido allí a tentarle, al oír los gritos corrió para ver lo que sucedía, y quedó tan conmovida ante aquel espectáculo que, lejos de pervertir al santo, ella se convirtió, y pasó el resto de su vida en las lágrimas y en la penitencia. En cuanto a San Martiniano, permaneció siete meses echado en el suelo sin poder moverse a causa de las heridas de sus pies. Una vez curado se retiró a otro desierto, donde lloró pensando en el peligro que había corrido de perder su alma. Aquí veis lo que hacían los santos; aquí veis los tormentos a que se sometieron antes que perder la pureza de su alma. Tal vez eso os extrañe, pero lo que debería extrañaros es la poca estima en que tenéis tan hermosa virtud. ¡Ay!, ¡tan deplorable desdén proviene de no conocer su verdadero valor!

Digo, finalmente, que debemos profesar una ferviente devoción a la Santísima Virgen si queremos conservar esta hermosa virtud, de lo cual no nos ha de caber duda alguna si consideramos que ella es la reina, el modelo y la patrona de las vírgenes...

San Ambrosio llama a la Santísima Virgen señora de la castidad; San Epifanio la llama princesa de la castidad, y San Gregorio, reina de la castidad.

Oíd un ejemplo que nos pone de manifiesto cuánto protege la Santísima Virgen la castidad de los que en ella confían, hasta el punto de que no sabe denegarles nada de cuanto le piden. Un caballero muy devoto de la Santísima Virgen había construido una capilla en su honor en una de las dependencias del castillo que habitaba. Nadie conocía la existencia de dicha capilla. Todas las noches, después del primer sueño, sin decir nada a su mujer, se levantaba y se dirigía a la capilla de la Virgen para pasar allí lo restante de la noche. Su mujer estaba muy apesadumbrada del proceder del marido, pues creía ella que salía de noche para entrevistarse con mujeres de mala vida. Cierta día, la esposa no pudo soportar ya por más tiempo aquel secreto sufrimiento y dijo a su marido que muy bien se veía que tenía otra mujer preferida. El marido, pensando en la Santísima Virgen, le contestó afirmativamente. Esta respuesta hirió vivamente los sentimientos de aquella mujer y, viendo que su marido no cambiaba de conducta, en un arrebato de pesar se suicidó clavándose un puñal en el pecho. Al volver de la capilla, el marido halló el cadáver de su mujer bañado en sangre. Afligido en extremo ante aquel espectáculo, cerró con llave la puerta de su cuarto y se dirigió de nuevo a la

capilla de la Virgen, y allí, desconsolado y lloroso, se arrodilló ante aquella santa imagen exclamando: «Ya veis, oh Santísima Virgen, que mi esposa se ha suicidado porque venía yo por la noche a permanecer en vuestra compañía. Ya veis que mi mujer está condenada; ¿la dejaréis ardiendo en las llamas, cuando se ha suicidado desesperada a causa de mi devoción para con Vos? Virgen santa, refugio de los afligidos, servíos devolverle la vida; mostrad cuánto os place hacer bien a todos. No saldré yo de aquí hasta que me hayáis alcanzado esta gracia de vuestro divino Hijo». Mientras se hallaba abstraído en sus lágrimas y oraciones, una criada le estaba buscando y llamándole, diciendo que la señora preguntaba por él. Y el caballero le dijo: «¿Estás segura de que es ella quien me llama?» —«Escuchad su voz», dijo la criada. La alegría del caballero fue tan grande que no acertaba a separarse de la compañía de la Virgen. Por fin se levantó, llorando de alegría y de gratitud, y halló a su mujer en plena salud. De sus heridas sólo le quedaban las cicatrices, para que nunca olvidase el gran milagro obrado por la protección de la Santísima Virgen. Al ver entrar a su marido le abrazó diciendo: «¡Amado mío!, te estoy altamente agradecida por tu caridad en rogar por mí». Quedó tan agradecida por aquel prodigioso favor que pasó el resto de su vida en lágrimas y penitencia; no podía nunca relatar la gracia que la Virgen había alcanzado de su divino Hijo, sin llorar a lágrima viva, y no tenía otro deseo sino manifestar a todos lo poderosa que es la Santísima Virgen para socorrer a los que en ella confían.

¿Podremos albergar duda alguna de que nunca dejará de concedernos cuantas gracias le pidamos a nosotros que estamos aún en la tierra, lugar propicio para la misericordia del Hijo y para la compasión de la Madre? Siempre que tengamos que pedir una gracia a Dios, dirijámonos a la Virgen Santa, y con seguridad seremos escuchados. ¿Queremos salir del pecado? Acudamos a María; ella nos tomará de la mano y nos conducirá a la presencia de su divino Hijo para recibir de Él el perdón. ¿Queremos perseverar en el bien? Dirijámonos a la Madre de Dios; ella nos cobijará bajo su manto protector y contra nosotros nada podrá el infierno. ¿Queréis de ello una prueba? Vedla aquí: leemos en la vida de Santa Justina^[19] que cierto joven sintió por ella vehemente amor; y, viendo que nada podía obtener con sus solicitudes, acudió a un sujeto llamado Cipriano, que tenía tratos con el demonio. Le prometió una cantidad de dinero si lograba hacer que Justina consintiese en lo que él deseaba. Al momento la joven se sintió fuertemente tentada contra la pureza, pero ella acudió en seguida a la protección de la Virgen, y con ello lograba siempre ahuyentar al demonio. El joven aquel preguntó a Cipriano por qué no podía ganar a la doncella, y éste a su vez se dirigió al demonio y le echó en cara su escaso poder en aquel caso, cuando en otros parecidos había siempre satisfecho sus designios. El demonio le contestó: «Es verdad, pero ello es porque la joven acude a la Madre de Dios; y, en cuanto comienza a orar, pierdo todas mis fuerzas y no puedo ya nada». Admirado Cipriano al ver que quien recurre a la Santísima Virgen resulta tan terrible al mismo infierno, se convirtió y murió santo y mártir.

Terminaré diciendo que, si queremos conservar la pureza de alma y cuerpo,

debemos mortificar la imaginación; nunca hemos de permitir que nuestro espíritu divague pensando en aquellos objetos que nos llevan al mal, y poner también mucho cuidado en no ser para los demás ocasión de pecado, ya con nuestras palabras, ya con la manera de vestirnos: esto se refiere principalmente a las personas del sexo femenino. Si nos ocurre hallarnos ante una mujer indecentemente vestida, debemos apartar en seguida nuestra vista y no hacer como aquellos desgraciados que con mirada impúdica fijan en ella sus ojos todo el tiempo que quiera el demonio. Dejemos de mortificar nuestros oídos: nunca debemos oír con gusto palabras ni canciones inmundas. Dios mío, ¿cómo se explica que tantos padres y madres, tantos amos y señoras, en las veladas de invierno, en los trabajos, oigan sin protesta las más infames canciones, vean cometer actos que escandalizarían a los paganos, sin que se resuelvan a impedirlos, bajo el pretexto de que son bagatelas? ¡Ah, desgraciados!, ¡cuántos pecados habrán cometido por vuestra culpa vuestros hijos y servidores!

«Bienaventurados —nos dice Jesucristo— los que tienen puro su corazón, pues ellos verán a Dios». ¡Qué dichosos los que tienen la fortuna de poseer esta hermosa virtud! ¿No son ellos los amigos de Dios, los preferidos de los ángeles, los hijos mimados de la Santísima Virgen? Pidamos frecuentemente a Dios, por intercesión de nuestra Santísima Madre, que nos dé un alma y un corazón puros y un cuerpo casto; y así tendremos la dicha de agradar a Dios en esta vida y poder glorificarle durante la eternidad, lo cual os deseo a todos.

[1] 1 Co 6, 15-20.

[2] Za 9, 17.

[3] Lc 1.

[4] Mt 5, 8.

[5] Ribadeneira, 21 enero.

[6] Sb 4, 1.

[7] Tb 5-8.

[8] Ribadeneira, 22 noviembre.

[9] Ribadeneira, 16 noviembre.

[10] Ribadeneira, 5 febrero.

[11] Ribadeneira, 28 de junio.

[12] *Oculos habentes plenos adulterii et incessabilis delicti* (2 P 2, 14).

[13] Pr 9, 9.

[14] Za 9, 17.

[15] Gn 39, 12.

[16] *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 264.

[17] S. Hieron., *Vita S. Pauli, primi Eremitae*, 3.

[18] Ribadeneira, 13 febrero.

[19] Ribadeneira, 26 septiembre.

SOBRE LA TIBIEZA

*Sed quia tepidus es, et nec frigidus,
nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo.*
Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío,
voy a vomitarte de mi boca.
(Ap 3, 16)

¿Podremos oír sin temblar, de boca del mismo Dios, una sentencia proferida contra un obispo que parecía cumplir perfectamente todos los deberes de un digno ministro de la Iglesia? Su vida era arreglada, no malgastaba sus bienes. Lejos de tolerar los vicios, se oponía a ellos con tesón; en nada daba mal ejemplo y su vida parecía digna de ser imitada. Sin embargo, a pesar de todo esto, vemos que el Señor le advierte, por ministerio de San Juan, que, si continúa viviendo de aquella manera, le rechazará, esto es, le castigará y reprobará. Tanto más espantoso es este ejemplo cuanto son muchísimos los que siguen tal camino, viven del mismo modo y tienen su salvación muy insegura. ¡Qué grande es el número de los que a los ojos del mundo no son tenidos por pecadores reprobados, ni pertenecen tampoco a los escogidos! ¿Por cuál de esos caminos andamos? ¿Seguimos el camino recto? Lo que más debe espantarnos es que no lo sabemos. ¡Horrible incertidumbre! Probemos, sin embargo, a investigar si sois tan desgraciados de pertenecer al número de los tibios. Voy, pues: 1.º A mostraros las señales por las cuales podréis conocerlo, y 2.º Si pertenecéis a tal clase, os indicaré los medios de salir de ella.

I. Al hablaros hoy del estado espantoso de un alma tibia, no es mi propósito haceros la pintura horrible y desesperante del alma que vive en pecado mortal sin deseos de salir de él; esta pobre desgraciada es una víctima de la cólera de Dios para la otra vida. Al hablaros del alma tibia no quiero referirme tampoco a los que no confiesan ni cumplen la Pascua. Dejémoslos en su ceguera, ya que en ella quieren permanecer. «Pero —me dirá alguno—, ¿es que aquellos que se confiesan, cumplen la Pascua y comulgan con frecuencia, no se salvarán?». Ciertamente que no todos, amigo mío; pues, si se salvaran la mayoría de los que frecuentan los sacramentos, habríamos de convenir en que el número de los escogidos no es tan pequeño como realmente será. Sin embargo, reconozcámoslo: cuantos tengan la dicha de llegar al cielo serán escogidos entre los que frecuentan los sacramentos, pero nunca entre los que ni cumplen la Pascua ni se confiesan. «¡Ah! —me dirás entonces— si todos los que no se confiesan ni cumplen la Pascua se condenan, ¡grande será el número de los réprobos!» Sí, no hay duda de que será grande. Y por más que digas, si vives como pecador, serás también contado en ese número. Pero ¿no te hace temblar tal pensamiento? Si no

llegaste al último grado de endurecimiento, al pensar en esto debieras estremecerte. ¡Dios mío!, ¡qué desdichada la persona que ha perdido la fe! Lejos de aprovecharse de estas verdades, esos pobres ciegos se burlarán de ellas; y, no obstante, digan lo que digan, pasará lo que yo os anuncio: sin confesión ni cumplimiento pascual, no habrá cielo ni felicidad eterna. ¡Dios mío!, ¡qué horrible ceguera la del pecador!

No entiendo tampoco por alma tibia la que quisiera pertenecer al mundo sin dejar de ser de Dios; la que ahora veréis arrodillarse ante Dios, su Salvador y Maestro, y más tarde la veréis arrodillarse ante el mundo, su ídolo. ¡Pobre ciego, el que tiende una mano a Dios y otra al mundo, llamando a los dos en su auxilio, prometiendo a ambos su corazón! Ama a Dios, o al menos quiere amarle, pero también quisiera agradar al mundo. Cansado de esforzarse en ser de ambos, acaba por entregarse exclusivamente al mundo. Vida extraordinaria la suya, que nos ofrece tan singular espectáculo, que uno no llega a convencerse de que se trate de la vida de una misma persona. Voy a mostraros ese espectáculo de una manera tan clara que tal vez muchos de vosotros os tendréis por ofendidos; pero ello poco importa, yo os diré siempre lo que debo.

Digo que aquel que quiere ser del mundo sin dejar de pertenecer a Dios lleva una vida tan extraordinaria que las diferentes circunstancias que la rodean son difíciles de conciliar. Decidme: ¿os atreveríais a creer que esa joven que veis en esas partidas de placer, en esas reuniones mundanas, en las que siempre triunfa el mal en daño del bien, entregándose a todo cuanto puede desear un corazón maleado y pervertido, es la misma que no hace aún quince días o un mes, visteis postrada ante el tribunal de la Penitencia confesando sus culpas, haciendo ante Dios protestas de estar dispuesta a morir antes que recaer en pecado? ¿No es aquella misma que visteis acercarse al Altar con los ojos bajos y la plegaria en los labios? ¡Dios mío!, ¡qué horror! ¿Podremos pensar en ello sin morir de compasión? ¿Creeréis que aquella madre que, hará unas tres semanas, enviaba a su hija a confesarse y, muy razonablemente, le recomendaba que considerase seriamente lo que iba a hacer, y al mismo tiempo le entregaba un rosario o un libro; hoy la instiga a ir a un baile? Decidme: ¿no es esa persona que esta mañana estaba en el templo cantando las alabanzas del Señor, la misma que ahora emplea aquella misma lengua en cantar canciones infames y sostener las más torpes conversaciones? ¿No es éste aquel dueño o padre de familia que no hace mucho estaba oyendo la Santa Misa con gran reverencia, como si quisiese emplear muy santamente el domingo, el mismo que ahora está trabajando y haciendo trabajar a toda su dependencia? ¡Dios mío!, ¡qué horror! ¿Cómo pondrá Dios todo esto en orden el día del juicio? ¡Ay!, cuántos cristianos condenados!

Y digo más: aquel que quiere agradar al mundo y a Dios lleva una vida de las más desdichadas. Ahora vais a ver cómo. Ved aquí una persona que frecuenta los placeres o que ha contraído algún mal hábito; ¿cuál no ha de ser su temor mientras cumple sus deberes religiosos, es decir, mientras ora, se confiesa o comulga? No quisiera que la vieran aquellos con quienes bailó, en cuya compañía pasó las noches en la taberna y con los cuales se entregó a toda suerte de desórdenes. Ha llegado hasta a engañar a su

confesor, ocultándole lo peor de sus culpas, y de esta manera ha obtenido permiso para comulgar, o mejor, para cometer un horrendo sacrilegio; su gusto sería comulgar antes o después de la Santa Misa, o sea cuando en la iglesia no hay nadie. Aunque también le complace ser vista de las personas buenas que ignoran su mala vida y a las cuales espera hacer concebir buena opinión de sí misma. Con las personas piadosas habla de religión, pero con la gente irreligiosa sólo se ocupa de placeres mundanos. Se avergonzaría de cumplir sus prácticas religiosas delante de los compañeros o compañeras de sus desórdenes. Es esto tan cierto, que un día alguien llegó a pedirme que le diese la sagrada comunión en la sacristía, para que no le viese nadie. ¡Qué horror! ¿Podremos considerar sin estremecernos tal manera de proceder?

Pero sigamos adelante y veremos los apuros y compromisos de esas personas que quieren seguir al mundo sin dejar tampoco a Dios, al menos en apariencia. He aquí que se acerca el tiempo del cumplimiento pascual. Es preciso ir a confesar; no es que lo deseen, ni que de ello sientan necesidad; antes, a ser posible, quisieran que la Pascua viniese sólo cada treinta años. Pero sus padres conservan aún la práctica exterior de la religión y se hallan satisfechos al ver que sus hijos se acercan al Altar, y casi los fuerzan a confesarse; en lo cual no obran bien, por cierto. Que rueguen por ellos convenientemente, pero que no los inquieten y los hagan llegar así a un sacrilegio. Para librarse de la importunidad de sus padres, para salvar las apariencias, esas personas se confabularán para tratar del confesor de quien mejor puedan esperar el ser absueltas la primera o la segunda vez. «He aquí —dirá uno— que hace ya muchos días que mis padres me están importunando para que vaya a confesar. ¿Dónde iremos, pues?». —«No podemos ir a nuestro párroco, porque es muy escrupuloso y no nos dejaría cumplir la Pascua. Iremos a ver a Fulano. Él absolvió a éstos y aquéllos, que sin duda llevan realizadas más hazañas que nosotros». Otro dirá: «Te aseguro que, si no fuese por mis padres, no cumpliría el precepto pascual; pues el catecismo nos dice que para hacer una buena confesión es preciso dejar el pecado y las ocasiones de pecar, y nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro. Te hablo sinceramente, me hallo muy apurada cada vez que llega la Pascua. Estoy deseando “estar colocada” para dejar definitivamente esta vida de doblez. Entonces haré una confesión de toda mi vida para reparar las que ahora estoy haciendo; de lo contrario, no moriría contenta». —«A mi parecer —le contestará su interlocutora— deberías volver al mismo con quien te confesaste hasta el presente, pues te conocerá mejor». —«¡Ah!, eso sí que no; iré al otro que no me quiso absolver, porque no quería llevarme a la condenación». —«¡Ah, tonta!, ¿qué importa eso? Todos tienen el mismo poder». —«Eso es lo que se dice cuando uno está bien y se mira la muerte de lejos; pero en cuanto una se pone enferma, ve las cosas de muy distinta manera. Fui un día a visitar a Fulana, que estaba muy enferma; me dijo que jamás volvería a confesarse con aquellos sacerdotes tan fáciles de absolver, pues queriéndolos salvar os arrojan al infierno». Mirad de qué manera se portan esos pobres ciegos: «Padre mío —dicen al sacerdote—, vengo a confesarme con usted porque nuestro párroco es demasiado escrupuloso. Quiere hacernos prometer cosas que no podemos cumplir; quisiera él que fuésemos santos, y

esto no es posible en este mundo. Quisiera que nunca pusiésemos el pie en una sala de baile, que nunca frecuentásemos las tabernas y casas de juego. Si alguien ha contraído algún mal hábito, no concede la absolución hasta que se haya enmendado en absoluto. Si debiésemos seguir sus órdenes, jamás podríamos cumplir la Pascua. Mis padres, que son muy religiosos, siempre me están importunando porque no cumplo la Pascua. Haré cuanto pueda pero es imposible asegurar que jamás volveré a las diversiones citadas, pues uno no sabe en qué ocasiones se ha de encontrar». —«¡Ah! —le dirá el confesor, engañado por ese lenguaje—, bien veo que tu párroco es un poco escrupuloso. Reza el acto de contrición; yo te absolveré, pero procura ser bueno». Esto es, inclina tu cabeza; vas a pisotear la Sangre adorable de Jesucristo, vas a vender a tu Dios, como Judas le vendió a sus verdugos, y mañana comulgarás o, mejor le crucificarás. ¡Horror! ¡Abominación! ¡Ve, infame Judas, ve al Altar; ve a dar muerte a tu Dios y a tu Salvador! Deja clamar a tu conciencia; procura ahogar los remordimientos en cuanto te sea posible... Pero me estoy extendiendo demasiado; dejemos a esos pobres ciegos en las tinieblas donde moran.

Pienso que estáis deseando saber en qué consiste el estado de un alma tibia. Pues vedlo aquí: El alma tibia no está aún absolutamente muerta a los ojos de Dios, ya que no están enteramente extinguidas en ella la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen su vida espiritual. Pero su fe es una fe sin celo; su esperanza, una esperanza sin firmeza, y su caridad, una caridad sin ardor. Voy ahora a pintaros el retrato de un cristiano fervoroso, esto es, de un cristiano que desea verdaderamente salvar su alma, en parangón con el de una persona que lleva una vida tibia en el servicio de Dios. Pongámoslos uno al lado del otro y podréis ver a cuál de los dos os asemejáis. El buen cristiano no se contenta con creer todas las verdades de nuestra santa religión, sino que además las ama, las medita, busca todos los medios para penetrarlas mejor; le gusta oír la palabra de Dios; cuanto más la oye, mayores deseos tiene de volver a oírla, pues desea aprovecharla, esto es, evitar todo cuanto Dios le prohíbe y practicar todo cuanto Dios le manda. No solamente cree que Dios ve todas sus acciones y las juzgará a la hora de la muerte, sino que además tiembla siempre que le viene el pensamiento de que un día habrá de dar cuenta de toda su vida ante Dios. Y no se contenta con pensar y temer, sino que todos los días trabaja en enmendarse, todos los días inventa nuevas maneras de mortificarse; tiene en nada todo cuanto ha hecho hasta el presente; se lamenta de haber perdido un tiempo precioso, durante el cual hubiera podido atesorar grandes riquezas para el cielo.

¡Qué diferente es el cristiano que vive en la tibieza! No deja de creer todas las verdades que la Iglesia enseña, pero de una manera tan débil que en ella casi no toma parte su corazón. No duda de que Dios le ve, de que está siempre en su santa presencia; pero, a pesar de ese pensamiento, no es ni más bueno ni menos pecador; cae en pecado con tanta facilidad como si no creyese en nada; está muy persuadido de que, mientras viva en tal estado, es enemigo de Dios; pero no por eso sale del mismo. Sabe que Jesucristo dio al sacramento de la Penitencia el poder de perdonar nuestros pecados y de acrecentar nuestra virtud. Sabe que dicho sacramento nos concede

gracias proporcionadas a las disposiciones con que nos acercamos a recibirlo; pero no importa: la misma negligencia, la misma tibieza en la práctica. Sabe que Jesucristo está real y verdaderamente en el sacramento de la Eucaristía, alimento absolutamente necesario para su alma; sin embargo, ¡mirad qué poco desea recibirlo! Sus confesiones y comuniones no son frecuentes; solamente se determina con ocasión de alguna gran festividad, de un jubileo, de una misión; o bien va para no distinguirse de los demás, pero no para alimentar su pobre alma. No solamente no trabaja para merecer semejante dicha, sino que ni tan sólo envidia la suerte de los que se acercan frecuentemente a gustar de sus dulzuras. Si le habláis de las cosas de Dios, os responderá con una indiferencia que muestra bien a las claras lo insensible que es su alma a los bienes que nos puede proporcionar nuestra santa religión. Nada le conmueve; escucha la palabra de Dios, es cierto, pero no es raro el caso en que le incomode; la escucha con pena, por costumbre, como una persona que cree saber ya bastante y portarse lo suficientemente bien como para no necesitar tales instrucciones. Las oraciones demasiado largas le molestan. Su espíritu está aún absorbido por las obras que acaba de ejecutar o por las que va a comenzar terminada la oración; se fastidia tanto que su pobre alma parece estar en la agonía: vive aún, pero ya no es capaz de hacer nada en orden al cielo.

La esperanza del buen cristiano es firme; su confianza en Dios es inquebrantable. Nunca pierde de vista los bienes y los males de la otra vida, tiene siempre presente en su espíritu el recuerdo de los sufrimientos de Jesucristo; su corazón casi no se ocupa de otra cosa. Unas veces piensa en el infierno, para considerar la magnitud del castigo que el pecado merece y la desgracia de quien lo comete, lo cual le dispone a preferir la muerte al pecado; otras veces, para excitarse al amor de Dios y para sentir la grandeza de la dicha de quien ama más a Dios que a todas las cosas, fija su pensamiento en el cielo, y se representa la magnitud del premio de quien lo deja todo por Dios. Entonces sólo desea a Dios, sólo quiere a Dios: nada valen para él los bienes de este mundo; le gusta verlos despreciados y los desprecia él mismo; los placeres mundanos le causan horror. La muerte no le atemoriza, pues sabe muy bien que sólo ella puede librarle de los males de esta vida y juntarle con Dios para siempre.

Pero el alma tibia está muy alejada de tales sentimientos. Los bienes y los males de la otra vida casi no le interesan: piensa en el cielo, es cierto, pero sin desear verdaderamente alcanzarlo. Sabe que el pecado le cierra las puertas de la celestial mansión; a pesar de esto no procura corregirse, al menos de una manera eficaz; por eso siempre resulta ser la misma. El demonio la engaña haciéndole formar muchos propósitos de convertirse, de obrar mejor en adelante, de ser más mortificada, más reservada en sus palabras, más paciente en sus penas, más caritativa para con el prójimo. Pero nada de esto cambia sensiblemente su vida: hace ya veinte años que se halla animada de buenos deseos, sin haber mejorado en nada sus costumbres. Se parece a una persona que siente deseos de pasear en carro triunfal, pero no se digna ni tan sólo levantar el pie para subir a él. No quisiera renunciar a los bienes eternos por los bienes terrenales, pero no desea ni abandonar la tierra ni llegar al cielo, y si

pudiese pasar esta vida sin penas ni tristezas, nunca pediría salir de este mundo. Si la oís quejarse de que esta vida es muy larga y despreciable, será porque las cosas no le andan como quisiera. Si el Señor, para forzarla en alguna manera a desligarse de esta vida, le envía penas y miserias, ya la tenemos inquieta, triste, abandonándose al llanto, a las quejas y muchas veces a una especie de desesperación. Parece como si no quisiese reconocer que es Dios quien le envía esas pruebas para su bien, para hacerle perder la afición a esta vida y atraerla a Él. ¿Qué hizo ella para merecerlas?, piensa para sí; otros mucho más culpables no se ven tan castigados.

En la prosperidad, no diremos que el alma tibia llegue a olvidarse de Dios, pero tampoco se olvida de sí misma. Sabe referir muy bien todos cuantos medios empleó para salir con éxito; piensa que muchos otros no habrían logrado lo que ella logró; y se complace en repetirlo, y le gusta oírlo repetir; cuantas veces lo oye, experimenta una nueva sensación de alegría. Con aquellos que la lisonjean, toma un aire jovial; mas con los que no le tuvieron el respeto que cree merecer, con los que no se mostraron agradecidos a sus favores, muestra siempre un gesto de frialdad e indiferencia, cual si continuamente les estuviese echando en cara su ingratitud.

El buen cristiano, en cambio, lejos de creerse digno de algo y capaz de la menor obra buena, sólo tiene ante sus ojos la humana miseria. Desconfía de quienes le adulan como si fuesen lazos que el demonio le tiende; sus mejores amigos son aquellos que le dan a conocer sus defectos, pues sabe que, para enmendarse, es preciso conocerlos. En cuanto le es posible huye las ocasiones de pecar; teniendo siempre presente que la más leve cosa es capaz de hacerle caer, no se fía nunca de sus solos propósitos, en sus fuerzas, ni tan sólo de su virtud. Conoce, por propia experiencia, que no es capaz de otra cosa que de pecar; pone toda su esperanza y toda su confianza sólo en Dios. Sabe que el demonio no teme tanto a nadie como al alma aficionada a la oración, y esto le mueve a hacer de su vida una oración continuada, mediante una íntima conversación con su Dios. Pensar en Dios le es cosa tan familiar como la respiración; con gran frecuencia levanta su corazón a lo alto: se complace en pensar en Dios como en su Padre, su amigo, su Señor que le ama tiernamente y desea con anhelo hacerle feliz en este mundo y aún más en el otro. En una palabra, hace consistir su felicidad en las penas y aflicciones, en la oración, el ayuno y la práctica de la presencia de Dios. El alma tibia no pierde enteramente su confianza en Dios, pero no desconfía lo bastante de sí misma. Aunque se pone a menudo en ocasiones de pecar, piensa siempre que no va a caer. Si sobreviene la caída, la atribuye al prójimo y afirma que otra vez tendrá mayor firmeza.

Aquel que ama verdaderamente a Dios y pone el mayor interés en la salvación de su alma, toma todas las precauciones posibles para evitar la ocasión de pecar. No se contenta con evitar las faltas graves, sino que pone gran diligencia en combatir las más leves culpas que descubre en su conducta. Considera siempre como un gran mal todo cuanto puede desagradar a Dios en lo más mínimo; mejor dicho, aborrece todo cuanto desagrada a Dios. Se imagina como si estuviese al pie de una escalera, a cuya cima debe subir; ve que, para lograrlo, no hay tiempo que perder, por esto cada día

adelanta de virtud en virtud hasta el momento de entrar en la eternidad. Aquí tenéis lo que hace el alma que trabaja por Dios y desea verle. Como el relámpago, no encuentra límites ni retrasos, hasta que llegue a sepultarse en el seno de su Creador. ¿Por qué nuestro espíritu se traslada con tanta facilidad de una parte a otra del mundo? Para darnos a entender con cuánta rapidez debemos dirigirnos a Dios con nuestros pensamientos y deseos.

Pero no es éste el amor de Dios del alma tibia. No hallamos en ella esos deseos ardientes ni esas llamas abrasadoras que nos hacen vencer todos cuantos obstáculos se oponen a la salvación. Para pintaros exactamente el estado del alma que vive en la tibieza, os diré que se parece a una tortuga o a un caracol. No anda, sino que se arrastra por la tierra y apenas se la ve cambiar de sitio. El amor divino que siente en su corazón es semejante a una pequeña chispa de fuego, oculta en un montón de cenizas; ese amor se halla rodeado de tantos pensamientos y deseos terrenales que, si no llegan a ahogarlo, impiden su incremento y poco a poco lo van extinguiendo. Cuando el alma tibia llega a este punto, permanece ya del todo indiferente ante tal pérdida. Su amor carece de ternura, de actividad, de energía, apenas capaz de mantenerla en la observancia de lo que es esencialmente necesario para salvarse; pero ella tiene por nada o muy poca cosa todo lo demás. ¡Ay!, el alma vive en su tibieza como una persona en el estado de somnolencia. Quisiera obrar, pero su voluntad está tan debilitada que no tiene ánimo ni fuerza para cumplir sus deseos^[1].

Cierto que el cristiano que vive en la tibieza cumple aún con bastante regularidad sus deberes, a lo menos en apariencia. Todas las mañanas rezará arrodillado sus oraciones, recibirá los sacramentos por la Pascua e incluso muchas otras veces durante el año; pero todo ello con tanta displicencia, tanta dejadez y tanta indiferencia, con tal falta de preparación, con tan poca eficacia en el mejoramiento de su vida, que claramente se ve que cumple sus deberes sólo por hábito y por rutina; porque es tal fiesta y en ese día tiene la costumbre de practicar tal devoción. Sus confesiones y comuniones no serán sacrílegas, si queréis; pero son confesiones y comuniones sin fruto que, en vez de perfeccionarle a los ojos de Dios, le hacen aún más culpable. En cuanto a sus oraciones, sólo Dios sabe de qué manera son hechas: ¡ay!, sin preparación. Por la mañana, no es de Dios de quien se ocupa, ni tampoco de la salvación de su alma, sino solamente de trabajar. Su espíritu está tan lleno de las cosas de la tierra que no queda en él lugar para el pensamiento de Dios. Piensa en lo que hará durante el día, dónde enviará sus hijos o sus criados, de qué manera emprenderá tal o cual obra. Para rezar se arrodilla, es verdad; pero no sabe ni lo que quiere pedir a Dios, ni lo que le es necesario, ni hasta delante de quién se halla; claramente lo delatan sus modales tan faltos de respeto. Viene a ser un pobre que, aunque miserable, no quiere nada, se complace en su pobreza. Es un enfermo casi desahuciado que desprecia los médicos y los remedios y se complace en su enfermedad. Veréis a esa alma tibia no tener reparo alguno en hablar durante el curso de sus oraciones, bajo cualquier pretexto; cualquier cosa se las hace abandonar, si bien pensando que las continuará más tarde. ¿Quiere ofrecer a Dios el día, rezar el “benedicite”, dar las

gracias? Todo eso practica, es verdad; pero muchas veces sin saber ni atender a quién habla. Quizá ni tan sólo deja su trabajo. ¿Se trata de un hombre? Pues lo veréis entretenerse dando vueltas a su gorro o sombrero entre las manos, como si mirase si es bueno o estropeado, como si quisiera venderlo. ¿Se trata de una mujer? Pues rezará mientras corta el pan para la sopa, echa leña al fuego, o bien yendo a la zaga de sus hijos o de sus sirvientas. Las distracciones en la oración no serán del todo voluntarias, si queréis; preferiría no tenerlas; pero, como para apartarlas debe hacerse cierta violencia, las deja ir y venir libremente.

El alma tibia quizá no pasa el día del domingo trabajando en obras que los que tienen menos religión consideran como prohibidas; pero no tiene escrúpulo en remendar una prenda de ropa, en arreglar tal o cual cosa de uso doméstico, en enviar los pastores al campo durante la hora de los oficios bajo el pretexto de que tienen que dar de comer al ganado; prefiere dejar perecer su alma y la de sus trabajadores a dejar perecer las bestias. Si es un hombre, reparará sus herramientas o sus vehículos para el día siguiente, irá a visitar sus tierras, tapaná un agujero, arreglará sus cuerdas, transportará cubos o los remendará. ¿Qué os parece? ¿No es esto lo que sucede en realidad?

El alma tibia se confesará incluso todos los meses y quizá más a menudo. Pero ¿qué confesiones? Sin preparación, sin deseos de corregirse; y, si los concibe, son ellos tan débiles que el primer soplo los echa por tierra. Sus confesiones no son más que una repetición de las pasadas, y aun gracias que no tenga nada que añadir. Hace ya veinte años se acusaba de lo que se acusa hoy; dentro de veinte años, si aún se confiesa, repetirá lo mismo. El alma tibia no cometerá, si queréis, grandes pecados; pero, si se trata de una leve murmuración, de una mentira, de un sentimiento de odio, de aborrecimiento, de celos, de un pequeño disimulo, con facilidad los comete. Si no la respetáis como cree ser merecedora, os lo echará en cara so pretexto de que con ello se ofende a Dios; pero mejor diría que es porque ella misma se siente ofendida.

Cierto que no dejará de frecuentar los sacramentos, pero las disposiciones con que va a recibirlos inspiran lástima. Encierra a su Dios en una cárcel sucia y oscura. No le da muerte, pero le deja en su corazón sin alegría, sin consuelo; todas sus disposiciones delatan que aquella pobre alma no tiene más que un soplo de vida. Una vez recibida la Sagrada Comunión, el alma tibia casi no piensa en Dios más que los otros días. La manera de portarse nos da a entender que no se ha dado cuenta de la magnitud de su dicha.

La persona tibia reflexiona muy poco sobre el estado de su alma, y casi nunca vuelve la vista hacia el pasado; si le viene al pensamiento la necesidad de portarse mejor, cree que, una vez confesados sus pecados, debe permanecer perfectamente tranquila. Asiste a la Santa Misa casi como a un acto ordinario; no considera seriamente la alteza de aquel misterio y no tiene inconveniente en conversar sobre cualquier cosa mientras se dirige al templo; quizá ni se le ocurrirá nunca pensar que va a participar del más grande de los dones que Dios, con ser Dios, pudo otorgarnos. Piensa ciertamente en las necesidades de su alma, pero con debilidad de espíritu;

muchas veces se presenta ante su Dios sin saber siquiera lo que ha de pedirle. Durante los oficios no quiere dormirse, es cierto, y hasta teme que los demás lo adviertan; pero no se hace la menor violencia. Tampoco quisiera tener distracciones durante la oración o la Santa Misa; pero, como ello implicaría cierta lucha, las tolera con paciencia, aunque no las desee. Los días de ayuno casi no los distingue, pues o bien adelanta la hora de la comida, o bien hace una abundante colación, casi equivalente a una cena, alegando el pretexto de que «el cielo no se alcanza con hambre». Al practicar algunas buenas obras, a menudo su intención no es del todo pura: unas veces son para complacer a alguien, otras por compasión, otras hasta para agradar al mundo. Para los tales, todo cuanto no sea un grave pecado resulta aceptable. Les gusta hacer el bien, pero no quieren hallar dificultades al practicarlo. Hasta les gustaría visitar a los enfermos, pero sería preciso que los enfermos viniesen a ellos. Tienen medios de hacer limosna, conocen a las personas que están necesitadas; pero esperan a que se la vengan a pedir en vez de anticiparse, con lo cual sus obras serían doblemente meritorias. En una palabra, la persona que lleva una vida tibia no deja de practicar muchas buenas obras, de frecuentar los sacramentos, de asistir puntualmente a las funciones; pero en todos sus actos veréis una fe débil, lánguida, una esperanza que a la menor prueba se viene abajo, un amor de Dios y del prójimo sin ardor y sin gusto; todo cuanto hace no resulta enteramente perdido, pero poco le falta para ello.

Considerad ahora delante de Dios en qué lado os halláis: ¿en el de los pecadores que lo abandonaron ya todo, que no piensan ya en la salvación de su pobre alma, que se hunden en el pecado sin remordimiento alguno? ¿En el lado de las almas justas, que sólo ven; y buscan a Dios, que se inclinan siempre a pensar mal de sí mismas y quedan en seguida convencidas cuando se les hace notar algún defecto suyo, que se creen siempre mil veces más miserables de lo que opinan los demás y tienen en nada todo cuanto hicieron hasta el presente? O bien, ¿pertenecéis al número de aquellas almas perezosas, tibias e indiferentes, tal como acabamos de pintarlas? ¿Cuál es el camino por donde andáis? ¿Quién podrá estar seguro de que no es ni pecador ni tibio, sino de los escogidos? ¡Ay!, ¡cuántos parecen buenos cristianos a los ojos del mundo pero son tibios a los ojos de Dios, que lo ve todo y conoce nuestro interior!

II. «Pero —me diréis—, ¿de qué medios hemos de valernos para salir de tan miserable estado?». Si deseáis saberlo, atended un momento. Y, ante todo, debo advertiros que el que vive en la tibieza, en cierto sentido, está más en peligro que aquel que vive en pecado mortal; y que las consecuencias de tal estado son incluso más funestas. He aquí la prueba. El pecador que no cumple el precepto pascual, o que ha contraído hábitos malos o criminales, se lamenta de vez en cuando del estado en que vive, en el cual está dispuesto a no morir; desea salir del mismo y un día llegará a hacerlo. Pero el alma que vive en la tibieza no piensa en salir de ella, pues cree estar bien con Dios.

¿Qué habremos de concluir de esto? Vedlo aquí. Esa alma tibia viene a ser un objeto insípido, insustancial, desagradable a los ojos de Dios, quien acaba por vomitarlo de su boca; o sea, acaba por maldecirlo y reprobalo. ¡Oh Dios mío, a

cuántas almas pierde ese estado! Si queréis hacer que un alma tibia salga de su estado, os contestará que no pretende ser santa; que, con tal de entrar en el cielo, ya tiene bastante. No pretendes ser santo y no consideras que sólo los santos llegan al cielo. O ser santo, o réprobo: no hay término medio.

¿Queréis salir de la tibieza? Acercaos frecuente-mente a la puerta de los abismos, en donde se oyen los gritos y los alaridos de los réprobos, y podréis formaros idea de los tormentos que experimentan por haber vivido tibiamente y con negligencia respecto al negocio de su salvación. Levantad vuestros pensamientos hacia el cielo y considerad cuál es la gloria de los santos por haber luchado y por haberse violentado mientras estaban en la tierra. Mirad lo que hicieron para merecer el cielo. Mirad qué respeto sentían por la presencia de Dios y qué devoción en sus oraciones, que no cesaron en toda su vida. Mirad su valentía en combatir las tentaciones del demonio. Ved con qué gusto perdonaban y hasta favorecían a los que los perseguían, difamaban o les deseaban mal. Mirad su humildad, el desprecio de sí mismos, el gusto con que se veían despreciados, y el temor con que miraban las alabanzas y la estimación del mundo. Mirad con qué atención evitaban los más leves pecados, y qué copiosas lágrimas derramaban por sus culpas pasadas. Mirad qué pureza de intención en todas sus buenas obras: no tenían otra mira que Dios, sólo deseaban agradar a Dios. ¿Qué más os diré? Mirad aquella muchedumbre de mártires que no pueden hartarse de sufrimientos, que suben a los cadalsos con mayor alegría que los reyes al trono. Terminemos. No hay estado más temible que el de aquella persona que vive en la tibieza, pues antes se convertirá un gran pecador que un tibio. Si nos hallamos en tal estado, pidamos a Dios de todo corazón la gracia para salir de él, para emprender el camino que todos los santos siguieron y, de esta manera, poder llegar a la felicidad de que ellos disfrutaban.

[1]Pr 21, 25.

DEBERES DE LOS PADRES HACIA SUS HIJOS

Credidit ipse et domus eius tota.
Y creyó él y toda su casa.
(Jn 4, 53)

¿Podremos hallar un ejemplo mejor para dar a entender a los cabezas de familia que no pueden trabajar eficazmente en su propia salvación sin trabajar también en la de sus hijos? En vano los padres y madres emplearán sus días en la penitencia, en llorar sus pecados, en repartir sus bienes a los pobres; si tienen la desgracia de descuidar la salvación de sus hijos, todo está perdido. ¿Dudáis de ello? Abrid la Escritura y allí veréis que, cuando los padres fueron santos, también lo fueron los hijos. Cuando el Señor alaba a los padres o madres que se distinguieron por su fe y piedad, jamás se olvida de hacernos saber que los hijos y los servidores siguieron también sus huellas. ¿Quiere el Espíritu Santo hacernos el elogio de Abraham y de Sara? Pues tampoco se olvida de hablarnos de la inocencia de Isaac y de su fiel siervo Elezer[1]. Y si pone ante nuestra consideración las raras virtudes de la madre de Samuel, pondera al mismo tiempo las bellas cualidades de este digno hijo[2]. Cuando quiere ponernos de manifiesto la inocencia de Zacarías y Elisabet, en seguida nos habla de Juan Bautista, el santo precursor del Salvador[3]. Si el Señor quiere presentarnos a la madre de los macabeos como una madre digna de sus hijos, nos manifiesta al mismo tiempo el ánimo y la generosidad de éstos, quienes con tanta alegría dan su vida por el Señor[4]. Cuando San Pedro nos habla del centurión Cornelio como de un modelo de virtud, nos dice al mismo tiempo que su familia toda servía con él al Señor[5]. Cuando el Evangelio nos habla de aquel otro oficial que acudió a Jesucristo para pedirle la curación de su hijo, nos dice que, una vez alcanzada, no se dio punto de reposo hasta que toda su familia le acompañó en seguimiento del Señor[6]. ¡Bellos ejemplos para los padres y madres! ¡Dios mío!, si los padres y madres de nuestros días tuviesen la suerte de ser santos. ¡Cuánto mayor número de hijos tendrían entrada en el cielo! ¡Cuántos hijos de menos para el infierno!

«Pero —me diréis tal vez—, ¿qué debemos hacer para cumplir nuestros deberes, pues son ellos tan grandes y temibles?» Vedlos aquí: instruid a los hijos, esto es, enseñadles a conocer a Dios y a cumplir sus deberes; corregidlos cristianamente, dadles buen ejemplo, dirigidlos por el camino que conduce al cielo, siguiéndolo también vosotros mismos. ¡Ay!, mucho me temo que esta plática no sea para vosotros, como tantas otras, un nuevo motivo de condenación. El intento de mostraros la magnitud y extensión de vuestros deberes es semejante al de querer bajar a un abismo

sin fondo o al de querer desentrañar una verdad que al hombre le es imposible conocer en todo su alcance. Para lograr este propósito sería preciso haceros comprender lo que valen las almas de vuestros hijos, lo que Jesucristo sufrió para ganarles el cielo, la terrible cuenta que por su causa habréis de rendir un día a Dios Nuestro Señor, los bienes eternos que les hacéis perder, los tormentos que para la otra vida les preparáis. ¡Ah!, padres desgraciados, ¡si amaseis a vuestros hijos como los ama el demonio! Aunque debiese él estar tres mil años tentándolos, si al cabo de ese tiempo pudiese tenerlos por suyos, daría por muy bien empleados todos sus trabajos. Lloremos la pérdida de tantas almas a las que sus padres están todos los días precipitando al infierno.

Os hablaré, pues, ligeramente de vuestras obligaciones, y, si no habéis aún perdido enteramente la fe, vais a ver lo que Dios exige de vosotros en favor de vuestros hijos. ¡Cuántos casados van a verse privados del cielo! «¿Y por qué?», me dirás. Por lo que te voy a decir, amigo. Porque son muchos los que entran en el estado del matrimonio sin las disposiciones debidas, con lo cual profanan el sacramento desde sus principios. Sí, ¿dónde están los que reciben dicho sacramento con la preparación conveniente? Unos entran en el matrimonio sólo con el pensamiento de satisfacer sus impuros deseos; otros sólo por miras interesadas, o bien atraídos por la seducción de la belleza; pero casi nadie se propone como único objeto a Dios. ¡Ay! ¡Cuántos matrimonios profanados, qué escasas las uniones donde reine la paz y la virtud! ¡Dios mío! ¡Cuántos casados van a condenarse! Pero no entremos ahora en detalles; hablemos solamente de los deberes de los padres para con sus hijos: son tan extensos que ellos solos nos van a proporcionar asunto para esta plática.

Nada diremos hoy de esos padres y madres cuyo negro y horrendo crimen podría pintaros con trazos duros y enérgicos. Son los que, antes que el mismo Dios, fijan el número de sus hijos, ponen límites a los designios de la divina Providencia y se oponen a su adorable voluntad. Cubramos con un velo todas esas torpezas, pues Aquel que todo lo ve, todo lo cuenta y todo lo mide, sabrá bien descorrerlo en el gran día de las venganzas. Tus crímenes están por ahora ocultos, amigo mío; pero aguarda unos días, que Dios sabrá muy bien manifestarlos ante el universo entero. Sí, en el día del Juicio veremos los horrores que cometieron en el matrimonio, que hubieran hecho temblar a los mismos paganos.

Nada diremos tampoco de esas madres criminales que sin pena, y tal vez con gusto, verían perecer a sus pobres hijos antes de darlos a la luz y procurarles la gracia del santo Bautismo: unas por temor de las penalidades que experimentarían al educarlos; otras por miedo al desprecio y desvío de un marido brutal y privado de razón; y ya no digo falto de religión, pues los paganos no llegarían a tanto. Dios mío!, ¿es posible que tales crímenes se cometan entre cristianos? Y, no obstante, ¡su número no es escaso! Repitémoslo: ¡Cuántos casados se condenarán! ¿Es que acaso os ha dado Dios un conocimiento y unas facultades superiores a las de las bestias sólo para que le infiráis mayores ultrajes? ¿Habrá de servirnos de ejemplo tal vez las aves que pueblan los aires y las fieras que se ocultan en la selva? Mirad cuánta alegría

manifiestan esos pobres animales al ver multiplicada su prole; durante el día se ocupan en proporcionar alimento a sus pequeñuelos, y por la noche los cobijan en sus nidos para librarlos de las inclemencias de la intemperie. Si una mano alevosa les arrebatara sus hijuelos los oiréis llorar a su manera; no saben apartarse de su nido, siempre con la esperanza de recobrar sus crías. ¡Qué vergüenza ver que, no ya los paganos, sino hasta los mismos cristianos, hijos de Dios, sean menos fieles en cumplir los designios de la Providencia que las mismas bestias! ¡esos padres y madres a quienes Dios no escogió sino para poblar el cielo! No, no sigamos, dejemos tan asqueroso asunto; entremos en otros puntos que interesarán a mayor número de los que me escuchan.

Os hablaré con la mayor sencillez posible para que podáis comprender claramente vuestros deberes y, por ende, cumplirlos.

Digo: 1.º Que, desde el momento en que una madre queda encinta, debe orar especialmente o dar alguna limosna; y, si le es posible, será mejor aún hacer celebrar una Misa para implorar a la Santísima Virgen que la acoja bajo su protección, a fin de que obtenga de su divino Hijo que aquel pobre niño no muera antes de recibir el santo Bautismo. La madre que tenga verdaderos sentimientos religiosos se dirá a sí misma: «¡Ah!, si tuviese la dicha de ver a este pobre hijo mío convertido en un santo, contemplarle a mi lado durante toda la eternidad, cantando alabanzas a Dios, ¡cuánta sería mi alegría!» Pero no son estos los pensamientos en que se ocupan las madres encintas; unas se sienten apesadumbradas al verse en aquel estado, otras tal vez hasta habrán alimentado el deseo de destruir el fruto que llevan en su seno. ¡Dios mío!, ¿es posible que el corazón de una madre cristiana sea capaz de concebir un crimen tal? Y, sin embargo, ¡cuántas veremos en el día del juicio que habrán acariciado esos pensamientos de homicidio!

2.º Digo que la madre que está encinta y quiere conservar a su hijo para el cielo debe evitar dos cosas: la primera es el llevar cargas demasiado pesadas, lo cual podría dañar al hijo y causar su muerte. Lo segundo es tomar ciertos remedios y bebidas que podrían perjudicar al hijo, y dejarse llevar de violentos arrebatos de ira, los cuales podrían ahogarle. Los maridos deben resignarse a lo que tal vez no se resignarían en otro tiempo; si no quieren hacerlo por la madre, que lo hagan por el pobre hijo, que está en peligro de morir sin recibir la gracia del Bautismo, ¡y ello sería la mayor de todas las desgracias!

3.º En cuanto la madre ve acercarse la hora del alumbramiento debe ir a confesarse, y ello por varias razones. La primera es porque muchas mueren en el parto y, por consiguiente, si tuviese la desgracia de estar en pecado, se condenaría. La segunda es porque, hallándose en estado de gracia, todos sus sufrimientos y dolores serán meritorios para el cielo. La tercera es porque así Dios no dejará de concederle cuantas bendiciones desee para su hijo. La madre, al dar a luz, debe siempre conservar el pudor y la modestia en cuanto ello sea posible en tal estado, no perdiendo jamás de vista que se halla en la presencia de Dios y en compañía de su ángel de la guarda. No debe nunca, sin permiso, comer carne los días prohibidos, lo cual atraería la maldición

de Dios sobre sí misma y sobre el hijo.

4.º No dejéis pasar más de veinticuatro horas sin bautizar a los hijos; si no lo hacéis, sin que razones serias para ello lo justifiquen, sois culpables. Al escoger el padrino y la madrina, buscad siempre a personas virtuosas en cuanto os sea posible; y la razón es ésta: cuantas oraciones y buenas obras practiquen los padrinos, en fuerza del parentesco espiritual alcanzarán para vuestros hijos gran copia de gracias celestiales. No nos quepa duda alguna de que en el día del Juicio veremos a muchos que deberán su salvación a las oraciones, buenos consejos y buenos ejemplos de sus padrinos y madrinas. Otra razón os obliga también a ello, y es que, si tenéis la desgracia de fallecer, ellos son los que han de ocupar vuestro lugar para vuestros hijos. Así pues, si tuvieseis la desgracia de escoger padrinos sin religión, no harían otra cosa que encaminar a vuestros hijos hacia el infierno.

Padres y madres, jamás debéis dejar que vuestros hijos pierdan el fruto del Bautismo; ¡qué ciegos y crueles seríais! La Iglesia acaba de salvarlos mediante el Bautismo, y ¿vosotros, con vuestra negligencia, los restituiríais al demonio? ¡Pobres hijos!, ¡en qué manos tuvisteis la desgracia de caer! Pero, al hablar de los padrinos no debemos olvidar que, para responder de un niño, deben estar suficientemente instruidos en la religión, en caso de que tengan que instruir al ahijado por faltarle su padre y su madre. Además, es necesario que sean buenos cristianos y hasta cristianos perfectos, pues deben servir de ejemplo a sus hijos espirituales. Así, no está bien que sirvan de padrinos los que no cumplen el precepto pascual, los que contrajeron un mal hábito y no quieren dejarlo, los que andan por las salas de baile y frecuentan las tabernas; pues estos, a cada pregunta del sacerdote, pronuncian un falso juramento: cosa grave, como podéis suponer, en presencia del mismo Jesucristo y al pie de las sagradas fuentes del Bautismo. Si no os reconocéis en condiciones de apadrinar cristianamente debéis renunciar al cargo y, si no lo hicisteis así alguna vez, debéis confesaros de ello, proponiendo no recaer en tal pecado.

5.º No debéis tener en vuestra cama a los hijos menores de dos años. «Pero —me diréis— es que a veces hace mucho frío o estamos muy cansados». Pero no hay en todo esto razón alguna que pueda excusaros delante de Dios. Además, cuando os casasteis, muy bien sabíais que estaríais obligados a cumplir las cargas y deberes de dicho estado. Padres y madres hay tan faltos de instrucción religiosa o tan poco celosos de sus deberes, que llegan a admitir en su cama a hijos de quince y dieciocho años, y hasta a veces a hermanos y hermanas juntos. ¡Dios mío!, ¡en qué estado de ignorancia se hallan tales padres y madres! Pero vuelvo al asunto y os digo que cuantas veces acostáis a vuestros hijos menores de dos años en vuestra propia cama, ofendéis a Dios. ¡Cuántas madres hallaron ahogado al hijo por la mañana! Y, aunque Dios os haya preservado de ella, no sois menos culpables que si hubieseis ahogado a vuestros hijos cuantas veces los habéis acostado junto a vosotros en la cama. «Pero —me diréis— cuando están bautizados ya no se pierden; antes al contrario, van al cielo». Es indudable que ellos no se pierden, pero os perderéis vosotros y, además, ¿sabéis acaso a qué destinaba Dios a tales niños? Tal vez ese hijo habría sido un santo

sacerdote. Habría llevado muchas almas a Dios; al celebrar todos los días la santa Misa, habría dado más gloria a Dios que todos los ángeles y santos juntos en el cielo; habría sacado más almas del purgatorio que las lágrimas y las penitencias de todos los solitarios reunidos ante el tribunal de Dios. ¿Comprendéis ahora la trascendencia de dejar morir a un niño, aunque esté bautizado? Si la madre de San Francisco Javier, aquel gran santo que tantos idólatras convirtió, lo hubiese dejado perecer, ¡ay!, ¡cuántas almas en el infierno le echarían en cara en el día del Juicio el haber sido la causa de su desgracia, pues aquel niño estaba destinado a convertirlas! Dejáis perecer a esa hija que tal vez se hubiera consagrado a Dios; con sus oraciones y buenos ejemplos hubiera llevado muchas almas al cielo. Tal vez hubiera sido madre de familia y habría educado santamente a sus hijos, los cuales a su vez habrían educado a otros, y así la religión se habría mantenido y conservado en numerosas generaciones. No dais gran importancia a la pérdida de un niño, alegando como pretexto el estar ya bautizado; pero aguardad el día del Juicio y entonces veréis y tendréis que reconocer lo que no habéis sabido nunca comprender en este mundo. Si los padres y las madres reflexionasen a menudo sobre esto, cuántas más almas habría en el cielo.

6.º Digo que los padres se hacen muy culpables acariciando a sus hijos de una manera inconveniente. «Pero —me diréis— ningún mal cometemos; es sólo para acariciarlos». Pero yo os contestaré que ofendéis a Dios y atraéis la maldición sobre aquellos pobres niños.

7.º Hay madres tan faltas de religión o, si queréis, tan ignorantes que, para mostrar a una vecina la robustez de sus hijos, los desnudan por entero; otras, para vestirlos, los dejan al descubierto ante cualquier clase de gente. Pues bien, esto no deberíais hacerlo, aunque no lo viese nadie, ¿acaso no debéis respetar la presencia de su ángel de la guarda? Lo mismo debo deciros respecto a la forma de darles el pecho. ¿Puede una madre cristiana dejar sus senos al descubierto? Y, aunque los cubra, ¿no debe también volverse hacia el lado donde nadie la vea?

Otras, con el pretexto de que están criando, se presentan constantemente sólo medio cubiertas: ¡qué abominación!, ¿no es esto para hacer ruborizar a los paganos? A fin de no exponerse a miradas pecaminosas, se ve uno obligado a huir de su compañía. ¡Qué horror! «Pero, —me diréis— aunque haya otra gente, bien debemos alimentar y vestir a nuestros pequeñuelos cuando lloran». Pero yo os contestaré que, cuando lloran, ciertamente debéis hacer todo lo posible para que callen, pero vale más dejarlos llorar un poco que ofender a Dios. ¡Cuántas madres son causa de malas miradas, de malos pensamientos, de tocamientos deshonestos! Decidme, ¿éstas son aquellas madres cristianas que tan reservadas deberían aparecer? ¡Dios mío!, ¿qué juicio les espera? Otras son tan crueles que, en verano, dejan correr toda la mañana a sus hijos sólo a medio vestir. Decidme, infelices, ¿no estaríais mejor entre las bestias salvajes? ¿Dónde está vuestra religión y el celo por el cumplimiento de vuestros deberes? ¡Ay! Apenas tenéis religión, y vuestros deberes jamás los conocisteis. Todos los días lo estáis dando a entender. Pobres hijos, ¡qué desgraciados los que pertenecéis a tales padres!

8.º Digo también que debéis vigilar a vuestros hijos cuando los enviáis al campo; entonces, lejos de vuestra presencia, se entregan a cuanto el demonio les inspira. Me atrevería a deciros que cometen toda suerte de deshonestidades y que emplean a veces la mitad del día en cometer actos abominables. Ya sé yo que la mayor parte ignora el mal que hacen; pero aguardad a que tengan conocimiento. No se olvidará el demonio de excitarles el recuerdo de lo que hicieron en otros tiempos, a fin de hacerlos consentir en el pecado. ¿Sabéis de lo que es causa vuestra negligencia o ignorancia? Vedlo aquí: tenedlo muy presente. Muchos de los niños que enviáis al campo cometen sacrilegio en su primera comunión; contrajeron hábitos vergonzosos y, o no se atreven a declararlos, o no se han enmendado de ellos. Entonces, si un sacerdote quiere evitar su condenación, se resiste a absolverlos; y sus padres se lo echarán en cara y se quejarán diciendo: «lo ha hecho porque se trata de mi hijo...» Vamos, miserables, vigilad con mayor diligencia a vuestros hijos, y no serán despedidos del santo tribunal. Sí, no lo dudéis, muchos de vuestros hijos comenzaron su reprobación en aquellos tiempos en que se iban al campo. «Pero —me diréis— no podemos ir continuamente detrás de ellos, tenemos otras ocupaciones». No me meto yo con eso, pero lo que os digo es que deberéis dar cuenta de sus almas como si fuesen la vuestra propia. «Pero no dejamos de hacer todo cuanto está en nuestra mano». Yo no sé si hacéis cuanto podéis o no, pero lo que me consta es que, si vuestros hijos se condenan por vuestra causa, os condenaréis también vosotros; esto es lo que yo sé y nada más. En vano me objetaréis que voy demasiado lejos en esto; los que no hayan perdido enteramente su fe habrán de convenir en que es así, tal como digo.

9.º Debéis evitar que vuestras hijas o vuestras criadas duerman en habitaciones donde por la mañana hayan de entrar los mozos o criados en busca de forrajes, patatas, etcétera. Hay que hacer constar, para vergüenza de padres y dueños, que no faltan pobres hijas o criadas que se ven obligadas a levantarse y a vestirse delante de gente relajada y sin religión. Muchas veces las camas de esas pobres niñas no están siquiera protegidas por cortinas ni pabellones. «Pero —me diréis— muy costoso nos sería practicar todo esto». Costoso o no, esto es lo que debéis hacer y, si no, por ello serás juzgado y recibirás el correspondiente castigo. Tampoco debéis tener a los hijos en vuestro cuarto en cuanto lleguen a la edad de siete u ocho años. ¡Ay, que no vais a daros cuenta del mal que hacéis hasta que Dios os llame a juicio!

Acabáis de ver cómo vuestros hijos, aunque pequeños, os han hecho cometer ya muchas faltas; pero ahora veréis cómo, al ser mayores, serán causa de muchísimas otras, muy graves y muy funestas para ellos y para vosotros. Habréis de convenir conmigo en que, a medida que vuestros hijos van creciendo, debéis redoblar vuestras oraciones y cuidados, pues los peligros son mayores y las tentaciones aumentan. Pero decidme, ¿es esto lo que hacéis? Desgraciadamente, no. Mientras vuestros hijos eran pequeños procurabais hablarles de Dios, y los acostumbrabais a rezar las oraciones; vigilabais su comportamiento, les preguntabais si habían ido a confesarse, si habían asistido a la santa Misa; cuidabais de que acudiesen al catecismo. Pero en cuanto llegaron a los dieciocho o veinte años, lejos de mantenerlos en el amor y temor de

Dios, de pintarles la felicidad de los que le sirven en esta vida, el pesar que sentiremos al morir y vernos perdidos; ¡ay!, esos pobres hijos se os presentan llenos de vicios, habiendo quebrantado ya mil veces los divinos preceptos sin conocerlos; su corazón está lleno de las cosas terrenas y vacío de las cosas de Dios. Y sólo le habláis del mundo. Si se trata de una madre, comenzará a recordar a su hija que Fulana se ha casado ya con aquel joven, que halló buen partido, que ojalá tuviese ella la misma suerte. Aquella madre sólo tendrá en la cabeza a su hija, esto es, hará todo lo posible para que brille en el mundo. La llenará de cosas vanas y frívolas, quizá hasta contraer deudas; la enseñará a andar erguida, diciéndole que anda toda encorvada y tiene mal aspecto. ¡Os extraña que existan madres tan ciegas! Cuánto abundan esas infelices que sólo procuran la perdición de sus hijas. Otras veces, al verlas salir por la mañana, antes se ocupan de mirar si llevan el tocado arreglado y la cara y las manos limpias, que de preguntarles si ofrecieron a Dios su corazón, si rezaron las oraciones de la mañana y si consagraron el día al Señor: de esto ni se habla. Otras veces les dirán que no han de ser ariscas, que deben ser afables con todo el mundo; que han de pensar en adquirir muchas relaciones, para así establecerse con más facilidad. ¡Cuántos padres o madres, en su ceguera, dicen a sus hijas: «si te portas bien, si haces con diligencia esto que te mando, te permitiré ir a la feria de Montmerle», o a tal o cual fiesta mayor; es decir, si haces siempre lo que yo quiero, te arrastraré hacia el infierno! ¡Dios mío! ¡Así hablan los padres cristianos, cuando debieran orar noche y día por sus hijos para que Dios les inspirase un gran horror a los placeres y un gran amor para Él, a fin de salvar su alma! Y lo más triste es lo que sucede con aquellas hijas que por su propio impulso se resisten a salir de casa: entonces son sus padres los que las incitan, diciendo: Si permaneces siempre en casa tardarás mucho en casarte, nadie te conocerá en el mundo. ¿Quieres, madre infeliz, que tu hija adquiera relaciones? No te preocupes, ya las adquirirá sin que debas inquietarte mucho; deja que pase algún tiempo y verás las relaciones que adquirió.

La hija cuyo corazón tal vez no está tan corrompido como el de la madre, dirá: «Como mandéis; pero esto el señor cura no lo quiere; nos dice que esto atrae la maldición de Dios sobre los matrimonios; por mi gusto no iría al baile, ¿qué os parece, madre?» —«¡Dios mío, qué tonta eres, hija mía, al hacer caso del cura; oficio suyo es darnos advertencias; con ello se gana la vida, pero una toma lo que quiere y deja lo otro para los demás». —«¿Pero podremos así cumplir el precepto pascual?» —«¡Ah!, pobre niña, si no nos quiere absolver, iremos a otro; lo que uno no quiere siempre se halla otro que lo acepta. Eso sí, ten juicio, hija mía; vuelve temprano; pero diviértete ahora que tienes edad para ello». En otra ocasión será una vecina que dirá: «Concedéis demasiada libertad a vuestra hija, un día os dará algún disgusto». —«¡Mi hija! —contestará— Ah, no, estoy muy tranquila en cuanto a eso. Además, le he recomendado mucha prudencia, y ¡ella me ha prometido seguir mis consejos! Me consta que sólo se trata con personas decentes». Aguarda un poco, madre ciega, y verás el fruto de su prudencia. Al divulgarse el crimen, será gran tema de escándalo para la parroquia, y llenará de deshonor y oprobio a toda la familia; pero, aunque no se divulgue ni se

descubra nada, tu hija llevará bajo el velo del matrimonio un corazón y un alma corrompidos por las impurezas a que se entregó antes de casarse, que serán fuente de maldición para toda su vida. «Pero —dirá la madre—, al darme cuenta de que se propasa, ya la advertiré para que se detenga; le privaré el salir o, en todo caso, con el bastón la haré volver!» No la permitirás salir en adelante: propósito inútil, ya se arreglará ella sin tu permiso y, si haces ademán de negárselo, también sabrá insultarte, burlarse de ti y marcharse. Tú la habrás empujado, pero no serás quien la detenga. Al ver esto tal vez te echas a llorar, pero ¿de qué servirán tus lágrimas? De nada, si no es recordarte el engaño de que has sido víctima, y que hubieras debido ser más prudente y dirigir mejor a tus hijos. Si dudas de lo que te digo, escúchame un momento y, a pesar de la dureza de tu corazón con el alma de tus hijos, podrás ver cómo sólo el primer paso es el difícil; una vez los dejaste extraviar, pierdes sobre ellos todo señorío, y ellos la mayoría de las veces acaban de la manera más desastrosa.

Cuenta la historia que un padre tenía un hijo del cual recibía toda suerte de consuelos; era juicioso, obediente, reservado, en fin, un modelo que edificaba a toda la parroquia. Un día hubo unos festejos en un lugar vecino y el padre le dijo: «Hijo mío, tú no sales nunca, vete un momento a divertirte con tus amigos, todos son personas decentes, no estarás con malas compañías». Y el hijo contestó: «Padre mío, mi mayor placer, mi mayor recreo, es estar en vuestra compañía». Ved aquí una excelente respuesta para un hijo: preferir la compañía del padre a todos los placeres y a todas las compañías. «Hijo mío, —le dijo aquel padre ciego— si esto es así, iré yo también contigo». Y padre e hijo partieron. La segunda vez que ocurrió un caso semejante, el hijo no necesitó ya tantas instancias para decidirse; la tercera partió solo, ya no necesitaba a su padre; al contrario, aquél comenzaba a estorbarle; sin necesidad de nadie sabía hallar perfectamente el camino. Su pensamiento no se ocupaba en otra cosa que en las músicas que oyó y en las personas con quienes habló. Acabó por dejar aquellas prácticas religiosas que se había impuesto cuando estaba entregado del todo a Dios; trabó relaciones con una joven mucho peor que él. El vecindario comenzó a hablar del joven como de un novato libertino. En cuanto su padre se dio cuenta de ello, quiso interponerse en su carrera y le prohibió salir a cualquier lugar sin su permiso; pero ya no encontró en el hijo aquella antigua sumisión. Nada pudo detenerle; se burlaba de su padre diciéndole que, porque ahora no podía él ya divertirse, quería también impedirselo a los demás. El padre, desesperado al ver que la cosa no tenía remedio, se tiraba de los pelos. La madre, que veía mejor que su marido los daños de aquellas malas compañías, muchas veces le había advertido el peligro, diciéndole que otro día se arrepentiría; pero ya era demasiado tarde. Un día, al volver el hijo de sus correrías, el padre le pegó. El hijo, al verse aborrecido de sus padres, sentó plaza en el ejército y, al cabo de algún tiempo, recibieron en su casa una carta en la que se les notificaba que aquel hijo había perecido aplastado a los pies de los caballos. ¡Ay!, ¿dónde fue a parar aquel pobre joven? Dios quiera que no fuese al infierno. Sin embargo, si se condenó, lo cual parece probable según todas las apariencias, su padre fue el verdadero causante de su perdición. Y, aunque el padre se

abandonase a la penitencia, todas las lágrimas y todas las mortificaciones serían incapaces de sacar al pobre hijo de aquel lugar de tormento. ¡Ah!, ¡desgraciados padres los que arrojáis vuestros hijos a las eternas llamas!

Os parecerá todo esto un poco extraordinario; no obstante, examinando de cerca la conducta de muchos padres, veremos que esto es lo que hacen a todas horas. Si seguís dudando de lo que os digo, investiguémoslo más de cerca. ¿No es cierto que todos los días os quejáis de vuestros hijos? ¿Que os lamentáis de que no os quieren obedecer? Lo cual es verdad. Es que os olvidáis tal vez del día que dijisteis a vuestro hijo o a vuestra hija: «si quieres ir a la feria de Montmerle o al sarao de la taberna, no tengo inconveniente, pero vuelvo temprano». Y el hijo os contestaría tal vez que estaba dispuesto a hacer vuestra voluntad. «Vamos, que no sales nunca, bien te mereces unas horas de placer.» Al principio no le denegáis el permiso. Pero más adelante no tendréis ya necesidad de empujarle, ni de darle permiso. Entonces os quejaréis porque sale sin deciros nada. Vuelve atrás tu mirada, madre infeliz, y te acordarás de que ya le diste el permiso una vez por todas. Hacedos cargo de lo que ha de ocurrir cuando le dais libertad para ir a todos aquellos lugares donde su cabeza destornillada le conduzca. Queréis que vuestra hija adquiera relaciones para casarse. En efecto, a fuerza de correrías, adquirirá muchas relaciones y multiplicará sus crímenes. Y ellos constituirán como una montaña de pecados que impedirán que la bendición de Dios se derrame sobre estos jóvenes cuando entren en el matrimonio. ¡Ay! ¡tales personas están ya malditas de Dios! Mientras el sacerdote levanta su mano para bendecirlas, Dios, desde lo alto, lanza la maldición sobre sus cabezas. De ahí para tales infelices una espantosa fuente de desgracias. Aquel nuevo sacrilegio, añadido a los demás, les arranca la fe para siempre. Una vez entraron en el estado de matrimonio, en el cual piensan que está ya todo permitido, su vida no es para ellos otra cosa que un abismo de corrupción, capaz de hacer estremecer al infierno si lo presenciase. Pero todo esto dura poco tiempo. No tardan en llegar la tristeza, el odio, las riñas, los malos tratos de una o de otra parte entre los esposos.

Pasados unos cinco o seis meses de matrimonio, verá el padre llegar a su hijo enfurecido y desesperado, maldiciendo al padre, a la madre, a la mujer, y quizá hasta a los que negociaron el casamiento. Su padre, extrañado, le preguntará qué le pasa: «Soy un desgraciado. ¡Ojalá me hubieseis aplastado al nacer, ojalá me hubieseis envenenado antes de casarme!» —«Pero, hijo mío —le dirá su padre todo contrariado—, has de tener paciencia. Quizá te dueles de un mal que será pasajero». —«No me habléis que, si cediese a mis impulsos, sería capaz de dispararme un tiro o arrojarme al río: tanto me fastidia estar todo el día disputando o riñendo». Sí, padre insensato, dejemos que el cura diga lo que quiera, es preciso adquirir muchas relaciones, pues sin ellas ¿quién se casaría? Vete cuando quieras, hijo mío, sé juicioso, vuelve temprano y estate tranquilo.

No hay duda de que, si hubieses sido juicioso, si hubieses consultado al Señor, no te habrías casado con tan mala estrella, pues Dios no lo habría permitido, sino que, como al joven Tobías^[7], Él mismo te habría elegido una esposa que, al entrar en tu

casa, habría traído allí la paz, la virtud y toda clase de bendiciones. He aquí, amigo mío, lo que has perdido al despreciar los consejos de tu pastor y seguir los consejos de tus ciegos padres.

Otra vez será una pobre hija la que comparecerá molida a golpes para deshacerse llorando en el regazo de su madre. Mezclarán juntas sus lágrimas: «Madre mía!, ¡qué desgraciada soy al haber tomado un marido como el que tengo: es tan brutal como malvado! Temo que algún día oigáis decir que me ha matado». —«Pero —responderá la madre—, ¿por qué no haces siempre lo que te manda?» —«No me pierdo por este lado; pero nada le contenta, siempre está enojado». —«Pobre hija —le dirá la madre —, si hubieses acertado a casarte con fulano, que te pidió en matrimonio, habrías sido mucho más feliz» Te engañas, madre. No es esto lo que le debes contestar, sino: «¡Pobre hija!, si hubiese yo acertado a inspirarte el temor y amor de Dios, si nunca te hubiese permitido correr detrás de los placeres, Dios no habría permitido tu desgracia...» ¿Qué te parece, mujer? Deja que el cura diga lo que le venga en gana, sal siempre que quieras, sé juiciosa, vuelve temprano y estate tranquila. Todo esto está muy bien, pero escúchame.

Cierto día me ocurrió pasar junto a un gran fuego y tomé un puñado de paja seca, la eché en la hoguera y le dije que no ardiese. Los que lo presenciaban me dijeron, burlándose de mí: «Es en vano que se lo advirtáis; esto no impedirá que quede al momento hecha cenizas». —«¿Y cómo? —les contesté—. Yo le he mandado no abrasarse». ¿Qué te parece, madre?, ¿no reconoces en esto tu ejemplo? ¿no es ésta tu conducta o la de tu vecina? ¿No recomendaste a tu hija la prudencia al concederle permiso para salir? «No hay duda...» Anda, mujer, te dejaste dominar por la ceguera, y fuiste el verdugo de tus hijos. Si son desgraciados en el matrimonio, tú sola eres la causa de ello. Dime: si hubieses tenido algún sentimiento de religión o de afecto a tus hijos, ¿no deberías haber trabajado con todas tus fuerzas para hacer que evitasen el mal que tú misma cometiste cuando te hallabas en el mismo caso de tu hija? Más claro: no contenta con haber sido tú desgraciada, quieres que también lo sean tus hijos. Y tú, hija mía, ¿eres desgraciada en tu nueva casa? Mucho lo siento, me da pena; pero me extraña menos que si me dijese que eres feliz, atendiendo a las disposiciones con que te casaste.

Ha llegado la corrupción a un grado tan alto entre los jóvenes de nuestros tiempos que resulta tan imposible hallar quiénes reciban santamente dicho sacramento como es imposible hacer que un condenado suba al cielo. «Pero —me diréis— existen todavía algunos». ¡Amigo mío!, ¿dónde están? ¡Ah, sí! Los padres no tienen reparo alguno en dejar solos a la hija con un joven durante tres o cuatro horas durante las veladas. «Pero —me diréis— son muy juiciosos». Sí, no hay duda que son juiciosos; así ha de hacérselo creer la caridad. Pero dime, mujer, ¿eras tú muy juiciosa cuando te hallabas en el mismo caso de tu hija?

Terminemos diciendo que, si los hijos son desgraciados en este mundo y en el otro, es por culpa de sus padres, que no pusieron todos los medios que estaban a su alcance para dirigirlos santamente por el camino de la salvación, donde no hay duda que el

Señor los hubiera bendecido. Cuando, en nuestros días, un joven o una joven quieren casarse, se los lleva a abandonar a Dios... Pobres padres y pobres madres, ¡cuántos tormentos os aguardan en la otra vida! Mientras subsista vuestra descendencia, os haréis partícipes de todos los pecados que en ella se cometan, y recibiréis el castigo como si vosotros los hubieseis cometido, y aún más, tendréis que dar cuenta de todas las almas que se condenen de vuestra descendencia. Todas esas almas os acusarán de haber sido causa de su perdición. Lo cual se comprende fácilmente. Si hubieseis educado bien a vuestros hijos, éstos a su vez hubieran educado bien a los suyos: y unos y otros se habrían salvado. Pero no está todo aquí, sino que además seréis responsables ante Dios de todas las buenas obras que vuestra descendencia hubiera podido practicar hasta la consumación de los siglos y no practicó por vuestra culpa.

¿Qué os parece todo esto, padres y madres que me escucháis? Si no perdisteis enteramente la fe, ¿no tendréis motivos de llorar al ver el mal que hicisteis y la imposibilidad en que os halláis de repararlo? ¿Tenía yo razón al principio cuando os decía que era casi imposible declararos la magnitud de vuestros deberes? Pero lo que hoy os he dicho es solamente una pequeña parte de tan importante y extensa materia...

¡Cuántos padres arrastran consigo a sus hijos hacia el infierno! ¡Dios mío!, ¿podremos pensar en todos esos males sin estremecernos? Pero me diréis: «No dejamos de hacer todo cuanto está en nuestra mano». Hacéis todo cuanto está en vuestra mano, es verdad; pero para perderlos, no para salvarlos. Para terminar, quiero convencerlos de que no hacéis todo lo posible para salvarlos. ¿Dónde están las lágrimas que derramasteis, las limosnas que repartisteis para implorar su conversión? Pobres hijos, ¡qué desgraciados por pertenecer a unos padres que sólo trabajan por haceros desgraciados en este mundo e incluso mucho más en el otro! Siendo yo vuestro padre espiritual, voy a daros ahora un consejo: Cuando veáis que vuestros padres faltan a Misa o a las funciones, trabajan en domingo, comen carne los días prohibidos, dejan de frecuentar los sacramentos, no procuran instruirse en la religión; haced vosotros todo lo contrario, para que vuestros buenos ejemplos los salven a ellos, lo cual sería para vosotros una gran victoria.

[1] Gn 24.

[2] 1 R 1 y 2.

[3] Lc 1.

[4] 2 M 7.

[5] Hch 10, 2.

[6] Jn 4, 33.

[7] Tb 7.

SOBRE LA RESTITUCIÓN

*Reddite ergo quae sunt Caesaris, Caesari;
et quae sunt Dei, Deo.*

Dad, pues, al César lo que es del César,
y a Dios lo que es de Dios.
(Mt 22, 21)

Nada más justo ni más razonable que dar a Dios lo que es de Dios, y al prójimo lo que le es debido. Si todos los cristianos siguiesen este camino, ninguno de ellos se contaría entre los moradores del infierno; todos poblarían el cielo. Quisiera Dios, nos dice el gran San Hilario, que nunca los hombres perdiesen de vista este precepto. Pero ¡cuántos lo tienen por no escrito! Pasan su vida engañando a uno y robándolo a otro. Nada más común que las injusticias, nada más raro que las restituciones. Mucha razón tenía el profeta Oseas al afirmar que la injusticia y el latrocinio cubrían la faz de la tierra, como el diluvio que asoló el universo[1]. Desgraciadamente, los culpables abundan tanto como las personas que no quieren reconocerse tales. ¡Dios mío! ¡Cuántos ladrones nos revelará la muerte! Para convencerlos de ello voy ahora a mostraros: 1.º Que nunca aprovechan las riquezas mal adquiridas; 2.º De cuántas maneras podéis perjudicar al prójimo; 3.º De qué manera y a quién debéis restituir lo que no os pertenece.

I. Es tanta nuestra ceguera, que pasamos la vida buscando y atesorando unos bienes que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, habremos de perder, mientras no dejamos escapar aquellos que podríamos conservar durante toda la eternidad. Las riquezas de este mundo sólo merecen desprecio a los ojos de un cristiano y, en cambio, nosotros no hacemos más que correr tras ellas. Muy insensato es el hombre al obrar de una manera tan abiertamente contraria al fin por el cual Dios lo creó...

Digo que los bienes mal adquiridos nunca enriquecerán a los que los poseen; antes al contrario, serán una fuente de maldición para toda su familia. ¡Dios mío, qué ciego es el hombre! Está plenamente convencido de que vino a este mundo sólo por un instante; a cada momento ve partir para la otra vida a otros más jóvenes y robustos: no importa, ni con ello abre los ojos. Es en vano que el Espíritu Santo le diga, por boca del santo Job, que entró en este mundo desnudo y que desnudo saldrá de él[2]; que todos esos bienes tras los cuales corre con tanto afán le dejarán cuando menos lo sospeche: tampoco esto le detiene. Afirma San Pablo que aquel que quiere hacerse rico por caminos injustos no tardará en caer en los mayores extravíos; y aún más, que nunca verá el rostro de Dios[3]. Es esto tan cierto que, sin un milagro de la gracia, ni el avaro ni el que adquirió algunos bienes por fraude o engaño suelen convertirse por

regla general, ¡tanto ciega el pecado ese a quien lo comete! Oíd de qué manera habla San Agustín a los que poseen bienes ajenos[4]. En vano, dice, os confesaréis, en vano haréis penitencia y lloraréis vuestros pecados; si no restituís, pudiendo hacerlo, nunca os perdonará Dios. Vuestras confesiones y vuestras comuniones no serán más que sacrilegios que iréis acumulando unos sobre otros. O devolvéis lo que no es vuestro, o habréis de resignaros a arder en el infierno. El Espíritu Santo no se limita a prohibirnos tomar o desear el bien ajeno; no quiere ni que lo miremos por temor a que, de sólo verlo, nuestra mano se vaya hacia lo que no es nuestro. Dice el profeta Zacarías que la maldición del Señor descargará sobre la casa del ladrón hasta que quede destruida[5]. Y yo os digo que no sólo dejará de aprovecharos la riqueza adquirida por fraude o engaño, sino que será causa de que perezcan vuestros bienes adquiridos legítimamente y de que sean abreviados vuestros días.

Leemos en la Sagrada Escritura[6] que el rey Ajab, queriendo ensanchar su jardín, propuso a un hombre llamado Nabot que le vendiese su viña. «Que el Señor me libre de darte la heredad de mis padres» —dijo Nabot—. El rey quedó tan contrariado por aquella negativa que cayó enfermo. No podía comer ni beber, y se metió en cama. La reina fue a verle y le preguntó la causa de su enfermedad. El rey le contestó que deseaba ensanchar su jardín, pero Nabot se había negado a venderle su viña. Replicó la reina: «Ahora tú tienes el reinado sobre Israel. Levántate, come pan y alegra tu corazón. Yo te entregaré la viña de Nabot, el yizreelita». Se dio prisa en buscar a ciertas personas que, sobornadas por dinero, atestiguaron que Nabot había blasfemado contra Dios y contra Moisés. En vano aquel pobre hombre intentó defenderse, afirmando ser inocente del crimen que se le imputaba; nadie le creyó y hubo de morir apedreado. La reina, al verle todo bañado en sangre, se fue al encuentro del rey para anunciarle que podía tomar posesión de la viña, pues aquel que había tenido atrevimiento de negársela estaba muerto ya. Ante tal noticia, el rey sanó y corrió cual un desesperado a tomar posesión de la viña. El infeliz no pensó que Dios estaba allí esperándole para castigarle. Llamó el Señor a su profeta Elías y le mandó presentarse al rey para anunciarle de su parte que, en el mismo sitio donde los perros habían lamido la sangre de Nabot, beberían también la suya, y que ninguno de sus hijos reinaría después de él. Le mandó también a la reina Jezabel para anunciarle que, en castigo a su crimen, sería comida de los perros. Todo esto se cumplió tal como predijo el profeta. Los perros se abrevaron en la sangre del rey, muerto en un combate. Un nuevo rey llamado Jehú, al entrar en la ciudad, vio a una mujer asomada a una ventana. Se había ataviado como una diosa para cautivar el corazón del nuevo rey. Este preguntó: «¿Quién es aquella mujer?». Le dijeron que era la reina Jezabel. Al momento mandó que fuese arrojada de lo alto de aquella ventana. Una vez en el suelo, los hombres y los caballos pisotearon terriblemente su cuerpo. Llegada la noche quisieron dar sepultura a su cadáver, pero sólo encontraron de él algunos miembros dispersos; los perros se habían comido lo demás. Exclamó Jehú: «Es la palabra del Señor que fue pronunciada por medio de su siervo Elías»[7]. El rey Ajab dejó setenta hijos, todos príncipes; el nuevo rey ordenó decapitarlos a todos y, a la vez, que fuesen

sus cabezas colocadas en cestos a la entrada de la ciudad, a fin de mostrar, con tan horrible espectáculo, la desgracia que las injusticias de los padres atraen sobre los hijos[8].

La segunda razón por la cual no debemos tomar los bienes ajenos es porque ellos nos conducen al infierno. Dice el profeta que, en una visión que tuvo, Dios le hizo leer un libro en el cual estaba escrito que nunca verán a Dios los que se apoderan de los bienes ajenos, sino que serán condenados a las llamas. Y, no obstante, hay gente tan ciega que preferiría morir y condenarse antes que restituir los bienes mal adquiridos, ni aun en la hora en que la muerte está ya a punto de arrebatárselos de las manos. Cierta hombre que pasó la vida robando, a la edad de treinta años contrajo una enfermedad de la cual murió. Uno de sus amigos, al ver que no se preocupaba de llamar a un sacerdote, tomó la iniciativa de buscar uno. «Amigo mío —dijo el sacerdote—, os veo muy enfermo; ¿por qué no se os ocurrió llamarme?, ¿por qué no os queréis confesar?». —«¡Ah, señor! —contestó el enfermo muy sobresaltado— ¿es que me dais ya por muerto?». —«No tanto, amigo mío, pero cuanto más claro esté vuestro conocimiento, mejor recibiréis los sacramentos». —«No me habléis de esto, ahora me hallo muy fatigado; cuando esté restablecido vendré a vuestro encuentro en la iglesia.» —«No, amigo mío, pues si llegaseis a morir sin haber recibido los sacramentos, experimentaríais yo gran pesar. Puesto que estoy aquí, no me marcharé hasta que os hayáis confesado». Al verse casi forzado, consintió; pero ¿cómo se confesó? Como una persona que posee bienes ajenos y no quiere restituirlos. No dijo una palabra a este respecto... —«Si vuestro estado empeora, volveré para llevaros el santo Viático». En efecto, el enfermo iba acercándose a la muerte y corrieron a avisar al sacerdote que su penitente estaba expirando. El sacerdote se dio prisa. Cuando el enfermo oyó la campanilla preguntó qué era aquello y, al venir en conocimiento de que el buen párroco le llevaba el Viático, exclamó: «¡Cómo! ¿No os había dicho yo que no quería recibirlo? Decidle que no pase adelante».

A pesar de ello, el sacerdote entró y, acercándose, al enfermo, dijo: «¿No queréis, pues, recibir al buen Dios que os llenaría de consuelo y os ayudaría a sufrir vuestras penas?». —«No, bastante es el mal que hice hasta ahora». —«Pero vais a escandalizar a toda la parroquia». —«Y ¿qué me importa que sepa todo el mundo que estoy condenado?». —«Si no queréis recibir los sacramentos, no podréis ser enterrado cristianamente». —«¿Merece un condenado ser enterrado entre los santos? Cuando el demonio haya hecho presa en mi alma maldita, echad mi cuerpo a los lobos como el de una bestia...». Viendo que su mujer se deshacía en llanto, dijo: «¿Por qué lloras? Consuélate, si me acompañaste de noche para ir a robar al vecino, no tardarás en venir a juntarte conmigo en el infierno». Y lleno de desesperación, exclamaba: «¡Ah!, ¡horroroso infierno, abre tus abismos! Ven a arrancarme de este mundo, no puedo aguantar ya más». Y murió el miserable con señales visibles de reprobación. «Pero —me diréis— ciertamente había cometido grandes crímenes». ¡Ay!, amigos míos, casi me atrevería a decir que hacía lo que buena parte de vosotros; ora un haz de leña, ora una carga de heno, ora una gavilla de trigo.

II. Si ahora quisiese detenerme, examinando la conducta de los que se hallan aquí presentes, tal vez no encontraría más que ladrones. ¿Os extraña esto? Atended unos momentos, y veréis lo fundamentada que está mi sospecha. Si comienzo a examinar el comportamiento de los servidores o criados, los hallo culpables con sus dueños y con los pobres. Los criados son culpables con sus amos y, por consiguiente, están obligados a restituir todas las veces que se tomaron mayor tiempo del necesario para descansar o lo perdieron miserablemente en la taberna; cuando dejaron perder o permitieron tomar cosas pertenecientes a sus dueños, pudiendo impedirlo. Igualmente, si un jornalero o dependiente, al contratarse, aseguró que era capaz de ejecutar determinados trabajos, sabiendo bien que no los haría, ya por ignorancia, ya por falta de fuerzas..., y en tal caso está obligado a indemnizar a su dueño por la pérdida causada por su ignorancia o debilidad... Pero he aquí otro pecado tan deplorable como extendido, a saber: el de los hijos o criados que roban a sus padres o dueños. Los hijos jamás deben tomar nada de los padres bajo pretexto de que no les dan bastante. Vuestros padres, después de alimentaros, vestiros e instruiros, no os deben nada más. Por otra parte, el hijo que roba a sus padres ya se le considera capaz de todo. Todo el mundo le desprecia y huye de su compañía. Un criado me dirá: «Es que no se me paga todo mi trabajo, preciso es, pues, buscar alguna compensación». ¿No te pagan bastante, amigo mío? ¿Por qué, pues, permaneces en casa de tal dueño? Cuando te contrató, bien sabías cuál iba a ser tu salario y el que podías merecer; poco te costaba dirigirte a otra parte donde pudieses ganar más. Y ¿qué diremos de los que guardan en su casa lo que los criados robaron a sus dueños, o los hijos a sus padres? Aunque tales cosas sólo hayan permanecido cinco minutos en casa de esos encubridores, y aunque no conozcan a ciencia cierta su valor, están obligados a restituir bajo pena de condenarse, si los culpables no restituyeron. Hay personas que compran sin miramiento cosas a los hijos de familia o a los criados; pues bien, aunque pagasen por ellas más de lo que valen, están obligadas a devolver a su dueño o la cosa o su valor; de lo contrario, no se librarán del infierno. Si aconsejasteis a alguien que robe, aunque no hayáis sacado de ello provecho alguno, si el que robó no restituye, vuestra es la obligación de hacerlo; de lo contrario, no esperéis el cielo.

Donde más comúnmente se roba es en las compras y en las ventas. Examinemos esto con detención para que conozcáis el mal que hacéis, y por ende podáis enmendarlo. Cuando lleváis al mercado vuestros productos os preguntarán si los huevos o la manteca son frescos o recientes, y os apresuraréis a contestar afirmativamente cuando estáis persuadidos de lo contrario. ¿Por qué contestáis así sino para robar diez o quince sueldos a un pobre que tal vez los pidió prestados para sostener a su familia? Otras veces se trata de vender cáñamo y procuráis poner debajo, para que quede oculto, el más pequeño o de peor aspecto. Me dirás tal vez: «Si no lo hiciese de esta manera, no vendería tanto». Mejor dicho: si te portases como buen cristiano, no robarías como ahora robas. En otra ocasión te habrás dado cuenta de que te entregaban más de lo que correspondía y te has callado. —«Tanto peor para esa persona, no tengo yo la culpa». ¡Ah!, amigo mío, día vendrá en que quizá te digan con

mayor razón: ¡Tanto peor para ti! Una persona os querrá comprar trigo, vino o ganado. Os preguntará si aquel trigo es de buena cosecha. Sin titubear le aseguraréis que sí. El vino lo mezcláis con otro de mala calidad y lo vendéis por bueno. Si no os quieren creer, lo juráis, y así no una sola vez, sino veinte veces abandonáis vuestra alma al demonio. ¡Amigo mío!, no tienes que molestarte tanto para entregarte a él; ¡hace mucho tiempo que le perteneces! Esta bestia, os preguntarán también, «¿Tiene algún defecto? No me engañéis; acabo de pedir prestado este dinero; si el negocio me falla, caigo en la miseria». —«Estad tranquilo —contestáis—, esta bestia es excelente. No me desprendo de ella sin pesar; si pudiese prescindir de ello, no la vendería». Y, en realidad, sólo la vendéis porque no vale nada, porque no os sirve. «Hago lo que hacen los demás; tanto peor para el que se deja engañar. Me sorprendieron a mí, yo miro de sorprender a los otros; de lo contrario, perdería demasiado». ¿Es decir, amigo mío, que, porque los demás se condenan, tú también has de condenarte; porque los demás se van al infierno, es necesario que vayas tú con ellos? ¡Prefieres tener algunos sueldos de más y abrasarte en el infierno por toda una eternidad! Pues bien, has de saber que, si vendiste una bestia con defectos ocultos, estás obligado a indemnizar al comprador de la pérdida que hayas podido causarle ocultándole tales defectos; de lo contrario, habrás de condenarte. «Si os hallaseis en nuestro lugar, haríais lo mismo que nosotros». Sí, no hay duda de que, si quisiese condenarme, haría lo que vosotros; pero si quisiera salvarme, haría ciertamente todo lo contrario.

Otras personas, al pasar cerca de un prado, un campo de rábanos o una huerta, no pondrán escrúpulo alguno en llenar su delantal de forraje o de rábanos, de llenar sus cestas o sus bolsillos de fruta. Los padres verán llegar a sus hijos con las manos llenas de objetos robados y, si los reprenden, será riendo. «¡Como si ello fuese gran cosa!» Si hoy tomáis por valor de un sueldo y mañana por dos, pronto habréis llegado a materia de pecado mortal. ¿Qué es lo que deben, pues, hacer los padres al ver que llegan sus hijos con algún objeto robado? Deben obligarlos a devolverlo por sí mismos a su dueño. Una o dos veces bastarán para corregir al pequeño ladrón. Un ejemplo os mostrará con cuánta atención debéis observar esto. Se cuenta que un niño de nueve o diez años comenzaba a cometer pequeños robos tomando frutas u otros objetos de escaso valor. Con el tiempo fueron aumentando sus delitos en número e importancia, hasta que hubo de ser conducido a la horca. Antes de morir pidió a los jueces que hiciesen comparecer allí a sus padres y, cuando estuvieron presentes, exclamó: «Desgraciado padre y desgraciada madre, quiero que sepa todo el mundo que sois vosotros la causa de mi deshonrosa muerte. ¡Quedáis deshonrados a los ojos del mundo; sois unos infelices! Si me hubieseis corregido cuando comencé a cometer pequeños hurtos, no habría después cometido los crímenes que me han llevado a esta horca». Digo que los padres deberían ser muy prudentes respecto a sus hijos, aunque no pensasen que tienen un alma por salvar. Vemos, en efecto, que, de ordinario, cuales los padres, tales los hijos. Cada día oímos decir: «Fulano tiene unos hijos que indudablemente seguirán las huellas del padre en su juventud». «Nada os importa todo esto —me diréis—, dejadnos tranquilos, no nos inquietéis; teníamos ya olvidado esto

y vos nos lo ponéis de nuevo ante nuestros ojos; ¿acaso no es bastante riguroso el fuego del infierno ni la eternidad bastante duradera para que hayáis de darnos tanto sufrimiento ya en este mundo?». Muy cierto es lo que decís; pero si os hablo de esta manera es porque no quisiera veros condenados. «Pues bien, peor para nosotros; si obramos mal, no seréis vos quien sufra la pena». —¡Si así os resignáis, allá vosotros!

Otras veces será un zapatero que empleará piel de mala calidad o hilo averiado y los hará pagar por buenos. O también un sastre, quien, bajo pretexto de que no cobra el precio que debiera, se quedará con un jirón de paño sin decir nada al cliente. ¡Dios mío! ¡A cuántos ladrones nos descubrirá la muerte! Será también un tejedor que echará a perder una parte del hilo para no tener que desenredarlo; o bien pondrá en su obra otro de peor calidad, guardándose el que se le entregó. Aquí tenéis a una mujer a quien entregaron cáñamo para hilarlo; destruirá una parte bajo pretexto de que no está bien peinado y, una vez trabajado el otro, colocará el hilo en un sitio húmedo y el peso será el mismo. Esa mujer no piensa que el cáñamo pertenecía a un pobre criado al cual ahora le resultará casi inútil por estar ya medio podrido. Un pastor sabe muy bien que no le está permitido llevar su ganado a pacer en aquel prado o bosque; no importa, basta con que no le vean para ir allí. Otro sabe que le han prohibido ir a arrancar la cizaña en ese campo de trigo porque está en flor; mira si alguien le ve y, si no, entra en el campo sin escrúpulo. Decidme: ¿os gustaría que vuestro vecino se portase así con vosotros? Es indudable que no.

Si examinamos la conducta de los obreros hallaremos también muchos ladrones. Poco os costará convencerlos de ello. Si los contratáis a destajo, ya para cavar, ya para abrir minas, ya para cualquier otro trabajo, os harán una labor tan mala como precipitada, pero os la cobrarán por buena. Si los alquiláis a jornal se limitarán a trabajar cuando el amo los contempla, y después se pondrán a charlar o a holgar. Un criado no pone escrúpulo alguno en recibir y obsequiar a sus amigos en ausencia de sus amos, sabiendo de cierto que ellos no lo permitirían. Otros, con el dinero ajeno, repartirán grandes limosnas para ser tenidos por personas caritativas. Mejor sería que las diesen de su salario, en vez de malgastarlo en frivolidades. Si hicisteis eso alguna vez, tened presente que estáis obligados a devolver todo cuanto, fuera o contra el consentimiento de los dueños, disteis a los pobres. Será tal vez un mayordomo, a quien el dueño encargó el cuidado y vigilancia de los demás trabajadores, el cual, a petición de éstos, les reparte vino u otras cosas; pero tenedlo presente: si ha sido diligente en dar, deberá ser diligente en devolver; de lo contrario, habrá de condenarse. A un negociante le habrán encargado una compra de trigo, heno o paja, y dirá al vendedor: «Hacedme una factura en la cual cargaréis a mi dueño algunas cuarteras de trigo, o diez o doce quintales de paja o heno que no me habréis entregado. No le causará esto gran perjuicio, ni siquiera se dará cuenta». Pues, si aquel miserable entrega semejante factura, queda obligado a restituir el dinero que el negociante hará entregar de más a su dueño; de lo contrario, habrá de resignarse a arder en las llamas eternas.

Si nos fijamos ahora en los dueños, creo que tampoco dejaremos de hallar muchos

ladrones. En efecto, ¡cuántos amos no entregan a sus criados todo el salario pactado! Y, al acercarse a fin de año, hacen todo lo posible para que se vayan, a fin de no tenerles que pagar. Cuando muere una bestia, a pesar de todos los cuidados de quien la tiene a su cargo, le retienen de su salario el valor de la misma; de manera que un pobre mozo de labranza habrá trabajado todo un año sin ganar nada. ¡Cuántos, habiendo prometido tejer una tela, pondrán después peor hilo o la harán más estrecha, o quizá harán esperar muchos años hasta el punto de que amenaza con demandarles ante los tribunales para que la entreguen! ¡Cuántos, finalmente, ya arando, ya segando o guadañando, se salen de los límites de su heredad; o bien cortan en terreno del vecino un renuevo o árbol joven para hacerse un mango de azadón, un atador de gavillas o una pieza para su carro! ¿No tenía yo razón al decir que, examinando detenidamente la conducta de la gente del mundo, sólo hallaríamos aprovechados y ladrones? No dejéis, pues, de examinaros sobre cuanto acabamos de decir: oís el grito de vuestra conciencia, apresuraos a reparar el mal ahora que tenéis tiempo; restituir al momento, si ello es posible, o a lo menos trabajad con todo esfuerzo para colocaros en estado de devolver lo mal adquirido. Pensad también en declarar, al confesaros, cuántas veces os resististeis a restituir cuando os hallabais en posibilidades para ello; pues, al inspiraros Dios tal pensamiento y resistir vosotros, fue lo mismo que resistir y despreciar la gracia divina. Os quiero hablar también de un robo muy común en las familias en las que ciertos herederos, a la hora de la división de la herencia, ocultan sus bienes todo lo posible. Es eso un verdadero latrocinio que obliga a la restitución bajo pena de perderse eternamente.

Bien os lo dije al empezar, no hay nada tan común como la injusticia, y nada tan raro como la restitución: son contados, según habéis visto, los que no llevan carga alguna sobre su conciencia. Pues bien, ¿dónde están los que restituyen? No los veo por ninguna parte. No obstante, aunque sea nuestra obligación devolver, bajo pena de condenación eterna, los bienes mal adquiridos; cuando cumplimos esta obligación Dios no deja de recompensarnos. Oíd un ejemplo de ello. Cierta panadero que durante muchos años había usado pesas y medidas falsas, deseando tranquilizar su conciencia consultó a su confesor, el cual le dijo que durante cierto tiempo diese a los parroquianos un peso que excediese algo del justo. En seguida corrió la voz y aumentó considerablemente su clientela, de manera que, si bien ganaba poco, Dios permitió que, al restituir, aumentase más su fortuna.

III. «Ahora —diréis— sabremos conocer, al menos sumariamente, las maneras de dañar o perjudicar al prójimo. Pero, ¿cómo y a quién debemos restituir?». —¿Queréis restituir? Pues escuchadme un momento y lo sabréis. No habéis de contentaros con devolver la mitad ni tres cuartas partes; si os es posible debéis devolverlo todo; de lo contrario, os condenaréis. Algunos, sin preocuparse de indagar el número de personas a quienes perjudicaron, darán alguna limosna o mandarán celebrar algunas misas y, hecho esto, quedarán tranquilos. No hay duda de que las misas y las limosnas son muy buenas obras, pero deben ser pagadas con vuestro dinero, y no con el del prójimo. Aquel dinero no es vuestro, devolvedlo a su dueño, y después dad del vuestro si

queréis: entonces obraréis bien. ¿Sabéis cómo califica San Juan Crisóstomo tales limosnas? Las llama limosnas de Judas y del demonio. Una vez hubo Judas vendido al Señor, al verse condenado, corrió a devolver el dinero a los doctores; éstos, aunque muy avaros, no lo quisieron aceptar; compraron con él un campo para enterrar a los extranjeros. «Pero —me diréis— cuando aquellos a quienes perjudicamos han muerto, ¿a quién se debe restituir? ¿No podremos entonces guardarlo o darlo a los pobres?». —He aquí lo que debes hacer, amigo. Si dicha persona dejó hijos, a ellos debes restituir; si no los tiene, entrégalo a sus parientes o herederos; explica el caso a tu párroco y él te dirá lo que debes hacer. Otros dicen: «Cierto que he perjudicado a Fulano, pero ya es bastante rico; conozco a un pobre que tiene mucho mayor necesidad de este dinero». —Amigo mío, da a ese pobre de tus riquezas, pero devuelve al prójimo los bienes que le usurpaste. «Usará mal de ellos». —Nada te va en ello; devuélvele sus bienes, ruega por él y duerme tranquilo.

La gente del mundo es hoy día tan avara, tan aficionada a los bienes de la tierra que, figurándose muchos que no han de tener nunca bastante, parece que juegan a ver quién será el más aprovechado y quién engañará mejor a los demás. Pero vosotros no olvidéis que, cuando conocéis a las personas que perjudicasteis, aunque dieseis el doble a los pobres, si no devolvéis a su dueño lo que le quitasteis habréis de condenaros. No sé si vuestra conciencia está tranquila, pero lo dudo mucho... He dicho que el mundo está lleno de ladrones y aprovechados. Los comerciantes roban engañando con los pesos y las medidas, aprovechándose de la sencillez de las personas para vender más caro o para comprar más barato; los amos roban a sus criados defraudándoles una parte de sus salarios; otros dilatando por mucho tiempo el pagarles, descontándoles hasta un día de enfermedad, ¡como si el mal les hubiese sobrevenido en casa de un vecino, y no trabajando en su servicio! Por su parte, los criados y obreros roban a sus dueños, ya holgando, ya dejando perder los bienes por su culpa; un obrero pedirá la paga, pero habrá dejado su labor hecha sólo a medias. Los dueños de tabernas, esos lugares de iniquidad, esas puertas del infierno, esos calvarios donde Jesucristo es constantemente crucificado, esas escuelas infernales donde Satán enseña su doctrina, donde se atenta continuamente a la religión y a las costumbres; los taberneros, digo, roban el pan de una pobre mujer y sus hijos vendiendo vino a esos borrachos que el domingo malgastan lo que ganaron durante la semana. El colono se aprovechará de mil cosas antes de realizar con su dueño la partición, sin dar después cuenta de ello. ¡Dios mío!, ¿en dónde estamos? ¡Cuántas cosas para examinar en la hora de la muerte! Si su conciencia les acusa con demasiada insistencia, esas gentes van en busca de un ministro del Señor. Para ellos quisieran obtener el perdón de su deuda pero, si se les obliga a restituir, hallarán mil pretextos para dar a entender que otros también les perjudicaron, por lo cual en aquel momento no pueden devolver lo que deben. ¡Amigo mío! ¿Estás seguro de que Dios se contentará con tus razones? Si quisieses cercenar algo de esas vanidades, de esas glotonerías, de esos juegos; si no acudieses con tanta frecuencia a la taberna o al baile; si procurases redoblar tu trabajo; pronto tendrías pagada una parte de tu deuda. Pero

advierte: si no haces lo posible para devolver a cada cual lo que le debes, cualquiera que sea tu penitencia, no te librarás del infierno: ¡no te quepa de ello la menor duda!

Hay otros tan ciegos que confían en que sus hijos restituirán después de su muerte. Tus hijos, amigo mío, harán lo que tú haces. Además, ¿quieres que tus hijos miren por tu alma mejor que tú mismo? Lo que te va a suceder es que te condenarás. Dime, ¿acaso has reparado todas las pequeñas injusticias cometidas por tus padres? Buenas excusas hallaste para no hacerlo, y tus pobres padres están en el infierno por no haber restituido en vida, fiándose demasiado de tu buena voluntad. Finalmente, para terminar de una vez, ¡cuántos hay entre los que me escuchan, a quienes sus padres encargaron, quizá hace ya unos veinte años, la distribución de ciertas limosnas, la celebración de algunas misas, y ninguno ha cumplido tal encargo! ¡Otros negocios les han absorbido la atención! Prefirieron ensanchar sus dominios, frecuentar las casas de juego y las tabernas o comprar cosas de vanidad para sus hijos.

Cuenta San Antonino que cierto usurero prefirió morir sin sacramentos a devolver lo que no era suyo. Tenía sólo dos hijos: uno temeroso de Dios y otro despreocupado. El que se preocupaba de la salvación de su alma quedó tan impresionado al ver el estado en que murió su padre que, después de haber empleado una parte de su fortuna en reparar las injusticias paternas, se hizo monje para no pensar más que en Dios. El otro, por el contrario, disipó toda su fortuna en francachelas y murió de repente. Comunicaron la triste noticia al religioso, que se puso al instante en oración. Vio entonces en espíritu la tierra entreabierta, y en su centro un abismo profundo vomitando llamas. En medio de aquellas llamas vio a su padre y a su hermano abrasándose y maldiciéndose mutuamente. El padre maldecía al hijo, pues, queriendo dejarle muchos bienes, no había temido condenarse por él, y el hijo maldecía a su padre por los malos ejemplos que había recibido de él.

¿Y qué os diré de los que aguardan a la hora de la muerte para restituir? Voy a demostraros con dos ejemplos que, llegado aquel momento, o bien no querréis o, aunque lo queráis, no podréis hacerlo. 1.º No querréis restituir. Se cuenta que, hallándose en trance de muerte un padre de familia numerosa, sus hijos le dijeron: «Padre, ya sabes que estas riquezas que nos dejas no son nuestras: deberíamos restituirlas». —«Hijos míos, no; os iba a quedar nada». —«Padre, prefiero devolver lo que no es mío y trabajar para ganarme la vida a ocasionar tu condenación». —«No, hijos míos, no quiero restituir; no sabéis lo que es ser pobre». —«Si no restituyes irás al infierno». —«No, no devolveré nada». Y murió como un réprobo. ¡Dios mío! ¡Cuánto ciega al hombre el pecado de avaricia!

2.º He dicho que, aunque lo queráis, en aquel momento se os hará imposible. Cuenta un misionero que un padre, al conocer que se aproximaba su fin, hizo que se acercaran sus hijos al lecho y les habló así: «Hijos míos, bien sabéis que he perjudicado a mucha gente; si no devuelvo lo robado, estoy perdido. Id a buscar un notario para recibir mi última voluntad». —«¡Cómo! Padre —le contestaron sus hijos —, ¿quisierais deshonraros a vos y a nosotros haciéndoos pasar por una mala persona? ¿Quisierais reducirnos a la miseria y enviarnos a mendigar el pan?». —«Pero, hijos

míos, ¡si no restituyo, me condenaré!». Uno de sus impíos hijos se atrevió a decirle: «¿Es decir, que teméis el infierno, padre? Vamos, que uno se acostumbra a todo: dentro de ocho días estaréis ya acostumbrado».

Pues bien, ¿qué habremos de sacar de todo esto? ¡Que estáis perdidamente ciegos! Vendéis vuestras almas para dejar algunas pulgadas de tierra o algunos bienes de fortuna a vuestros hijos, quienes, lejos de agradecerlos, se burlarán de vosotros, mientras estaréis ardiendo por ellos, en el infierno. Terminemos, pues, diciendo que somos unos insensatos al no preocuparnos de otra cosa que de atesorar bienes, los cuales nos hacen desgraciados al adquirirlos, mientras los poseemos, cuando los abandonamos y hasta en la eternidad. Seamos más juiciosos, aficionémonos a esos bienes que nos seguirán en la otra vida y constituirán nuestra felicidad durante días sin fin.

[1] *Os* 4, 2.

[2] *Jb* 1, 21.

[3] 1 *Tm* 6, 9.

[4] Epist. CLIII, ad Macedonium, cap. VI, 22.

[5] *Za* 5, 3-4.

[6] 1 *R* 21.

[7] 2 *R* 9.

[8] *Ibid.* 10, 7.

Índice

Portada	2
Créditos	3
Presentación	4
Sobre la esperanza	6
Sobre la comunión	18
Sobre la virtud verdadera y la falsa	31
Sobre las lágrimas de Jesucristo	43
Sobre el orgullo	54
Sobre el juicio temerario	65
Sobre el primer precepto del decálogo	77
Sobre la humildad	90
Sobre la pureza	100
Sobre la tibieza	112
Deberes de los padres hacia sus hijos	122
Sobre la restitución	134